El Grinch no es tan verde como parece

MANUELA RAMÍREZ

Derechos de autor © 2025 MANUELA RAMIREZ

Copyright © 2025 Manuela Ramírez

Todos los derechos reservados.

Los personajes y sucesos que aparecen en este libro son ficticios. Todo parecido con personas reales, vivas o muertas es mera coincidencia y no intencionado por la autora.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo de la autora.

Imágenes de portada y contraportada: © Manuela Ramírez

ISBN: 9798269155739

A mi marido,
por enseñarme que cada día es un regalo
que no debemos dar por sentado.
Una vida no es suficiente,
pero la aprovecharemos al máximo.
Te adoro.

A mis padres,
por darme todo cuanto estuvo en su mano.
Os echo tanto de menos que no he podido
resistirme a utilizar vuestros nombres.
Os quiero.

EL GRINCH NO ES TAN VERDE COMO PARECE

MANUELA RAMÍREZ

Notas de la autora

Desde que tengo uso de razón, la Navidad ha sido mi gran debilidad. Estrellas, luces, bolas, espumillón… ¡Todo lo que os ocurra y mucho más!

Esta historia llevaba casi tres años rondándome la cabeza, así que podéis haceros una idea de lo que significa para mí que, por fin, la tengáis entre vuestras manos.

Por primera vez, he elegido mi tierra como escenario: mi preciosa Málaga. Todos los rincones que aparecen existen, incluso aquellos a los que no he querido dar nombre.

Disfrutad de lo lindo con Nadia y Andrés. Estoy segura de que esta parejita os sacará más de una sonrisa… y quizá también alguna que otra lagrimilla.

Como extra, os he hecho una lista en Spotify con todas las canciones de la novela… porque ya que sufrís, reís y os enamoráis conmigo, ¡qué menos que también lo hagáis con banda sonora!



Con cariño,
Manuela

¿OTRA VEZ DICIEMBRE?

Nadia 

Bueno, bueno, bueno… o como diría ese ridículo viejo vestido con su estúpido traje rojo y una espesa barba blanca que necesita un buen corte: «¡Ho, ho, ho!». Si lo preferís, y para daros el gusto, lo diré más castellanizado, que para eso soy malagueña: ¡Jo, jo, jo! De un modo u otro, ya está aquí el peor día del año. Vale, lo reconozco. No es el peor de todos; para eso aún falta. Pero hoy es uno de diciembre, y estoy segura de que el maldito espíritu navideño ya ha explotado en la oficina.

Antes de que os preguntéis quién es tan insensata … Sí, me encanta la película de *El señor de los Anillos* y ver cómo Gandalf es arrastrado por el Balrog. Pues eso, ¿quién es tan *insensata* como para comenzar una historia así? Mmm… Mejor os cuento quién es capaz de hacerlo.

¿Quién va a ser? Pues yo, ¡por supuesto!

Voy a presentarme para no volveros locas. Como cortesía de mis amados padres, que adoran y devoran todo el cine de los ochenta sin parar, me llamo Nadia. Sí, exacto, como Kim Basinger en *Cita a ciegas,* y **ODIO** la Navidad.

Bien, ya lo he dicho. ¿Habéis oído un resoplido? ¿Sí? Estupendo, porque era yo. Una vez hechas las presentaciones y que sabemos de qué punto partimos, continuemos con esto para que podáis haceros una idea de lo que estoy sintiendo en estos momentos mientras oigo en la radio cómo la diva Mariah Carey nos deleita un año más con su empalagoso *All I want for Christmas is you*. A ver, Mariah, todo lo que quiero por Navidad es no tener que

escuchar tu canción veinte veces al día, ¿qué te parece? Pero seguro que no caerá esa breva.

A estas alturas, seguro que estáis pensando, o eso es lo que yo creo que para algo es mi historia, que soy del bando del horroroso personajillo verde, ¿me equivoco? Ya lo sabía yo. ¡Ja! No, amores. No os confundáis: ¡también detesto al Grinch! No sé si es porque durante estas fechas me parezco demasiado a él o porque no soporto a Jim Carrey por su sobreactuada interpretación, ¡vete tú a saber!

El caso es que me he metido en esto porque necesito desahogarme con vosotras. Estoy convencida de que más de una también está pensando que cambiaré de opinión al final de estas páginas, pero dudo mucho que eso vaya a suceder. Soy de esta manera desde que tengo uso de razón y ya tengo veinticinco años.

Sí, vale. Admito que, cuando era pequeña, me quedaba despierta en Nochebuena esperando a Santa, pero solo lo hacía para ver si se atascaba en nuestra diminuta chimenea. Por suerte para él, nunca tuvo que hacerlo: eran mis padres quienes me compraban los regalos. ¿No lo sabías? ¡Oh, siento haber roto la magia…! ¡Anda ya! Si estás leyendo esto, lo más probable es que ya te has planteado que es mejor quedarse en el sofá viendo Netflix que aguantar a un baboso diciéndote lo buena que estás. Eso ya lo sé yo, no hace falta que nadie me lo confirme.

Perdonad, a veces se me va la pinza y me sale el Hulk cargadito de mala leche que llevo dentro. Sigo por donde iba… ¡Ah!, antes de que se me olvide, os tengo que aclarar otra cosilla: además de no gustarme la Navidad, ¡no soporto las películas romanticonas en las que una chica que ya no cree en Papá Noel se va de vacaciones invernales a un pueblo ideal en mitad de la nada donde conoce al chico guapísimo de sus retorcidos y húmedos sueños! (La frase ha quedado larga, pero es que me enerva).

Vamos, hombre, ¿todo el maldito año trabajando como una bendita y justo en una semana conoces al perfecto buenorro Mr. Bajabragas?

Primero, no lo veo justo para todas las solteras que, esperanzadas, caen en la idealización del amor. Y, segundo, me

niego a aceptar que mi felicidad dependa de otra persona que no sea yo misma y mi fiel compañero de batallas, CC. Vale, no debería haberle puesto nombre a mi Satisfyer; pero ¿qué queréis que os diga? Somos tan íntimos que no pude resistirme.

Por favor, parad solo un momento. ¿De verdad creéis que un maromo podría resolver «todos» mis problemas? Ya os respondo yo para que no tengáis que devanaros los sesos: NO. Vamos, ¡un rotundo **NO**! Ya fuese el puñetero Kingfisher de la novela *Quicksilver* envolviéndome en su humo negro y echándome uno de sus increíbles polvos quita telarañas del… alma. Sí, de esos mismos que estás pensando y que te vuelven los ojos del revés. Pues nop. Ni siquiera *eso* me haría cambiar de parecer. Además, algo así tan solo sucede en las historias ñoñas que se escriben en estas fechas. Y… vale, lo entiendo. Es incluso razonable. ¡Uf!, me desdigo de lo que he dicho antes. A regañadientes, no creáis. Voy a ser buena: os concedo que hay que dar ánimos a todas las que estamos sin pareja y que parece que anhelamos que un hombre nos devuelva la fe en el amor.

¿En serio? ¿A quién se le ocurrió semejante tontería?

La vida es la que es, ¿me equivoco? Así que ¿cómo vamos a creer que unos cientos de miles de luces parpadeantes, decenas de árboles adornados con un gusto dudoso y el olor empalagoso que desprenden las castañas asadas en las calles nos van a regalar a aquel con el que hemos de pasar el resto de nuestras vidas? Quizás eso sea demasiado específico, pero entendéis a qué me refiero, ¿a que sí?

Eso no ocurre en la vida real, ¿no? ¿Creéis que podría suceder? No estoy aquí para influenciaros ni para daros esperanzas. ¡Os prometo que yo solo quería llegar viva a las vacaciones de invierno! En fin, permitidme que os cuente mi periplo hasta el veinticinco de diciembre y después juzgáis por vosotras mismas.

Por último, os deseo una feliz Navidad…

¡Es broma! Vamos allá.

CAPÍTULO 1
ES DICIEMBRE, NO ME PIDAS MÁS

Nadia 

Son las siete menos cuarto de la mañana cuando mi fiel despertador vuelve a sonar para recordarme que solo me quedan quince minutos para salir pitando hacia el trabajo. Aún no ha amanecido y ya estoy de mala leche. Desde que he puesto la radio —sí, soy de esas a las que les gusta empezar el día con música—, no han parado de taladrarme el oído con *Last Christmas*, de Wham!; *White Christmas*, de Bing Crosby; y la inesperadísima y ansiada —supongo que habéis sentido el sarcasmo en vuestras carnes— *All I want for Christmas is you*, de Mariah Carey.

Señor, ¿es que no vas a tener ninguna piedad de mí? Por lo visto, hoy está muy ocupado para atender mi súplica porque cambio de dial y Kelly Clarkson me deleita con su pegadizo *Underneath The Tree.* Me resigno a mi suerte y, cantando el estribillo —¡a lo que he caído!—, salgo a todo trapo del garaje.

No he avanzado ni diez metros cuando una llamada interrumpe mi particular penitencia.

—Buenos días, mamá —digo con resignación.

—¿Ya estás así y no son ni las ocho?

—Es diciembre, ¡no me pidas más!

—Hija, de verdad que eres de lo más sosa y rancia que he conocido en toda mi vida.

—Yo también te quiero.

—Y yo a ti, cariño. Pero es que sigue sin entrarme en la cabeza que no te guste la Navidad. Por cierto, tu padre pregunta si vendrás a comer este fin de semana.

—¿Solo mi padre?

—Pues sí, hija mía de mis entrañas. A mí no me apetece aguantar tus pullas este año sobre mi precioso árbol ni los adornos.

—Venga, mamá. ¡No soy tan negativa!

—¿De verdad que no?

—No, mami —le hago la pelota para que no se enfurruñe más.

—Estupendo, ¡porque nos vas a ayudar a adornar la casa!

Freno en seco y me dejo la mano pegada al claxon: un gilipollas se ha saltado el ceda el paso sin importarle que pudiera estamparme contra la puerta del conductor.

—¡Me cago en tu nación, hijo de…! —me desgañito sin éxito. El niñato se ha saltado el semáforo y me ha dejado colgada.

—¡Nadia! —me regaña mi madre con un tono de voz que me conozco de sobra.

—Lo siento, pero es que se me ha cruzado un imbécil al que casi me llevo por delante.

—Ten cuidado conduciendo y no hables de esa manera. Tu padre y yo no te pagamos los mejores colegios para que…

Resoplo y pongo los ojos en blanco. Otra vez me toca escuchar la cantinela de que debo comportarme como una señorita educada y no como un camionero en la puerta de un *pub* de carretera.

Os aseguro que adoro a mi madre. Anda, ¡que no os he dicho cómo se llama! Mis queridísimos padres se llaman Josefa y Manuel. Pepa y Manolo para todo el mundo. Son los mejores padres del mundo. En serio, ¡lo son! Claro que luego llega este maldito mes y se vuelven locos con las luces de Navidad y el espumillón de colores.

En fin, algún defectillo tenían que tener, ¡digo yo! Eso, y que adoran las películas de Navidad —sí, esas tan noñas e insufribles— hasta tal punto que sus sesiones maratonianas comienzan a mitad de noviembre. Aunque para mí que, desde que me marché de casa, lo hacen desde octubre y lo guardan en el más estricto secreto para que no me explote la cabeza.

—Nadia, ¿me estás escuchando? —se queja.

—¿Eh? Sí, es que estoy concentrada conduciendo.

—Bueno, te dejo. Salimos ya, que, si no, vamos a llegar tarde. No se te olvide traer el sábado las bandejas que te presté en verano, las de la barbacoa; las necesito para los mantecados.

—Sí, mamá.

—Manolo, ¡vámonos ya!

—Que os vaya bien en el banco.

—Gracias, hija. Te llamo esta noche.

—Vale.

—Te quiero, *peluche* —me dice con cariño.

—Y yo a ti, mami.

Cuando cuelgo, siento ese maravilloso calor reconfortante en el pecho al sentirme muy querida. Pese a nuestras continuas puyas por el temita repetitivo, no cambiaría mi vida por nada.

Otra llamada me libra de terminar de escuchar *My Only Wish (This Year)*, de Britney Spears. Al ver quién es, sonrío.

—No te puedes hacer una idea de lo mucho que te quiero ahora mismo —suelto con un suspiro exagerado.

—Sabes que podrías escuchar en el coche una lista de Spotify o de Apple Music con tu móvil, ¿verdad? —me dice Escarlata, mi amiga de toda la vida y que también trabaja en la misma empresa que yo.

Vale, sí, lo confieso. Le di su currículo al de Recursos Humanos y le hice ojitos para conseguirle una entrevista. ¿Qué queréis que os diga? La niña de mis amores necesitaba un empleo, así que usé toda mi artillería monjil hasta que Paco, que está felizmente casado desde hace veinte años con Lola y ambos tienen una parejita de mellizos que son dos puros demonios, le hizo el contrato.

No creáis que me salió gratis, ¡ni de lejos! Tuve que ir a desayunar con él durante toda una semana y, esto es lo peor, acabé aceptando que me diera un beso baboso en la mejilla, que no me apetece recordar jamás, a cambio de conseguirle el puesto.

—Sabes que la culpa es de mis padres —me justifico.

—¡A mi Pepa y a mi Manolo no me los toques! Oye, ¿cómo lleva tu madre lo del dolor que tiene en el tobillo? Tengo que llamarla para preguntarle.

—¡Señor! Soy una mala hija y se me ha pasado. Esta tarde hablo con ella. Hum…, ¿te vienes a comer el sábado? ¡Porfi pleeeaaassseee!

—Toca poner el árbol, ¿eh?

—¡Joder! ¿Me tienes puesta una cámara oculta o qué?

Escarlata se echa a reír. Su buen humor me contagia y acabo riendo con ella. Por cierto, ¿sabéis por qué se llama así? ¡Adivinad! Su abuela fue toda su vida una enamorada de *Lo que el viento se llevó* y de Scarlett O´Hara. Adoraba su fuerza, esa resiliencia con la que lograba todo cuanto se proponía. Es cierto que no consiguió que Ashley Wilkes la amara, pero todas sabemos que él solo fue un capricho. Y sí, como era de esperar, mis padres también me obligaron a ver la película porque era «un clásico que no debía perderme». Volviendo a mi amiga —y para su desgracia según ella —, su madre, a petición de su abuela, no dudó en ponerle el mismo nombre que a la protagonista. Scarlett —así la llamo con cariño… y también cuando me toca cantarle las cuarenta— parece ser la mismísima descendiente de la preciosa sureña, solo que con la lengua más suelta y una mala uva considerable cuando le tocan las narices.

—Hija, te conozco como si te hubiera parido —me dice riendo.

—¿Tan previsible soy?

—Tanto como que el alioli repite.

Volvemos a reír.

—¿Por dónde vas tú? —digo mientras enfilo la calle del polígono, acercándome con cierta resignación a la gigantesca nave donde trabajo desde hace casi tres años.

—Ya he aparcado.

—Yo estoy llegando.

—Te espero, que tengo un cotilleo muy jugoso que contarte —añade susurrando con un tono de espía.

—Vale, te cuelgo.

En cuanto entro en el aparcamiento, la veo. Lleva suelta su preciosa melena pelirroja y rizada, que le cubre media espalda. Sus ojazos, que quitan el hipo, contrastan con el blanco casi perlado de

su piel, perfectamente maquillada. Hoy ha optado por ese fino abrigo de paño de color verde botella, igual que sus ojos, que sabe que le sienta de maravilla. Con él parece una hechicera que con su mirada pudiera leerte el alma.

Se acerca al coche, apago el motor y le sonrío. Ladea la cabeza y también me sonríe. Sabe lo que estoy pensando.

—Estás arrebatadora —afirmo.

—Lo sé. —Entorna los ojos y levanta un hombro, como si se diera ella misma una palmadita en la espalda.

—Bueno, petarda, ¿cuál es ese cotilleo tan jugoso que te ha obligado a quedarte a la intemperie con el frío que hace? —me burlo de ella.

—Estamos a quince grados. Frío lo que se dice frío…

En ese momento, llega un BMW azul metalizado, impresionante, conducido por un chico al que jamás había visto. Aparca sin cuidado, ocupando dos sitios.

—Pero ¿este imbécil quién es? ¿Has visto cómo ha dejado el coche? —me quejo a Escarlata, que está mirando con sus ojos de «voy a desintegrarte» al tontolaba que, sorprendentemente, acaba de dar un portazo con cara de pocos amigos.

Voy a decirle que aparque bien mientras trato de cerrar mi puerta, pero mi bolso se ha quedado atrapado justo en medio. Abro de nuevo con tanta fuerza que se me caen al suelo las gafas de sol que llevaba en la cabeza. Me agacho a toda prisa para recogerlas… y ¡zas!, me golpeo la frente contra la manilla. Suelto un «¡ay!» exagerado y cierro con un agua de levante considerable, estampando la puerta con otro portazo. Yo creo que incluso más fuerte que el que aquel extraño ha dado. La cara de incredulidad de mi amiga por mi torpeza es para enmarcarla. Por supuesto, no acabo ahí. ¡Claro que no! Cuando me acuclillo para coger las gafas de una puñetera vez, parte del contenido de mi bolso acaba desparramado en el asfalto.

—¿Se puede saber qué haces? —me pregunta Scarlett, a lo que yo no respondo porque estoy a punto de explotar.

Recojo la barra de labios, el paquete de pañuelos de papel, las pinzas de depilar y la bolsita de caramelos de miel y limón que

siempre llevo encima porque me resfrío por veintisiete personas.

—¿Tú que crees? —mascullo mientras él pasa a nuestro lado.

El desconocido nos mira de arriba abajo, con un aire de superioridad tan fuera de lugar que me falta poco para darle una patada en la espinilla. Me levanto como un resorte y le suelto:

—¡Oye, tú! —Él se gira—. Si no sabes aparcar en batería, te enseño.

—¿Qué dices? —me contesta con un tono de chulería que no estoy dispuesta a tolerar.

—Que has ocupado dos aparcamientos. Uno de ellos es del CEO de la empresa. No creo que, cuando llegue, le haga gracia ver que no puede dejar su coche donde lo lleva haciendo los últimos tres años.

—Ya…

—Vuelve a probar y ponlo derecho, aunque solo sea por el placer de que todos piensen que sabes conducir —le suelto con ironía.

Se me queda mirando un instante antes de acercase a mí. Yo elevo el mentón y ahora lo veo con nitidez. Vamos, que eso del espacio personal se lo acaba de pasar por el forro del abrigo tan elegante que lleva. Se agacha un poco para ponerse a mi altura. Yo no soy bajita. Mido un metro sesenta y cinco, así que con mis tacones de batalla llego al metro setenta. Hago un cálculo mental de esos rápidos y, para mi fastidio, él debe de llegar, por lo menos, al metro noventa. Clava sus ojos en los míos y me cago en todo.

Joder, ¡qué guapo es! ¡Y qué bien huele! Distingo a la perfección una mezcla de notas amaderadas, sándalo y cítricos que me inundan en tropel las fosas nasales, dejándome un poco tocada. Maldita sea, se parece más de lo que voy a estar dispuesta a admitir al actor Maxi Iglesias.

Y, ¿cómo no? Tiene su mismo color de ojos azul cristalino que… que… ¿Qué estaba yo diciendo…?

—Te aseguro que sé conducir —responde él, con rabia contenida.

Se encorva y casi pega su nariz a la mía, pero yo no me achanto y me quedo tan quieta como una estatua de mármol.

Puñeteros ojos azules…

—Pero tranquila, voy a probar de nuevo a ver si soy capaz de ponerlo «derecho» —repite lo que le acabo de decir con un tono que me toca la moral.

Resoplo mentalmente antes de responderle.

—Que conste: yo siempre estoy tranquila. Eres tú el que tal vez debería repasar el episodio de *Barrio Sésamo* donde explican *despacito* los términos derecho y torcido. Vamos, solo es una idea —añado, frunciendo con comicidad el ceño—. Para afianzar conceptos, ¿sabes?

Él pestañea despacio y me mira como si fuera una loca o algo así. Creo que me va a responder otra lindeza, hasta que se echa hacia atrás y sube la comisura del labio. Ha sido apenas un amago, pero juraría que escondía una sonrisa verdadera. Al menos es lo que me ha parecido.

—Hoy mismo me pongo a ello —dice con un tonito empalagoso que me revuelve las tripas y, para colmo, me guiña un ojo—. Señoritas… —añade, mirando primero a Escarlata y después a mí.

Dando un paso atrás y, antes de sacar las llaves del bolsillo, nos saluda con un ligero gesto de cabeza que me da la sensación de que lo tiene más que ensayado. Después nos rebasa y llega hasta su coche.

Sin quitarle ojo de encima, sigo cada uno de sus movimientos. Cuando arranca, el rugido del motor me sobresalta. Me quedo embobada viendo cómo da marcha atrás y encaja el coche a la perfección entre las líneas blancas.

Escarlata, flipada, chasquea los dedos delante de mi cara varias veces, tratando de llamar mi atención.

—¿Me haces caso o vas a seguir babeando por ese gilipollas?

Al darme cuenta de que estoy plantada como un pasmarote en mitad del aparcamiento, me muerdo la lengua… ¡literalmente! No sé por qué demonios me he quedado allí, observándolo como una tonta, pero tampoco voy a perder el tiempo en pensarlo.

Me giro hacia ella y le digo:

—Entremos ya. Luego me cuentas el cotilleo.

—De eso nada —replica mientras trata de alcanzarme.

De pronto, parece que estuviera caminando sobre brasas ardientes porque me echo a andar a una velocidad que ríete tú de Usain Bolt cuando ganó el récord de los cien metros.

—Oye, pero ¿por qué corres? —agrega con la lengua fuera, tratando de seguirme el ritmo.

—No quiero verle la cara de nuevo.

—¿A quién?

—Al tonto del coche.

—¿Y a ti qué más te daba lo del aparcamiento? —pregunta sin resuello.

Levanto las cejas y tuerzo el gesto. Al ver mi expresión, recula y me enseña las palmas de las manos para que no me tire a su cuello.

—Vale, vale… —añade—. A mí también me ha tocado el flequillo su prepotencia de niño rico.

—Me cabrean todos los chulitos que creen que, por tener un pedazo de coche, pueden hacer lo que les da la gana.

—Madre mía, hoy te has levantado con dos pies izquierdos. Jesusito de mi vida, ¡qué mes de diciembre me espera!

Le dedico una de esas miradas oscuras que siempre se describen en las novelas. Sí, justo de esas que taladran o fulminan al otro.

—*El club de la comedia* ya está más que pasado de moda, así que llegas tarde para contar chistes —respondo muy cabreada.

Joder, tiene razón. ¿Qué leches me pasa hoy?

—Te lo perdono porque está a punto de bajarte la regla —dice, y a mí me arde la piel cuando él pasa por delante de nosotras mirando hacia atrás, más concretamente a mí, mientras forma una sonrisilla que me toca la unión de las piernas.

Voy a respirar a cuatro tiempos antes de soltar un grito. ¡Arrrggg!

—Acaba de oírte el que no sabe aparcar, Scarlett —le regaño.

—¿Y…? —Hace un aspaviento con la mano y se acerca a mi oído hasta casi incrustarse en mi cerebro, igual que hacía cuando

estábamos en el instituto—. Le gustas a Jacobo, el jefe del Departamento Comercial.

—Shhh… ¿Por qué no lo gritas a los cuatro vientos? —me quejo, mirando alrededor. Respiro aliviada al ver que la fotocopia del actor no está cerca.

Como si el mismo dios del viento las impulsara, Mar, directora del Departamento de Administración, y Dulce, directora del de Recursos Humanos, se acercan a nosotras. «Dulcemar», así es como las llamamos Escarlata y yo, son dos soles. Con ellas formamos las cuatro patas de un banco. ¿El dicho no era con tres? Creo que sí, ¡qué más da! El caso es que, cuando empecé a trabajar en la empresa, me resultó muy raro que dos mujeres ocuparan cargos tan importantes… hasta que descubrí que la dueña también era una mujer.

Fátima Green Fuentes, hija de un norteamericano y una malagueña, es una cincuentona elegantísima que aún conserva la figura pese a ser madre de tres o cuatro hijos. La verdad, ni lo recuerdo ni me importa. Según me dijo Escarlata —lo siento, no presté atención porque me daba igual—, unos aún están estudiando la carrera y otros están acabando algún máster de no sé qué.

Sigo, que me lío.

Desde el primer día en que empezamos a trabajar en Green Associated Inc. —así se llama la compañía—, mi encantadora jefa —y no lo digo con retintín— nos inculcó, con demasiado entusiasmo para mi gusto, el espíritu navideño. Eso sigue día sí y día también. Da igual si es verano o invierno. Os lo confieso: a veces su amor por la temporada festiva me pone los pelos de punta.

No os lo he dicho todavía, ¿verdad? Dios…, ¡allá va!: trabajo para un conglomerado de empresas que vende a nivel mundial todo tipo de adornos para eventos, incluidos —y recalcados— los de Navidad: luces, portales de Belén, muñecos rechonchos con narices de zanahorias y bufandas, papanoeles y todo lo que se os pueda ocurrir.

¿Es irónico que yo, una *hater* oficial de estas fechas, trabaje aquí? Pues ¿qué queréis que os diga? Dios es un bromista y nos observa con un bol de palomitas. Eso sí, se comportó un montón y

tengo el puesto de directora del Departamento de Diseño Gráfico de la empresa. No sé vosotras, pero creo que esto es una jugarreta del Destino. De todos modos, no seré yo la que se queje porque mi sueldo es bastante bueno.

Mar me saca de mis pensamientos con una afirmación demoledora mientras hace un gesto con la mano para que nos acerquemos más.

—¿Habéis visto ya al hijo de Fátima?

—¿A quién te refieres? —pregunta Escarlata.

Yo me muerdo el carrillo mientras cierro los ojos rezando para que no sea quien estoy imaginando ahora mismito.

—Al morenazo que lleva un abrigo que vale más que mi sueldo del mes pasado y que tiene unos ojos azules que te roban el aliento.

—¡Qué novelesco! —se ríe Dulce, pero le da la razón.

—Me parece que es el gilipollas del aparcamiento —susurra mi mejor amiga, girándose hacia mí.

—¿Cómo? —preguntan *Dulcemar* a la vez.

—Puto diciembre de los cojones… —me quejo por lo bajo, con la mala suerte de que mi jefa y su flamante hijo me escuchan como si llevara un altavoz pegado a la boca.

—¿¡Nadia…, es que no te gusta la Navidad!? —pregunta Fátima, horrorizada.

Me quedo con la boca abierta, sin saber qué responder, hasta que su maldito hijo, para rematar la faena, decide echarme un cable que yo no he pedido.

—¡Qué va, mamá! Nadia adora la Navidad, pero no soporta a los listillos que no saben aparcar *derecho*, ¿me equivoco?

Asiento y dibujo, con auténtica agonía, la sonrisa más falsa de mi vida, mirando primero a uno y luego al otro.

El gilipollas me ha sacado de un aprieto. Lo sabe. ¡Vaya si lo sabe! Su maldita sonrisa perfecta me lo está gritando a voces, y yo me cago en todo lo que se menea.

CAPÍTULO 2
HOY MISMO ME PONGO A ELLO

Andrés 

Adoro a mi madre, de verdad. Mi padre y ella forman una pareja de cuento, de esas que se quieren para siempre. Pero cuando llega el maldito mes de diciembre… ¡Dios, se vuelven insoportables! Su felicidad natural me perturba hasta el tuétano. Llevan toda la vida intentando que me gusten estas fechas, ¡pero yo no puedo con ellas!

Para mi madre, Fátima Green Fuentes, soy Andrés; para mi padre, John McClane, Andrew. Por favor, no soltéis ningún chistecito. ¡Bastante tuve que aguantar en el instituto cuando mi mejor amigo se enteró y me endosó el mote de *Duro de matar* durante dos largos años! Mi padre, en cambio, ha sido un buen sufridor de su propio nombre. Supongo que ser dueño de un imperio te ayuda a pasar de la gente y de las bromitas pesadas.

Hace solo dos semanas que regresé a Málaga, después de terminar mi segunda carrera y rematar con un MBA (*Master of Business Administration*) en Harvard. Durante estos últimos años, mi abuelo, el gran Andrew McClane, creador de los primeros agitadores de cócteles con motivos navideños, se dedicó a enseñarme todo lo que sabía en la sede central de la empresa familiar en Cambridge, Massachusetts. Me he dejado la piel para compaginar estudios y trabajo, y os aseguro que no ha sido precisamente un paseo.

No conozco a nadie más trabajador que mi abuelo. Mi abuela dice que la tiene loca desde que se casaron allá en los sesenta. He de reconocer que mi familia es muy rarita. Todos se quieren y son

felices en Navidad, ¿por qué? No tengo ni idea. Eso sí, los voy a echar mucho de menos. Llevo cerca de doce años viviendo con ellos y ahora he vuelto a mi tierra. Aunque no os creáis que ahora todo es perfecto: tras pasar dos días en casa de mis padres, supe que tenía que alquilar un piso o acabaría desquiciado si veía otra película pastelosa sobre solteros necesitados que encuentran el amor mientras nieva, se oyen villancicos de fondo y sonríen sin parar.

Es lunes, uno de diciembre. Voy conduciendo en el BMW que me he comprado con mi propio dinero y bastante esfuerzo. Sí, los míos no son de esos que reparten billetes gratis. Yo llevo trabajando desde que era adolescente. Mis padres me han enseñado el valor de las cosas para que no fuese un niño rico gilipollas y lo han conseguido.

Entro en el polígono al que hace años que no venía. Todo está muy cambiado. La empresa no ha parado de crecer y ahora tenemos una de las naves más grandes. Sé que estamos en negociaciones para comprar una o dos más, pero será después de las fiestas.

Paso por delante de dos chicas impresionantes y veo al fondo dos aparcamientos libres. Hay mucho espacio, así que planto el coche en medio para que no me lo rayen el primer día de trabajo. Me ha costado un pastizal y no quiero que la prima del seguro a todo riesgo se me dispare para el año que viene.

Cuando me bajo, veo que la pelirroja me está acribillando con la mirada, y la morena… joder, cómo está la morena. Las dejo atrás y avanzo, hasta que oigo que una de ellas suelta:

—¡Oye, tú!

Me giro y veo que es la puñetera diosa Afrodita con cara de mala leche la que me habla.

—Si no sabes aparcar en batería, te enseño —añade para rematarlo.

¿En serio me ha dicho esa bordería?

Mira, guapa, ni que decir tiene que estás más buena que las *cookies* de chocolate de mi abuela, pero no voy a soportar que me hables de esa manera. ¡Esta es mi empresa!

—¿Qué dices? —respondo con un tono seco para que se dé cuenta de quién manda aquí. ¿Es que no sabe quién soy?

—Que has ocupado dos aparcamientos. Uno de ellos es del CEO de la empresa. No creo que, cuando llegue, le haga gracia ver que no puede dejar su coche donde lo lleva haciendo los últimos tres años.

—Ya…

¿Me está vacilando? Yo no he visto ningún cartel que lo indique.

—Vuelve a probar y ponlo derecho, aunque solo sea por el placer de que todos piensen que sabes conducir —replica con sarcasmo.

Me quedo mirándola un instante y camino hacia ella, impulsado por la necesidad de verla de cerca. Mucho más de cerca. Me acaba de soltar una chulería y no pienso quedarme callado.

Cuando estoy a un par de pasos, levanta el mentón, desafiándome con descaro. Me sorprendo al descubrir que tiene un lunar pequeñito en la barbilla. No sé de dónde sale la idea de que quiero pasar la lengua por él. Me olvido de las formas que debería tener siendo quien soy y rebaso la línea del decoro sin medir las consecuencias. ¿Por qué?, os preguntaréis. Pues… ¡yo qué sé! Será por culpa de esos ojos de color aguamarina, que acaban de darme un puñetazo en el estómago y me veo en la obligación de responder en el acto.

Me agacho para ponerme a su altura. Sí, quiero que se acojone. Mido un metro noventa y dos. Aunque ella no es baja, la diferencia entre ambos es considerable. Clavo mis ojos en los suyos para intimidarla. En otras circunstancias, estoy seguro de que le pediría el teléfono.

Me río mentalmente: eso no va a pasar.

—Te aseguro que sé conducir —respondo, tratando de no soltar a la bestia que ruge en mi interior.

Está mal, lo sé; pero me agacho un poco más. Me falta nada para rozar su nariz, y la idea me atrae más de lo que debería. Me sorprende que no se mueva ni un ápice. Una malagueña de pura cepa. Estoy seguro de que a mi madre le encantaría.

¡Puñeteros ojos aguamarina!

—Pero tranquila, ahora lo pongo *derecho* —repito a propósito. Por cómo achica los ojos, intuyo que le ha fastidiado. Un triunfo.

Por desgracia, he cantado victoria demasiado pronto porque ella, sin cortarse un pelo, me dice:

—Que conste: yo siempre estoy tranquila. Eres tú el que tal vez debería repasar el episodio de *Barrio Sésamo* donde explican *despacito* los términos derecho y torcido. Vamos, solo es una idea. —Frunce el ceño y me da la puntilla—. Para afianzar conceptos, ¿sabes?

Pestañeo despacio, buscando una réplica digna. Debe de ser el cambio horario o que llevo demasiado tiempo lejos de mi tierra, no importa. Por una cosa o por otra, no soy capaz decir algo que esté a la altura. Había olvidado el desparpajo de las andaluzas, y lo que ha dicho me ha hecho mucha gracia. Por supuesto, no sonrío.

—Hoy mismo me pongo a ello —digo recreándome adrede en cada palabra para fastidiarla y le guiño un ojo—. Señoritas… —añado y me separo. Miro a la pelirroja y después a la morenaza que acaba de obligarme a recular, pero solo porque yo le he dejado ganar este pulso.

Las saludo con un gesto de cabeza antes de volver a mi coche. Esta vez sonrío abiertamente al ver que ella no me quita el ojo de encima. La compañera chasquea los dedos delante de su cara y yo me centro en aparcar. Lo último que me faltaba era no dejarlo entre las líneas.

Sonrío triunfal al ver cómo la descarada huye del parking. No pienso dejar que gane ese asalto también, así que acelero el paso hasta lograr sobrepasarlas cuando oigo cómo la otra chica suelta a viva voz:

—Te lo perdono porque está a punto de bajarte la regla.

Miro hacia atrás y le dedico una sonrisilla de esas que molestan. Lo reconozco: estoy comportándome como un maldito niñato. No sé por qué lo hago, pero he de parar. Ella trabaja en la empresa, y pronto voy a averiguar en qué puesto para respirarle en el cogote.

Me dirijo a la zona de las oficinas y me sorprendo al ver a mi madre en su despacho.

—¡Hola, mamá! —digo con una sonrisa mientras me acerco y le doy un beso en la mejilla.

—¡Hola, Andrés! ¡Qué prontito has llegado!

—No sabía que ya estabas aquí. No he visto tu coche en el aparcamiento.

—No me arrancaba esta mañana. La batería… Hemos llamado a la grúa y tu padre se ha ido con el chico al taller. He venido en taxi.

—¿Por qué no me has llamado? Hubiera ido a recogerte.

—¿La verdad? Pensaba que llegarías a las once de la mañana.

Nos reímos.

—Sabes que he venido a hacerme cargo de la empresa para que vosotros podáis descansar.

—Y te lo agradecemos, cariño. Tu padre ha de bajar el ritmo y, si te soy sincera, yo también.

—Claro, mamá.

—Bueno, tu hermano Pablo está acabando su segundo máster y dice que no quiere tener nada que ver con la empresa, y Marina ha decidido ser escritora a tiempo parcial mientras acaba la carrera en Madrid. Andrés, ¡eres nuestra única esperanza!

—¡Eso ha sonado a película! —digo, y volvemos a reír—. Sabes de sobra que Pablo no ha nacido para esto —agrego, consciente de que jamás pondrá un pie en la empresa familiar si no es por obligación—. Desde pequeño ha soñado con ser el director de I+D de una multinacional. Reconozco que es un crack en lo suyo, pero no lo veo diseñando adornos o luces de Navidad. Y Marina… Marina es un espíritu libre que no se ata a nada.

—Desde luego, has clavado a los dos. —Me guiña un ojo—. ¿Y tú, hijo?

—Mamá, de sobra sabes que yo detesto la Navidad, aunque os adoro a papá y a ti.

—Sí, sí, lo sé. Pero la empresa no puede ser tu condena, cariño. Si no estás a gusto, prefiero que busques aquello con lo que seas feliz. Tu padre y yo hemos trabajado muy duro para que tus

hermanos y tú tuvierais la oportunidad de encontrar vuestro camino sin ataduras. Eso sí, lo hicimos porque los dos adoramos esto.

—Tranquila, la decisión de volver a Málaga no es algo que haya tomado a la ligera. Te aseguro que sopesé los pros y los contras, y no había nada que deseara más que estar aquí y veros a diario. Me he perdido muchos cumpleaños y celebraciones. No quiero eso nunca más.

—Mi niño… —me dice con los ojos brillantes.

No me puedo resistir y la abrazo. Sí, me he perdido muchos abrazos y me prometí a mí mismo que no renunciaría a ninguno más por ganar un sueldo de siete cifras. La mayoría de mis amigos me han llamado loco por renunciar a un puesto que me prometía esa cifra, pero llevo demasiado tiempo alejado de los míos. Demasiado. Y os aseguro que el abrazo de una madre no tiene precio, por eso estoy aquí. Cierro los ojos y achaco mi extraño comportamiento a que puede que esta época del año me esté ablandando el corazón. Solo un poco, nada más. Vuelvo a darle otro beso, me separo y sonrío. Ella me devuelve esa sonrisa única de orgullo y emoción por tener a su primogénito de nuevo en casa. Vale, no en su casa de forma literal, pero bastante cerca.

Antes de que os hagáis una idea equivocada de mí por haber tenido este pequeño momento de debilidad, os diré que tengo veintiocho años y soy todo un hombre. De eso no tengáis ninguna duda. Sí, es verdad: he renunciado sin pestañear siquiera al puesto con el que sueñan miles de personas. ¿Y qué? Tampoco es que vuelva con una mano delante y otra detrás, ¿me entendéis? Nuestra empresa es una multinacional muy sólida que cotiza en Bolsa, y me he retado a mí mismo a llevarla a lo más alto en menos de tres años.

Me separo con el corazón calentito y añado:

—Venga, ahora a trabajar.

—Sí, hijo.

Se seca una lágrima cuando cree que no la miro. A mí se me encoge el corazón, pero prefiero que no nos centremos en lo mucho que nos hemos echado de menos.

—Bueno, «Genio de la Lámpara» —continúa para disimular que se siente abrumada, yo sonrío al escucharle decir uno de los muchos motes que me ponía de pequeño—, ¿tienes algo pensado?

—¿Acaso lo dudas? Claro que sí, pero antes de definir un plan de acción para modernizar la empresa, quiero conocer a fondo cada puesto y a cada empleado. Además, necesito saber cuáles son los futuros proyectos de todos los departamentos. Es lo mismo que ha hecho el abuelo en la central desde hace décadas. Tener el control de todo parece imposible, pero hay que intentarlo.

—Cariño, eso puede que te lleve medio año ¡o incluso más! —me dice asombrada.

Niego con la cabeza.

—No, me he dado tres meses de plazo máximo. No podemos dormirnos en los laureles si queremos dominar el mercado la próxima Navidad. A la de este año no llego, aunque podríamos contratar más publicidad en redes sociales.

—Lo que tú consideres mejor, hijo —me dice. Puedo ver que mi determinación la ha emocionado.

—Perfecto. Hay mucha competencia, y el mercado asiático siempre trata de coparlo todo. —Pongo una mueca de disgusto que la hace sonreír un poco. Me quedo pensando cómo llevarlo a cabo y añado—: Me hará falta alguien de confianza en quien poder apoyarme.

—Paqui es mi secretaria y lleva toda la vida conmigo, pero no creo que sea lo que buscas.

—No, mamá. Necesito a alguien que domine la IA y las redes sociales. Alguien con buena presencia, capaz de ganarse a los jóvenes en TikTok y al resto en Instagram. Tenemos que conseguir que todos se desvivan por hacerse con cualquiera de nuestros productos. Piénsalo, ahí tenemos un mercado en el que podemos arrasar: material de oficina, bolígrafos con luces, tazas, guantes, bufandas… Cualquier cosa que logremos volver imprescindible y con la que sepan que pueden hacerse virales por su originalidad.

—Bueno, no sé si alguno de nuestros empleados sabrá hacer eso. El personal es muy cualificado, eso sí, pero cada uno ya tiene

su función. Para lo que necesitas, creo que lo mejor será que contratemos a alguien. Así lo puedes moldear a tu gusto.

—De acuerdo. ¿Puedes avisar a Paqui para que Recursos Humanos se ponga a ello enseguida?

—Claro, hijo.

Tras hacer la llamada, con la intención de que todos me conozcan, me propone salir para hacer la presentación de rigor. Sonrío al verla decir, ilusionada, que tiene una bonita sorpresa para nuestros empleados.

Al girar en el pasillo hacia a la sala principal, reconozco al momento a las dos chicas que me han acribillado en el aparcamiento. Están de espaldas, hablando de forma distendida con otras dos. No sé a qué hora empiezan. Es cierto que aún no son las ocho, pero no tengo dudas de que esos molestos corrillos debo disolverlos en horas de trabajo cuando la oigo decir por lo bajo:

—Puto diciembre de los cojones…

—¿Nadia, es que no te gusta la Navidad? —pregunta mi madre, incrédula.

«Nadia…», repito en mi mente.

Se da la vuelta y la expresión de su cara al saberse descubierta no tiene desperdicio. Me muerdo la lengua para no soltar una carcajada: acaba de meter la pata hasta el fondo. Ella se queda paralizada, con la boca abierta, sin saber qué responder.

La observo durante unos segundos e intento convencerme de que tampoco es tan guapa… hasta que me mira con esos malditos ojazos aguamarina.

No sé por qué me apiado de ella y decido echarle un cable. En realidad, lo hago porque sé que así me deberá una.

—¡Qué va, mamá! Nadia —acaricio su nombre— adora la Navidad, pero no soporta a los listillos que no saben aparcar *derecho*, ¿me equivoco? —suelto con un tono conciliador y toca pelotas.

Ella lo sabe, y yo también. Segunda victoria.

En ese instante, dibuja una de las sonrisas más falsas que he visto nunca mientras nos mira de forma intermitente a mi madre y a

mí. Está claro que tengo que averiguar qué puesto desempeña, porque va a ser el primero que voy a revisar con lupa.

Le devuelvo una sonrisa que, sin tapujos, dice a voces: «Esta pienso cobrármela», e imagino que ya está pensando en comprar un muñeco vudú para clavarme todos los alfileres que encuentre. No importa: acabo de salvarle el culo, y lo sabe.

Odio la Navidad con todas mis fuerzas, pero le agradezco a Santa Claus que acabe de hacerme mi primer regalo.

CAPÍTULO 3
EXPLOSIÓN NAVIDEÑA

Nadia 

Asiento con la cabeza y mi jefa nos mira —por decirlo de una manera suave— extrañada. Se recoloca las gafas y entrecierra los ojos hasta casi convertirlos en dos finas líneas por las que no creo que vea un carajo. Ella es una mujer adorable, pero este tío —que mucho me temo va a ser quien ha dicho Mar y no el chófer de un Uber, aunque encajaría a la perfección— me tiene hasta lo que rima con otoño. No lo conozco de nada y ya tengo ganas de matarlo. Vale, eso suena muy drástico y yo tampoco soy tan bélica. Me conformaría con darle una buena patada en la espinilla —sí, soy de ideas fijas—, ahí, donde más duele. Sabéis de cuál hablo, ¿verdad? Justo en el punto que te da un calambre y te deja cojeando un buen rato. ¡Pues eso!

Le sostengo la mirada al chulito. Si cree que voy a ser yo quien ceda la primera, ¡va listo! Sonrío ligeramente porque he logrado que carraspee y se vuelva hacia mi jefa. Un mal presentimiento me recorre desde los pies hasta el nacimiento del pelo, acompañado de esa descarga eléctrica tan típica que se siente cuando sabes que algo no va bien. Justo entonces, veo cómo su expresión se suaviza por completo al fijar la atención en Fátima.

Acaba de mirarla con… ¿cariño? ¿Por qué de pronto este tío con cara de perdonavidas parece adorar a mi jefa? Esa expresión de devoción no me parece normal. ¿No será de verdad su…?

Una sola palabra me hace caer al vacío.

—Hijo…

¡No, por favor! ¿En serio este idiota es su hijo? No, no y no. ¡Pero si no se le parece en nada! Se me corta la respiración y siento que la piel me arde. Vamos, ¡que fijo he pasado de treinta y seis grados a cuarenta y cinco de fiebre en un segundo! ¡¡¡Jodeeeeerrrrr!!!

—¿Sí, mamá?

Eso lo ha dicho con retintín, ¡seguro!

—¿Qué es eso de aparcar derecho?

Se me acaba de hacer un agujero negro del tamaño de la Vía Láctea en el estómago.

Escarlata avanza un paso y se coloca a mi lado. Noto cómo está aguantando la respiración cuando «Fernando Alonso» —lo digo por lo del cochazo— me mira para responder.

—Esta mañana un *idiota* ha ocupado dos aparcamientos con el coche, y Nadia, muy amablemente he de decir, le ha indicado que solo debía utilizar uno.

No me ha gustado un pelo cómo ha dicho mi nombre, aunque me ha sentado de maravilla oír cómo se llama idiota a sí mismo. Es un insulto muy pobre, pero, de momento, me conformo con eso.

—¿Dentro de la empresa? —inquiere mi jefa, volviéndose hacia mí.

—Sí, Fátima —logro decir.

Se me acerca.

—¿Quién ha sido? —me pregunta en un susurro, con cara de pilla.

El niñato tiene sus ojos clavaditos en mí y vuelve a retarme con la mirada. Ahora me doy cuenta de lo mucho que se parece a Fátima. Acaba de entrecerrar los ojos como ella. Cristo del Gran Poder, ¡dame fuerzas! Sonrío para salir del paso hasta que el tontolaba eleva el mentón, pensando que va a ganar este asalto.

Al final Scarlett va a tener razón con lo de la regla. No sé por qué estoy de esta mala leche. Pienso en mi puesto de trabajo y en la letra del piso que estoy pagando con mucho esfuerzo, y me bajo del burro.

¿Querría? No. Pero no me puedo permitir estar en paro.

Cambio el tercio y me obligo a responder con mesura.

—¡Uy!, Fátima. Se dice el pecado, pero no el pecador —suelto con una sonrisa falsa mientras me clavo las uñas en las palmas de las manos.

—Mujer, ¡tampoco es que vaya a despedirlo por eso! —añade mi jefa, negando con la cabeza.

—No es mi estilo señalar a nadie —insisto—. Además, creo que ha aprendido la lección. O, al menos, eso espero. El pobre era un poco cortito, pero dudo mucho de que lo repita.

—Mmm… ¿Cortito dices? Pues como no sea… —Frunce el ceño y se queda pensando en quién puede ser sin acabar la frase.

El «cortito» y yo estamos en pleno pulso de miradas cuando a Fátima parece encendérsele la bombilla —en su caso, más bien será una lucecita de Navidad— y dice:

—¡Ya está! ¿Toño el de mantenimiento? Está a punto de jubilarse y creo que el pobre ya no está para muchos trotes.

No sé por qué, pero me da la sensación de que el niño de papá está a punto de echar chispas por los ojos cuando también me ve negar con la cabeza. Vale, soy cabezona y muy peleona, ¡lo reconozco! Pero no es mi estilo chivarme de nadie. Y algo me dice que el que está intentando pulverizarme con la mirada, y si fuese un X-Men ya lo habría conseguido, no se cree que no lo voy a delatar.

Me vuelvo hacia mi jefa. Empleo a propósito mi mejor tono de voz suave y dulce, y respondo:

—No. Él no es…

—Mamá, da igual —me corta con el rictus frustrado, y lo entiendo.

Esta conversación de besugos está durando demasiado, y tampoco es que sea un incidente tan importante como para pasarnos media mañana hablando de él.

—Tienes razón, hijo. ¡Ay, que no os he presentado! Andrés es mi hijo mayor y viene a ocuparse de la dirección y gestión de la empresa. Ella es Nadia, directora del Departamento de Diseño. Escarlata, administrativa en el de Compras. Mar, directora del de Administración, y Dulce, directora del de Recursos Humanos.

Asentimos las cuatro. No sé las demás, pero yo no pienso acercarme a ese engendro del demonio ni con un palo. Mucho

menos darle dos besos. Mis buenas intenciones se van de vacaciones pagadas, por no decirlo de una manera más explícita y soez, cuando la sempiterna felicidad de Fátima nos arrastra a no hacerle un feo al de los impresionantes ojitos celestes, quien vuelve a mirarme con cara de satisfacción al oír a su madre.

—Hijo, dales un beso. Recuerda que aquí en Málaga no solo nos ofrecemos la mano.

—Claro, mamá. ¿Dónde habrán ido a parar mis modales? —suelta como si estuviéramos en una novela victoriana.

Se te han quedado en el aparcamiento, pienso al momento.

Por supuesto, se acerca a mí primero y se demora un poco más de lo debido mientras repite mi nombre con retintín.

—Encantado de conocerte…, Nadia.

¿Me ha olido el pelo? ¿En serio se ha detenido a olerme el pelo?

—Igualmente —mascullo, forzando una sonrisa con la que trato de mostrar mi indignación, pero él ya se está presentando a Escarlata.

No me da tiempo a girarme para ver cómo lo hace porque mi jefa me pregunta cómo voy con la caja sorpresa que estoy diseñando para Pascua. Lleva un conejito muy cuqui, y estoy segura de que a las supermamis —esas que han adoptado la costumbre yanqui a fin de no quedarse atrás con respecto a las mamis perfectas de las series— les va a encantar. Así, sus pequeños diablillos podrán buscarlos entre los setos. ¡Dios, cuánto daño ha hecho Hollywood en las mentes de algunas de nuestras congéneres!

—Lo acabé ayer por la tarde. Hablé con Paqui por si tenías hoy un hueco para verme, pero me dijo que tenías toda la jornada con reuniones. De todos modos, si quieres, puedo enseñarte el prototipo en cuanto lo imprima en 3D. Prometo no extenderme más de quince minutos.

De pronto, siento cómo el niñato —que ya ha acabado de sobar al resto— se pega a mi espalda.

—Yo quiero ver ese prototipo, Nadia.

Doy un respingo por el susto. ¿Qué porras ha sido eso?

Lo de acercarse a mí ya me empieza a cansar un poquito.

—Pues no se hable más. Encárgate tú, hijo —dice ella, y a mí me tiemblan las piernas—. Tengo una reunión a las nueve, otra a las once, y por la tarde igual. Hoy no me da tiempo, y estaría bien que tú pudieras echarle un vistazo. De todas formas, estoy segura de que será adorable. Nadia es la mejor diseñadora que hemos tenido nunca, cariño. Me ha costado mucho que la competencia no se la lleve. Sé amable con ella, ¿de acuerdo? —Lo señala con el dedo y ríe abiertamente.

Fátima es tan encantadora y dulce como mi madre. A veces siento el impulso de abrazarla, porque ha convertido mi vida laboral en un sueño. Solo hay un diminuto «pero». Vale, no tan diminuto: la mayoría de mis diseños son para Navidad, y un pequeño porcentaje para Pascua. Aun así, no me importa demasiado. De vez en cuando, tengo algo de tiempo para salir de ese mundo empalagoso y creo cosas diferentes, aunque acaben guardadas en un cajón. Con suerte, algún día ampliaremos el catálogo; si no, me repito que soy feliz donde estoy, a ver si así me lo creo.

—Por supuesto, mamá —dice él sonriendo. Acaba de sentarme mal el café que aún no me he tomado—. Nadia y yo vamos a ser uña y carne. Estoy seguro de que nos llevaremos de maravilla, ¿a que sí?

Me mira con cara de no haber roto un plato, pero yo sé que sería capaz de cargarse la producción nacional solo con parpadear.

Madre mía, ¡cómo estoy hoy!

—Claro, Andrés. —Es la primera vez que digo su nombre y creo que se me ha atragantado.

—Perfecto. Vamos, hijo —dice Fátima—. Te voy a presentar al resto y después toca la sorpresa, ¡que sé que os va a encantar! —agrega, mirándonos a todas como si el mismísimo Papá Noel fuese a entrar en plan ninja por la ventana de su despacho.

Las cuatro sonreímos antes de separarnos sin decir una sola palabra. Solo con las miraditas que acabamos de cruzar las unas con las otras sabemos que a la hora de comer le vamos a cortar un traje a uno que yo me sé.

Al entrar en mi despacho, encima de mi mesa, veo una caja envuelta con papel de ositos navideños adornada con un exquisito

lazo rojo de raso. Parpadeo, incrédula. ¿Quién me habrá dejado esto…? De pronto, las palabras bomba y ántrax me dejan sin respiración.

Tal y como estoy, sin quitarme el abrigo siquiera, me doy la vuelta. Todos mis compañeros están abriendo un paquete muy similar al mío. Cruzo hacia el despacho de Mar y la veo sonreír. Ella ha abierto el suyo y tiene lágrimas en los ojos.

—Mar, ¿estás bien?

Me mira y asiente. Noto que le está costando responderme. Señala el regalo y hace un puchero. Pero ¿qué…?

Cuando lo saca y me lo enseña, me quedo sin palabras.

—Es precioso. Ve a por el tuyo —susurra.

Me doy la vuelta y regreso a mi despacho. Oigo el murmullo de los que ya han abierto los suyos. Son risas y exclamaciones llenas de emoción. Reconozco que tengo curiosidad por saber qué tendrá cada uno mientras sujeto el mío entre las manos.

Tiro del lazo y quito el celo con cuidado. Odio la Navidad, pero me encanta reciclar el papel de regalo —sí, tengo una pedrada considerable, pero queredme como soy—. Abro la caja y siento como si una ola me hubiera tumbado. Dentro hay algo muy sencillo, pero la persona que lo ha hecho se ha tomado muchas molestias para lograr que mis ojos se empañen y sonría al mismo tiempo.

En un marco navideño —por supuesto—, hay una fotografía de mis padres, de mis abuelos y de mí cuando era pequeña. Reconozco la letra de mi madre en la foto.

«La Navidad siempre te recibirá con los brazos abiertos.
Te queremos con toda el alma.

Mamá y papá».

Ahora no solo tengo un nudo en la garganta, es algo más profundo. No aguanto mi peso y me dejo caer en la silla. Mis ojos me traicionan y se me escapa una lágrima. Ni siquiera se me ocurre un comentario sarcástico. Como ha dicho Mar, es un obsequio precioso y me ha llegado al corazón.

Dos suaves golpecitos en la puerta me hacen levantar la cabeza. Es Escarlata.

—Has abierto el regalo —dice sin acritud. La conozco y sé que ella también está afectada.

Lo levanto y se lo muestro.

—Es uno de los días más felices de mi vida: la Nochebuena en la que mis abuelos me regalaron mi primera bicicleta. La foto me ha hecho volver a ese momento. Y viene con una dedicatoria escrita por mi madre.

—El mío tiene la foto de mi familia cuando fuimos a Disney World una Navidad. La dedicatoria la ha escrito mi padre.

—¿Quién ha hecho esto…?

—¿No has leído la nota ni has visto el cheque?

—¿Qué cheque?

Saco el marco a toda prisa. Debajo está el sobre. Lo abro y encuentro una pequeña nota junto a un cheque. Al ver la cifra me quedo de piedra, aunque ni de lejos refleja lo que siento al leer la nota escrita a mano por mi jefa.

«Querida Nadia,
La Navidad es el nacimiento de Jesús y también del amor más puro. Le he pedido a tus padres un bonito recuerdo de estas fechas para que siempre lleves a la niña que fuiste en tu corazón.

Con cariño,
Fátima».

—Joder… —susurro.

—Yo he pensado lo mismo —dice Escarlata, acercándose. Me enseña su foto y sonrío. Todos los suyos llevan un gorro de Mickey Mouse, menos ella, que tiene uno de Minnie.

—Y toda la empresa tendrá el suyo, ¿verdad?

—Creo que sí.

Vuelvo al cheque y no puedo evitar que se me escape:

—¡Señor!

Scarlett sonríe y dice:

—Yo he pensado lo mismo al ver el mío.

—¿Cuánto tiempo le habrá llevado hacer esto?

—No lo sé. Yo creo que todo el año, tirando por lo bajo. Los demás ya han ido a la sala principal. Venga, reponte y vamos a darle las gracias.

Asiento y me borro las lágrimas con los dedos. Antes de salir, ambas nos aseguramos de no tener la máscara de pestañas fuera de lugar.

Sonreímos y enfilamos el pasillo. Cuando llegamos, todo el personal de la oficina está allí. Se nota que la mayoría ha llorado un poquito. Regresar al pasado es bonito, pero duro para algunos.

Intentamos acercarnos a Fátima para agradecerle el detalle: nos resulta imposible. Los compañeros no paran de abrazarla y besarla. El ambiente en la oficina es de emoción y gratitud. Yo creía que este tipo de cosas solo pasaban en las películas empalagosas que ven mis padres, así que estoy sorprendida de que esté sucediendo de verdad.

Para mejorar el momento navideño, nuestra jefa pide silencio. Va a decir unas palabras. El antipático está a su lado. Me niego a mirarlo y me centro en lo que va a decirnos.

—Como os he escrito a cada uno… Sí, ¡me ha costado todo el año poder hacerlo! —ríe y deja la mano lánguida. Todos reímos con ella—. No me ha importado. Vosotros sois el alma de esta empresa. Sin vuestro continuo esfuerzo y dedicación, Green Associated no habría llegado tan lejos. Afrontamos una nueva Navidad, y nos esperan largas jornadas. Estoy segura de que daremos lo mejor de nosotros, aunque eso no significa que no vayáis a tener una recompensa. En mi empresa, las horas extra se agradecen, pero también se pagan. Cada uno ha recibido un cheque para que lo disfrutéis con vuestras familias. Somos lo que somos gracias a vosotros, y eso jamás cambiará. ¡Enrique, dale!

En ese momento, el techo se ilumina por completo con diminutas luces led. Parece un cielo lleno de estrellas. A estas alturas, sabéis de sobra que no soy de luces ni de adornos. Vamos, eso no es ninguna sorpresa. Pero el regalo me ha tocado la «patata» más de lo que estoy dispuesta a reconocer y los ojos se me empañan. Uno con fuerza los labios, intentando mantener el tipo, pero mi mentón decide ir por libre y empieza a temblar. Parpadeo

para no montar un espectáculo. Para mi desgracia, mis ojitos se van solos hacia Andrés, que tiene el ceño fruncido. Está muy serio, mirándome fijamente. La sangre me hierve al verlo ahí plantado, porque ni siquiera tiene la decencia de dejarme recomponerme.

—Voy al baño —le susurro a Escarlata.

—¿Estás bien? —me pregunta al verme.

Uno de mis muchos defectos es que no sé disimular. Se me nota todo en la cara. Si hubiera querido dedicarme al espionaje, el enemigo me habría visto venir desde un kilómetro. Le sonrío como puedo y añado:

—Al final vas a tener razón. Creo que me está bajando la regla.

—Vale, ve. No tardes.

—Sí, mamá —respondo con retintín.

Me escabullo sin que nadie se dé cuenta y camino con brío hacia mi despacho. Cierro la puerta y me apoyo en ella. Mantengo los ojos cerrados, suspiro e intento tranquilizarme. Me acerco al bolso y cojo una compresa, no vaya a ser que al final Scarlett tenga razón.

Abro la puerta para ir al baño y casi me da un parraque.

—¡Joder! —exclamo al encontrármelo justo detrás. Me llevo una mano al pecho, convencida de que el corazón va a salírseme.

—Perdona, no era mi intención asustarte —me dice Andrés con un gesto cómico y una ceja levantada. Al capullo le ha hecho gracia que esté a punto de darme un infarto.

—Lo normal es llamar a la puerta, no quedarse detrás para darme un susto de muerte —me quejo.

—Iba a hacerlo, pero has abierto un segundo antes.

—¡Qué suerte la mía!

De pronto, caigo en la cuenta de que le estoy hablando al futuro jefe de la empresa como si fuera un ligue cutre en un *pub* de mala muerte. Me doy un coscorrón mental porque me está mirando de una manera que no soy capaz de interpretar. Carraspeo y añado:

—Bueno, ¿qué puedo hacer por ti? —digo algo más recompuesta con una dicción impecable. Ante todo, soy una profesional.

—¿Este es tu despacho? —me pregunta, recorriendo cada rincón con una expresión de sorpresa que me «divierte».

Me entran ganas de responderle que no, que es el del director de la NASA, pero me aguanto el impulso.

—Sí —respondo y pienso: «Eso es, escueta. Un punto para ti».

—¿Me dejas entrar?

Quiero gritarle: «¡No, tonto de culo!». En cambio, contesto:

—Por supuesto.

Doy un paso atrás y, con un gesto de la mano, lo invito a pasar. Cierra la puerta y, no os voy a mentir, me tenso al instante. Este me va a soltar un puteo del quince. Lo veo venir.

—¿Estás bien? —me pregunta, y yo me quedo a cuadros.

—¿Qué?

—Que si te encuentras bien. He visto que estabas a punto de llorar y te has marchado de la sala a toda prisa.

—Yo no estaba a punto de…

Me mira y ladea la cabeza. Levanta la misma ceja y comienzo a hablar como si la mismísima CIA me estuviera interrogando con pentotal sódico.

—¡Vale, sí! —Resoplo al verme descubierta—. La fotografía del regalo me ha devuelto a mi niñez. Fátima se ha tomado tantas molestias en hacernos este precioso detalle que me ha cogido por sorpresa.

—¿Me la enseñas? —dice sin más.

Este tío es tonto de manual. ¿Para qué querrá ver la foto?

Nadia, que es tu jefe. Te está pidiendo ver algo que le vas a enseñar a todo el mundo. Hazlo y tal vez se pire.

—Claro.

Me acerco a mi mesa y saco el marco de la caja. Me hago la fuerte y se la doy en la mano sin echarle un vistazo. Él la mira muy concentrado, hasta que dibuja una impresionante sonrisa de esas de verdad, no de las fingidas. Aquello me bloquea un instante.

—Un recuerdo muy bonito —añade sin dejar de mirarla.

—La dedicatoria está escrita por mi madre. No sé cómo Fátima ha conseguido hacer esto con todos.

—Mi madre es única. Supongo que como todas las madres para sus hijos —dice mientras me devuelve el marco.

—Es mucho más que eso —suelto sin pensarlo porque es lo que siento.

—¿A qué te refieres?

—No puedo decirlo en voz alta porque parecería falso, y no es así para nada. —Sonrío un poco—. Quédate con que todos la apreciamos de verdad.

—Vaya, no ha sido tan difícil.

Lo miro extrañada.

—¿El qué?

—Ser amable por una vez.

Esa respuesta me hace gracia. Tal vez no sea tan gilipollas como pensaba y solo se ha levantado con dos pies izquierdos como yo.

Suspiro y añado:

—Gracias por echarme un capote con tu madre. Digo… antes.

—De nada. Pero me debes una.

Tuerzo la boca para no soltarle lo que estoy pensando. En vez de eso, bajo la mirada al suelo y me muerdo la lengua.

—Claro —repito.

—¿Eso es todo? ¿No vas a responder nada sarcástico? —Sonríe de nuevo y yo me acuerdo de sus ancestros.

—Eso ha sido porque no sabía que eras mi jefe.

¡Toma, en todo el morro!

—Tienes razón. Aun así, sigo siendo Andrés. No lo olvides, Nadia.

¿Eso qué significa? ¿Y por qué me da la sensación de que cuando dice mi nombre se recrea en él?

Voy a dejarle las cosas claras. De verdad que esa es mi intención, ¡palabrita del Niño Jesús! Pero en cuanto abro la boca, la ironía se apodera de mí. En vez de ponerlo en su sitio, me sale algo totalmente fuera de lugar y, encima, con un toque de zalamería empalagosa que hasta yo me doy vergüenza. Vamos, que acabo hablando igual que él, como si nos conociéramos de toda la vida.

—Lo tendré en cuenta, Andrés. Eso sí, no olvides aparcar «derecho» o me chivaré a tu madre.

¡Qué estupidez acabo de decir! Creo que solo con un coscorrón mental no me va a valer. Estoy a punto de decirle que es una broma, pero él se adelanta.

—Tranquila, que ya no se me olvidará nunca. Volvamos a la sala.

Uff…

—Sí, claro —acierto a decir.

Meto el marco en la caja y lo sigo hasta la puerta. Él la abre y hace un ademán para que salga primero. No sé qué ha ocurrido aquí dentro y prefiero dejarlo atrás.

Si el puñetero espíritu de la Navidad me ha ablandado el corazón, me voy a cabrear y mucho.

Scarlett nos ve aparecer juntos y me observa con esa expresión suya de: «te voy a hacer un test de cien preguntas en cuanto estemos a solas».

Niego con la cabeza y me dirijo a la sala de descanso. O me tomo un café o me desplomo. Y no puedo permitirme pedir la baja.

CAPÍTULO 4
¿Y TÚ CÓMO TOMAS EL CAFÉ?

Andrés 

Camino detrás de ella. Su cabello azabache ondulado me hace perder incluso el hilo de mis propios pensamientos. Estoy muy enfadado conmigo mismo. Mi comportamiento ha sido inadmisible. Lo admito, algo se ha removido dentro de mí cuando la he visto con los ojos llenos de lágrimas. Ese es mi talón de Aquiles: no soporto ver llorar a una mujer. Supongo que tener una hermana nueve años más pequeña despertó mi instinto de protección desde el momento que sus deditos regordetes se aferraron a uno de los míos. Me quedé paralizado. No esperaba que algo tan diminuto tuviese tanta fuerza. Aún recuerdo ese día como si fuera hoy.

Sonrío al pensar en Marina y enseguida entiendo por qué me he preocupado. Jamás permitiría que le sucediera nada, y la única explicación que se me ocurre es que mi cerebro ha hecho una asociación de ideas.

Me convenzo de que tiene que ser eso, ya que me niego a admitir que estaba empezando a obsesionarme con no saber la razón por la que ha salido corriendo. Confirmar que solo se ha dejado llevar por la emoción del momento me ha dejado más tranquilo, aunque ahora sé que me he precipitado. No sé qué demonios me ha impulsado a seguirla hasta su despacho para saber cómo estaba. No era de mi incumbencia y ella no me importa nada.

Vamos, nada de nada.

¿Vosotras qué decís? A mí me da igual Nadia.

Uff… Haced el favor de no poner esa cara. ¡La acabo de conocer! Además, tengo una norma que no pienso romper: no voy a tener ningún tipo de relación con nadie de la empresa ni voy a permitirlo en cuanto yo tome las riendas. Eso debo dejárselo claro a mis padres. Y lo primero de todo es que lo que he hecho no va a volver a ocurrir.

Perdonad mi verborrea mental, ya continúo.

Al entrar en la sala, veo que mi padre ya ha llegado. Mi madre y él están en su salsa: charlan con todos y ríen por algo que le ha dicho alguien que está de espaldas. ¡Señor!, es llegar diciembre y explotar el espíritu navideño en sus cabezas, ¡y por todas partes! ¿Es que no se dan cuenta de que cada minuto que desperdiciamos son miles de euros tirados a la basura en sueldos y seguros sociales? ¡Tengo que parar esto ya!

Estoy decidido a cortar esta fiesta improvisada, que no viene a cuento, cuando Nadia se da la vuelta y me dice:

—Necesito un café urgentemente. Voy a hacerme uno, ¿te apetece?

Oír de sus labios esa pregunta me deja descolocado porque lo primero que me viene a la cabeza es que me *apetece todo* con ella. Joder, pero ¿qué demonios me pasa?

De repente, alguien sube el hilo musical más de lo debido. Un calor sofocante me sube por el cuello al oír las primeras notas de *Los peces en el río*. ¡Esto es el colmo!

—Sí, claro… —mascullo mientras recorro la sala con los ojos entrecerrados—. Dame un momento —añado despacio, con el dedo índice levantado para que espere donde está.

Estiro el cuello, buscando al *DJ*. Lo localizo a un lado de la sala. Voy a decirle que lo baje cuando veo a mi madre aplaudir. Ella es quien le ha pedido que ponga el villancico a toda pastilla. Empieza a cantar a pleno pulmón junto a mi padre y los que la rodean, y se me hace un nudo en la garganta al verla tan feliz. ¿Por qué todo el mundo está… radiante?

Un escalofrío me recorre la espalda. No sé si es que vivir en Estados Unidos me ha cambiado mi forma de ser o que estas fechas no me gustan nada porque las veo comerciales y con demasiada

falsedad. De un modo u otro, no voy a dejar que mi antipatía destroce la sonrisa de mi madre.

Ni siquiera yo estoy tan amargado.

—¿Te decides? —me insta Nadia con la cara descompuesta, como si el mismísimo fantasma de la Navidad le hubiera susurrado algo al oído.

¿Y ahora qué le pasa?

—Sí, vamos.

Entramos en la sala de descanso. Apenas la reconozco después de tanto tiempo. Hay tres máquinas expendedoras con todo tipo de productos —sanos y no tan sanos—, varias cafeteras de cápsulas, dulces caseros y mantecados para surtir a media España.

¡Ay, mamá…!

—¿Cómo tomas el café? —me pregunta, resoplando.

Me hace gracia cómo se le hace una arruguita en el entrecejo al fruncir el ceño.

—Mitad de leche y poca azúcar.

—El azúcar es el demonio personificado, pero ¡qué buena está!

—¿Y tú cómo tomas el café?

—Yo prefiero una nube[1]. Bastante genio me gasto ya como para azuzarlo con este líquido maravilloso y adictivo.

¿Una nube? ¿Eso qué es?

Voy a preguntarle, pero me pasa mi taza y me quedo embobado al ver que se lleva la suya a la nariz e inspira mientras dice:

—Hola, cariño… —sonríe antes de darle un pequeño sorbo.

—¿No te quema?

—Un poco, pero ¡qué bien sienta!

Con la taza en la mano, se dirige a una de las máquinas. Tengo que aguantarme la risa porque no sé da cuenta de lo que está haciendo: con los mofletes inflados, empieza a dejar salir el aire mientras decide qué va a comprarse.

—Jamón y queso. ¿Qué quieres tú?

—Con el café está bien.

—¿Pero tú has desayunado? —Me mira como si fuera un *alien* cuando levanto mi taza—. Con eso no vas a durar ni una hora al ritmo que trabajamos aquí.

—Tranquila, podré resistirlo.

—Y dale…

—¿Qué? —pregunto porque no la sigo.

—Es la segunda vez que me dices que me tranquilice. Ya te he dicho en el aparcamiento que yo siempre estoy tranquila.

—Es una forma de hablar.

—Ya.

No me gusta nada la chulería con la que ha chasqueado la lengua antes de dar el primer bocado. En serio, ese gesto que me saca de mis casillas. Soy su jefe, no su compañero de trabajo. Esto he de pararlo ahora mismo, pero me giro hacia la puerta cuando la música vuelve a subir. Al volverme hacia ella, me dan las siete cosas cuando me doy cuenta de que se está atragantando con el sándwich que acaba de sacar de la máquina.

—¡Nadia! —exclamo al ver cómo lucha por respirar.

Me planto en su espalda en un instante. Le rodeo la cintura con los brazos, entrelazo mis manos bajo su esternón y presiono con fuerza. Ella escupe el bocado e inspira con la boca abierta para recuperar el aliento.

Tose varias veces antes de apoyar la espalda en mi pecho. Su respiración sigue entrecortada después del susto.

—¿Estás bien? —pregunto muy preocupado, apoyando mi mejilla en su frente por la impresión.

Cristo del Gran Poder, ¡así tienen que oler los ángeles!

—No me sueltes… —atina a decir.

—No pienso soltarte —agrego en su oído, con mis manos aún alrededor de su cintura—. Respira. Tú solo respira.

Después de unas cuantas de esas respiraciones que acabo de pedirle que tome para alargar este contacto, noto cómo su cuerpo comienza a relajarse y le van regresando las fuerzas.

—Ya… ya creo que puedo sentarme —me dice agotada.

—¿Estás segura?

—Sí. —Asiente muy despacito.

A regañadientes, la separo de mi cuerpo. Le doy la mano para que mantenga el equilibrio y ella la acepta. Sin soltarla, cojo una silla y se sienta. Me pongo delante, agachándome para ponerme a su altura.

—¿Mejor?

—Jamás me había atragantado. ¿Cómo sabes hacer la maniobra…?

—¿De Heimlich? —digo y ella vuelve a asentir con los ojos aún brillantes por el esfuerzo—. Hice el curso de primeros auxilios hace años. En mi adolescencia, fui socorrista durante varios veranos. Me ayudó bastante a mantenerme en forma y a ganar un sueldo.

Sonríe levemente.

—¿Ganar un sueldo? —me pregunta con un deje de burla—. Ni que necesitaras trabajar… —añade bajando el tono.

—¡Y tanto que sí! —suelto fingiendo indignación—. Durante los doce años que he vivido con mis abuelos en Cambridge, he tenido que ganarme cada maldito dólar con el sudor de mi frente.

Respiro al ver que sus mejillas vuelven a tener color. Me incorporo y cojo otra silla para sentarme junto a ella.

—Cambridge…, ¿Inglaterra? —pregunta, uniendo las cejas en un gesto que hace que vuelva a formársele esa arruguita tan graciosa.

—Cambridge, Massachusetts —aclaro—. Donde se encuentra la sede principal de nuestra empresa.

—Es verdad —dice y mira hacia la puerta. Pestañea varias veces y después pone los ojos en blanco.

—¿Qué?

—Menos mal que nadie se ha dado cuenta de que por poco me ahogo. Me hubiera muerto de la vergüenza. ¡Mi café!

Se levanta como un resorte y coge su taza de la encimera. El resto del sándwich lo tira a la basura. Supongo que para no tentar a la suerte. Apoyada en el borde, toma un sorbo. La mueca de disgusto que pone al decir que se le ha enfriado me gusta aún más que la de fruncir el ceño.

¡Céntrate, Andrés! ¡Que eres su jefe!

Observo cómo se va volando hacia el microondas, mete la taza y la recalienta. Tengo la sensación de que el tiempo avanza más despacio. Sé que es imposible, tanto como que ella no se dé cuenta de que estoy sentado en mitad de la sala de descanso y de que no le quito el ojo de encima.

Regresa a la altura de la encimera donde se ve la sala y vuelve a apoyarse sin mirarme.

—¿No te bebes el tuyo? —pregunta como si nada.

—Se me han quitado las ganas.

Clava sus dos aguamarinas en mí y suelta:

—La vida es efímera. Demasiado como para que…

Me quedo esperando a que termine la frase, pero no lo hace: está demasiado centrada en mis otros empleados que, junto a mi bendita madre, se están desgañitando con *Campana sobre Campana*.

—Demasiado corta como para que… —repito con la esperanza de enterarme del resto.

—¿Puedo hablarte con franqueza?

Esa pregunta me deja otra vez descolocado, aunque no puedo resistirme a decirle que sí.

—Mmm… Claro.

—¡Míralos! —Mueve la cabeza hacia sus compañeros—. No me malinterpretes, adoro mi trabajo más que nada en el mundo, pero ¿por qué son tan… felices?

—Es diciembre —respondo, como si con decir eso fuera más que suficiente para explicar lo que está sucediendo.

—¿Y…?

—A ti no te gusta ni un pelo la Navidad… —digo recreándome en cada palabra. Incrédulo, sí, aunque me reconforta saberlo.

Sin duda, esto es un punto para los dos.

—Bueno, tanto como eso…

—¿Sabes que trabajas en una empresa que se dedica casi en exclusiva a artículos navideños?

Resopla y bebe otro sorbo.

—A ver, adoro el diseño y todo lo que hago. ¿Me encantaría poder crear de vez en cuando alguno que no tuviera temática

navideña o de Pascua? Definitivamente, sí.

Suelto una carcajada porque esta chica es una caja de sorpresas, pero de esas que te acojonan un huevo.

Rechina los dientes y añade:

—Esta mañana me estoy cubriendo de gloria, ¿no?

—Bueno, estaría bien que disfrutaras con lo que haces, aunque me conformo con que seas profesional y te esfuerces.

—Te aseguro que soy muy profesional y que siempre me esfuerzo al máximo —se defiende sin miedo—. Aunque tengo el pálpito de que, después de esta conversación, vas a mandarme derechita a Recursos Humanos a por mi finiquito.

Vuelvo a reírme. Sé que quien no está siendo profesional en este momento soy yo. ¿Y qué? Es diciembre, y eso lo explica todo.

—Primero deja que compruebe si de verdad eres tan buena como dice mi madre. Si te despido sin más, este año Papá Noel no me traerá ningún regalo.

¡Joooder! ¿Habéis oído eso? Ha sido mi mano dándome una palmada en la frente por gilipollas.

¡Que no estamos en una cafetería, Andrés! ¿Me habrá sentado mal el maldito café?

—Dudo mucho de que te quedes sin regalos —dice con un tono neutro. ¡Menos mal!

Nos miramos como si fuésemos cómplices de algo. La cuestión es: ¿de qué? En serio, tengo que parar esto.

Sus facciones se ensombrecen sin venir a cuento y me pregunto qué estará pensando.

—Siento lo de esta mañana —suelta de repente. Yo asiento por puro reflejo—. De verdad, no sabía que eras… eres —se corrige — mi jefe. Ha estado mal por mi parte hablarte de ese modo.

—¿Eso quiere decir que se lo habrías dicho a cualquiera?

—Bueno…, me has pillado en horas bajas. Soy como un Gremlin que no puedes regar con el espíritu navideño.

—¿Y si hubiera sido un cliente importante? —espeto, bastante preocupado por su falta de decoro.

—¿Sin ser ni las ocho de la mañana? A esa hora solo estamos los trabajadores y los repartidores.

—Pero no podías saber si yo era uno.

—Por eso acabo de disculparme —replica con algo que me parece hartura, como si yo fuera idiota.

Eso no voy a tolerarlo.

—Es tu primera falta. No lo repitas.

Ladea la cabeza y veo perfectamente cómo traga para no soltarme una bordería. Estoy seguro de que, si no fuera su jefe, ya me habría deleitado con cinco seguidas. Por suerte, lo soy. Así que sabe que no puede sobrepasarse o estará en problemas.

¡Eh, no penséis eso de mí! Soy humano, ¿vale? Lo hago lo mejor que puedo.

Inspira y endereza la espalda, mirando hacia la puerta. No me da con ella en las narices por lo que ya sabemos, pero creo que faltan menos de dos segundos para que se marche y me deje aquí conmigo mismo.

—No lo haré, señor McClane —dice, y me da la sensación de que se está conteniendo por cómo frunce los labios.

—Ese es mi padre, Nadia. Yo soy Andrés.

—Mi jefe —recalca—, y me has puesto una falta.

Las risas que llegan de la sala se mezclan con el siguiente villancico. Ahora no presto la suficiente atención para recordar cuál es. No quiero que nuestra relación se quiebre antes siquiera de comenzar.

¡Un momento! No veáis corazones y mariposas flotando donde no los hay. Me refiero a nuestra relación laboral. A ninguna más.

—Con razón.

—Supongo —contesta y resopla de nuevo.

¿Van tres ya? Debería haberlas contado.

—De acuerdo, lo dejaré pasar por esta vez. Pero…

—Que no vuelva a repetirse —añade, acabando mi frase.

Ese tono va a ser mi perdición. Ese tono, y esos ojazos que ahora no saben qué pensar de mí.

La observo un instante y me doy cuenta de que con esta tirantez no vamos a poder trabajar. Vale, eso es mucho especular: lo reconozco. Pero este es mi capítulo y son mis pensamientos. No me

lo tengáis en cuenta; bastante tengo ya con el fiestorro que se han montado mis padres ahí fuera, aun sabiendo que yo empezaba hoy. Miro el reloj. Solo son las nueve menos cuarto, pero la fiesta sigue a todo trapo.

Por favor, Andrés, ¡deja de ser un grinch!

Olvido mi cruzada contra la Navidad y me acerco a ella. Sonrío y le ofrezco la mano en son de paz.

—Empecemos de nuevo —digo, repitiendo el movimiento—. Soy Andrés McClane Green.

Decido obviar a propósito que soy su jefe. Ella lo capta al momento y también sonríe. Un avance.

—Nadia Ángel Mellado. Encantada, Andrés. —Estrecha mi mano con decisión—. Soy la directora del Departamento de Diseño Gráfico.

—Eso podías habértelo ahorrado, ¿no crees? —añado en tono suave de regaño mientras ladeo la cabeza.

—Supongo.

—¿Has dicho que tus apellidos son Ángel… Mellado? —pregunto aguantándome la sonrisa.

—Como te rías, me planto ahora mismo en Recursos Humanos a pedir mi finiquito. Te juro que ya he oído todo tipo de ocurrencias sobre mis apellidos, incluso las que aún no se te han pasado por la cabeza.

—Tranqu… —comienzo y me paro en seco—. Descuida, no voy a decir nada al respecto.

Me mira un instante antes de responder:

—Rápido, y gracias.

Los villancicos cesan y la música vuelve a sonar de fondo, lejana. Miro hacia la sala y parece que la fiesta empieza a disolverse: todos regresan al trabajo. ¡Por fin!

Me giro hacia ella y su rostro me dice que nuestra pequeña burbuja acaba de explotar.

—He de ir a mi despacho —suelta como excusa para escaparse.

¿Qué dices de excusa? ¡Es su trabajo!

—Bien. Nos vemos en quince minutos. Quiero que me expliques con detalle todos los proyectos que has diseñado durante todo este año y los que tienes pensados para el próximo.

—¿Hoy? —pregunta asustada.

—Sí, claro.

—No puedo. Tengo que terminar dos diseños antes del día cinco o Fátima sí que me dejará sin la nómina de diciembre.

—Tranquila, yo hablo con ella.

La vena de la frente le empieza a pulsar. ¿Qué demonios he hecho ahora? Joder, le he dicho de nuevo «tranquila».

—Como quieras.

Lo pienso mejor y suelto:

—De acuerdo. Los veremos el viernes.

Asiente y se marcha. Varios empleados entran con la adrenalina a tope después de haber estado cantando. Los saludo con la cabeza y me dirijo a mi despacho. Tengo que pensar en cómo voy a afrontar este trabajo y… a Nadia.

CAPÍTULO 5
uN GOLPE DE REALIDAD

Nadia 

Tengo la adrenalina a mil al abrir la puerta de mi despacho. Os juro que aún no soy capaz de asimilar que he estado a punto de morir atragantada… y que él me ha salvado la vida. Me siento y empiezo a revisar los correos cuando entra Scarlett, llevando dos tazas de café. Las deja sobre la mesa y, acto seguido, cierra la puerta. Lleva puesta la máscara de «voy a someterte a un tercer grado ahora mismo». Yo no tengo ganas ni de mirarme a la cara. Por suerte, capta la señal: «no me toques el madroño, que no estoy para ferias».

—¡Uy!, ¿a ti te qué te pasa? Tienes la misma cara que se nos queda cuando el ginecólogo dice: «Señorita, la sequedad vaginal se debe a la falta de folleteo» —suelta y me mira con los ojos entornados mientras bebe un sorbito de su taza.

Por mucho que lo intento, no puedo contenerme y me echo a reír. ¡Qué bruta es cuando se lo propone! El rebuscado comentario cumple su función y comienzo a relajarme un poco.

—He estado a punto de ahogarme en la sala de descanso.

—¡Qué dices! —exclama y suelta la taza de golpe. Como un resorte, se pone en pie y rodea la mesa en un suspiro—. Por Dios, ¿estás bien? ¡No me mientas!

Sin cortarse ni pizca, me sujeta las mejillas y me mira fijamente a los ojos. Me gira la cabeza y me examina de cerca.

—Oye, ¡suéltame! —me quejo—. En serio, estoy bien. Andrés me ha hecho la maniobra Heimlich y he escupido el bocado enseguida —le cuento como si nada, pero me bebo de un trago casi medio café.

—¿Qué coño estabas comiendo? —pregunta con un tono mucho más alto de lo habitual.

—Un sándwich.

Le resumo lo que ha ocurrido y la veo coger de nuevo su taza mientras carraspea de un modo que no me gusta nada.

—Te he dicho mil veces que esos bocadillos de la máquina son veneno. Deja de ser tan vaga y ¡tráetelo de casa! —me regaña antes de volver a sentarse—. ¿De verdad estás bien? —insiste.

—Sí, Andrés ha sido muy rápido y, gracias a él, estoy aquí. Me ha contado que ha sido socorrista…

—Ya van dos veces que llamas *Andrés* al gilipollas.

Inflo los mofletes mientras pienso qué voy a responder.

—No digo que no lo sea, pero también es nuestro jefe. Mejor no volvemos a llamarlo así. Como nos pillen, nos vemos las dos de patitas en la calle.

—Vale, dejemos a nuestro querido jefe a un lado. Con todo el lío de esta mañana, no me has respondido aún. ¿Vas a darle una oportunidad a Jacobo? —dice como si nada, cambiando la conversación por completo.

—Es mono, aunque no es mi tipo.

—Nadia, está bien que haya telarañas en las esquinas detrás de las cortinas y en el campo, pero no en tu…

—Shh… —me río bajito—, ¡no se te ocurra acabar esa frase!

—Y hace seis meses que cortaste con…

—¡Ni lo nombres! —le advierto, apuntándola con un dedo.

—Acepto. Ese es otro gilipollas del que mejor no hablamos, pero *Jacob* —dice pronunciándolo en inglés, creyendo que así va a parecerme más interesante— es un amor. Además, he visto cómo te seguía con la mirada cuando has entrado en la sala de descanso.

—Ah, ¿sí? Pues ya podía haberme *seguido* del todo para salvarme de morir ahogada.

—Ibas con el nuevo jefe. ¿Qué querías que hiciera?

—¿Echarle huevos? —respondo con musicalidad.

Ríe, y yo con ella.

—Una copa de vino. Si no, lo despachas y punto.

—¿Pero a ti qué te ha dado con que acepte una cita con él?

—Es que es muy simpático…

—¿Scarlett? —digo estirando su nombre hasta el infinito.

—Joder, ¡contigo no hay quien pueda! Me he apostado con Nerea de Ventas cien euros a que conseguiría que salieras con él.

—Menuda amiga estás hecha.

—Venga, Nana —me nombra por mi diminutivo, zalamera—. La Navidad está a la vuelta de la esquina y tengo que comprar muuuchos regalos. Hazlo por mí. ¡Te doy la mitad!

—Tendría que quedarme con los puñeteros cien euros para mí solita. Lo voy a hacer porque yo sí que soy un amor, pero solo una copa, ¿eh? ¡Nada de cenar! Y que sepas que este sábado no te libras de poner los adornos en mi casa.

—Lo sé, lo sé. En cuanto a lo de la copa…, con tal de que salgáis, gano la apuesta. No hace falta que cenéis ni nada —dice, mirándome de una forma extraña. Sonríe y bebe otro sorbo de café.

—¿Algo más que deba saber? —Resoplo con ganas.

—Le gustas de verdad —añade mucho más seria—. No le rompas el corazón sin motivo.

—Escarlata, le voy a romper el corazón sí o sí porque a mí no me gusta. Solo lo hago por ti.

—Lo dudo mucho.

—¿Por qué?

—Porque, si no te gustara lo más mínimo, ni el mismo Moisés separando las aguas lograría que salieras con él.

Ambas reímos. Quizás tenga un poco de razón.

—¡Lárgate ya! Tengo que acabar un diseño antes de comer.

Se levanta y se lleva las tazas vacías.

—Nos vemos luego.

—Sí, gracias por el café.

Me guiña un ojo y se marcha. Me paso las siguientes cinco horas seguidas sin levantarme de la silla. Cuando quiero darme cuenta, son las dos y cuarto. Me froto los ojos y le echo un último vistazo a mi diseño de unas campanillas que parecen tejidas a mano con lana. Estoy muy satisfecha por haberlas terminado mucho antes de lo que pensaba y sonrío de forma espontánea. Me han quedado magníficas.

Levanto la mirada y me llevo un buen susto al ver a Andrés apoyado en la puerta, observándome.

—¡Jod…! —me contengo a tiempo.

—Anda, acaba. Por mí, no te reprimas —dice, aguantando a duras penas la sonrisa.

—Yo que tú ya iría buscando a otra diseñadora. En una de estas, acabas conmigo.

Esta vez sonreímos los dos.

—No era mi intención…

Entra y se sienta frente a mí, como si el despacho fuera suyo. Me muerdo la lengua al darme cuenta de que, en realidad, así es. El despacho y, si me apuras, ¡toda la empresa! Está bien, ¡lo acepto! Todo cuanto hay aquí le pertenece… menos yo y mi bolígrafo de tulipanes azules. Ese me lo regaló Escarlata cuando entré a trabajar y se irá conmigo a la tumba. O hasta que me tenga que comprar otro porque se rompa.

Mira alrededor y frunce el ceño ligeramente, como si buscara algo. Me pregunto qué maldades estará pensando. Cuando estoy a punto de empezar a enumerarlas en mi cabeza, me suelta:

—Quiero que vayamos a comer juntos para hablar de tu trabajo. El departamento de diseño es el más importante de la empresa y quiero estar al tanto de todo. Esta mañana me ha dado tiempo a revisar en qué está inmerso tu equipo, pero quiero que me hables de lo pendiente para este año y de los proyectos del próximo.

—Preferiría verlo esta tarde, después de comer. Ya he terminado el primer diseño y puedo concederte un par de horas —negocio mientras pienso que va a ir a comer con él Rita la Cantaora.

Me mira con una expresión que no logro descifrar. Probablemente sea porque tengo un hambre considerable. No he comido nada por miedo a atragantarme de nuevo. Por desgracia, mi cuerpo me traiciona y las tripas comienzan a rugirme como si no hubiera un mañana.

—Creo que tu estómago ha hablado por ti.

—He quedado con Escarlata para comer —trato de zafarme.

—Ella puede esperar. Yo soy tu jefe.

Lo dice con un tonito que consigue que me suba la adrenalina por el cogote. Levanto la barbilla y lo que iba a decirle se me queda atascado en la garganta. Las palabras hipoteca, seguro del coche, de la casa, la factura de la luz y del agua son las que me impiden responderle.

—Voy a avisarla. No me gusta dejar plantado a nadie.

—Está bien.

Creo que voy a entrar en ebullición cuando veo que se queda ahí como un pasmarote, esperando a que haga esa llamada. Al menos Escarlata se ha reprimido y no me ha soltado nada escandaloso.

—Dame cinco minutos y nos vemos en la sala de descanso —digo sin pestañear. Como no vaya al baño, va a ser un almuerzo muy interesante.

—Vamos a un restaurante, he hecho una reserva.

—Solo tengo una hora para comer —respondo con chulería.

¿Este tío es tonto o se lo hace? Me doy patadas en el culo para sacar el trabajo adelante y ahora pretende que pierda el tiempo en una comida que dudo mucho que se pueda considerar un almuerzo de empresa.

—Mi madre está de acuerdo, si es eso lo que te preocupa.

Subo los hombros para demostrarle que, si quiere pagarme por comer fuera, allá él.

—Ahora vuelvo.

—Tenemos el tiempo justo.

—No voy a salir huyendo, Andrés. Tengo que ir al baño. ¿He de pedirte permiso también?

Se ve a la legua que no se lo esperaba porque me enseña las palmas de las manos en señal de negativa.

—No, claro que no.

—¡Genial!

Con mucha dignidad, me cuelgo el bolso y desaparezco por el pasillo. Antes de regresar, me tomo mi tiempo. Me lavo las manos, me pongo mi aceite labial y me peino un poco. Ante todo, presencia.

Cuando regreso, está escribiendo en el móvil como un poseso. Estará quedando con la de turno. *Este* seguro que tiene cien

tías haciendo cola y babeando porque les haga caso. ¡Arrrggg!

—Ya estoy —le aviso.

Asiente y se pone en pie. Se guarda el móvil y, al mirarme, aprieta la mandíbula.

¡Dios! Ya le caigo mal ¡y solo lleva seis horas en la empresa!

—Vamos en mi coche —suelta con tono grave y me hace una señal con la mano para que vaya delante.

Cuando cruzamos la sala, está casi desierta. Algunos viven cerca y van a casa a comer, otros están en la sala de descanso.

Llegamos al aparcamiento y me cuido mucho de sonreír al ver su coche bien aparcado.

—Venga, dilo. Lo estás deseando —dice subiendo la comisura del labio.

Se le cae un mechón en la frente y me clava sus ojazos cristalinos. Si no fuese tan borde, tendría que admitir que es guapísimo. Chasqueo la lengua y bajo las pestañas como si lo conociera de toda la vida. Un golpe de realidad me da en toda la cara cuando veo pasar a Escarlata por detrás de él mientras se señala los ojos con dos dedos y después los dirige hacia mí varias veces.

Sé que está bromeando, pero ese simple gesto ha conseguido que me centre.

—No sé de qué estás hablando —respondo al fin.

Abre las puertas y me siento en la pura gloria. Asientos de cuero calefactables, salpicadero con una pantalla enorme. Este coche tiene todos los extras imaginables y yo pienso en el mío, que no le llega ni a la suela del zapato.

Me giro y me pongo el cinturón. Si tenía ganas de pasarme por las narices el dinero que tiene, se lo podía haber ahorrado. Salimos de la empresa y noto cómo de pronto relaja los hombros. ¡Necesito un manual de instrucciones para entender a este tío!

—¿Ni un comentario despectivo sobre mi coche? —pregunta sin mirarme.

—El coche no tiene la culpa.

Suelta una carcajada.

—¿Tan malo soy?

—Eres mi jefe. Todo el mundo sabe que eso significa que eres el enemigo.

Abro los ojos de par en par y aguanto la respiración. ¿Pero qué demonios me pasa hoy? Como siga así, voy a conseguir que me echen antes de terminar la jornada.

Carraspeo y añado para intentar arreglarlo:

—Solo bromeaba. El coche es una maravilla.

—Gracias. Me ha costado mis ahorros de los últimos tres años. Llevo soñando con tener este coche desde que salió el modelo.

Se calla de pronto y pone el intermitente para salir por la autovía. Me pregunto si vamos a comer al centro comercial Plaza Mayor, pero se desvía a la altura del Hospital Quirónsalud Málaga.

—¿A dónde me llevas? —digo cuando gira en la rotonda y toma el camino contrario al Málaga Nostrum.

—Me han hablado de un italiano cerca de aquí en el que hacen unas pizzas increíbles. He llamado esta mañana y he hecho la reserva.

—Mientras llegue a la empresa antes de cerrar…

—No es un almuerzo de placer: estamos trabajando.

—Sí, claro —respondo, aunque en realidad lo que quería decir se parecía más a: «Lo que tú digas».

Callejea y aparcamos. Al bajarme del coche, me quedo helada. En esta zona hace un frío que pela. El viento que se levanta en la avenida me lanza hacia atrás y me hace trastabillar. Para colmo, no veo un pijo porque mi cabello se mueve hacia todas partes. Estoy a punto de tropezar, pero Andrés evita que me coma el suelo al atraparme entre sus brazos.

—¡Cuidado, Nadia!

—¡Coño con el puto viento! —suelto con la delicadeza de un albañil con resaca frente a un bocata de panceta.

—Agárrate a mi brazo, que vamos a salir volando.

—Esto es dedicación al trabajo y lo demás son tonterías —me quejo mientras cruzamos la calle.

Apenas son cinco minutos lo que tardamos en llegar al restaurante, pero os juro que me siento como si hubiera hecho un

entrenamiento de remo.

Cuando entramos, me horrorizo al ver mi reflejo en el espejo que hay detrás de la barra. Por supuesto, también veo el de Andrés. Él está perfecto mientras que yo parezco que acabo de terminar una sesión de electrocución.

—Como te rías… —lo amenazo, pasándome los dedos por el pelo.

Sí, sí… ¡Ríete tú de los nudos gordianos!

—Jamás se me ocurriría.

Un camarero se acerca y nos lleva hasta nuestra mesa. No esperaba encontrar el restaurante tan lleno un lunes, pero está cerca de las consultas del hospital y eso le da mucha vida a la zona. Nos deja la carta y toma nota de la bebida. Un vino caliente especiado estaría de lujo, pero me conformo con agua del tiempo.

—Lo siento, no sabía que haría este viento por aquí —me dice a modo de disculpa.

—Yo no vengo casi nunca por esta barriada, aunque alguna vez he estado de compras en el Carrefour Los Patios.

—Pues este italiano tiene muy buenas reseñas en TripAdvisor. Sobre todo de las pizzas.

—*Pues*… vale. A mí me apetece pasta —no lo digo para fastidiar, es que me encanta la pasta.

—¿Y no quieres pizza? —me pregunta como si le diera pena.

—Mmm… ¿Compartimos y así probamos ambas cosas? —agrego para que me deje en paz con la puñetera pizza.

—Me parece bien.

Nos traen las bebidas y pide la comanda. Nada más irse el camarero, comienza a hacerme un tercer grado sobre los proyectos del departamento.

¡Y yo que pensaba que esto era una cita romántica! Habéis pillado el sarcasmo, ¿verdad?

Me paso los siguientes cuarenta y cinco minutos enumerándole lo que está haciendo cada uno de los míos. Detallo con minuciosidad los diseños. También cuál he acabado esta mañana y el que me falta por hacer.

—Impresionante. ¿Cómo puedes recordar todo de memoria? —dice con un tono que revela cierta sorpresa y una pizca de satisfacción. Eso, o es que le está encantando el pedazo de brownie de chocolate que se está zampando con el café.

—Adoro mi trabajo —respondo sin pensarlo.

—Se nota.

Me quedo mirándolo y, dado el buen rollo con el que hemos estado hablando toda la comida, veo la posibilidad de dejar caer algo que sería impensable con Fátima. Pero Andrés es más joven, y estoy segura de que estará más abierto a escucharme. O eso me digo yo después de haberme tomado medio chupito de ron caramelo.

—Me gustaría enseñarte, en algún momento, algunas ideas que tengo para otros proyectos que no están relacionados con la época navideña. Creo que la empresa es lo bastante sólida como para incorporar artículos sin temática. Incluso podría crear una división aparte dedicada a la decoración industrial o… en hoteles.

—Eso es muy ambicioso y algo que habría que pensar con cifras reales. No podemos cambiar o aumentar la producción sin tener la seguridad de que contamos con clientes del sector.

—Lo comprendo. Solo era una idea —añado, sintiendo que me ha derrotado incluso antes de comenzar.

Me termino el café y dejo el resto del chupito. Paga la cuenta y nos vamos. Al menos el viento ha amainado un poco y llegamos al coche sin tanto drama.

Durante la vuelta, apenas digo cuatro palabras. Mi sueño de formar parte de algo que perdure en el tiempo se disuelve junto a las gotas de lluvia que han empezado a caer.

A las seis recojo y me despido de los que me cruzo hasta mañana. Otra jornada más en el día de la marmota. Cuando arranco mi coche, me doy cuenta de que, si no hago pronto algo para remediarlo, terminará gustándome la Navidad. Tal vez no sea tan malo, pero, os lo creáis o no, mi corazón acaba de saltarse un latido al decirlo en voz baja.

Asiento y me dirijo a casa. Ha llegado el momento de tomar una decisión en firme.

CAPÍTULO 6
¿Sabías que…?

Andrés 

Me separo del ordenador y me froto los ojos con cuidado. Me escuecen un poco por haber tenido que fijarme tanto en la pantalla. Estas dos horas viendo informes de ventas han sido muy productivas, aunque ya se me están empezando a mover las filas. Al mirar el reloj, me doy cuenta de que he perdido la noción del tiempo. Son las seis y media. Para ser el primer día, no está nada mal. Apago y, antes de irme, decido pasarme por el despacho de mis padres.

Asomo la cabeza y me quedo absorto un instante. Mi padre siempre ha sido un hombre bastante atractivo y todavía se conserva en forma. Tiene algunas canas en las sienes, pero su cabello rubio las disimula. Todavía recuerdo cómo me subía a su regazo y me dejaba escribir en el ordenador. Me hacía sentir importante. Ahora atesoro esa imagen en mi memoria y dudo que la olvide nunca.

Sonrío al ver cómo se frota sus ojos azules, igual que he hecho yo antes. Me parezco mucho a él, incluso en el carácter; pero mi color de pelo se lo debo a mi madre. Su cabello negro zaíno, a media espalda, siempre me ha encantado. A diferencia de mi padre, ella tiene los ojos verdes más bonitos del mundo. ¿Qué queréis que os diga? Es mi madre y los tiene.

Aún no se han dado cuenta de que estoy mirándolos como un *voyeur* y pregunto:

—¿Todavía estáis aquí?

Él lanza el bolígrafo con gracia y este cae al suelo con una pirueta digna de ser puntuada con, al menos, un nueve. Mi madre da un respingo y bufa, entre asustada y molesta.

—¡La madre que te parió que soy yo! —me regaña.

—¡No hagas eso, Andrew! —se queja él, encorajinado.

Me parece que ya os lo he dicho, pero, por si acaso, lo repito: mi padre siempre me llama con la versión inglesa de mi nombre, y jamás se me ocurriría llevarle la contraria a John McClane.

¡Dios!, tengo veintiocho años y sigo sin asumir que se llama como el personaje de Bruce Willis en *Die Hard*.

—Lo siento, papá —miento fatal, pero me adoran.

Coloco una silla junto a mi madre y me siento a su lado. Ella me sonríe con cariño. El corazón se me calienta, haciendo que mis labios se curven.

—Bueno, ¿qué tal el primer día? —me pregunta él menos enfadado.

—Bastante bien. El Departamento de Diseño me ha sorprendido. Todo el mundo tiene muy claro su trabajo y las fechas de entrega de los nuevos proyectos.

—Es que Nadia es un encanto y muy eficiente —dice mi madre, apagando la pantalla de su iPad—. Y aunque la pobre detesta estas fechas con toda su alma y más —vuelve a sonreír—, siempre da lo mejor de sí.

—¿Sabías que…?

—¿Odia la Navidad con todo su ser? —añade con musicalidad, acabando mi frase—. Pues claro, hijo. Lo de esta mañana solo ha sido para sacarle los colores. Ya lleva tres años con nosotros, y sé perfectamente de qué pie cojea. Los que amamos estas fiestas reconocemos a los «grinches» que andan sueltos, y ella es tan verde como tú. En realidad, ¡seríais perfectos el uno para el otro! —ríe con ganas—. Eso sí, es una excelente trabajadora y sé que, con el tiempo, cambiará de parecer.

—¿Igual que yo?

—Bueno, ¡en ella tengo más esperanzas que en ti! —Ríe otra vez y se levanta a por su bolso.

—No digas eso, ¡papá tampoco es un enamorado de estas fechas! —suelto para chincharlo.

—¡A mí no me metas en líos! —replica, poniéndose en pie.

—Papá, por favor, ¡mantente firme! —lo pincho de nuevo.

—Andrew McClane, como no cierres la boca, te obligo a ver este fin de semana *Solo en casa y Qué bello es vivir.*

—¡Por el amor de Dios! ¿Sería mucho pedir que os actualizarais un poquito? —agrego, tratando de no reír.

—Ya sé, Johnny, ¡le ponemos *Love Actually*! —malmete mi madre.

—Creo que me voy… —Hago el amago de levantarme.

Los tres reímos y nos disponemos a dejar el despacho. Mi madre me rodea la cintura y me achucha. Yo le echo el brazo por el hombro, apretándola un poco contra mí.

Os lo digo en serio: apenas llevo unas semanas en España y sigo sin entender cómo he podido vivir tanto tiempo alejado de ellos. También echo de menos a mis hermanos y tengo muchas ganas de verlos. Ya queda menos para que bajen de Madrid.

—Se me ha olvidado decirle una cosa a Paco —dice mi padre antes de salir—. Id vosotros, ahora os alcanzo.

Los dos recorremos la nave y vamos hacia la parte de atrás, donde están los aparcamientos.

—He estado tan liado que no he tenido tiempo de llamar a Marina. ¿Cómo le va con la venta del libro? —pregunto mientras vamos a la salida.

—Bueno, ahí va —dice mi madre sin concretar.

—¿Y eso qué significa?

—Solo le respondieron un par de editoriales. Una era el timo de la estampita. Vamos, una autopublicación encubierta. Y la otra, excusándose en que era para cubrir la mitad de los gastos de publicidad, pretendía que le pagase cuatro mil quinientos euros.

—¡Por favor! —resoplo con ganas porque conozco de sobra el valor del dinero.

—Tu padre y yo quisimos ayudarla, pero ella se negó. Bueno, no le va nada mal en Amazon. Mientras acaba la carrera, está

ganando un dinerito para sus cosas y sigue con las prácticas en la sucursal.

—Lo sé, pero es una pena que nadie le haya dado una oportunidad en serio. Reconozco que aún no he tenido tiempo para leerla, pero estoy seguro de que su novela es buenísima.

—Yo sí la he leído y es una historia de fantasía preciosa. Me hizo reír, lloré y me enamoré de los protagonistas. Pero soy su madre y parece que mi criterio no es válido. Ahora ha comenzado otro. Creo que me dijo que es un romance contemporáneo. A ver, ella tiene la vida resuelta lo mismo que la tenéis Pablo y tú. Puede trabajar donde quiera, aquí o en Madrid como hasta ahora. ¿Que preferiría que se estableciera en Málaga cuando termine la carrera? Pues claro que sí, ¡es mi hija y la quiero pegadita a mí!

—¡Ay, mamá gallina! —digo, achuchándola de nuevo.

—Sí, ¡y a mucha honra! —Nos reímos—. Pero no voy a cortarle las alas. Los tres sois mis hijos e iguales para mí. Ninguno es más que el otro y vais a tener todas las oportunidades que pueda daros. Además, sé que quiere hacer un máster de escritura en Londres. Ya ha terminado varios cursos, aunque no son oficiales.

—Vaya, no sabía que se lo estaba tomando tan en serio.

Llegamos al aparcamiento y se detiene de golpe. Me mira y después se fija en mi coche. Levanta una ceja mientras trata de no reír.

—¿Qué? —pregunto sin saber a qué viene esa mueca.

—Nada, hijo. No sabía que Toño había cambiado su Peugeot.

—¿Qué Toño? —pregunto porque no la sigo—. Ese es mi coche.

—¿A que adivino una cosa? —me dice con ese tonillo que emplea cuando sabe de antemano lo que ha pasado.

—¿Cómo? —me hago el nuevo al darme cuenta de lo que ha insinuado con su comentario.

—¿A que sé quién ha aparcado donde no debía a propósito y lo ha hecho sin ponerlo… «derecho»?

—No sé de qué me hablas —me defiendo como puedo.

Maldigo por lo bajo porque mi cara de póker es la misma que la que tendría un niño con las manos en mitad de una tarta

asegurando que no sabe cómo ha pasado.

—Tu padre y yo hemos sido muy claros todos estos años con la política de la empresa: enamoraos, pero los problemas se quedan en la acera antes de entrar a trabajar.

—Mamá, ahora en serio: ¡no sé de qué estás hablando! —digo porque de verdad me he perdido.

—¿Lo quieres más claro? ¡Vale! Si eres tú el que esta mañana ha aparcado como le ha dado la gana y Nadia te ha cantado las cuarenta por eso, y con razón, no entiendo por qué le has echado un cable cuando he querido que me dijera quién había sido.

—Mmm… Bueno, yo…

—Nadia es muy guapa y era la primera vez que la veías, lo entiendo. Y sí, tiene los ojos aguamarinas más impresionantes que he visto en mi vida. Pero también es una joya como diseñadora gráfica. No metas la pata con ella o te desheredaré, ¿queda claro?

—A mí no me gusta Nadia.

Me dedica su sonrisa de: «Ni te esfuerces». Yo pongo los ojos en blanco y doy un paso hacia el coche. Me detiene sujetándome por el brazo y me obliga a mirarla a los ojos.

—Es el primer día y no te voy a aburrir con un sermón…

—Gracias —la corto.

—Pues mira tú por dónde, acabas de ganártelo por interrumpirme —contesta con retintín. Yo resoplo—. Hijo, no te voy a decir con quién tienes que salir ni de quién tienes que enamorarte; pero ojo cuidado con hacerle daño a Nadia o a cualquiera de las mujeres que trabajan bajo mi techo. A todas las conozco y las cuido para que puedan mantener sus casas y a sus familias. ¿Ves por dónde voy? Que una noche no estropee nada que no se pueda mantener en el tiempo.

—Mamá, no me puedes pedir que sepa si la relación que tendré en un futuro durará para siempre.

—No es eso lo que te estoy pidiendo.

—De acuerdo. Pero, antes de que continúes, quiero que sepas que mi postura es justa la contraria a la vuestra en lo referente a permitir las relaciones dentro de la oficina. No creo que sean lo más

conveniente y no voy a permitirlas. Es más, cuando yo tome el mando, cambiaré la política: ni novios ni matrimonios.

—Desde luego, ¡así que eres el Grinch! No harás nada de eso. No, mientras tu padre y yo estemos vivos. Dentro de nuestra casa se han formalizado muchas parejas. Algunas se han ido a vivir juntas y otras se han casado, son felices y tienen hijos… Ahora no vamos a hablar de eso, Andrés. Solo trato de hacerte entender que, si buscas satisfacer un capricho o desahogarte, es asunto tuyo y me parece bien; pero de puertas para afuera. ¿Estamos?

Asiento y me quedo mirando nuestro cartel luminoso. De pronto, siento que pesa mucho más de lo que esperaba. Ella parece notarlo y añade:

—Hijo, ¿de verdad quieres trabajar aquí?

—¿Por qué me preguntas eso?

—A ver, tu padre es a veces un poco cascarrabias y se ríe cuando en agosto pido que pongan en el hilo musical algún villancico, pero adora esto —dice, mirando la nave— tanto como yo. No es solo nuestro trabajo, es nuestra pasión. Me moriría de pena si desperdiciaras tu vida haciendo algo que no te gusta. Nunca le agradeceré a Dios lo suficiente por bendecirnos con salud, vuestro cariño y nuestro patrimonio. Somos muy afortunados. Lo que quiero que tengas claro es que aún puedes elegir otro camino si es lo que deseas.

—Mamá, estoy justo donde quiero —le aseguro, poniéndole la mano en la mejilla.

Ella se la acerca a los labios y me la besa. A mí se me hace un nudo en la garganta y sonrío con los ojos un poco más empañados de lo que deberían.

—¿Podrías hacerme un favor? —me dice de repente.

—Claro, ¿qué necesitas?

—Que esta noche, justo antes de dormir, cierres los ojos y pienses cuál es tu vida ideal o la más cercana a ser feliz. La respuesta verdadera te llegará sin esfuerzo.

—Sé que ha sido un privilegio poder estudiar en Massachusetts, vivir con los abuelos y tener más de lo que muchos jamás podrían soñar.

—¿Pero…?

—Pero no estabais. No sé si lo que tengo es un poco de nostalgia o que realmente es aquí donde quiero vivir para siempre.

—Eres muy joven todavía, Andrés. Tienes tiempo de sobra para pensártelo. Además, si Dios quiere, ni tu padre ni yo nos vamos a ir a ninguna parte.

—¡Ni se te ocurra decirlo siquiera! —me quejo, apretando su mano.

—Vale, vale… —sonríe para que el momento pase—. Tú solo haz lo que te he pedido. Es más, vamos a hacer un trato: si de aquí a las Navidades del año que viene no ves la empresa como respuesta, con toda la pena de mi corazón, te ayudaré a elegir el trabajo de tus sueños.

—Mamá, a mí me gusta la empresa. Y, más que nada, dirigir para que todo funcione. Lo sabes de sobra.

—Más bien dirás que te gusta mandar. ¡De pequeño me traías loca con tantas normas! —me lo echa en cara con su característico tono guasón, y yo dejo escapar una carcajada liberadora—. En serio, Andrés, yo solo quiero verte feliz. Aquí o en Tombuctú.

—¿Eso no está un pelín lejos? —bromeo para que se tranquilice. Yo tampoco pienso irme a ninguna parte.

—¿Lejos? Cuando os ponéis pesaditos tus hermanos y tú, ¡me parece demasiado cerca!

Reímos, y en ese instante llega mi padre.

—¿Se puede saber qué os pasa ahora?

—Nada, John. Vamos a casa, que estoy rendida. Hasta mañana, hijo —se despide y me da dos besos en la mejilla como buena española—. Haz lo que te he pedido.

—Sin falta. Hasta mañana, papá. —Me acerco y también le doy dos besos.

—Recuerda que a las once tenemos una reunión con el proveedor de siempre. Sé amable y no trates de bajarle los precios a la mitad. Tiene tres hijos y han de comer.

—Mamá, ¡o me dejas dirigir como crea conveniente o me vuelvo a Massachussets! —la amenazo de boquilla.

—¡Menos lobos, Caperucita! —dice, haciendo un mohín con la boca que consigue que me eche a reír.

¿Cuánto hacía que no me reía tanto? Ni me acuerdo.

Me dice adiós con la mano y se mete en el coche. Mi padre hace lo mismo y los veo salir del aparcamiento. Arranco mi BMW y me dirijo a mi piso. No sé cuánto tiempo me quedaré allí. Estoy de alquiler y quiero buscar algo cerca de la playa. Los precios en la ciudad se han vuelto prohibitivos, aunque hay una nueva obra en construcción que me ha llamado la atención. Lo más seguro es que no baje de los dos o tres millones de euros, pero sabré más cuando llame a la inmobiliaria.

Al incorporarme a la autovía, las palabras mi madre me vuelven a la cabeza. Automáticamente, Nadia se cuela en mi mente. Acabo de dame cuenta de que no les he contado a mis padres que la he salvado de morir ahogada por un sándwich con una pinta horrible. Dejo ese mal rato a un lado y acabo sonriendo al recordar todas las chulerías que me ha soltado esta mañana en el aparcamiento.

Venga, lo reconozco: es preciosa. ¿Contentas?

Sed buenas y dadme el beneficio de la duda. Acabo de instalarme y ya estoy pensando en mudarme. Estoy… disperso, la verdad. Y me niego a plantearme comenzar ninguna relación seria hasta que cumpla los treinta y cinco, y eso tirando por lo bajo.

Uff… Vale, no sé cuándo pasará eso. Pero estoy seguro de que no será este año y, mucho menos, con Nadia.

Entro en el garaje y subo a casa. Voy a ducharme. A ver si con el agua caliente se me aclaran las ideas y dejo de pensar tantas tonterías. Eso sí, espero poder encontrar esta noche la respuesta que me ha pedido mi madre. Tengo mucha curiosidad de saber qué me viene a la mente porque, de momento, solo soy capaz de pensar en una morenaza con ojazos de color aguamarina.

CAPÍTULO 7
¿Busco un cambio?

Nadia 

Acabais de leer el título del capítulo y desde ya os confirmo que así es. El almuerzo que he tenido hoy con Andrés ha sido como una ducha de agua helada que ha logrado hacerme ampollas en la piel. Saber que no voy a poder dar rienda suelta a mi imaginación escuece y, para qué mentiros, también duele. Llevo toda la tarde dándole vueltas a nuestra conversación y he de reconoceros que, al apagar el ordenador, se me ha encendido la bombilla.
La de Navidad no, ¡sádicas! ¡Que sois unas cansinas con tanto Papá Noel empalagoso! No hablemos más de estas fechas por el momento, ¿me lo permitís? ¿Sí? ¿De verdad? Pues gracias, ¡resalás!

Volviendo a la idea de antes, y a riesgo de ser repetitiva —lo sé—, os diré que su respuesta me ha dado un guantazo de realidad en toda la cara y me ha obligado a despertar de este letargo en el que me he sumergido conscientemente por miedo a perder mi trabajo.

Ya sabéis que adoro el diseño, bla, bla, bla… La cuestión es que solo tengo una vida y no quiero encasillarme para siempre. Estoy en la cúspide. Sí, soy jefa de mi departamento, y eso tiene sus pros y sus contras. Pros: gano un buen sueldo más primas. Contras: no puedo aspirar a más y tampoco tengo ni voz ni voto para poder actualizar los estándares ni los nuevos artículos que hago. Vale, tal vez un poquito, pero mi parcela es muy pequeña. Sí, ya sé que lo sabéis, pero hoy me ha tocado la «patata» profundamente y la mala leche me está corroyendo las tripas.

Entro en mi Batcueva, lo digo por la oscuridad y también porque no tengo ni una sola molesta lucecita. Al cerrar la puerta, me doy cuenta de que estoy derrotada. Suelto con pesadez el bolso en la entrada, bajo la mirada al suelo y enfilo el pasillo hacia el salón.

Llevo mucho tiempo tratando de que se tengan en cuenta algunos de mis diseños más rompedores, aunque solo sea uno que podamos producir y publicitar en otros meses del año, pero no hay forma. He de aceptar que he tocado techo y que, o sigo donde estoy o me busco algo más acorde con lo que me pide el corazón. Esta última frase ha sido brutal, solo que no tengo el valor suficiente para llevarla a cabo. ¿Cuál es la razón? Una sola palabra que se repite en mi mente como un martillo neumático: facturas, facturas y… ¡facturas! En el fondo sé que buscar otro trabajo es un riesgo demasiado grande en los tiempos que corren. Creo que esa ha sido la razón de no arriesgarme. No, esa es la razón y punto.

Enciendo la luz del despacho y me siento delante de mi portátil. Ha llegado el momento de volar o el grillete que tengo alrededor del tobillo se volverá tan pesado que no podré quitármelo. Mientras el ordenador se enciende, me quito las botas. Necesito pasar un poco de frío para no distraerme. No sé vosotras, pero yo me conozco. Si estoy muy calentita, me cuesta tomar decisiones. Es como si el confort se apoderara de mí, y eso es lo que me ha hecho pensar que no podía llegar más lejos.

¿Miedo al fracaso? La respuesta corta es sí, aunque no es tan sencillo. Estoy segura de que, si todo se fuera al traste y tuviera que volver a vivir con mis padres, ellos me recibirían con los brazos abiertos. Primero, no quiero perder mi independencia y, segundo, he de luchar por mí misma. No soy una Superwoman, ni hablar. Tengo más debilidades de las que estoy dispuesta a admitir. Solo es amor propio… y una pizca de ego.

Abro el navegador y busco las páginas de empleo que conozco. Abro una y me pongo a bichear un poco cuando suena el teléfono. ¿Será el destino mandándome señales para que frene en seco? Qué va, es mi madre con una videollamada. Lo que, siendo sincera, viene a ser casi lo mismo.

—Hola, mamá.

—Hola, hija. ¿Cómo ha ido el día?

Resoplo con fuerza y frunzo los labios mientras trato de contener las lágrimas. No era consciente de que he sido un bloque durante toda la tarde hasta que su pregunta me ha traído de vuelta al presente.

—Mal —digo con la voz rota.

—¿Qué ha pasado, Nadia? ¿No te habrán despedido?

Sorbo sin cuidado antes de responder.

—No, mamá. Solo es que… he tocado techo.

Como si me hubieran dado cuerda y un par de guindillas, le cuento del tirón todo lo que ha pasado desde esta mañana. Hoy más que nunca necesito conocer su opinión y que me dé uno de sus sabios consejos.

—Desde luego, debe de ser muy duro saber que no están por la labor de cambiar. Pero, cariño, respóndeme a esto: ¿Fátima te deja libertad creativa para hacer tus diseños o no?

Me quedo un instante en silencio, pensando.

—Sí. En esencia, sí. Bueno, más o menos. Pero todos son…

—Navideños.

—Exacto. Me gustaría… No, necesito hacer algo diferente, aunque solo sea durante un par de meses al año. ¡Y la Pascua no cuenta!

—Lo sé, lo sé. ¿Has hablado con ella sobre eso?

—No con esas palabras, quizás debería. Por un lado, soy feliz con lo que hago; por otro, me siento encadenada a la Navidad. Sabes que nunca he sido fan de estas fechas, ¡imagina lo que es no poder dejarlas atrás ni un solo día de trabajo!

—Bonita mía —me dice con amor infinito—, vuela. Busca otro trabajo en el que puedas ser tú misma.

—Es tan arriesgado que estoy paralizada. ¿Y si no encajo? ¿Y si tampoco soy feliz, o también me tienen atada de pies y manos?

—Sarna con gusto no pica…

—Pero mortifica —acabo con media sonrisa.

—Es un riesgo enorme, Nadia. No voy a decirte que no. Aunque, conociéndote, estoy segura de que ahora mismo estás sentada delante del ordenador buscando otro trabajo.

—¿Cuántas cámaras tienes puestas en mi piso?

Reímos a la vez.

—Ninguna. Soy tu madre y te «conozco» —recalca con cariño —. Nos parecemos mucho, y eres tan inquieta como yo.

—¿Y si me equivoco? —pregunto aterrorizada—. Sabes que, si no fuera porque papá es el director del banco, jamás habría conseguido la hipoteca. Pensar en que podría perder mi piso me echa para atrás, ¡con lo que me ha costado pagar la entrada!

—Bueno, bueno, no te pongas en lo peor, ¿vale? Además, antes de llegar a eso, te ayudaríamos con los pagos.

—No, mamá. Papá y tú habéis hecho por mí cuanto estaba en vuestra mano. Os lo agradezco en el alma, pero esto es algo que debo resolver por mí misma.

—Hija, te entiendo. De todos modos, sabes que estamos aquí para lo que necesites. No lo olvides.

—Lo sé —sonrío con el corazón calentito.

—¿Ya has visto algo que valga la pena?

—¡Si acabo de llegar! Solo me ha dado tiempo a encender el ordenador y abrir una página. Todavía no he buscado nada.

—Pues hazlo, que ver otras opciones no es mala idea. Si te llaman para hacer una entrevista, ¡ni te lo pienses! Vas y miras el percal. Nunca se sabe lo que pueden ofrecerte.

—Gracias, mamá.

—¡Uy! ¿Y ese tono de bajón?

Respiro hondo y suelto la verdad tal cual.

—Es que Fátima se ha portado tan bien conmigo que siento que la estoy traicionando.

—Nana, solo tenemos esta vida. Si es lo que quieres, que nada te impida marcharte, ¡incluso si es a la Conchinchina! Eres nuestra única hija; me moriría de pena saber que eres infeliz por miedo al cambio.

—¿Y no te parece un poco irresponsable por mi parte poner en riesgo lo que tengo?

—Sí y no. Cariño, quien no se arriesga, nunca gana.

—Tienes razón.

—Pero Nadia, antes de tomar cualquier decisión, habla con Fátima. Dile lo mismo que me has dicho a mí. Si ella ve lo mismo que yo, no te dejará marchar.

—No creo que sea tan fácil, mamá.

—Nada que valga la pena lo es. Doy gracias a Dios porque nos dio la bendición de tener un buen trabajo. Por eso, porque nos tienes como respaldo, ¡lucha por tus sueños!

—No sé ni qué decir… —susurro, con el mentón moviéndose a su antojo.

O soy una debilucha o mi madre sabe llegarme al alma. Creo que hoy es un poco de las dos.

—Un «Te quiero, mamá» no estaría mal —dice con un tonillo divertido, y pone una mueca que me hace sonreír de nuevo.

—Te quiero muchísimo, mamá. ¿Cómo tienes el tobillo? Soy una mala hija y esta mañana se me ha pasado preguntarte.

—Lo tengo mucho mejor. —Se lo toca y asiente—. Ya se me ha bajado la inflamación. Eso sí, voy a echar mucho de menos tener la excusa de que me duele porque me había acostumbrado a llevar zapatillas de deporte. ¡Son mucho más cómodas que los tacones!

Nos reímos a la vez.

—¡Pues llévalas siempre!

—Soy la interventora, hija. Eso no causaría buena impresión con los clientes importantes.

—Somos esclavas de las circunstancias.

—¡Y tanto!

—Antes de que se me olvide. El sábado viene a comer Scarlett. Mmm… Perdóname, ha sido ella la que me ha recordado lo de tu tobillo. Lo dicho: soy una mala hija y vivo en la inopia.

—No, Nadia. Hoy ha empezado diciembre y bastante tienes. —Se ríe con ganas—. Oye, ¿y cómo es ese Andrés? ¿Es… guapo? —añade levantando varias veces las cejas.

—¡Mamáaa! —me quejo con voz cantarina.

—Eso significa que sí. ¡Si te has puesto colorada y todo!

—¿Colorada yo? ¡Será de rabia! —me defiendo como puedo y termino sacándole la lengua.

Mi madre tiene una risa muy contagiosa y no consigo contenerme.

—Venga, cuéntame cómo es. ¿No hay fotos en internet?

—¡Y yo qué sé! —Resoplo, en mi línea—. Es moreno, tiene unos ojos azules cristalinos que quitan el hipo y… es el chico más guapo y gilipollas que he conocido en toda mi vida.

—¡Nadia!

—¡Ay! Vale, mamá. Pues tonto del culo y engreído. Niño rico donde los haya y todos los clichés que se te ocurran.

—¡Tan malo no será el pobre!

—¡Más! No le voy a perdonar la encerrona de hoy ni tampoco que me haya dado esperanzas para luego borrarlas de un plumazo. —Suspiro y niego con la cabeza, derrotada. Los ojos se me van al portátil y vuelvo a resoplar—. Mamá, si no te importa, quiero ponerme con las ofertas de trabajo. A ver si hay alguna que merezca la pena.

—Vale, hija. Pero no lo hagas con ese ánimo. Antes, date una ducha para despejarte; cena algo y, después, con calma, toma una decisión. No decidas nunca nada en caliente.

—Los prontos no son buenos, ¿verdad?

—Sabes que no.

—Voy a hacerte caso. Gracias, mami. Hablamos mañana.

—De nada, bonita mía. ¡Recuerda traerte las bandejas!

—Voy a cogerlas ahora mismo y las pongo en la entrada. Mañana las bajo al coche, así no se me olvidan.

—Estupendo. Te quiero, hija.

—Y yo a ti, mamá.

Cuelgo y me quedo un instante embobada, mirando la pantalla. No le he contado que me he atragantado esta mañana y que Andrés me ha salvado la vida. Es mejor así. Estoy bien y no veo necesario que se preocupen ni ella ni mi padre.

Hago la búsqueda de trabajos para diseñadores gráficos y me doy cuenta de que estoy demasiado tensa para tomar cualquier decisión. Respiro hondo y claudico ante el consejo de mi madre. Me levanto para darme esa ducha, que espero que sea casi milagrosa. No sé vosotras, pero yo hoy me siento desbordada.

Enciendo la radio y Mariah Carey ataca de nuevo. ¡Señor!, ¿es que no hay otra canción en todo el espectro de las ondas que pueda escuchar? Pues por lo visto no, porque cambio tres veces de emisora y la neoyorquina lo está dando todo en todas ellas. Miro al techo y pido paciencia.

Cojo el pijama y una muda interior, y me voy al baño. Justo cuando estoy desnuda, a punto de meterme en la ducha, me llama un número desconocido. Estoy tentada de no contestar, pero entonces recuerdo que tengo un pedido pendiente de Amazon y respondo.

—¿Diga?

—Mmm… ¿Nadia? Soy Jacobo.

Pongo una mueca que engloba un mix de «tierra trágame», Scarlett voy a matarte y ¿por qué narices he accedido a seguir con esta farsa por unos míseros cien euros? Vale, cien euros no es una mísera cantidad, pero me están tocando la moral ahora mismito.

Frunzo el ceño y me muerdo el labio inferior mientras recito un mantra que mejor no comparto. Es demasiado explícito y va acompañado de una retahíla de improperios que prefiero ahorraros.

—Mmm… Hola, Jacobo.

Señor, dame paciencia. Fuerza no… Fuerza no…

—Escarlata me ha dado tu teléfono porque… bueno, porque quería hablar contigo.

¿En serio, casanova? Ni se me había pasado por la cabeza que se lo hubieras pedido para eso en vez de usarlo para hacer la fisión nuclear de un átomo.

—Sí, claro —respondo a cambio.

¿Qué queréis que os diga? Jacobo es mono, eso no lo niego, solo que no es mi tipo. Rubio, ojos castaños y es de mi altura si llevo zapatos planos. A mí me atraen altos, fuertes, ojos de color azul cristalino…

¡Para Nadia!

—Me preguntaba si te gustaría salir a cenar este viernes —me suelta de sopetón—. Me han hablado de un italiano muy bueno en la zona del Quirónsalud. Podría reservar mesa para… dos.

Cierro los ojos y uno los labios para no gritar. Os apuesto lo que queráis a que es el mismo restaurante donde hoy me ha llevado Andrés y me ha dado un sopapo en toda la cara. No, gracias.

Estoy a punto de acabar con esta farsa cuando Scarlett se me cuela en la cabeza. Su mirada de corderito degollado que no ha roto un plato me hace inspirar profundamente. No me parece bien darle esperanzas al pobre muchacho, pero sé que a mi amiga ese dinero le va a venir muy bien.

Me siento la peor persona del mundo al responderle:

—Sí, claro. ¿Nosotros dos… solos?

—Sss… ssí —contesta, incrédulo.

No me sorprende. Yo también lo estoy. Eso sí, en la cena le dejaré claro que solo podemos ser compañeros de trabajo. Nada más.

—Vale. Ya hablamos el viernes en el trabajo. No quiero que la gente cotillee, ¿te parece? Me refiero a antes de saber si nosotros… Ya… ya sabes. —Hoy no gano el primer premio al discurso elocuente.

—Sí, lo entiendo. —Se calla y carraspea antes de decir—: Nadia…

—¿Sí?

—¿Tengo alguna oportunidad?

Me quedo de piedra al escuchar esa pregunta. Jacobo y yo apenas hemos hablado antes. Él es del Departamento Comercial, y Diseño no tiene mucha relación —por no decir ninguna— con ellos. Siento un nudo en el estómago porque me parece una putada lo que estoy a punto de hacer.

Cometo el error de mirarme al espejo del baño y es entonces cuando mi conciencia me da un puñetazo en el estómago. Yo no soy así, y por mucho que quiera a Scarlett, no puedo hacerle esta faena.

—No lo sé, Jacobo. Pero mereces que lo descubramos.

—Es mucho más de lo que esperaba.

—Venga ya, ¡sé un poco más optimista! —bromeo.

Dios, Nadia, ¿¡te puedes callar para no empeorar las cosas!?

Confirmado: ¡soy una bocazas!

—No me hago ilusiones —prosigue con un tono más relajado.

Para mí que ha estado aguantando la respiración desde que le ha dado a marcar.

—Bueno, yo tampoco. Apenas nos conocemos… —agrego como colofón. Automáticamente, me doy una palmada en la frente.

—Eso tiene remedio, ¿no te parece?

—Claro, sí…, claro.

Jesusito de mi vida, ¡llévame ya!

—Hablamos el viernes en el desayuno, ¿vale?

—Sí —acorto para no seguir cubriéndome de gloria.

—Hasta el viernes entonces.

—Hasta el viernes.

Cuelgo el teléfono y resoplo. Me miro al espejo de nuevo e inflo las mejillas de aire mientras niego con la cabeza.

—Como te gusta cagarla, Nadia —me digo y me meto en la ducha.

En cuanto abro el grifo, me coloco debajo. En realidad, lo que intento es que el agua se lleve la mala acción que acabo de cometer a sabiendas de que lo es, pero sé de sobra que ni siquiera el gel en espuma de Sakura de Rituals va a ser capaz de lavar esta mancha de mi conciencia.

CAPÍTULO 8
¡BIEN POR TI, CAMPEÓN!

Andrés 

No me puedo creer que ya sea viernes. He sobrevivido a la primera semana, que no es poco, pero aún no me he hecho con todos los entresijos de los distintos departamentos. Para colmo, todavía no tengo secretaria. Tampoco es que sea un drama. Soy capaz de organizarme bien solo, aunque reconozco que no me da tiempo a hacerlo todo por mí mismo.

Mi madre me ha insistido en que contrate ya a cualquiera que me mande la Oficina de Empleo con la que trabajamos. La cuestión es que ninguno de los candidatos me ha impresionado demasiado. No me importa si es hombre o mujer, solo quiero alguien que sea competente y que pueda seguirme el ritmo.

Pongo el intermitente y me dirijo a la calle donde está nuestra nave. Cada vez que aparco, me acuerdo de la morena que me cantó las cuarenta el primer día. Me hace gracia y, al mismo tiempo, me cabreo al darme cuenta de que estoy obsesionado en dejar «derecho» el puñetero coche. Ahora, antes de bajarme, siempre me aseguro de no pisar las rayas y de dejar rectas las ruedas. Estoy convencido de que ella se fija todos los días en que aparco como se debe y sonríe al comprobar que lo he hecho bien. Por favor, decidme si me estoy pasando de la maldita raya —nunca mejor dicho—, porque a mí me parece que sí.

Hablando de Nadia, he de contaros que apenas he hablado con ella desde el lunes. No sé si es que ha dado la casualidad, pero

casi no la he visto. Tengo la sensación de que me rehúye, o tal vez sea que me estoy fijando en ella más de lo que debería.

Si os digo la verdad, me he obligado a no pisar su despacho. No es que no confíe en mi buen criterio —que os adelanto ya que sí lo hago—, lo que ocurre es que no sé cómo afrontar su forma de ser. Vivir tanto tiempo en Estados Unidos me ha preparado para la gente de allí. Salir con chicas era fácil, pero había olvidado la chulería malagueña y reconozco que me sobrepasa su infinita capacidad de replicar con las palabras perfectas en cualquier situación.

¿Que cómo lo sé? Pues… Vale, os confieso que me he sacado de la máquina más de un café sin apetecerme, solo porque ella estaba en la sala de descanso. También me he mordido la lengua más de una vez para no soltar una carcajada. ¡Esa mujer tiene respuesta para todo! Su acento me vuelve loco y me atrae como una maldita polilla la luz. Y, cuando sonríe, me entran —como dice mi hermana Marina— «las siete cosas».

Voy hacia mi despacho y me topo con mi madre. De inmediato, me cambia el humor.

—Buenos días, mamá.

—Buenos días, hijo —me saluda y me da un beso.

No puedo evitar sonreír al sentir su contacto. En ese momento, aparecen por el pasillo Nadia y Escarlata. Aún no ha empezado la jornada y, tras saludarnos, se dirigen a la sala de descanso. Mi madre me está diciendo algo de quedar a comer este fin de semana, pero soy incapaz de apartar la vista de la diseñadora gráfica. Hoy lleva un jersey beige de cuello vuelto, ceñido al cuerpo, y una falda negra larga hasta los tobillos. No distingo si las botas que lleva son altas, aunque, en mi mente pervertida, son de esas que cubren las rodillas.

—Entonces, ¿vienes el domingo a comer? Tus hermanos bajarán de Madrid la semana que viene. Pablo ha sacado los billetes del AVE para el jueves. No vienen este fin de semana porque Marina ha quedado con una amiga para ir a varios mercadillos navideños.

—¿Qué…? —respondo distraído.

—Andrés, ¿quieres hacer el favor de dejar de pensar un momento en el trabajo y vivir un poco? —me contesta, creyendo que

estoy centrado en otra cosa que no es esa malagueña que me crispa los nervios.

Pestañeo para disimular y me giro hacia ella.

—Perdona, mamá. Tengo tantas cosas en la cabeza que no sé ni dónde estoy. Almorzar el domingo… Sí, claro. Cuenta conmigo.

—Estupendo. Otra cosa, Dulce me ha confirmado que hoy tienes dos candidatos más para el puesto. Consejo como jefa tuya que soy: escoge a uno y delega, ¿de acuerdo? Sé que eres muy capaz, pero no puedes hacerlo todo solo.

—Está bien, elegiré a uno. Si no encaja, seguiré buscando.

—Pues trata de hacerle las cosas más sencillas. Recuerda que no todo el mundo tiene tu capacidad, hijo. Hay mortales que necesitan un poco más de tiempo para comprender lo que tú entiendes a la primera. ¿Me explico? Con paciencia y constancia se consigue casi todo.

—No tengo tiempo que perder, mamá. Si no sirve…

—Anda, tira para la sala de descanso e invita a tu madre a un café. ¡Contigo lo necesito doble!

Sonrío por su comentario y le ofrezco el brazo. Sé que estamos en el trabajo y no en casa. Pero ¿sabéis que os digo? Que me importa un pimiento. Esta es nuestra empresa y puedo hacer lo que quiera. Y os aseguro que quiero esto más que nada en el mundo.

Al entrar, ambos saludamos a los empleados que hay en la sala. Nadia, junto a una de las mesas, observa con detenimiento una bandeja de mantecados mientras Escarlata le exige que se decida de una vez. Un rayo me atraviesa cuando la veo morderse el labio inferior. Lo suelta despacio y vuelve a atraparlo una y otra vez, perdida en sus pensamientos.

Se me seca la boca y, para disimular, me dirijo a la máquina de café. Le sirvo uno doble a mi madre y me flagelo mentalmente por perder la compostura. ¿Qué demonios me pasa con ella? ¿Es que no puedo estar en la misma habitación sin necesitar mirarla?

Está visto que no. Cuando al fin parece que se ha decidido por un dulce, lo mira y vuelve a soltarlo. Mi madre se despide y yo me apoyo en la encimera, fingiendo que estoy perdido en mis cosas.

Estoy seguro de que mi presencia es la razón de que los empleados vayan dejando la sala. Escarlata le dice algo al oído a Nadia, —que no oigo—, y me marcha escopeteada. De pronto, soy consciente de que estamos solos. Ella me mira muy seria y asiente. Pasa por mi lado y se coloca justo al lado. Yo no me muevo, y la muy descarada no se inmuta. Estira el brazo para coger una cápsula, rozándome el mío con su hombro.

¡Señor!

—¿Te estorbo? —dejo caer la pregunta con tono mordaz.

—¡Qué va, hombre! Como eres transparente, puedo atravesarte sin problemas para hacerme un café.

Frunzo los labios, fingiendo molestia, y me muevo lo justo para dejarle espacio a fin de que pueda usar la máquina.

—¡Cuánta generosidad, señor McClane! —dice entre dientes.

—Andrés —exijo molesto.

Ella me derrota con su inquisidora mirada aguamarina y dibuja una sonrisa ladeada que me enciende el alma.

—Andrés —repite con retintín—, ¿podrías apartarte un poquito más para que no parezca que me estoy abalanzando sobre ti? Vamos, por el placer de poder disfrutar de mi propio espacio personal.

Aprieto los labios para no sonreír. Me ordeno no sonreír, pero ella me puede. ¡Joder si me puede!

Me separo dos pasos y vuelvo a apoyarme en la encimera mientras me llevo la taza a los labios. Me gusta el café, aunque este sorbo es para ver si logro callarme y no meter más la pata.

Adivinad: no lo consigo.

—¿Mejor así? —añado tras perder la apuesta que acabo de hacer conmigo mismo.

Ella me mira con las cejas levantadas. Estoy seguro de que está preguntándose a qué viene esto. ¡Eso quisiera saber yo!

—Podrías mejorarlo, pero me conformo.

Mete la cápsula y fuerza una mueca, reteniendo algo más. Confirmo que está intentando no sonreír al verla humedecerse los labios. No lo logra, y eso me enerva.

—¿Con exigencias tan temprano? —replico porque soy masoca.

—Ya conoces el dicho: «A quien madruga, Dios le ayuda».

Aprieto los dientes y me obligo a volver a beber mientras repito mentalmente: «Cállate, Andrés».

¿Creéis que mi voz interna es más fuerte que mi estupidez? ¡Claro que no!

—Cuidado con sus palabras, señorita Ángel. La cola del paro está llena de empleados que no saben cerrar la boca a tiempo.

Confirmado: soy gilipollas.

Su mirada se ensombrece al tiempo que endereza la espalda. Coge su taza y asiente.

—Tiene razón, señor McClane. Tonta de mí por pensar que esta conversación no era con mi jefe. No volverá a pasar. —Mira el reloj y añade—: Mi jornada comienza en seis minutos. Hasta entonces, voy a compartir mi tiempo con mis compañeros.

Echa el paso, pero yo soy más rápido que ella y me interpongo en su camino.

—Nadia…

—Buenos días —dicen un par de chicas de las que no recuerdo su nombre.

—Buenos días —respondo y maldigo mi falta de previsión porque ella aprovecha mi minúsculo despiste para salir pitando.

Está claro que no puedo perseguirla. Primero, sería humillante y, segundo, soy su jefe y se vería muy raro.

Admito mi derrota y salgo hacia mi despacho después de darme cuenta de que Nadia, sin ningún tipo de esfuerzo, me hace perder los papeles. He de pensar qué me está pasando, solo que ahora mismo no tengo tiempo. Cierro la puerta y apoyo la espalda. No entiendo qué me pasa. Ella me atrae y me cabrea a partes iguales. Tengo que acabar con esto…

Un momento, ¿no he dicho esto antes en otro capítulo? Si es así, perdonadme; si no, lo mantengo. Bueno, lo mantengo de todas formas.

Trabajar. Eso es en lo que debo centrarme.

Me siento delante del ordenador y llamo a Paqui.

—Dime, Andrés —responde la secretaria de mi madre. Al instante, pienso que ella tiene razón: necesito a alguien tan eficiente como Paqui.

—Ponme con Dulce, no me sé la extensión.

—Enseguida.

—Hola, Andrés —dice Dulce.

—¿A qué hora tengo las entrevistas?

—Una a las nueve y media, y la otra a las diez y media.

—De acuerdo. Avísame cuando lleguen.

—Claro.

Cuelgo y me sumerjo en balances e informes de ventas hasta que me avisan de que el primer candidato ha llegado. Se trata de un chico recién salido de la carrera de Económicas que está buscando su primer empleo. Reconozco que me causa buena impresión, pero no quiero darle esperanzas hasta acabar la siguiente entrevista.

El tiempo pasa volando y Dulce me llama para decirme que la otra chica ya ha llegado. Le digo que me la mande.

Cuando llega, toca a la puerta. Un punto para ella.

—¿Puedo pasar? —pregunta con un tono adecuado.

—Sí, por favor —respondo y me quedo de piedra al verla.

La joven es una rubia despampanante con una mirada de color miel que se me antoja bastante inocente. Vamos, es un cliché con patas. Vale, sé que esa descripción ha sonado muy mal, más aún con los tiempos que corren, pero para que os hagáis una idea: es la típica secretaria que todos los magnates babosos querrían tener. Por suerte, yo no babeo ni soy un magnate, aunque tengo ojos en la cara y, desde luego, voy a escuchar atentamente qué sabe hacer y qué puede aportar a la empresa con la misma dedicación que he puesto con el anterior chico.

¡Uf…!

Vosotras, que me estáis leyendo, y yo sabemos que no va a ser así. Pero comprended que, en contra de lo que ha dicho antes mi madre, yo también soy mortal. Y la diferencia con Federico, quien me ha confesado que solo estaba haciendo la entrevista para probar suerte, es brutal.

Le señalo con la mano la silla delante de mi escritorio y lo rodeo para sentarme.

—Bien —leo su nombre en el currículo que tengo encima de la mesa—, Valentina. Yo soy Andrés, el CEO de la empresa —digo. Ella asiente varias veces. Se ve de lejos que está nerviosa—. Cuéntame de forma resumida qué experiencia tienes.

Se esfuerza en causarme buena impresión. Se le nota que quiere el puesto. Otro punto a favor es que conoce la última versión del paquete de Microsoft Office. Para asegurarme, le hago una pequeña prueba y la supera con facilidad. Me enseña cómo se desenvuelve sin problemas con las redes y, para asegurarme de que ella es la mejor candidata, le hago hacer varias llamadas ficticias. Una a Paqui y otra a Dulce.

Su eficiencia hace que me olvide de su belleza arrebatadora. Sin duda, ella es la persona que necesito. En ningún momento ha dicho ni hecho nada fuera de lugar, y eso termina de convencerme.

—Bien. Por mi parte, hemos acabado. Lo último que me queda por preguntarte es cuándo podrías incorporarte a la empresa en el caso de ser seleccionada.

—Inmediatamente.

—De acuerdo. ¿Alguna duda?

—No.

—¿Tendrías algún problema en empezar el próximo lunes?

—No, ninguno.

—Perfecto. Entonces, vete para Recursos Humanos. Voy a llamar a Dulce para que firmes el contrato.

—¿He… he conseguido el puesto?

—Es lo que acabo de decirte.

La miro y se me hace un nudo en el estómago al darme cuenta de que sus ojos brillan. Une los labios en una sonrisa sincera y traga para recomponerse. A veces olvido que encontrar trabajo es muy duro, así que me humanizo lo suficiente como para sonreírle también. Las palabras de mi madre se me cuelan en la mente: «Con paciencia y constancia se consigue casi todo».

¿Sabéis qué os digo? Que no puedo estar más de acuerdo.

—Gracias. ¡Muchas gracias! —dice con voz temblorosa y cierra los ojos un instante.

—De nada, Valentina.

—Si no te importa, llámame Tina.

—Claro, Tina. Bienvenida a la empresa —digo. Me levanto y le doy la mano, ella me la estrecha con visible emoción.

Llamo a Paqui para que la acompañe a ver a Dulce y me dirijo a la sala de descanso, sintiéndome muy bien conmigo mismo. He tomado la elección correcta y espero que Tina esté a la altura.

Todo el buen humor que llevaba desaparece de golpe al ver a Nadia hablando con un empleado que ahora mismo no consigo ubicar. No puedo decirles nada. Tienen derecho a tomarse un descanso para desayunar, que es lo que están haciendo.

Los saludo con la cabeza y me muevo despacio hacia la máquina de café. Sé que estoy tardando más de la cuenta en elegir la puñetera cápsula, pero no puedo evitarlo: quiero saber de qué demonios se está riendo ella.

¿Y a mí qué me importa?

Carraspeo con la esperanza de que él se separe un poco de su cuerpo. Por supuesto, no se da por aludido. Nota mental: tengo que averiguar qué puesto tiene antes de despedirlo.

Joder, Andrés. ¡Deja ya de ser tan gilipollas!

Abro los ojos de golpe al escuchar cómo él susurra:

—Te paso a recoger a las ocho.

¿Va a quedar con este…? Contrólate, por favor.

—Sí, hasta luego —responde ella.

En cuanto compruebo que nos quedamos solos, me doy la vuelta.

—¿Así que habéis quedado para cenar? —suelto y, acto seguido, me doy una palmada figurada en la frente.

La morenaza clava sus ojos en mí y levanta el mentón. Me acabo de pasar y mucho. ¡Lo sé!

—¿Has oído nuestra conversación privada?

—Si queríais que fuera privada, no haberla tenido en la sala de descanso.

Observo con sorpresa cómo la vena de la frente le palpita. Está a un solo comentario de lanzárseme a la yugular. No sé si lo veo venir o me lo imagino, pero creo que no ando desencaminado: tiene la mandíbula tan tensa que dudo que pueda separar los dientes.

—Pues sí, señor McClane, he quedado con Jacobo para cenar. ¿Algún problema?

«Jacobo…».

—No, claro. Aunque no me parece profesional hablar de citas en el trabajo. Eso es todo.

Doy gracias porque estamos solos. ¡Hasta yo me daba un puñetazo por metomentodo y quemasangre!

—He acabado de desayunar. Si no necesita decirme nada más, me voy a mi despacho.

—Nadia, yo…

No puedo acabar la frase porque entran en tropel un grupito que me saluda con cordialidad. ¿Qué demonios pasa hoy que no hay forma de hablar con ella?

Este malentendido lo tengo que aclarar ya. No podemos seguir así. Camino con decisión hacia su despacho, pero está vacío. En el pasillo no hay nadie. Entonces, la veo salir de los servicios. ¡Seré idiota!

La miro con la intención de explicarle que me he pasado de la raya cuando mi padre me detiene con unos papeles en la mano. Ella me ve y sonríe. Sabe que acaba de librarse de mí, ¡será arpía!

Mi padre se pone de espaldas a Nadia y me pide que me pase por su despacho. No estoy atento a lo que me dice porque, cuando ella se gira para responderle algo a otra trabajadora, de la que tampoco recuerdo el nombre, veo que tiene parte de la falda cogida a la altura de la cintura de las medias. Decir que los ojos se me van a salir de las órbitas es muy exagerado, pero haceros una idea de lo que pasa por mi cabeza cuando veo que lleva unas botas altas hasta las rodillas, su estilizado muslo y las braguitas de encaje negro que se distinguen debajo de las finas medias. ¡Dios, que le estoy viendo el culo!

Me despido de mi padre y avanzo hasta ella. Me coloco pegado a su espalda, más de lo que debería, lo reconozco, y le digo fuera de mí:

—Nadia, a tu despacho. ¡Ya!

Ella pega un respingo. No me esperaba verme tan cerca.

—¡Qué susto!

—¿No me has oído? A tu despacho, ¡ya! —repito.

Su expresión me dice que no entiende nada. Intenta separarse, pero yo no dejo que se dé la vuelta.

—Ana, luego te llamo —se despide como puede.

Aprovecho que la tal Ana entra en su propio despacho y la pego a mi cuerpo.

—Pero ¿qué haces? —dice, tratando de zafarse de mi agarre.

—No te separes de mí.

—¿Qué?

Ignoro la cara de reproche que acaba de ponerme y tiro de ella hacia atrás. Por suerte, no hay nadie más en el pasillo. Ignoro ese pequeño detalle insignificante y continúo apretando mi brazo alrededor de su cintura para llevarla fuera de los ojos de todos. En cuanto entramos en su despacho, la dejo ir y cierro la puerta para que nadie pueda ver aquello que solo yo he tenido la suerte de disfrutar.

Su cara de basilisco no augura nada bueno. Era de esperar, pero no me arrepiento de lo que he hecho. Aunque suene a tópico: he salvado su reputación. Vale, puede que no sea un tópico, ¿o era algo típico? Ahora mismo no lo sé. Solo puedo sonreír porque le he visto el culo, y, ¡joder!, tiene un culo estupendo.

—¿Cómo te atreves a tocarme? —me acusa, aunque no levanta la voz—. Mira, Andrés, eres mi jefe, pero no voy a permitir que vuelvas a sobrepasarte. ¡Esto ya es acoso laboral!

—Nadia…

—No digas mi nombre como si no te hubieras pasado tres pueblos. ¿¡Qué digo tres pueblos!? ¡¡¡Te has pasado todo el puñetero territorio nacional, islas incluidas!!!

—Nadia…

—Ni Nadia ¡ni leches! ¡Dame ahora mismo una buena razón para no ir a Recursos Humanos y ponerte una denuncia!

—Tócate el culo —suelto tan tranquilo.

—¿Cómo dices?

Ojalá pudiera hacerle una foto ahora mismo.

—Que te toques el culo. Te has pillado la falda con la cinturilla de las medias y estás enseñándolo.

Ella abre los ojos de golpe y se gira para mirarse. Al darse cuenta de que no le he mentido, se enciende como una bombilla de Navidad. ¡Vaya, acaba de gustarme la comparación!

—Pero ¿cómo…?

—Te he salvado de que toda la empresa se deleite gratis con tus encantos. Como mínimo, merezco una disculpa.

—¡Joder! —maldice. Pone los ojos en blanco y golpea el suelo con el pie.

Me mira con rabia. Sé lo que le está costando reunir las palabras después de todo lo que me ha dicho. ¿Podría ponérselo más fácil? Podría, pero no lo voy a hacer.

—Perdona, no debería haber… Gracias por evitarme la vergüenza.

—De nada —digo con retintín.

Ella revisa una vez más que toda la falda ha salido de sus medias y se acerca a mí.

—Bueno, ahora tengo que seguir trabajando.

Al pasar junto a mí para llegar a la puerta, su perfume me golpea de lleno. Por un instante, me olvido de respirar.

¡Dios, dame fuerzas!

Intenta abrirla, pero mi mano la detiene antes de que lo consiga.

—¿Qué haces?

Borro en un solo paso la distancia que nos separa. Sé que después voy a tener que comerme mis palabras… Pero eso será *después*.

No se mueve, y eso me enerva.

—¿De verdad vas a salir con Jacobo? —digo casi pegado a su boca.

—Sí. ¿Te importa?

—¿Debería?

¿Qué…?

Por favor, ni os molestéis en pensar por qué he dicho eso, ¡ni yo mismo sé de dónde he sacado esa estupidez!

—No, si no quieres que te…

La callo colocando un índice en sus labios. No se aparta, aunque no sé si es porque no se lo esperaba o por otra razón.

Ojalá que la *razón* sea porque lo esté deseando tanto como yo.

—¡Shhh…! —susurro, respirando de forma entrecortada.

Clavo mis ojos en ella. Aparto la mano. No la toco, pero me quedo allí, observándola como si fuera la primera vez. No sé qué me ha llevado a comportarme así, solo que oír cómo quedaba con otro hombre me ha hecho explotar, igual que una chispa al caer en un charco de gasolina.

¿Tengo derecho a hacer lo que estoy haciendo? No, ¡claro que no! Pero cuando alguien te atrae de esta forma, fingir es inútil. Y creo que esa fase acabo de saltármela de golpe.

—Andrés, no voy a besarte si es eso lo que estás esperando —me suelta sin amedrentarse.

—Yo tampoco voy a besarte, Nadia —susurro y me acerco tanto que hasta puedo sentir su aliento en mi boca. Estoy a punto de cruzar la línea, pero me detengo y añado—: Hoy no, aunque no puedo garantizarte que no lo vaya a hacer otro día —agrego con rabia.

¿Por qué? Ni yo mismo lo sé.

—¿Es una amenaza?

Sonrío y me muerdo el labio inferior mientras aprieto los puños para no abalanzarme sobre ella. Logro contener el deseo de hundir mi lengua entre esos labios entreabiertos que ahora tiemblan ligeramente.

—Solo te estoy avisando con antelación. Para que luego no puedas reprocharme que no lo hice.

—Lo tendré en cuenta.

Esta vez la que sonríe es ella. Sabe que ha ganado este pulso, y me sorprendo al darme cuenta de que no me importa en absoluto.

—Que disfrutes de tu cita —digo y me separo.

—Descuida que lo haré.

Antes de salir la miro y agrego:

—Sé que no, pero *finjamos* que sí.

Va a decir algo, pero se detiene a tiempo. Asiente y yo me marcho a toda prisa hacia mi despacho.

Sé que acabo de cagarla. ¡Bien por ti, campeón!

CAPÍTULO 9
¡cuenta, cuenta!

Nadia 

Me quedo como una tonta mirando la puerta mientras el corazón parece que se me va a salir por la boca. Me llevo la mano al esternón para tratar de tranquilizarme. ¿Se puede saber qué acaba de pasar? Os juro que no lo sé, aunque mejor me siento en mi mesa porque me tiemblan las piernas y hasta diría que la cabeza me da vueltas. Ahora mismo no recuerdo dónde he leído que eso puede pasar por un subidón de adrenalina, pero os aseguro que en mi vida he tenido otro igual a este.

Con la mirada fija en la pantalla, repaso lo que acaba de ocurrir. Punto uno: me ha visto el culo —¡me cago en todo lo que se menea!—. Punto dos: ha estado a puntito de besarme —esperad, que lo voy a repetir en mi mente para asimilarlo—. Decir que estoy en *shock* es quedarse corta.

Pese a que estoy sentada, me paso de nuevo la mano por la falda para asegurarme de que está en su sitio. ¿Cómo no me dado cuenta en el baño de que se me ha quedado cogida con las medias? Creo que la respuesta es obvia: otro encuentro incómodo con Andrés en la sala de descanso.

¿Os preguntáis por qué «incómodo»? Muy fácil: ha escuchado que Jacobo y yo salimos esta noche.

¿Debería importarme? No.

¿Me importa? Creía que no, pero mi cuerpo parece que tiene algo que decir al respecto.

A ver, reconozco que Andrés es mono. Atractivo. Pero ¿qué digo? ¡Está más bueno que un muffin de arándanos! Os prometo

que para mí eso es subir mucho el nivel, así que haceros una idea de cómo es.

No quiero que penséis que soy una tonta que se fija en el primero que me dice algo interesante. No soy así para nada. De hecho, antes de que me advirtiera de lo de la falda, he estado a punto de correr hacia Recursos Humanos para meterle un buen paquete.

¿Será que me ha pillado en horas bajas porque no quiero hacerle daño a Jacobo? Puede ser… Bueno, eso sí es cierto. Esta noche voy a dejar las cosas claras con él de forma amable. El chico no se merece que le dé esperanzas cuando sé que no me atrae ni un poco. Entonces, ¿por qué demonios no le he dado una patada en las pelotas a Andrés?

¿Se lo merecía? Sí. Es mi jefe, y cualquiera hubiera dicho que lo que estaba haciendo era acosarme. Aunque, visto desde otra perspectiva, ¿y si le gusto de verdad? Por un momento, imaginemos que ese es el motivo. Hay muchas formas de acercarse a alguien, pero ¿cómo hacerlo sin parecer un *acosador*?

Disculpad este diálogo interno. No me esperaba tener que afrontar algo así esta mañana. Si os digo la verdad, en ninguna mañana.

A ver, para seros totalmente sincera, os confieso que esta semana lo he mirado un poco más de lo aceptable cuando no se daba cuenta. Venga, ¡a nadie le amarga un dulce! Y Andrés es muy fácil de… mirar. Eso sí, no sé cómo he sido capaz de mantenerme firme.

«No voy a besarte si es eso lo que estás esperando».

¿Cómo he soltado eso sin inmutarme? ¿El pánico? Aunque os cueste creerlo, no soy tan fuerte como intento aparentar. Soy humana, tengo debilidades y muchas inseguridades, pero él logra sacar en cero coma el monstruo que habita en mi interior. Aunque hace cinco minutos ha conseguido acallarlo para dejar paso a la diosa que duerme a su lado.

Madre mía, ¡qué gilipollez acabo de decir! En serio, perdonadme. La culpa es de Andrés por haberme cabreado y excitado al mismo tiempo. No debería dejar que tuviera ese poder

sobre mí, pero ¡la que sea capaz de controlarse, que venga y me eche una mano!

¡Dios! ¡He de salir de este estado ya!

Me levanto para ir al baño a refrescarme cuando Scarlett entra en mi despacho.

—Solo tengo dos minutos —susurra como si fuese una espía y se echa a reír.

—¿Y ahora qué es lo que quieres? —respondo con voz de fastidio, pasándome de nuevo la mano por la parte de atrás de la falda.

—Me ha chivado un pajarito que has hablado con *Jacob* en la sala de descanso. ¡Cuenta, cuenta!

Veo cómo se cubre un ojo con la mano, igual que si llevara un antiguo monóculo, y me resulta imposible no reír.

—Hemos quedado en que vendrá a recogerme a casa a las ocho.

—¿A tu casa? —dice con un tono extraño que no soy capaz de etiquetar porque me acribilla con otras preguntas—. ¿Por qué le has dado tu dirección? ¿No te parece que es muy pronto? Tendrías que haber quedado con él en un punto neutral. ¿Es que no te he enseñado nada? ¡Jamás le digas a nadie que no conozcas dónde vives!

—Para ya, ¿no? ¡La culpa de que esta noche tenga esta cita es tuya!

—Sí, ya. Pero no deberías…

—¡No me toques el flequillo, Scarlett!

—Tú no tienes flequillo.

—¡Pues como si lo tuviera! Estoy haciéndote un favor, incluso yendo en contra de mi código moral.

—¿Código moral?

—¡No darle esperanzas a un chico que me importa menos que este clip! —agrego, sujetando el susodicho objeto entre los dedos.

—Pues tendrías que darle una oportunidad, es un chico muy mono. Además, yo, que lo conozco un poco más que tú, he de decir que es muy majo también.

—¡Pues adóptalo y deja de meterme en líos!

—Hija, ¡qué rancia eres!

—Vaya, ¿tú también?

—Yo también ¿qué?

—Que me has llamado rancia como mi madre, aunque ella me lo dijo porque no me gusta la Navidad.

—¡No te metas con mi Pepa, que es una santa por aguantarte!

—Pues exponedme en un circo de tres pistas como animal exótico, pero no me gusta y punto.

—¡Qué cansina eres! —dice, poniendo los ojos en blanco.

—¿A que llamo a *Jacob* y cancelo la cita? —respondo, cogiendo el teléfono.

—Vale, vale… —dice mientras levanta ambas manos mostrándome las palmas para que me tranquilice.

¡Para tranquilizarme que estoy yo después de lo que me ha pasado antes con Andrés! Durante un instante, sopeso si contárselo. No, mejor lo dejo pasar. Conozco bien a mi amiga y estoy segura de que solo con oír la tontería que me ha dicho es capaz de construir un castillo en el aire con foso y todo.

—Genial. Ahora vete, que tengo que seguir trabajando.

—Toma, ¡y yo! —Sonríe y se pone en pie. Va hacia la puerta y se da la vuelta. ¿Por qué a todo el mundo le ha dado por hacer eso? —. Oye, ¿por qué Andrés te ha gritado en el pasillo? Ana ha venido a cotilleármelo. Estaba acojonada por cómo te estaba mirando.

¡Joder, joder, joder! ¿Y ahora que le digo yo?

Piensa, piensa, piensa…

Bajo la mirada y niego con la cabeza.

—Había olvidado que tenía que darle un informe —suelto para salir del paso.

Ella me mira y entrecierra los ojos, escaneándome. Estoy segura de que no me ha creído cuando dice:

—¿Tan capullo es?

¡Señor, recuérdame que te ponga una velita!

—Más de lo que te puedas imaginar —digo con seguridad.

¡Ja! El último *Oscar* de la Academia por mejor actriz de reparto que me lo den a mí, ¡acabo de hacer la actuación de mi

vida!

—Pues no sabes lo que me alegro de no ser jefa de departamento. ¿Y estás bien?

—Sí, no ha sido tan ogro como parecía. En cuanto le he dado el informe, se le ha pasado.

—¿Será bipolar?

—No lo había pensado, pero igual sí —suelto y suspiro por dentro.

—Me voy. Mañana estaré en casa de tus padres a las once, pero te llamo antes para que me cuentes qué tal la cita.

—Y dale…

—Hija, escucha al pobre chico. ¡Si es un encanto!

—¿Quieres que te lo envuelva y te lo envío por correo?

—No es mi tipo —dice categóricamente.

—Ni el mío, así que deja de fastidiarme y ¡lárgate! —agrego con hartura, moviendo la mano para que salga.

—Yo también te quiero, ¿sabes?

—Normal, soy la mejor amiga del mundo.

Antes de irse, me saca la lengua. Cierra la puerta y, en ese momento, me doy cuenta de lo tensa que me ha puesto tener que hablarle de Andrés.

¿Será que me toca la regla? Claudico y cojo el móvil para comprobarlo. Aún me faltan diez días, así que todo lo que me ocurre no puedo achacárselo a la menstruación.

Miro la hora: casi las once y media. Pero ¿cómo narices se me ha escapado así la mañana? Me queda poco más de media hora para salir y no he adelantado todo lo que quería. Con tanta charlita de las narices, se me ha ido el santo al cielo. Me siento bien en la silla y me meto de lleno en el diseño que estoy haciendo. Entre Jacobo, Scarlett y Andrés, sobre todo Andrés, no sé ya ni dónde estoy.

Cuando quiero darme cuenta, son las doce y diez. Recojo y me dirijo a la salida. Se me encoge el estómago al ver que la puerta del despacho de Andrés está abierta. Por desgracia, no hay forma de coger otro camino. Respiro aliviada al pasar por delante y comprobar de reojo que no se encuentra dentro. Seguro que está con sus

padres, así que corro como alma que lleva al diablo para llegar al aparcamiento.

Arranco mi coche y me meto de lleno en un atasco para salir del polígono. Esta vez prefiero no arriesgarme a encender la radio y pongo mi lista de reproducción de MP3. Como oiga otra cancioncilla navideña llena de chispa y felicidad, ¡grito!



Después de comer, he tenido que echarme un rato: ¡la cabeza me iba a mil! ¿Os podéis creer que me he pasado todo el almuerzo pensando en lo que me ha dicho Andrés? ¡Será idiota!

«Sé que no, pero *finjamos* que sí».

Hago una pedorreta con la boca y me abrazo con fuerza a uno de los muchos cojines que adornan mi sofá. Lo confieso: tengo una docena de cojines de todos los tamaños y los uso según la ocasión. Como ahora mismo estoy cabreada, he cogido el más grande y peluchoso para poder estrujarlo a gusto.

En serio, ¿por qué me ha hecho esto a mí, con lo bien que estaba yo, tan tranquila en mi solitaria y confortable parcelita? No me apetece salir con nadie… Nada más decirlo, me viene a la cabeza: «Tal vez con él sí».

¡Cállate conciencia! Como si no tuviera suficiente con la Navidad, ahora tengo que lidiar con sentimientos que no sabía ni que tenía.

¿Os imagináis que se enamore de mí? ¡Ja, ja, ja! ¡Locas! ¡A ese no me acerco yo ni con un palo! ¿Es que no os habéis dado cuenta aún de que es el hijo del jefe? Los jefes, perdón.

¡Dios, de verdad que estoy echa un lío!

Miro el reloj y me entran los siete males. Tengo que empezar a vestirme, Jacobo viene a por mí a las ocho. Ya sé que lo sabéis, ¿vale? Pero es que tengo que repetirlo de nuevo porque no me entra en la cabeza que me haya dejado embaucar otra vez por Scarlett.

¡Arrrggg!

Me meto bajo el agua y termino en cinco minutos. Creo que ha sido la ducha más rápida de la historia. Ya sé que no, pero callaros un poquito, que estoy que trino.

Elijo un vestido suelto y calentito, las mismas botas mosqueteras que he llevado al trabajo —que me encantan—, y me retoco el maquillaje. Esta pantomima va a acabar conmigo. Scarlett no me pilla otra vez para hacer nada semejante. Sé que lo he repetido mucho, pero ¡tened un poco de piedad por mí!

A las ocho en punto, Jacobo me manda un mensaje para avisarme de que está abajo, en segunda fila. Antes de salir, me echo un vistazo en el espejo de la entrada y respiro hondo. Asiento porque sé lo que tengo que hacer. Miro hacia arriba, pidiéndole a ÉL que me dé las fuerzas necesarias para hacerlo… y para no flaquear a mitad de camino.

Nada más verme, el pobre sale del coche. Si en el fondo parece un buen chico.

—Uff…, ¡qué guapa estás! —me piropea y se acerca para darme dos besos.

Me digo a mí misma que no debo ser como ya me han denominado mi madre y mi amiga: «Una rancia», y trato de no parecer reacia a esa muestra de… ¡de yo qué sé!

¡Virgencita, dame fuerzas!

—Gracias, Jacobo.

—Venga, entra en el coche, que hace frío.

Asiento con la cabeza y lo hago. Su coche no está mal, pero nada comparado con el «carraco» de Andrés.

¿Resoplo o me pego un coscorrón? Resoplo.

—¿Te gusta? —pregunta mientras mira en rededor su Audi A3 del año de la polka.

—Sí, está muy bien.

Venga, ¿qué queréis que le diga? Un poquito de por favor: ¡no hay comparación posible!

—Era de mi padre, pero yo lo he «tuneao».

¿En un vertedero? ¡Compórtate, Nadia!

—Pues lo has dejado… —dejo el resto en el aire porque no sé qué añadir a esa frase para no herir sus sentimientos.

—Me alegro de que te guste.

Nos incorporamos al tráfico y recuerdo por qué detesto que conduzca otra persona. Sí, tengo un defectillo: me agobio cuando no soy yo la que está al volante. ¿Que por qué? Varias razones. Una, soy un manojo de nervios —no sé si ya os habíais dado cuenta—, y dos, la gente conduce como el culo. Vale, no todo el mundo, pero que entre el coche de delante y el tuyo apenas quepa un folio en vertical no me da precisamente tranquilidad.

Llegamos a la salida del Polideportivo Martín Carpena y le doy gracias al cielo porque, por esta zona, no hay tanto tráfico. Callejeamos un poco y aparca en la misma calle —y, si me apuráis, diría que hasta en el mismo aparcamiento— donde lo hizo Andrés el lunes. ¡Si es que el Destino es un cachondo mental!

El viento helado nos corta la cara y aprieto el paso.

—¿Cuál es el restaurante? —pregunto para darle la oportunidad de que parezca que me ha sorprendido.

—El italiano que ves ahí —dice y hace un ademán con el mentón para señalarlo.

Lo miro un segundo y veo que está pasando el mismo frío que yo. Pero ¡a quién se le ocurre salir en invierno!

Nada más entrar, nos saluda un camarero que parece un italiano auténtico. A ese no lo vi el otro día, pero tampoco estaba muy atenta. El hombre nos acompaña a la mesa y nos pregunta qué queremos beber.

¿Qué tal un chocolatito bien caliente para que la sangre me llegue de nuevo a los pies?

Como no puedo pedirle eso, me conformo con un agua del tiempo.

—¿No te apetece un Prosecco? —pregunta algo tenso.

—A mí no, pero pídetelo tú —replico con tono amigable.

—No puedo, tengo que conducir.

—Es verdad…

—Agua para mí también —termina diciéndole al camarero.

Cuando nos quedamos solos, se me suben las pulsaciones de forma preocupante. Me repito un par de veces que tengo que afrontar esto de la mejor manera hasta que veo que Jacobo cambia la expresión.

—¿Estás bien? —se me escapa sin pensarlo.

—Lo siento, Nadia. No puedo hacerlo.

—¿El qué?

—Esto —susurra, señalándome a mí primero y después a él—. Creí que podría llegar hasta el final de la cena, pero yo no soy un capullo. Esto… esto es una farsa. Solo te propuse salir porque Salva y Rafa, los de mantenimiento, me retaron a pedirte una cita. Estaban seguros de que tú me dirías que no y, si te digo la verdad, yo también lo estaba. Pero dijiste que sí, y ya no pude echarme atrás.

—¿Estamos aquí porque has hecho una apuesta?

—Sí, y lo siento. En serio, ¡ni de broma pensaba que ibas a aceptar!

—¿Y cuánto os habéis apostado?

—Cien euros cada uno. He ganado doscientos.

—Vaya, al menos te has llevado un buen pellizco. ¿Y Escarlata sabía algo de vuestro plan?

—No, a ella solo le dije que quería pedirte una cita.

—De verdad que estoy alucinando —replico, y bebo un poco del agua que acaba de servirme el camarero. No me lo esperaba y tampoco sé qué decir.

—Lo sé… A ver, por un lado, quería el dinero, ¿entiendes? ¡Que eran doscientos euros!

—Sí, claro —suelto, elevando los hombros.

—Y, por otro… Bueno, eres muy guapa y no iba a ser ningún sacrificio.

—Me alegra saberlo —respondo con tono sarcástico.

—¡Joder, no sé hablar!

—No, si lo estás haciendo muy bien y dejándolo todo muy clarito.

—Nadia, perdona. No debí seguir adelante. Solo que… Escarlata y yo empezamos a hablar todos los días del tema, y

reconozco que el tiempo que compartimos ha sido la mejor parte. Creo que no fui capaz de echarme atrás porque me di cuenta de que me gustaba y no quería dejar de verla, aunque eso significara quedar contigo por compromiso.

—¿Me has pedido salir gustándote otra?

—¡Soy un gilipollas, lo sé!

El camarero se acerca para tomarnos nota y le pedimos un poco más de tiempo. Con todo este lío, aún no hemos mirado la carta. Se marcha con cara de fastidio y el italiano me empieza a caer mal no, lo siguiente.

—No digas eso… —agrego mientras pienso que yo tampoco he sido muy sincera que digamos.

Lo miro y caigo en la cuenta de que tal vez Scarlett también esté interesada en él por algo que me ha dicho esta mañana. Como sea así, me voy a pasar una semana riéndome sin parar.

—Es lo que soy. Si te he creado algún tipo de esperanza…

—Jacobo, he salido contigo porque la lianta de Escarlata ha hecho otra apuesta con Ana de Administración por la misma razón que tú con Salva y Rafa, aunque ella solo va a llevarse cien euros. Eso, o me ha mentido como una bellaca.

—¡Venga ya!

—Sip. Así que perdóname también porque solo he accedido a esto para que ella ganara.

—¡Vaya!

—Sí, ¡vaya!

Nos miramos y soltamos una carcajada.

—¿Sabes que te digo? —dice mucho más relajado—. Que tengo doscientos euros y nos vamos a pedir los platos más caros.

—No, chaval. Vamos a elegir un par de pizzas y las compartimos. El resto guárdalo para tu cita con Scarlett.

—¿Mi cita?

—Jacobo, si te gusta, tienes que pedirle una cita de verdad.

—Ella cree que me gustas tú.

—De eso me encargo yo.

—¿Qué quieres decir?

—Que me debe una muy gorda y me la pienso cobrar.

CAPÍTULO 10
no tanto

Andrés 

De malos modos, descorro una de las cortinas del dormitorio. Pulso el interruptor de la persiana con impaciencia. Sí, la frustración me recorre de pies a cabeza. Abro la ventana y el frío, junto con la tenue claridad de amanecer, logran que me tranquilice un poco. ¿Qué es lo que me pasa? Muy fácil: estoy muy cabreado conmigo mismo porque me he pasado toda noche imaginando a Nadia haciendo con el tal Jacobo de todo lo que se os ocurra y más.

Seguro que os estáis preguntando por qué me molesta tanto que haya salido con él si no es asunto mío ni debería importarme. Repito: eso mismo llevo pensando toda la bendita noche y aún no he encontrado la respuesta. Eso sí, yo solo me he metido en este hoyo y yo solo he de salir. La cuestión es que no sé si quiero.

¿Qué problema habría si ella y yo…?

¡Para, Andrés! Es tu empleada y, además, no creo que a mis padres les pareciera bien que tuviera una relación en la oficina. Vale, lo más seguro es que a ellos no les importara, pero a mí sí. Lo primero que se me viene a la cabeza es que no sería nada profesional, aparte de que podría poner en peligro su puesto de trabajo si no saliera bien, y eso es lo último que quiero. No, he de centrarme y no volver a pisar su despacho. Las próximas reuniones que tengamos serán en el mío, con la nueva secretaria delante. Eso es. Si tengo testigos, no volveré a hacer el gilipollas.

Sacudo la cabeza y me dirijo a la cocina para hacerme un café. No tengo nada de hambre. La rabia ya me tiene

suficientemente alimentado.

Miro el reloj y solo son las ocho menos cuarto de la mañana. No es hora de llamar a nadie. Me voy al despacho y enciendo el ordenador. A ver si, revisando los informes que me envié ayer, me siento mejor. Por supuesto, no abro los mensajes, sino que me lanzo como ave de rapiña a la web de la empresa. Reviso las fotos de los empleados, una tras otra, con la esperanza de que Nadia aparezca en alguna. Inspiro profundamente al verla rodeada por el equipo directivo. Mi madre está junto a ella y ambas sonríen. De pronto, un escalofrío me recorre la espalda: encajan a la perfección como nuera y suegra… Pero ¿¡qué estoy diciendo!?

Mi intención es salir de la página, ¡de verdad! Pero mi mano tiene vida propia y le da a «guardar imagen». Meto la foto en mi carpeta de iCloud y espero a que se sincronice. Cojo el móvil y actualizo la carpeta de Fotos. Me da un vuelco el corazón al volver a ver su sonrisa. Resoplo como lo hace ella y suelto mi iPhone encima de la mesa. ¿Me he vuelto un acosador? La mayoría diría que sí… ¡y tendrían razón!

Vuelvo a mirar la hora: las ocho y veinte. Es sábado y muy pronto. ¡Pues que se aguante por la de veces que me ha tocado estar en su lugar!

Agarro el móvil de un manotazo y marco su número.

—¿Andrés? —dice mi hermano con voz somnolienta.

—Pablo, tengo que hablar contigo.

Se escucha un ruido seco al otro lado de la línea. Oigo alto y claro cómo suelta un insulto. Lo siento, no voy a compartiros lo que dice porque no es necesario que lo sepáis. Creedme, es mejor así.

—¿Le ha pasado algo a mamá o a papá? —pregunta agobiado.

—No.

—¿Y a Marina?

—No, todos están bien.

—¡Joder, tío, qué susto me has dado!

—Te has precipitado, solo es eso.

—¡Y un huevo de pato!

—Vale, vale… No te lo tomes así.

—¿Que no me lo tome así? Mira, hermano, necesitas urgentemente dar clases sobre cómo llamar a alguien y darle una noticia sin provocarle un infarto.

—Tomo nota.

—¿Y se puede saber por qué me estás llamando tan temprano? ¡Que es sábado! —refunfuña.

Me quedo callado un momento antes de contestar.

—No he dormido en toda la noche porque… no he podido parar de darle vueltas a un tema.

—Dispara —dice bostezando.

Le resumo mi historia con Nadia y acabo con lo que no me ha dejado dormir. Mi relación con Pablo es muy abierta. Siempre hemos recurrido el uno al otro cuando lo hemos necesitado, y no creo que me haya hecho nunca más falta su consejo como en este momento.

—A ver, Andrés, lo que voy a decirte ponlo en cuarentena porque estoy hablando sin saber. No la conozco y solo puedo basarme en lo que tú me has contado, ¿de acuerdo? No te lo tomes al pie de la letra, que a ti sí que te conozco.

—Como tú dices siempre: «Dispara».

—Creo que le gustas, pero eres su jefe.

—Para eso no necesitaba llamarte —me quejo.

—¿Y qué quieres que te diga? ¿Que está loca por ti y que vais a follar como conejos?

—¡Pablo, joder, no hables así!

—¡Mira quién habla!

Resoplo con fuerza, mirando al techo. De pronto, oigo de fondo el sonido de una taza y de la cafetera en funcionamiento.

—¿Te estás haciendo un café? —pregunto con un tono más relajado. En realidad, así es como él y yo hacemos las paces cuando discutimos.

—Uno doble, hermanito. Menudo comedero de coco tienes —dice menos enfadado.

—Ya lo sé.

—A ver, yo creo que, para tu salud mental y también para respetar mis horas de sueño, tienes que tomarte las cosas de forma más tranquila.

—Lo intento.

—Andrés, sé que eres el primogénito, que, sin dudar, te has echado a los hombros la responsabilidad de la empresa…

—Porque quiero, Pablo.

—Vale, sí. Te encanta dirigir, mandar y tenerlo todo controladito, pero las relaciones requieren otro punto.

—Ya.

—No, ya no, ¡que mira cómo estás!

—Es que, como quien dice, acabo de volver. Quiero tomarme las cosas con calma y no liarme con la primera mujer que se me cruce.

—¿Y quién te obliga a hacerlo?

Su pregunta me sorprende porque tiene razón. ¿A qué vienen estas prisas si la conozco desde hace menos de una semana?

—Nadie.

—Exacto: nadie. El único que está forzando la situación eres tú.

—Supongo que podría tomármelo con más tranquilidad.

—Pues sí, ¿pero quieres?

—¡Joder, Pablo! ¿Por qué me preguntas eso?

—Para que lo pienses bien. Te conozco, hermano. Si esa chica no te importara, primero, te habría traído al pairo que saliera con el tal Jacobo y, segundo, yo habría podido dormir, al menos, hasta las nueve.

—Si es que apenas la conozco. ¡Arrrggg!

—Pero te hace babear como el perro de Pávlov.

—No tanto.

—Sí, ya.

—Me revienta estar así cuando puede que ella haya pasado la noche riéndose de mí mientras hacía de todo con ese gilipollas.

—Eso no lo sabes.

—Es lo normal, Pablo.

—Eso no puedo negártelo, pero hay algo que me llama la atención.

—Tú dirás.

—Mmm… ¿Por qué no te dio el guantazo que te merecías? ¿O qué menos que te diera un empujón para separarse de ti? Te aseguro que nuestra hermana sí que lo habría hecho, y más chicas que conozco. La verdad es que tendría que haberte dado una patada en las pelotas; sin embargo, te plantó cara y te dijo que no iba a besarte. Ahora que lo pienso, eso sí que fue una patada directa al centro de tu enorme ego —ríe.

—¡Yo no soy tan capullo!

—¡Nooo, que vaaa! Andrés, reconoce que la has cagado y bien.

—¡Si lo reconozco, por eso estoy así! —digo levantando la voz más de lo que pretendía.

—¡Eh, bájate del burro, que es muy temprano!

—Perdona, es que no soy capaz de controlarme.

—Mira, no sé qué sientes por… ¿Nadia?

—Sí, Nadia.

—Bonito nombre. Bueno, pues eso. No sé qué está pasando por tu cabeza, pero tienes que aclararte lo antes posible. Ella no solo trabaja para la empresa. Por lo que me has contado, es jefa de un departamento.

—El de Diseño Gráfico.

—Vale, el que sea. Y lleva ahí tres años, ¿verdad?

—Sí.

—Eso significa que tiene que ser muy buena en lo que hace y que, además, es importante para mamá. Sabes que ella decide todo lo que sale al mercado con nuestro sello.

—Mamá la tiene en muy alta estima.

—Entonces, debes tener mucho más cuidado con lo que haces.

—¡Ya lo sé! ¿Por qué crees que te he llamado para pedirte consejo?

Ahora quien resopla es él porque sé que, aunque no es mi intención, le estoy haciendo perder la paciencia.

—Andrés, enamorarse no es malo —me suelta como una bomba y yo me quedo callado porque no sé qué decir.

—Yo no…

—Mira, no importa. No vamos a discutir ahora sobre eso. Ya tienes edad suficiente para echarle huevos a la vida, así que decide qué quieres y listo. Si solo buscas pasar una noche con ella, mi consejo es que no lo hagas. Primero va la empresa, ¿queda claro?

—Eso no hace falta ni que lo menciones.

—Pero no es eso, ¿verdad? ¡Estás cabreado porque no solo quieres un rollo con ella! —Esta vez ríe con ganas y me enerva aún más.

—No te rías, ¡gilipollas! —digo, aunque no puedo evitar reír porque ha heredado la risa de nuestra madre y me la contagia.

—Vale, vale —negocia—. Venga, ¿por qué no hablas con mamá? Sabes que ella siempre da mejores consejos que yo.

—No quiero que se monte una película con algo que ni yo mismo sé cómo va a salir. Siento que… No, sé que no debo precipitarme. Quiero pensarlo más despacio antes de hacer algo que nos perjudique.

—Esa es una buena decisión. Muy racional. Pero no tardes mucho o ese Jacobo se la quedará.

—Eso, ¡tú dándome jarilla!

—Tío, ¡es que no te has enterado ya de que la vida son dos días! No te la pases rumiando o te arrepentirás de lo que no hiciste y no de tus meteduras de pata.

—Buen consejo.

—No es mío, es de mamá.

—Mañana voy a comer a casa, quizás lo comente con ella.

—Es lo más sensato que has dicho en todo el rato que llevamos hablando.

—Eso, y que eres gilipollas. —Volvemos a reír—. Oye, mamá me ha dicho que bajáis el jueves. ¿Vendréis a la cena de la empresa entonces?

—Sí, sí. Ya tengo los billetes del AVE. No vamos este fin de semana porque Marina me ha convencido para ir hoy de mercadillos. Y más tarde he quedado con unos amigos a los que hace un montón que no veo.

—Genial. ¿Estaréis hasta Reyes?

—Sí, luego vuelvo a Massachussets para acabar el máster. No me apetece nada, pero no me queda otra.

—¿Cómo va el tema de buscar trabajo?

—Bien. Aquí en Madrid he encontrado varias multinacionales que tienen buena pinta, pero en concreto hay una que es la que más me interesa. Ya veremos. De todos modos, aún falta un año para eso. Hasta que no esté acabando, no quiero enviar el currículo.

—Mi consejo es que no esperes tanto. Hazme caso: cuando te queden cuatro o cinco meses, empieza a echar solicitudes. Nunca se sabe cuánto puedes tardar en encontrar algo que merezca la pena. Lo bueno es que tienes varios años de experiencia en la empresa del abuelo, y eso juega a tu favor.

—¡El abuelo es un negrero! —dice riendo.

—Es un crack. Pero sí, es muy estricto.

—¡Y que lo digas!

—Pablo, gracias.

—De nada, gruñón. Date un día para pensar y después le preguntas a mamá, ¿estamos? No es una amiga, es una trabajadora.

—No hace falta que lo repitas.

—Por si acaso.

—Venga, te dejo dormir.

—¿Ahora? ¡Serás capullo! ¡Ahora lo que voy a hacer es ducharme para quitarme la mala leche que tengo por haberme despertado tan pronto!

—No seas tan rencoroso. Hoy por mí, mañana por ti.

—¿Ah, sí? Me la apunto. Eso sí, no te cabrees cuando te llame a las seis solo para darte los buenos días.

Más risas.

—Hasta luego, Pablo.

—Cuídate, Andrés.

Me cuelga y me dejo caer hacia atrás en la silla. No me había dado cuenta de que me he pasado todo el tiempo en tensión y mirando la imagen de Nadia en la pantalla mientras hablaba con él.

Voy hacia la cocina para dejar la taza en el fregadero. Mi hermano tiene razón: he de decidirme antes de cometer un error. Pero ¿y si no lo es? ¿Y si ella es mi destino?

¡Andrés, ve a darte una ducha y deja ya de pensar tonterías!

Supongo que debería hacerlo, pero prefiero bajar al gimnasio del complejo donde vivo y soltar toda la rabia que llevo acumulada desde que ayer salí de su despacho.

Me enfundo la ropa deportiva y, en vez de subir en el ascensor, opto por las escaleras: necesito activar el cuerpo. Vivo en el ático, así que estos ocho pisos van a ser un buen calentamiento y espero que hagan descender esa rabia que me sigue carbonizando las tripas.

Por favor, decidme la verdad: ¿me estoy excediendo en plan bestia? Tengo la sensación de que sí, la cuestión es que no sé cómo parar. No es que Nadia sea la primera chica que me interesa. Os aseguro que tengo experiencia de sobra, aunque ni viene al caso contarla ni es mi estilo pavonearme por tenerla.

«Lo pasado atrás se queda». Esa frase de mi abuela materna hace mucho que la interioricé, así que intento seguir adelante sin regodearme en aquello que no puedo cambiar. El problema es que, de momento, no soy capaz de salir de este círculo vicioso en el que me he lanzado de cabeza porque ella es… distinta.

Sí, ya sé que estaréis pensando que eso es lo que siempre se dice. Y tenéis razón, pero no se me ocurre otra forma de explicarlo.

Entro en el gimnasio, enciendo las luces y me subo a la cinta. A ver si correr cinco kilómetros mejora mi ánimo.

¿Creéis que va a ser así? Yo tampoco, pero es lo que hay.

CAPÍTULO 11
de compras

Nadia 

Hoy me he levantado de muy buen humor y creo que se debe a que ayer me lo pasé de maravilla con Jacobo. La verdad es que me ha gustado conocer su faceta de conspirador y su buen rollo. Definitivamente, Scarlett y él harían muy buena pareja. La cuestión es: ¿conseguiré que la loca de mi amiga le dé una oportunidad? ¿Vosotras qué pensáis? A ver, sé que la conocéis poquito, pero yo no. Yo llevo lidiando con ella desde que era una mocosa y os puedo hacer una lista muy jugosa de sus puntos débiles.

¡Eh, no pongáis esa cara! Mi intención es buena: solo quiero darle un empujoncito para que pueda conocer mejor a *Jacob*, como ella lo llama. No creáis que se parece al de la peli de *Crepúsculo*, aunque tiene un puntito que lo hace muy atractivo. Además, estoy convencida de que se llevarían genial. De hecho, me ha sorprendido mucho saber la de veces que han tomado café juntos fuera de la oficina para idear nuestra cita. Eso sí que la muy petarda ha sabido ocultármelo muy bien.

Sí, sí… Ya sé que estaban preparándome una encerrona, pero que Escarlata se haya tomado tantas molestias para planearla me escama.

No es que yo sea demasiado intuitiva. Vamos, que no lo soy. Ni una vez he acertado quién es el asesino en las novelas y me quedo de piedra al enterarme. Tranquilas, tengo otras muchas habilidades, aunque esa, en concreto, no está en mi lista.

Estoy sentada en la cocina, repasando mentalmente todo lo que maquinamos Jacobo y yo anoche. Muevo con la cucharilla mi

café recién hecho y me acerco la taza para disfrutar de su aroma. ¡Señor, lo que me gusta este liquidillo! Doy un sorbo y sonrío. Estoy feliz, y eso es muy raro. Enciendo la radio y *Oh Santa!*, de Mariah Carey, junto a Ariana Grande y Jennifer Hudson, inunda mi cocina. No pienso dejar que esta cancioncita me amargue el desayuno. Agarro el móvil y me pongo a bichear la cuenta de Instagram de mi autora favorita… hasta que siento un subidón de adrenalina al darme cuenta de que estoy tarareando el estribillo.

Pero ¿qué…?

Os juro que, aunque suene fatal, acabo de acojonarme. ¿Qué hago yo cantando con Mariah? Mejor corramos un tupido velo. Yo creo que me ha dado un aire y se me han revuelto las neuronas con tanta campanilla.

Termino el post que estoy leyendo, le doy su merecido *like* y empiezo a hacer *scrolling* sin rumbo fijo. De pronto, me topo con un *reel* en el que aparece un chico generado con IA que podría pasar perfectamente por el doble de Andrés si tuviera sus ojos. Este los tiene de color miel. Reproduzco el vídeo varias veces y acabo haciendo una captura de pantalla. Amplío la imagen y me atrapo el labio inferior entre los dientes.

¿Qué estás haciendo, Nadia?

Vosotras y yo lo sabemos: una sesión de masoquismo a lo bestia. Vale, no es para tanto; aunque para mí sí. Vuelvo a mirar la imagen y consigo bloquear el móvil. ¿Por qué me hago esto? Si podéis decírmelo, me vendría de perillas.

¿Qué… qué? ¿Que me gusta?

Chicas, chicas, chicas…, ¿queréis prestar atención? ¡Es mi jefe! No, no y no. ¡Me niego a tener nada con él! ¿Por qué? Porque yo paso de las historias trilladas entre un jefe buenorro y la empleada encantadora. Os lo dije al principio de la novela: para eso me lanzo a cualquier plataforma a ver una película pastelosa de Navidad, que las hay a porrillo.

Acabo mi taza de café y la meto en el lavavajillas. Voy a darme una ducha, a ver si el agua caliente consigue despejarme la mente y aflojar el nudo que siento en el estómago.

Me desnudo y, ¡cómo no!, Scarlett me llama. ¿Es que a todo el mundo le ha dado por llamarme cuando estoy en pelota picada?

—Hola, guapa —la saludo.

—Nana, dime qué llevo a casa de tus padres para salir a comprarlo antes de ir. Estoy pensando en vino o en dulces.

—No tienes que llevar nada. Yo ya les he comprado su vino favorito. ¡Y nada de pasteles! Mi madre me dijo que iba a hacer la tarta de chocolate que te gusta tanto.

—¿¡De verdad!? ¡Ay, mi Pepa bonita! Bueno, pero no puedo ir con lo puesto. ¿Y una bandeja de canapés variados y las aceitunas que le pirran a tu padre?

—¡Con eso te los has ganado! —digo, y ambas rompemos a reír.

—Mmm… ¿Qué tal tu cita con *Jacob*?

Ya estaba tardando en preguntar.

—¡Uf, muy muy bien! Si te soy sincera, no me lo esperaba. Tenías razón: Jacobo es un buen tío. Majo y guapo. ¡No se puede pedir más!

Su repentino silencio me hace sonreír.

—Pues qué bien, ¿no? —replica entre dientes.

¡Uy, qué tonito se gasta!

—¿Sabes? Al final tengo que darte las gracias por haber hecho la apuesta. Si no hubiera accedido a lo de anoche, no creo que le hubiese dado nunca una oportunidad.

—Ya, claro. Si es que no hay nada como bajarse del pedestal para alternar con la plebe.

—¡Oye, oye, que yo no soy altanera ni mucho menos! ¿Y qué es eso de *alternar*? ¡Que no soy una gogó!

—Hija, no te lo tomes así.

—Scarlett, tú me metiste en esto y ahora parece que te molesta. ¿Es que sabes algo malo de él que no me has contado? —pregunto sabiendo muy bien dónde me meto.

—No, Jacobo es un chico muy… —comienza y se detiene a la mitad de la frase—. Muy…

—Me tienes en ascuas, pero estoy en pelotas porque iba a ducharme. ¿Te importa si hablamos luego en casa de mis padres?

—¿Eh…? No, claro. Te veo en una hora.

—Estupendo. Hasta luego.

—Hasta luego.

Me cuelga y dibujo una sonrisa maquiavélica. Scarlett se cree muy lista, pero no se ha dado cuenta de que acabo de pillarla. ¡Está coladita por Jacobo! Vale, aún no lo puedo afirmar con absoluta certeza, aunque os garantizo que, cuando acabe la tarde, lo sabré sin ninguna duda. Mi amiga no es tan buena mintiendo. ¡Poneos los cinturones, chicas! Y no me regañéis, por favor. Sé que voy a pasarme un poquito de la raya, pero solo es para para confirmar lo mismito que todas estáis pensando.

Scarobo, Jaclett… ¡Dios, qué mala soy para juntar dos nombres! Bueno, os hacéis una idea. ¡Esta parejita va a ser la bomba! Eso sí, voy a ir comprándome ya un bote de aloe vera porque, en cuanto ella se entere de lo que hemos tramado, me perseguirá para fustigarme.

¡Hay que ver lo que me gusta exagerar! No es culpa mía, ¡de verdad! Es que soy malagueña. Tenéis que comprender que eso de pasarse de la raya y dramatizar a lo bestia viene de serie en nuestro ADN. Si no, preguntádselo a mi creadora, que de eso sabe una barbaridad.

Perdonad, ya vuelvo a la historia.

He terminado de vestirme y reconozco que, como se dice en mi casa, ¡voy monísima! Llevo una falda de lana muy finita de color beige por debajo de las rodillas, unas botas altas marrón chocolate y un jersey pegado al cuerpo del mismo color. Me he rizado el pelo y me he maquillado un poquito. No me apetecía, pero esta tarde vamos de compras. Nunca se sabe si el amor de tu vida —o tu jefe— va a aparecer detrás de un perchero y hay que estar presentable. ¡Ja, ja, ja! ¡Me parto yo sola con las tonterías que se me ocurren!

En cuanto llego a casa, mi padre me quita las bolsas que llevo. Mi madre aprovecha para darme un abrazo de oso y dos besos.

—¿Para qué has comprado nada? —se queja ella mientras me da un repaso de los buenos.

—La culpa es tuya: me has educado muy bien —respondo y reímos con ganas.

—¡Ay! ¿Has traído las bandejas?

—Sí, están en la bolsa grande.

Mi padre se acerca, me da dos besos y, después, me aprieta las mejillas como solía hacerlo cuando era pequeña.

—¡Papáaa! —me quejo.

—¡No puedo resistirme a esos mofletes!

Resoplo y corro detrás de la encimera para poner distancia entre él y yo, ¡menudo es mi Manolo cuando se lo propone!

En esto, suena el timbre. ¡Salvada por la campana! Aunque más bien ha sido por Escarlata, pero eso no se lo voy a decir. En cuanto entra, le da dos besos a mi padre, le suelta otro par de bolsas con un arsenal de canapés y dos botes de sus aceitunas preferidas, y se lanza a abrazar a mi madre.

—¡Mi Pepa preciosa! —dice con cariño y le estampa dos besos.

—Escarlata, cada día estás más guapa.

—¡Eso es, y a mí no me dices nada! —protesto mientras finjo un puchero.

—No seas celosa, hija, que eso está muy feo —responde con una sonrisa juguetona.

No recuerdo en qué año comenzamos a hacerlo, pero este ritual es una tradición en mi casa, y me encanta. Sin cortarme, pongo una expresión de indignación y le saco la lengua. Mi madre sabe que me pico por todo, aunque nunca lo haría por tener celos de Scarlett. Mi amiga es como una hermana para mí, y hay que reconocer que es guapa a rabiar. Como siempre, nos echamos a reír y empezamos a guardar la compra.

Cuando llegamos al salón, casi me da un patatús: hay al menos diez cajas grandes con una pegatina que dice «Navidad» y, en medio, por supuesto, un árbol descomunal ocupa gran parte de la sala.

—Mamá, ¿no pretenderás que coloquemos todo esto hoy? —suelto como un graznido. Os juro que tengo la boca seca de la impresión.

—No son tantas cosas, Nadia. Solo hay unas pocas, lo que pasa es que están bien ordenadas en sus cajas para que no se estropeen.

Mi padre, que se ha puesto detrás de ella, junta varias veces las yemas de los dedos para darme a entender que hay mogollón de cosas. Mi madre se da la vuelta y lo pilla.

—¡Manolo, no asustes a la niña!

—¿Yo? —se defiende riéndose.

—¡Sí, tú!

Se abalanza sobre él y le mete mano por todas partes para vengarse. Él se ríe a carcajadas. Siempre ha tenido muchas cosquillas, y mi madre se aprovecha de esa debilidad sin cortarse un pelo.

Cuando se da por satisfecha, se hace una coleta y suelta:

—¡Comienzan los Juegos de la Navidad! —dice y se dirige al aparador. Saca varias tijeras y nos las reparte—. Primero vamos a poner las luces alrededor del árbol y después lo adornamos.

—Mamá, ¡eres imposible!

—¿Yo? —responde en el mismo tono que ha empleado mi padre antes—. ¿Y tú?

—Soy una rancia, ¿lo recuerdas?

—Venga, ¡haya paz! —interviene mi padre.

Nos coge de la mano y nos obliga a dárnosla, como si fuéramos boxeadoras antes de un combate.

—Lo siento, mamá.

—¡Ay, hija! ¡Si tienes razón! Son muchas cositas, ¡pero es que me gustan todas!

—Bueno, es tu época preferida del año —digo para firmar esa paz que nos ha pedido antes mi querido Manolo.

Ella sonríe y nos ponemos como locos a sacar adornos, más espumillón del que hayáis visto en vuestra vida y bolas de todos los tipos: de cristal, huecas, rellenas con purpurina dorada, con brillantitos…

Mi padre ha despejado una balda en un lateral de la chimenea. Allí montamos un Nacimiento que tiene solo un año más que yo. Escarlata y yo estamos enfrascadas en poner recta una

cadeneta de luces cuando veo que mis padres se besan al terminar de colocar las piezas.

Se me hace un nudo en la garganta al darme cuenta de cuánto se quieren y de lo afortunada que soy por ser su hija.

—¿Qué te pasa? —me pregunta mi amiga.

Le hago un gesto sutil con la cabeza para que los vea. Ella se vuelve hacia ellos y sonríe. Me mira y dice en voz alta:

—Necesito un vaso de agua.

—Vamos a la cocina, a mí también me hace falta.

Mis padres siguen a lo suyo y nosotras nos escapamos de la trampa colorida por los pelos. Después de bebernos el agua casi de golpe, Escarlata se sienta en la mesa. Tiene cara de estar agotada, y eso que solo hemos estado una hora poniendo adornos.

—Entonces…, Jacobo y tú, ¿eh? —dice mientras mueve el vaso entre sus manos—. ¿Quién lo iba a decir?

Sutil, lo que se dice sutil, no ha sido. Vamos, no ha sacado antes el tema porque no ha tenido la oportunidad.

—Pues sí.

—Mmm… mmm…

¡Uy, uy, uy! Malo, malo…

—¡Sip! —añado con cara de no haber roto un plato.

—Ya… ¿Y besa bien?

¡Ahí está! ¡Bingo! ¿No os lo decía yo? ¡Hasta las trancas! ¡Está hasta las trancas! Ahora me voy a divertir un poco. Venga, solo un poquito.

—Ahhh… —suelto y me callo para que salte.

—Ahhh, ¿qué?

—Nada.

—¿Es que no me lo vas a decir?

Ese tonillo es inconfundible: cabreada y ansiosa. ¡Vamos bien!

—Es privado. ¿Recuerdas lo que es eso?

—Privado… ¿Privado? —repite acto seguido de forma chillona —. ¿Y cuándo no me has contado tú lo que te ha parecido una cita?

—Bueno, alguna tiene que ser la primera vez.

—¿No te habrás acostado con él? —Abre los ojos de golpe.

—¿Pero a qué viene este interrogatorio? —me quejo y, para darle más dramatismo, cojo su vaso y el mío con un gesto brusco, y los llevo al fregadero.

Le he dado la espalda a propósito. Sé lo mucho que le molesta, y así puedo mantener la intriga.

—No te hacía de esas…

—No te atrevas a terminar esa frase —respondo muy seria y me doy la vuelta—. Si no te conociera, pensaría que te gusta Jacobo.

¡Acabo de rematar con la puntilla!

—¿¡A mí!? ¡Qué dices! —se defiende como una gata panza arriba.

—¿Seguro? —insisto.

—¡Que no!

—Menos mal —abro el lavavajillas para no tener que mirarla a la cara o me descubrirá—, porque ha empezado a… interesarme.

Oigo el chirrido de las patas de la silla contra el suelo. ¡Megapillada!

—Pues mira tú qué bien. ¿Volvemos con tus padres y acabamos?

Me seco las manos y sonrío.

—¡Claro!

Me acerco a ella y le echo el brazo por el hombro. ¡Pobrecita mía! ¡Está más tensa que un gato en la consulta de un veterinario! Le doy un beso en la mejilla antes de entrar en el salón. Sé que está aguantando la respiración, pero eso no es nada para lo que le espera.

De verdad que no soy tan mala. ¡Es por un bien mayor!

Tras hora y media más de intenso trabajo, terminamos de adornar. Lo reconozco: el salón está precioso. En agradecimiento, mi madre ha hecho un banquete. Después de darnos una «pechá» de comer, como le sigue pareciendo que no hemos zampado como hienas, nos obliga a hacer un café para acabar por todo lo alto con un trozo de tarta de chocolate.

—Pepa de mi vida, ¡por Dios! ¡Que no voy a volver a entrar en estos pantalones! —se queja Escarlata.

—Anda, anda… ¡que estás hecha un palo! Y, Nadia, no creas que no me he dado cuenta de que solo te has comido un gambón.

—Mamá, estoy a nada de aplicar la técnica de la antigua Roma: vomitar para poder seguir comiendo.

—¿Ves Manolo como ella es más exagerada que yo? —le dice tan pancha a mi padre.

—¡A mí no me metáis en líos! —dice, negando con la cabeza —. Yo me salto el café y me voy a dar un siestorro.

—¿Y no quieres un trozo? ¡Si lo he hecho con todo el cariño del mundo! —dice mi madre, sacando morritos.

—«Pa´» la merienda, Pepa. ¡Que voy a matar a Escarlata con el botón de la camisa!

—Bueno, nosotras luego nos vamos. Volveré sobre las siete o así.

—Muy bien, cariño. —Le da un beso en los labios—. Y vosotras, ¡portaos bien! —Se acerca a las dos y nos besa también.

—Descansa, Manolo. ¡Que bien merecido lo tienes! —dice Scarlett, forzando una sonrisa. Se ve de lejos que la tengo contenta.

Tras verlo salir de la cocina, nos lanzamos a comernos la tarta. No hay nadie que consiga igualar este sabor.

—¡Mamá, por Dios, cómo está esto!

—Pepita, ¡hoy te has superado!

—¡Ay, niñas, muchas gracias! Está rica, ¿verdad?

—De pecado pecaminoso para arriba —aseguro.

—Sí, de eso sabes tú mucho —suelta Escarlata, y mi madre la mira con cara extrañada.

¿Qué queréis que os diga? Prometí que la haría rabiar, y creo que lo he conseguido. Ignoro su comentario y suelto una carcajada porque estoy feliz de saber que le gusta Jacobo, si no, no me habría soltado esa bordería tan fuera de lugar. Por supuesto, se la perdono. ¡Qué menos, con el día que le estoy dando!

Para disimular, me llevo otro bocado de los dioses a la boca y disfruto del momento.

—Mamá, ¿para qué vamos a El Corte Inglés?

—Quiero mirarme un abrigo de paño beige. Necesito uno más fino, ¡con el mío me aso! Tu madre ya está en la premenopausia y

me baño con los bochornos.

—¿Tan malos son, Pepa?

—Más de lo que os podéis imaginar. Pero, tranquilas, ya os llegará y os acordaréis de esta conversación.

Por fin veo sonreír de verdad a Scarlett y me relajo un poco.

Cuando llegamos al centro comercial, aparco en la zona nueva. Subimos por las escaleras mecánicas hasta la tercera planta, la de mujeres. Cada una está en busca y captura de un abrigo beige, y lo que caiga, cuando mi madre se queda mirando una columna y suelta:

—Nadia, ¿has visto el pañuelo tan mono que lleva esa mujer? ¿Lo habrá comprado aquí?

Me giro hacia donde está mirando y me empiezo a reír a carcajadas. No puedo ni hablar, así que Escarlata se acerca porque no sabe qué ha pasado. Mi madre no entiende nada y empieza a molestarse.

—¿Se puede saber por qué te ríes? —me pide explicaciones.

—Mamá, ¿quieres hacer el favor de ponerte las gafas? La mujer que lleva el pañuelo tan mono ¡eres tú! ¡Eso es un espejo!

—¿¡Qué dices!?

Se acerca un poco más a la columna y, cuando se da cuenta, no sabe ni qué decir.

—Bueno, al menos, no me equivocaba —añade, colocándose de nuevo el pañuelo.

Scarlett y yo la miramos en plan serias, muy dignas… De verdad que estamos intentando controlarnos, pero mi madre acaba riéndose y nosotras vamos detrás, porque a ver quién es la guapa que aguanta el tipo después de eso.

Me río tanto que me entran ganas de ir al baño. Entre las cosas de mi madre y todo lo que me he bebido en la comida, no aguanto más.

—¿Alguna tiene que ir al baño? —pregunto.

—¿No acabas de ir hace un rato en casa? —dice mi querida Pepa.

—Sí, pero me has atiborrado como un pavo y me hago pis.

—Yo no tengo que ir —comenta Scarlett.

—Yo tampoco. Vamos al otro edificio y te esperamos en la zona de sartenes. Me hace falta una para hacer tortillas.

—Vale, pues id vosotras para allí y ahora voy yo.

Tras acabar las compras, nos dirigimos a la escalera que baja al parking. Y ¿cómo no?, mi madre se detiene en la zona de toallas y yo, desesperada, me doy la vuelta hacia la salida. Al instante se me revuelve todo porque veo a Andrés viniendo hacia donde estamos nosotras.

¡Dios, qué bueno está! ¿Llevaba esos vaqueros ayer?

¿Qué porras…?

—Buenas tardes, Nadia. Escarlata…

—Hola, Andrés —dice mi amiga.

—¿Qué haces aquí? —le hablo como si me debiera una explicación.

El muy ladrón sonríe.

—De compras —responde y mira a mi madre, esperando que alguna de las dos se la presente.

¡Arrrggg! ¡No me puedo librar!

—Andrés, ella es Pepa, mi madre. Mamá, él es Andrés, el hijo de Fátima y John, nuestro nuevo jefe.

—Encantado de conocerla, Pepa —contesta mostrando esa puñetera sonrisa de modelo y le estampa dos besos.

—Encantada, Andrés —replica a ella mientras pone su mejor cara de póker.

Sé que lo está escaneando con los rayos láser que tiene ocultos en los ojos. Vale, no los tiene, pero como si los tuviera.

¡Lo que me espera cuando se vaya!

—¿Os apetece un café? —suelta el impertinente como si nada —. Yo necesito uno porque ya me va haciendo falta la cafeína. Venga, os invito a las tres —añade, mirándome solo a mí.

¡Lo mato!

Mi madre, que siempre tiene todas las antenas encendidas y el maldito sentido arácnido de Spiderman activo, dice:

—¡Uf, yo no puedo, estoy llena! Mejor id vosotros. Estaba a punto de proponerle a Escarlata que me acompañara a comprarle su

regalo de Reyes, que necesito que se lo pruebe. No os importa, ¿verdad? —dice mirándola a ella primero y después a Andrés y a mí.

La cara de mi amiga no tiene desperdicio. No solo le he robado el chico que le gusta, sino que ahora mi madre quiere emparejarme con mi jefe. Aunque, si os soy sincera, eso parece importarle más bien poco. Me quedo a cuadros al verla sonreír, como si de pronto el cielo se hubiera despejado y el sol le mostrara el camino. O lo que viene siendo: mi madre acaba de darle la excusa perfecta para salir pitando.

Puede que me equivoque, pero juraría que hasta le ha hecho gracia la situación, porque acaba de dedicarme su sonrisa de: «acabo de librarme y tú no».

—¡Para nada! —responde, cómplice. ¡Será malvada!—. Nos vemos el lunes en el trabajo.

—Mamá, ¿y mi regalo? ¿No ibas a comprarme otro a mí también? —digo, clavándole la mirada.

—A ti te veo más que a ella, sabes que con Escarlata es más difícil coincidir. Ya quedaremos tú y yo otro día —dice y me planta dos besos.

Mi amiga hace lo mismo y me quedo como un pasmarote mientras se despiden de Andrés, dejándonos solos.

¿Conocéis la expresión de «tierra trágame? Pues eso dos veces.

—¿Subimos a la sexta planta? —propone él, como si lo que ha ocurrido fuera de lo más normal del mundo.

—No es mala idea. Desde ahí la caída es considerable.

Se echa a reír y me pone la mano en la espalda, a la altura de la cintura, mientras me empuja de manera sutil.

¿Este tío quién se cree que es?

«¡¡¡Tú jefe!!!», acaba de gritarme mi conciencia.

—Esa mano… —mascullo con cara de mala leche.

—¿La bajo? —replica divertido.

—Prueba, a ver si no te da tiempo a cruzar al otro edificio.

Vuelve a reír y, mientras caminamos, empiezo a acordarme de toda su familia.

CAPÍTULO 12
COMO DESEES

Andrés 

Estoy seguro de que en algún momento de vuestra vida habéis tenido la sensación de estar en caída libre. Sobre todo cuando tu bocaza y tu cuerpo se imponen a la razón. Me refiero al instante en que te propones no volver a meter la pata, pero eres incapaz de parar. De pronto, empiezas a encadenar una mala decisión tras otra; pero, en vez de callarte, sigues y sigues, haciendo que el hoyo bajo tus pies se haga más y más grande. ¿Lográis situaros? Bien, pues ahora mismo estoy ahí: sin paracaídas y a punto de estrellarme contra el muro que yo mismo me he impuesto.

—¿Habéis comprado muchos regalos? —le pregunto a Nadia con un tono más neutro cuando llegamos a la rampa que sube a la planta baja.

—Unos cuantos —suelta sin mirarme.

—¿Para alguien especial? ¿Algún compañero de… trabajo?

La veo cómo, crispada, se humedece los labios. No tengo ninguna duda de que lo ha hecho para retener lo que iba a decirme. Mi cerebro me recuerda que me estoy pasando tres pueblos y sopeso la posibilidad de dejar que se marche.

¿Lo voy a hacer? ¡Pues claro que no! ¿No os acabo de decir que la estoy liando parda?

No soy yo, ¡de verdad! Es mi cabeza, que no para de darle vueltas a su cita con Jacobo. Y no puedo dar rienda suelta a lo que sé que me provoca la mujer que ahora mismo intenta fulminarme con la mirada si no averiguo antes lo que ha pasado entre los dos.

Al cambiar de tramo, se centra en subirse al escalón. Me mira con picardía y sonríe para fastidiarme, pero no responde. ¡Será insolente!

Llegamos a la cafetería y, en silencio, esperamos mesa. Esto es un pulso, y no estoy dispuesto a dejarla ganar. Esta vez no.

—¿Saben lo que van a tomar o les traigo la carta? —pregunta el camarero.

—Un mitad y tortitas con chocolate —pido.

—Yo solo quiero una nube descafeinada de máquina.

El hombre se marcha y la miro, uniendo las cejas.

—¿Qué es una nube? Lo dijiste el otro día y no sé qué es.

—¿Eres malagueño y no lo sabes? Es un café con leche, pero con muy poco café.

—¡Es… verdad! —digo despacio—. Hacía tanto que no lo oía, que lo había olvidado.

—¿Nadie de tu entorno lo pide?

—En Estados Unidos no. Allí el café se bebe por litros.

—No llames a eso café, ¡eso es agua sucia!

Saca la lengua de una forma muy graciosa. Como no me lo esperaba, comienzo a reír. Parece que le ha gustado mi reacción porque, por fin, sonríe con naturalidad desde que nos hemos encontrado.

—No puedo quitarte la razón —digo y asiente.

Juraría que estaba relajándose… hasta que, de repente, aprieta los labios en una fina línea. No me preguntéis por qué, pero tengo la impresión de que va a saltarme a la yugular sin despeinarse.

—¿Por qué estamos aquí? —suelta de pronto.

—¿Para merendar? —contesto con un tono burlón.

—Andrés, esto no está bien y lo sabes.

—No entiendo por qué. A mí me apetecen las tortitas y el café.

—Y a mí, irme a mi casa. Pero has liado a mi madre, a quien, por respeto, no le ha importado que me quede.

—¿Y Escarlata?

—A ella no la metas en esto.

—Nadia, solo es un café.

—No, no es: «Solo un café» —me remeda imitando mi tono.

Os juro que ver cómo me habla sin miedo ni tapujos hace que ahora me atraiga mucho más. ¿Soy masoquista? Eso parece.

—¿¡No…!? ¿Y qué estamos haciendo aquí? —susurro y me pongo a mirar a ambos lados como si estuviéramos en una misión de espías.

Vale, sí. Me estoy cubriendo de gloria por momentos, pero no podéis tenérmelo en cuenta. Soy una polilla, y ella es la luz más potente que he visto en toda mi vida.

Mientras estoy aquí, abriéndoos mi corazón, ella está resoplando.

Cuando clava sus aguamarinas en mis pupilas, sé que he perdido. Recupero algo de cordura y me disculpo.

—Perdona, Nadia. Solo me apetecía tomar un café contigo. ¿Tan malo es?

Ella entrecierra los ojos y eleva el mentón. Está sopesando qué decir, y lo entiendo.

—No, Andrés. —Suaviza la expresión—. Pero se va a quedar solo en eso. ¿Me explico?

—Entonces, ¿no quieres compartir las tortitas conmigo?

—¡Señor, dame paciencia…! —masculla. Cierra los ojos y aprieta los puños—. A ver, señor McClane, ¿qué es lo que de verdad pretende?

—¿En este momento?

—¡Sí!

—Merendar —sonrío.

Aparece el camarero, nos deja los cafés y las tortitas con dos juegos de cubiertos. Le doy uno sin pensarlo y el otro me lo quedo yo.

—Yo no voy a comer, gracias —dice con un tono que no sé si está enfadada o saturada.

—¿Porque yo te lo ofrezco?

—No, Andrés. Porque mi madre nos ha atiborrado en el almuerzo y, de postre, me he zampado un trozo de tarta de chocolate. Estoy llena.

—¿Tarta de chocolate? Eso es un golpe bajo.

—No se acerca ni de lejos al que tú me diste ayer.

¡Al fin saca el tema! Ya estoy un paso más cerca poder desviar la conversación hacia donde quiero.

—No estoy de acuerdo. Un golpe bajo es para hacer daño, y esa no era mi intención.

—¿Ah, no? Pues entonces explícame a qué vino que me tiraras ficha a lo bonzo.

—¿Eso hice?

—Pues sí, y en plan *La princesa prometida*. Solo te faltó decirme: «Como desees». Y siento explotar la burbuja: ni tú te pareces a Westley ni yo a Buttercup.

—¿Esa referencia no es un poco antigua?

—Vale, sí, pero sabes perfectamente a qué me refiero.

—En realidad no. Sé cuál es la película, pero nunca la he visto.

Vaya, creo que he logrado sorprenderla porque ha subido las cejas y me observa como si fuera un espécimen digno de estudiar.

Si os digo la verdad, no sé si eso es bueno o malo.

—¿Has vivido debajo de una piedra? —me suelta sin cortarse un ápice—. Está en las plataformas de *streaming* desde… ¿siempre? «Hola. Me llamo Íñigo Montoya. Tú mataste a mi padre. Prepárate a morir». ¿No conoces una de las frases más célebres del cine?

Sonrío al darme cuenta de que está claro que a ella le encanta esa película de finales de los ochenta. Sé cuál es, aunque no, no la he visto.

—Sí, me suena.

—¿Te suena? —Frunce el ceño—. Tú no eres cinéfilo.

—No. ¿Tú sí?

—Mucho. Mis padres son unos enamorados del cine y me lo han inculcado a fuego. Eso sí, su manía persecutoria de ver películas de Navidad nada más empezar el otoño me saca de quicio. ¡Y lo peor es que pretenden que yo las vea con ellos! ¡Dios, qué poco me gusta la Navidad! ¡No puedo con ella!

—¿Ah, no? —repito en plan sarcástico por lo que hablamos el primer día en la sala de descanso—. ¡Y yo que pensaba que era tu

época favorita!

—¡Ja, ja, ja! Habló el Grinch.

—¿Eso crees? ¿Que soy un «grinch»?

—No pongas esa cara, mi madre dice lo mismo de mí.

De pronto, se detiene. Deja los labios entreabiertos, como si lo que iba a decir lo hubiera retenido a propósito. Pestañea, baja la mirada hacia su café y termina bebiendo un sorbo con una expresión que no soy capaz de entender.

¿Está… dudosa? Un momento, parece sorprendida. No me aclaro del todo, pero quiero averiguarlo.

—Lo soy —digo al fin, reconociéndolo sin remordimientos.

—¿Síii? —pregunta con un tono que me ha dado la sensación de que era de alivio.

—Mucho.

—Y tus padres tienen una empresa de artículos… —sonríe.

—Ya. Rara vez la vida puede ser perfecta.

—La vida *nunca* es perfecta —musita con un tono de ¿pena?

Eso solo es una suposición, no la conozco tanto como me gustaría. Pero, tranquilas, estoy en ello.

—Ya sabes lo que dicen —añado y me mira sin entender—: «Si la vida te da limones, haz limonada».

—Nunca he entendido ese dicho. Cuando la vida me ha dado limones, lo único que he conseguido es ponerme bizca.

Una respuesta más que no me esperaba. Suelto una carcajada y ella esta vez sonríe sin contenerse. ¡Por fin rompo una barrera!

Andrés, ¡ahora no la cagues!

—Las cosas no suelen ser sencillas —le respondo—, pero hay que intentar sobreponerse.

—Lo dice quien lo tiene todo y nunca ha sabido lo que es preocuparse por nada en toda su vida—replica y bebe otro sorbo de café.

—He nacido en un hogar privilegiado, lo reconozco. Y es cierto: nunca hemos pasado hambre ni se ha dejado sin pagar una factura; pero, Nadia, te aseguro que todo lo que tiene mi familia es fruto de años de duro trabajo y esfuerzo constante.

Frunce el ceño y forma esa arruguita que me atrae como un imán. Sé que no termina de creerme, así que insisto para convencerla. Me dolería en el alma que pensara de mí que solo soy un niño rico, cuando he dado el callo desde que era un adolescente.

—No me mires así. He estudiado como una fiera y llevo trabajando sin parar desde los catorce —añado para defenderme.

—¿¡En serio pretendes que me crea eso!? —contesta con tono irónico.

—Soy bilingüe desde niño, así que a mis padres les pareció una idea brillante mandarme con mis abuelos para que hiciera allí el instituto y la carrera. Imagina lo bien que me sentó.

—¿En serio? —Me mira a los ojos con una expresión que no le había visto hasta ahora—. ¡Uf! Todos tus amigos…

—Hice otros, pero fue muy duro al principio. Yo era el rarito que tenía una familia loca que vendía artículos navideños. Me salvó que eran ricos. El dinero siempre lo arregla todo. Es lo único que importa. El resto… es prescindible.

—No estoy de acuerdo.

—Ahora no, pero piensa cuando eras pequeña. No sé qué niñez tuviste, aunque me da la sensación de que tampoco pasaste necesidades.

—Gracias a Dios, no.

—Yo… A mí me avergonzaba todo lo relacionado con la empresa y lo que implicaba pertenecer al imperio McClane-Green. No recuerdo cómo ocurrió, solo sé que un día me desperté y me di cuenta de que aborrecía la Navidad. Más de una vez discutí con mis abuelos para que diversificaran la producción; quería que añadieran artículos de otras temáticas —suelto una exhalación cargada de frustración.

—Y lo conseguiste, ¿no es así? —replica con retintín—. Sé que en Estados Unidos el catálogo es muchísimo más amplio y ecléctico que el nuestro.

—Sí, pero eso no ocurrió hasta muchos años después de llegar yo. Por entonces, la filial de mis padres estaba bajo la sede principal. Creo recordar que fue hace ocho años cuando lograron

desvincularse. Desde entonces, tenemos total autonomía para hacer lo que queramos.

—Eso no lo sabía… —añade con el ceño fruncido—. Sin embargo, tus padres siguen sin estar dispuestos a cambiar.

—No. Y, si te digo la verdad, ahora lo entiendo. Lo hablamos durante el almuerzo: incorporar productos que se alejan tanto de nuestra marca es un riesgo que podría perjudicarnos seriamente. España no es Estados Unidos.

—Pero la empresa vende a nivel mundial. Entiendo vuestras reticencias, pero muchas compañías diversifican y tienen varias líneas de negocio. Eso amplía el mercado y los ingresos. ¡Tu abuelo lo hizo!

—Lo sé. Pero sigue siendo muy arriesgado, y mis padres no están dispuestos a asumirlo. Nosotros no dejamos de producir nunca. Tú lo sabes mejor que nadie: eres la directora de Diseño.

—Y, aun así, tengo poco margen de acción.

¿Eso ha sido una queja? A mí me ha sonado así.

—Sé que te gustaría hacer otras cosas, y creo que algún día llegará.

—¿Algún día?

—Nadia, como quien dice, acabo de aterrizar. No puedo poner la empresa patas arriba, por muy buena que me parezca una idea. Primero he de hacerme con la dirección. Y para eso necesito, al menos, seis meses.

—Lo entiendo. Pero ¿existe la opción?

—Pregúntame en seis meses.

Acabo las tortitas y apuro el café. Me ha quedado muy claro que a ella tampoco le entusiasma continuar con la temática navideña. Pero, por el momento, no puedo darle otra opción.

Mira el reloj y no hay que ser un genio para darse cuenta de que está deseando marcharse. Si quiero conocerla aún más, y os aseguro que no hay nada que *quiera* más, no puedo dejar que se marche. Menos aún con esa expresión de decepción.

—¿Tienes que ir a algún sitio? Me preguntaba si podrías echarme una mano en elegir un… televisor.

¿Qué digo?

—Yo no entiendo nada de televisores.

—Entonces, para comprarme un traje. Eso también me hace falta.

Soy un gilipollas de manual.

Andrés, ¡por Dios!, ¿quieres preguntarle de una vez lo que te lleva por la calle de la amargura?

Vale, no tanto, pero ya me entendéis.

—¿Acaso tengo cara de estilista? —Me mira con un gesto raro.

—Solo te estaba pidiendo ayuda. Eso es todo.

—¡Venga ya, Andrés! ¿Te crees que nací ayer? ¿Qué es lo que en realidad quieres preguntarme?

Pillado.

Me armo de valor y lo suelto.

—¿Has quedado también esta noche con Jacobo?

Vuelve a levantar el mentón y entrecierra los ojos. Al mismo tiempo, adoro y detesto ese gesto tan suyo.

—Te encantaría saberlo, ¿verdad?

—Mucho —suelto sin cortarme.

Ella abre un poco los ojos. Mi sinceridad la ha sorprendido —espero que para bien—. Sé que he mostrado mis cartas, ¡lo sé! No hace falta que digáis nada. Pero o lo digo o reviento.

—Primero respóndeme a esto: ¿a qué vino el numerito de ayer? No me mientas.

—Me… interesas.

—¿Interesar? —Se echa hacia atrás en la silla y sonríe—. Esa es una respuesta muy pobre y nada *interesante* —añade mientras busca con la mano el asa de su bolso en la silla.

—¿Quieres más?

—¿Yo? No, Andrés. Yo no *quiero* nada. Bueno, sí, una cosa: saber lo que te he preguntado.

—¿Estás segura?

Como buena leona, me sostiene la mirada. Luego, alza la mano con esa maldita seguridad suya.

—¿Ves? No me tiembla el pulso.

Ahora no tengo escapatoria. ¡Maldita bruja!

—Tú lo has querido —respondo con un tono que está más cerca de ser una amenaza que de una confesión. No voy a achantarme si eso es lo que busca—. Ayer me molestó enterarme de que ibas a salir con él.

—¿Por qué? —insiste.

—¿Vas a obligarme a decirlo? —susurro y me acerco un poco más.

Sé que esta actitud va a salirme muy cara, pero os juro que no sé cómo parar. Voy cuesta abajo y sin frenos.

—No. Pero si no me contestas, me voy. ¿No te parece que ya somos muy mayores para andar con jueguecitos?

—Si apenas acabamos de empezar…

Sus preciosos ojos aguamarina me atraviesan y me doy cuenta de que estoy perdido.

—Me gustas —digo, sosteniéndole la mirada.

Entreabre los labios y una exclamación se le escapa sola. Sé que la he sorprendido. ¡Yo también lo estoy! Pero ella me ha pedido la verdad y es esa.

—¡Si no me conoces! —responde de manera entrecortada.

—Esa es la razón por la que estamos aquí.

—Andrés, eres mi jefe.

—Solo de ocho a seis. Menos los viernes, que acabas a las doce.

—Esto no puede funcionar, y no voy a arriesgar mi trabajo.

Un momento, un momento… Si ha sopesado la opción, ¿qué pasa con Jacobo? ¡A ver si he malinterpretado lo de ayer y no están juntos!

—Si no lo pruebas, no puedes saberlo —contraataco—. Y, créeme: jamás pondría en riesgo tu trabajo.

—Sabes que la relación laboral nunca sería la misma. No quiero que los demás piensen que tengo ventajas por los motivos equivocados.

—No se lo digamos a nadie —negocio.

—¿Qué?

—Piénsalo. Si nadie lo sabe, solo pensarán de mí que soy un jefe cabrón que te hace trabajar día y… noche.

—¡Ojito con lo que dices! —Levanta el índice y ladea la cabeza.

Me remuevo en la silla tratando de no besarla allí mismo.

Pero ¿qué me pasa?

—Sabes que es la mejor opción —contraataco una vez más.

—Scarlett no se lo tragaría.

¿Quién es Scarlett? ¡Ah, Escarlata!

—¿Te importaría?

—Si se lo oculto, se enfadará. Si no… Somos amigas desde siempre, pero también eres su jefe. No sé si eso sería… —Se detiene de golpe.

—¿Qué?

—¡Eres un liante!

—¿Yo? ¡Si he sido completamente sincero contigo! —De pronto, caigo en la cuenta de que aún queda un cabo suelto—. ¿Tus dudas tienen que ver con Jacobo? Bueno, esto solo depende de ti: si quieres seguir con él o… no.

Me vuelve a mirar como si estuviera tratando de leer dentro de mi alma. Vale, no tanto, aunque sí da la impresión de que lo está sopesando muy en serio.

—Tengo que pensarlo —dice al fin.

No es la respuesta que esperaba, pero no voy a insistir. Se merece que le dé espacio, y estoy dispuesto a hacerlo. ¿Que si me encantaría irme con ella a mi casa ahora mismo? Sí, ¡para qué engañaros! Pero hoy, por desgracia, no va a ser.

—Como desees —suelto al recordar lo que me dijo antes.

—Eso es un golpe bajo.

Levanto la barbilla y sonrío. En hilo musical suena la versión lenta de *All I want is you*, de Michael Bublé.

—¿Oyes eso? Ahí tienes tu respuesta.

—Odio las canciones de Navidad —agrega tras darse cuenta.

—Pero esta no volverás a odiarla nunca más —replico con chulería. Yo también tengo sangre malagueña en mis venas.

—¿Tan seguro estás?

—Y tanto que sí.

Pago la cuenta y la acompaño a su coche. Creo que por hoy ya he insistido demasiado. Mejor lo dejo aquí antes de que salga corriendo.

—No hacía falta que vinieras conmigo.

—Me encanta tu compañía —digo desde el corazón.

—Hasta el lunes, Andrés.

—Contaré las horas, Nadia.

Arranca el coche y se marcha. No he ganado esta batalla, pero creo que sí he conseguido derribar algunas defensas.

¿Será suficiente? Solo el tiempo lo dirá.

CAPÍTULO 13
¿Quieres que me detenga?

Nadia 

Por culpa de un moreno cargante —y guapísimo a rabiar, pero que me saca de quicio—, me pasé todo el domingo dándole vueltas a nuestra conversación en la cafetería. Vamos, que no hice otra maldita cosa en todo día. Limpié, cociné, me duché, vi una serie y acabé inmersa en una videollamada con mi madre y Scarlett, que no pararon de acribillarme a preguntas. Reconozco que capeé el temporal mucho mejor de lo que pensaba, aunque no me sirvió de nada. ¡Nop! Seguí pensando en él hasta que me fui a la cama.

¿Vosotras qué opináis? ¿Soy patética? No lo sé. Yo creo que no. Lo que sí sé es que tengo que decidirme, o no voy a pegar ojo hasta que lleguen las vacaciones de Navidad.

A las diez, he quedado con Jacobo en la sala de descanso para poner en marcha nuestro plan. Os lo resumo: vamos a fingir que congeniamos *muy mucho* para darle celos a Scarlett. Necesitamos sacarla de sus casillas si queremos que esto funcione. Para mí que se va a poner como un toro de Miura cuando vea el *feeling* —por decirlo suavemente— que vamos a mostrar con total naturalidad, sin cortarnos ni un poquito. Todo sea por amor. Aunque, si me he equivocado y a ella no le gusta, me va a dar penita el pobre Jacobo.

Como mi maldad no tiene límites, aviso a Escarlata de que voy a desayunar con la excusa de que necesito un café como el comer. Sonrío: me ha dicho que termina un correo y va para allá.

Me levanto y, al pasar por delante del despacho de Andrés, no puedo evitar echar un vistazo. No la distingo bien, pero dentro hay una chica de espaldas, con un pelazo y un cuerpo de infarto. Espero que esa no sea la nueva secretaria. Si lo es, voy a mandar a mi «queridísimo jefe» donde picó el pollo. (Léase con tonillo sarcástico y mala leche).

Me olvido de Andrés en cuanto veo a Jacobo. Va impecable y huele de maravilla. Se ha tomado en serio el plan, y eso me gusta: así tendrá muchas más posibilidades con mi amiga.

—¿Qué tal estás? —susurro, procurando que los demás no me oigan.

—Un poco nervioso.

—Tú sigue al pie de la letra lo que hablamos y todo irá bien.

De pronto, los demás se van y nos quedamos solos. Sonrío: un golpe de suerte que no esperaba. Empezamos con buen pie.

Nos sentamos juntos, pegaditos, y reproducimos palabra por palabra la conversación que preparamos durante la cena del viernes… hasta que entra Andrés y me ve acaramelada con Jacobo.

La mirada que me lanza consigue que se me encoja el estómago. No pierde el tiempo y, con un tono seco, suelta:

—Nadia, a mi despacho.

—¿Puedo terminar de desayunar? —pregunto, descolocada.

Si me voy ahora, el plan se va al cuerno.

—Después. Esto es mucho más importante.

Miro a Jacobo y le sonrío como puedo. Él está muy serio. Supongo que imagina que Andrés va a reñirme por alguna cuestión relacionada con el trabajo, pero yo sé perfectamente que no tiene nada que ver con eso.

Me lo estaba temiendo, y ahora está a puntito de explotarme en la cara. Mi jefe acaba de pasarse no ya tres pueblos, ¡sino dieciocho!

Sí, vamos a hablar, aunque me da a mí que no le va a gustar un pelo lo que voy a decirle.

—Está bien —respondo con aplomo.

Con resignación, guardo en la nevera el sándwich que me he traído. Mis tripas protestan un poco, pero tendrán que esperar.

Andrés me hace un gesto con la mano para que vaya delante. Asiento y caminamos hacia a su despacho. Está abierto, así que entro sin mirar atrás. No me da tiempo ni a llegar a la silla para las visitas: cierra la puerta, oigo cómo desliza el pestillo y, antes de que pueda reaccionar, me empuja hacia atrás hasta que me encuentro con la espalda pegada a la madera. Apoya las manos a ambos lados de mi cabeza y me clava la mirada, encendida de ira.

Decir que está demasiado cerca de mi cuerpo es quedarse muy corta.

—¿Qué haces? —susurro porque sé que fuera se oye todo.

—No, ¿¡qué haces tú con Jacobo!?

¡Dios! No me digas que ha montado este numerito solo porque me ha visto con él. ¡La que he liado por hacer un bien! De acuerdo, es mi jefe, pero no voy a consentir que me amedrente. Primero, no tengo que darle explicaciones, y, segundo, no voy a permitir que me trate así delante de mis compañeros.

—¡No tienes ningún derecho a hacerme esa pregunta! —suelto sin amilanarme.

—Así que tu respuesta es no —dice casi pegado a mi cara.

—¿Qué? —pregunto porque no pillo a qué se refiere.

No se separa de mí ni un milímetro. Yo tampoco, pero solo porque ahora mismo soy incapaz de moverme.

¡Dios, esa mirada acaba de cortarme la respiración!

—El sábado me dijiste que te lo tenías que pensar. Ya veo que ya te has decidido, ¿me equivoco?

—¡Ostras! —musito despacio, cerrando los ojos.

—Sí, ¡ostras! —repite—. ¿Qué tienes que decir en tu defensa?

Su boca casi está pegada a la mía y su aliento me provoca cosquillas por todas partes. No sé qué colonia usa, pero huele infinitamente mejor que Jacobo. Y acabo de olvidar qué iba a decirle.

¡Nadia, céntrate!

—Jacobo es un compañero de trabajo —me defiendo.

—Tu hombro rozaba el suyo y estabais hablando con demasiada familiaridad para ser solo «compañeros de trabajo».

—¿Celos, señor McClane?

—Responde a la pregunta.

—No quiero.

Apoya su frente en la mía y roza mi nariz con la suya. Esos dos simples gestos provocan que mis pulsaciones se disparen.

—No quieres… —repite recreándose en cada palabra mientras noto cómo baja sus brazos y los coloca a la altura de mis hombros—. ¿Qué estás haciendo conmigo, Nadia? —añade con un hilo de voz que me atraviesa el alma.

En ese momento, me doy cuenta de que estoy entre la espada y la pared. Solo que esa pared, a la que me aferro con uñas y dientes, la he levantado yo… y la espada la sostiene mi propia sombra.

—A Jacobo le gusta Escarlata —digo de forma atropellada—. El viernes solo acepté salir con él para que ella ganara una apuesta, pero resulta que él también hizo otra con los de mantenimiento. Y mientras los dos quedaban para organizar esa cita sin saber nada de la apuesta del otro…, él ha terminado enamorándose de ella.

No sé por qué se lo he dicho. Ni siquiera estoy segura de haberlo contado bien, pero su contacto, su cercanía, me están volviendo loca.

De nuevo, me taladra con la mirada, como si quisiera leerme los pensamientos o estuviera decidiendo si creerme. Entreabre los labios. El aire entre nosotros se vuelve denso, mucho más denso. Puedo sentir su respiración mezclarse con la mía, cálida, impaciente, como si el silencio también estuviera contenido en su aliento.

No, no es que lo intuya: **sé** que va a besarme. Y esta vez no pienso detenerlo. Todo mi cuerpo lo reclama. Cada fibra, cada maldito centímetro de mi piel. Solo tengo que inclinarme un poco, un milímetro más y…

De pronto, alguien llama a la puerta y gira el pomo varias veces. El sonido me atraviesa como un jarro de agua fría. Él da un paso hacia atrás y se aleja de mí. El espacio que ahora nos separa lo siento demasiado grande, demasiado injusto.

—¿Andrés? ¿Estás ahí? No puedo abrir la puerta —dice una voz femenina que no reconozco.

Tira de mí y señala una silla para que me siente. A toda prisa, se sitúa a la altura de la suya y se lleva el dedo a los labios para que no hable.

—Pasa, Tina. Está abierto —ordena mientras me mira y sonríe con cara pillo.

—No puedo, la puerta no se abre —insiste la chica.

—Espera —contesta él y entonces se acerca.

Mientras estoy de espaldas, escucho cómo gira el pestillo con cuidado y termina abriendo.

—¿Habías cerrado?

—No —responde de manera brusca. Ha sonado tan borde que hasta yo he enderezado la espalda—. El pestillo falla. Esta mañana ya me ha pasado dos veces. Llama a mantenimiento y que revisen la puerta.

—Sí, claro.

—¿Qué necesitas?

—Te traigo los informes que has pedido.

—Bien, Tina. No me pases llamadas, estoy reunido.

«Tina…». Esa tiene que ser la nueva secretaria de la que me han hablado. Me apuesto lo que queráis a que la que he visto antes es ella.

Nadia, ¿a qué estás jugando?

Él cierra la puerta y oigo claramente cómo se le escapa un suspiro. No me doy la vuelta, no puedo. Os juro que lo estoy intentando, pero siento que mis piernas pesan toneladas.

¿Por qué? Tengo miedo. Miedo a todo. Y eso me cabrea.

No paro de oír por todas partes que debemos tomar las riendas de nuestra vida, que tenemos que ser fuertes. Y estoy de acuerdo. Pero eso de que solo nos necesitamos a nosotras mismas y que podemos con todo no lo compro porque… ¡no me da la gana! Soy fuerte, ¡sí! Y quiero probar a serlo aún más junto a… Andrés.

Sigo sin moverme cuando siento el calor de sus manos en mis hombros. Muy despacio, ascienden hasta mi cuello. Lo acaricia con las yemas de los dedos antes de enredarse en las ondas de mi cabello. Creo que es lo más sensual que me han hecho en la vida.

Me quedo paralizada al descubrir que todo mi cuerpo ha respondido a su tacto.

Recorre con una mano mi hombro y noto cómo se mueve hasta colocarse frente a mí. Levanto la mirada y veo que me observa muy serio, como si esperara a que yo diera el siguiente paso.

¿Quiero? Si os digo la verdad, no sabía cuánto… hasta que ha cerrado la puerta por segunda vez. Pero antes de seguir adelante, tengo que aclarar con él algo importante. Y no sé si va a gustarle un pelo.

Me pongo en pie. Sus ojos, tan azules y claros como el cristal, me recorren con deseo.

Lo veo. Lo siento.

Sé que me va a costar controlarme —no soy de piedra—, pero tengo que ser fuerte o no habrá vuelta atrás.

—¿Has oído lo que te he contado de Jacobo?

La forma en la que ha fruncido las cejas me dice que esa pregunta no es la que esperaba.

—Sí.

Va a tocarme, pero yo extiendo la mano para detenerlo. Si lo hace, no voy a poder parar.

—Hemos urdido un plan para que pueda conquistar a Escarlata.

—Me parece bien.

Su voz grave reverbera en lo más profundo de mi ser. Mi piel arde, esperando a que vuelva a tocarme.

¿Qué me pasa?

—Dudo mucho de que te guste la idea. Se supone que tenemos que fingir que salimos para que ella se pique, salte y termine admitiendo que también le interesa.

—¿Y vais a salir juntos… de verdad?

—¡No! ¡Claro que no! Solo vamos a hacer un paripé.

—¿Paripé? ¿Qué significa eso?

—Que vamos a aparentar que salimos, pero es mentira.

—¡Ah! De acuerdo.

—¿Te parece bien?

—Yo no he dicho eso.

—Andrés, el pobre la quiere —me justifico—, y yo creo que a ella también le gusta.

—¿Me estás pidiendo permiso?

Levanto el mentón, entrecierro los ojos y sonrío. ¿En serio me ha preguntado eso?

—¡Ni de lejos! Así que borra ahora mismo tu cara de «la tengo en el bote». Y que conste que solo te lo cuento porque no quiero que malinterpretes la situación.

—¿No quieres…? —Da un paso más. Su altura me obliga a alzar la vista hasta encontrarme con sus ojos—. ¿Y por qué no quieres?

—Te veo venir de lejos. Otra vez estás intentando liarme, y me niego a que pienses que puedes controlarme con solo acercarte a mí.

—¿Eso crees?

—No, ¡estoy segura!

—Dime, ¿qué piensas que hubiera ocurrido antes si mi secretaria no hubiera llamado a la puerta?

¡Bingo! La del cuerpazo es la secretaria. Ya veo yo lo *interesadito* que está por mí, contratando a una modelo para hacer fotocopias. Ya sabéis a lo que me refiero.

—Ibas a besarme, y eso es lo que no entiendo —explico.

De nuevo, su rostro se contrae: lo he cogido desprevenido y no tiene idea de qué hablo.

—Mmm… ¿No sabes por qué iba a besarte? —repite con tono irónico. Una media sonrisa se le escapa al final.

—Para eso no necesito un máster —replico. Cómo no, él mantiene la sonrisa—. Lo que no entiendo es… esto —repito, señalándolo primero a él y luego a mí—. Tan solo llevas una semana aquí. Apenas hemos hablado… ¿tres, cuatro veces?

—Y hemos tomado café —me interrumpe.

Ese tonito va a poder conmigo.

—Vale, sí —rodeo la silla y pongo distancia entre los dos. Por su expresión, sé que no le ha gustado—. Lo que intento decirte es que no me conoces, Andrés. Tendría que ser ciega para no darme

cuenta de que te atraigo, pero esto —vuelvo a hacer el mismo gesto —… *esto* podría hacer que perdiera el trabajo y mi reputación.

—Nadia, jamás pondría en peligro ninguna de las dos —responde cortante.

Creo que lo he herido de alguna forma, pero ahora no tengo tiempo de averiguarlo.

—¿Qué quieres…? —susurro.

Se acerca y me pasa un mechón por detrás de la oreja. Mi cabello es muy rebelde, tanto como yo, y se suelta. Él insiste sin dejar de mirarme a los ojos y esta vez mi pelo cede. Mi deseo toma el control y suspiro ante su tacto.

—Sé que solo llevo una semana en la empresa —dice sin prisa —. Y sé que apenas hemos hablado unas pocas veces. Pero hace justo siete días, una chica me plantó cara en el aparcamiento y me robó algo que no quiero recuperar.

—Andrés…

—Shhh… —Me coloca un dedo en los labios para que no siga —. Aún no puedo ponerle nombre ni explicarlo. Solo sé que no voy a actuar como un cobarde y fingir que no me atraes. Sí, solo hace una maldita semana que te conozco —dice muy despacio—, ¿y qué? Respóndeme a esto: ¿quieres que me detenga?

Aparta su mano, esperando una respuesta. Llamadme loca, pero juraría que ahora es él quien contiene la respiración.

—¿Podrías? —contraataco para ganar tiempo, si no, voy a callarlo con mi boca.

Sonríe, y sé que acabo de tomar un camino sin retorno.

—Sí, claro que podría —me susurra al oído—, pero no quiero.

Apoya una mano en mi cintura y coloca la otra en mi nuca, acariciando muy despacio mi piel desnuda.

—He de volver a mi despacho —digo para no precipitar más las cosas, aunque no sueno nada convincente.

—Lo sé —susurra, apoyando la mejilla en mi sien antes de besarme el pelo. Luego se aparta con un gruñido que me saca una sonrisa—. ¿Vas a seguir con lo de Jacobo?

—Sí.

—De acuerdo.

—¿El mismo *de acuerdo* de antes?

—Peor.

—Me alegro.

Camino hacia la puerta y coloco la mano en el pestillo. Estoy a punto de deslizarlo cuando me doy cuenta de que no quiero irme. Me doy la vuelta, pero no me da tiempo a decir nada: Andrés recorre en dos zancadas la distancia que nos separa y se lanza a mis labios como si de ellos dependiera su propia vida.

Con un ímpetu que no me esperaba, me vuelve a empujar contra la puerta. El golpe seco contra la madera me roba el aire, aunque no me importa. De hecho, pierdo la noción de dónde estamos y tampoco me paro a pensar en quién puede oírnos. Sé que no debería dejarme llevar de esta manera, pero que arda Troya, porque jamás he sentido nada igual.

Entierra las manos en mi cabello y me atrae con fuerza hacia su boca. Su aliento roza mi lengua, exigente, abrasador. Mis párpados se cierran con un gesto instintivo, como si todo mi cuerpo supiera lo que va a ocurrir incluso antes de que suceda.

El primer roce de sus labios es errático, desesperado, casi violento por el hambre que siento que tiene por saborearme. Me quema de tal manera que me estremezco de pies a cabeza. Baja una mano y la lleva al final de mi espalda para acercarme a su cuerpo. Noto cuánto me desea y cedo, me abandono, permito que esa tormenta me arrastre sin ofrecer resistencia.

Mis dedos, traidores, se enredan con voracidad en el tejido de su camisa, buscando un ancla que me mantenga en pie. Entonces, ocurre algo inesperado: comienza a suavizar el contacto para recrearse en cada movimiento. Sus labios se ralentizan. Aprenden a acariciar los míos, a explorarlos como si tuvieran todo el tiempo del mundo. La ferocidad con la que antes exigía, de pronto, se transforma en delicadeza, y ese cambio me desarma incluso más porque puedo perderme en la sensación de su piel sobre la mía.

Su manera de acariciarme la nuca, tan lenta, tan intencionada, hace que todo en mí se despierte al compás de su roce. Recorre mi cuello con sus dedos y acaba por llegar a la altura

de mis clavículas, haciendo que desee deshacerme de las prendas que nos separan.

Se me escapa un leve gemido, casi imperceptible, que él bebe de mis labios como si fuera oro líquido. Su mano abandona mi mejilla para perderse dentro de mi pelo. Tira suavemente de él hacia atrás, obligándome a inclinar la cabeza. El gesto me expone por completo. Me hace sentir vulnerable, y, al mismo tiempo, me enciende como si hubiera estado esperando este momento toda mi vida.

Es…

Siento…

Ahhh…

Profundiza el beso y, sin embargo, no cruza ninguna línea. Ninguna. Sin palabras, me dice que no hay prisa. Y esa retención me enciende aún más. Ahora soy yo la que exige, hundiéndome en la calidez de su boca. Él emite una protesta. Sé que se está reprimiendo, y yo debería hacer lo mismo.

Poco a poco, va cerrando los labios y nuestro contacto se ciñe a la presión de su boca contra la mía. Sabemos que hemos cruzado una línea invisible, pero ninguno de los dos está dispuesto ya a dar un paso atrás.

Se separa al fin, con la respiración entrecortada y la mirada nublada, aún cargada de deseo, y esboza una sonrisa, como si acabara de descubrir un secreto prohibido.

—Ahora sí que voy a irme a mi despacho —susurro con el corazón a mil.

—De acuerdo —dice, y me acaricia la mejilla con el pulgar—, pero pronto necesitaré otra reunión. Quizás con carácter urgente.

Elevo el mentón y asiento. Esta vez sí giro el pestillo. Antes de salir, lo miro con picardía. No puedo contenerme y me muerdo el labio inferior. Él sube una ceja mientras camina hacia atrás para acercarse a la mesa.

Sin necesidad de decir nada más, me marcho. Ambos sabemos que ninguno de los dos volverá a ser el mismo después de este primer beso.

Me dirijo a mi despacho con las mejillas ardiendo y sin parar de preguntarme si de verdad quiero complicarme tanto la vida.

¿Qué queréis que os diga? Está visto que sí. ¡Y cómo me alegro!

CAPÍTULO 14
¿QUÉ ESTAMOS HACIENDO?

Andrés 

Nadia acaba de salir de mi despacho. Todavía no me creo lo que acaba de pasar entre nosotros. Sé que ha sido todo culpa mía. No debería haber llegado a esta situación. ¡Lo sé!, pero me ha sido imposible contenerme. La tibieza de su piel aún me quema las yemas de los dedos, y ya empiezo a echar de menos notar su preciosa sonrisa en mis labios. Lo reconozco abiertamente: su deseo ha despertado en mí algo que jamás había sentido… hasta ahora. Por favor, no penséis la frasecita manida de: «Esto es lo típico». Os aseguro que esto que siento es de todo menos típico. ¿Que si me asusta? No lo sé. Todavía no puedo responderos, lo estoy procesando.

Me siento en la silla sin apartar la vista de la puerta, que ahora siento como un muro de piedra que acabo de imponerme no derribar. O lo que es lo mismo: no voy a cruzarla porque no sé si podré controlarme.

Por favor, no os preguntéis si tiene sentido. Sabéis tan bien como yo que no lo tiene. Lo mismo que, aunque en el fondo os haya encantado, besar a Nadia ha sido, en cierto modo, un error. No os precipitéis, no es lo que imagináis. El error ha sido hacerlo en el trabajo, no besarla en sí.

¿Estoy perdiendo la cabeza? Me parece que sí. Pero si todo tu cuerpo te habla, creo que merece la pena escucharlo. Y cuando estoy cerca de ella, lo hace alto y claro.

Unos suaves toques en la puerta me devuelven justo donde debería estar mi mente: al presente y trabajando.

—Adelante —digo con voz firme.

Mi madre entra con su sempiterna sonrisa en los labios. Durante un instante, vuelvo a ser un adolescente.

—Buenos días, mamá —la saludo y me levanto para darle un beso.

—Buenos días, hijo.

Me besa y cierra la puerta. Nos sentamos, y me extraña ver que su expresión se ha ensombrecido de golpe. Me mira unos segundos antes de mostrar una mueca de disgusto. Al instante sé que he hecho algo mal, aunque no sé qué puede ser.

¡Dios, Andrés!

—¿Qué ha pasado con Nadia? —me suelta de sopetón.

Me reclino en la silla, sosteniéndole la mirada.

—¿Puedes ser más específica? —trato de hacerme el nuevo.

—Hijo, sabes que te quiero. Soy tu madre y siempre voy a serlo, pero no trates de engañarme porque te llevo más años de los que estoy dispuesta a reconocer. Igual no lo sabes: eres la comidilla de la sala. Así que deja de hacerte el sorprendido y explícame ahora mismo por qué le has hablado tan mal a mi mejor diseñadora gráfica en la sala de descanso.

¡Vaya, decir que las noticias vuelan es quedarse muy corto!

—¿Te han ido con el cuento? —pregunto sin poder creerlo.

—No ha hecho falta: te he oído alto y claro desde mi despacho. Solo he esperado a que ella saliera para no dejarte en evidencia delante de todos. Andrés, ¿crees que nuestros empleados fingen su sonrisa? Pues no, ¡no lo hacen! Sonríen porque aquí son felices. ¡Muy felices, me atrevería a decir! Trabajan mucho, sí, pero son recompensados no solo con dinero, sino con respeto y cariño. Hijo mío, parece que no me conoces… —Suspira, y no me gusta nada su forma de mirarme—. Jamás le he hablado a ninguno de nuestros trabajadores de esa manera. Sí, te he pedido que seas el CEO, pero no voy a permitir que destruyas en solo una semana el ambiente de trabajo que he luchado por construir durante más de treinta años.

—Mamá, yo…

—No, escúchame bien porque no pienso repetírtelo —me corta sin levantar la voz—: mi empresa es un segundo hogar, un lugar para rendir desde el corazón y no solo para nuestra caja registradora. *Mis trabajadores* —recalca— no son números. Tienen nombre, apellidos y circunstancias. ¿Podría convertir la compañía que tanto trabajo me ha costado levantar en una maldita multinacional fría e impersonal? Por supuesto, pero no es lo que quiero ni voy a permitírtelo, ¿queda claro? Ahora cuéntame por qué motivo le has hablado así a Nadia, antes de que cambie de opinión y te invite a replantearte si de verdad deseas el puesto… o directamente prefieres que busque a alguien que lo aprecie más que tú.

Me acabo de quedar sin palabras. Pocas veces he visto a mi madre tan enfadada. Las dudas de Nadia vuelven a mi mente, y me doy cuenta de que hoy he cruzado la fina línea que separa la razón de la estupidez.

—No volverá a pasar —contesto al fin, enfrentándome a su mirada de decepción. Esa me duele más que si me hubiera gritado.

—Eso es lo mínimo que espero de ti —replica sin cambiar el tono ni su expresión de desencanto—. Ahora dime qué ha pasado —insiste.

Bajo la vista a mis manos, que tengo unidas encima de la mesa. He cometido un error imperdonable y he de solucionarlo ya.

—Nadia no ha tenido la culpa —digo con firmeza, porque no hay duda de que esa es la verdad.

Mi madre me observa en silencio, con esa expresión serena que es casi una invitación a seguir hablando; así que continúo.

—Esta mañana me he levantado con el pie torcido. Está siendo uno de esos días en los que nada encaja, y, para colmo, me he liado con unos cálculos. Creí que había un error grave y le he hecho revisar conmigo cada cifra como si de ello dependiera evitar el fin del mundo. Al final, todo estaba bien: la única equivocación había sido mía.

—Ya, y por eso ha salido del despacho con las mejillas encendidas, ¿verdad? ¿Qué le has dicho para que tuviera la mirada

brillante y se haya ido derechita hacia el baño? Si la has hecho llorar, no voy a perdonártelo. Es un dulce de niña, y no voy a permitir que le amargues la vida de ninguna forma, ¿está claro? —repite.

—Mamá, esa no es mi intención para nada. Te aseguro que ya está todo solucionado. Si no me crees, llámala y le pido disculpas delante de ti. Si hace falta, delante de todos.

—Con que lo hagas delante de mí, me doy por satisfecha. Dile a tu secretaria que la llame.

—Me parece bien.

Mientras marco, me flagelo mentalmente. He metido la pata hasta el fondo y ahora toca afrontar las consecuencias de mis actos. No sé cómo se lo va a tomar Nadia, pero estoy seguro de que la pobre se va a quedar a cuadros cuando vea que me disculpo por haberle hablado delante de todos como un verdadero capullo.

Tocan en la puerta. Es ella.

—¿Puedo pasar? —pregunta con cautela.

—Sí, por favor —dice mi madre.

Entra y cierra. Estoy seguro de que sonríe para ocultar la tensión. La postura de sus hombros y la forma en cómo se está retorciendo las manos la delatan.

¡Dios!, ¿qué he hecho? Todavía tiene las mejillas ardiendo y los labios hinchados. Soy el único responsable. Más aún: soy el único culpable de haberla puesto en esta situación límite y ahora me doy cuenta de que no debería haber perdido el control.

Si os sirve de consuelo, me siento realmente mal por hacerle pasar por esto; aunque ahora no queda otra.

—Por favor, Nadia, toma asiento —me dirijo a ella con un tono neutro. Se sienta y mi madre le dedica una de sus dulces sonrisas—. Quería pedirte disculpas por haberte levantado antes la voz en la sala de descanso. Ha estado fuera de lugar, y te aseguro que no volverá a pasar.

Abre los ojos de par en par y deja los labios entreabiertos, como si las palabras se le hubieran quedado atascadas en la garganta. Estoy convencido de que no esperaba que la llamara por este motivo.

Lanza una mirada fugaz a mi madre, quien, de nuevo, le devuelve una sonrisa serena.

—Bueno, no hacía falta… —responde con timidez.

—Sí hacía falta —insisto—. Me he equivocado y no he medido ni mis palabras ni las formas. Lo siento y te *aseguro* que no volverá a ocurrir —repito—. Como bien me ha recordado mi madre, esta es una gran familia y, antes de buscar culpables, es mejor centrarse en encontrar soluciones.

—Agradezco mucho tus palabras, Andrés.

—De verdad, si te he hecho sentir mal de alguna forma, procuraré compensarte. Eres un pilar de esta empresa y, como quien dice, yo acabo de aterrizar. Aún no estoy familiarizado con… —bajo la mirada y añado desde el corazón— con nada, si te digo la verdad.

—Nadia —interviene mi madre—, si ves necesario poner una queja en Recursos Humanos, eres libre de hacerlo.

—¡¿Qué…?! ¡No, no! —replica, mostrándonos las palmas de las manos—. Eso no será necesario. Solo ha sido un malentendido, ¿verdad? —dice para suavizar mi falta, clavándome sus aguamarinas.

—No, Nadia. He pagado contigo un problema externo.

—Bueno, eso nos puede pasar a todos —añade, y yo me siento aún peor—. De verdad, Fátima —la mira un instante—, Andrés —ahora me mira a mí—, no es necesario que esto salga de aquí.

Mi madre, por fin, cambia la expresión de preocupación por una mucho más relajada, vuelve a sonreír y le aprieta la mano como muestra de gratitud.

—Te lo agradezco —le dice.

—Mamá, si no te importa, me gustaría hablar con Nadia a solas.

—¿Te parece bien? —le pregunta con cautela.

Conozco a mi madre y sé que no le ha hecho gracia mi petición.

—Sí, claro —responde ella con un tono mucho más tranquilo.

—De acuerdo. Cualquier cosa que necesites, estoy en el despacho —añade mi madre, mirándola.

En cuanto sale, Nadia baja los hombros. Niega con la cabeza y frunce los labios. Sabe que todo es culpa mía, y yo también.

—No me mires así —trato de defenderme.

—¿Qué te dije? La primera en la frente.

—Lo sé, lo sé.

—En fin, ahora puedo presumir de ser una auténtica heroína. He sobrevivido a tu mala leche y sigo de una pieza. Mis compañeros me concederán una medalla y a ti te van a levantar un altar, pero de esos que dan mal rollo. Por supuesto, yo propondré colocar en el medio un muñeco vudú con tu cara, llenito hasta arriba de alfileres muy puntiagudos.

—No conocía esta faceta tuya tan vengativa… —sonrío.

Vuelve a clavar sus preciosas aguamarinas en mis pupilas y, de pronto, se echa a reír en un tono muy bajo. Inevitablemente, me contagio de su buen humor. ¡De buena nos hemos librado!

—En serio, lo siento —repito para que sepa que es cierto.

—Lo sé, Andrés. Intentemos sobrevivir a este día y ya veremos.

—Mi madre me ha amenazado con ponerme de patitas en la calle si no me disculpaba.

—¿Lo has hecho por eso? —pregunta, ladeando la cabeza.

—No, pero *eso* ya lo sabes.

Sonríe y sus bonitos ojos se convierten en dos líneas finísimas que me diseccionan por dentro.

—Buena respuesta.

De pronto, cambia el gesto y se echa hacia atrás para descansar la columna en el respaldo de la silla.

—¿Puedo hablarte… en confianza?

Me sorprende que me diga eso cuando hace apenas media hora he invadido su boca con desesperación. Me pierdo un instante en el fino surco que se le ha formado en el entrecejo antes de ser consciente de que está esperando una respuesta. Podría decirle algo irónico sobre lo que ha pasado entre nosotros, pero sus ojos me piden comprensión. Así que me limito a asentir, dándole la oportunidad de que prosiga.

—¿Qué estamos haciendo? —añade, confusa.

Su pregunta me descoloca apenas un instante. Sin embargo, no voy a perder el tiempo en tratar de buscar una respuesta rebuscada solo para esconder lo que siento, aunque ni siquiera sepa qué es.

—Conociéndonos —afirmo convencido.

—Supongo…

—La cuestión se reduce a esto, Nadia: ¿quieres conocerme?

Se queda mirándome una vez más. Mis manos se enfrían al darme cuenta de que estoy rezando para que responda lo que estoy deseando oír.

—Sí, pero sin prisas.

—No me voy a ninguna parte.

—Sabes a qué me refiero.

—Sí —sonrío—. No es eso lo que siento y tampoco es lo que busco.

—¿Buscar? —dice también sonriendo—. ¡Si eres un yogurín! He indagado y sé de buena tinta que solo tienes veintiocho años.

—Bueno, no tan yogurín. ¿No te parece?

—Tal vez no, pero es muy pronto para decidir el resto de tu vida. Y yo solo tengo…

—Veinticinco.

—¿Y tú cómo sabes…? ¡Qué tontería acabo de preguntar!

—Nadia, con mi edad, mis padres ya nos tenían a mi hermano y a mí. Solo es pronto si uno no quiere. Con esto no quiero imponer nada porque yo solo sé en qué punto estoy ahora.

—¿Y ese cuál es? —me pregunta con descaro.

—Que no tengo prisa, pero tampoco dudas.

Une los labios y, despacio, forma una bonita sonrisa. Creo que mi respuesta le ha gustado.

—Pues yo sí tengo una duda —suelta de pronto, mordiéndose el labio inferior mientras parece que está pensando.

—Tú dirás.

—¿Qué es lo que te atrae de mí? ¿Por qué yo y no…? —deja la pregunta en el aire, como si no quisiera revelar en quién estaba pensando.

—Eres la única que no me mira como una hucha con patas. Además, no te cortas un pelo en ponerme en mi sitio si me lo merezco. Ahora soy incapaz de aparcar fuera de las líneas por tu culpa. Pero lo que más me gusta de ti es la sinceridad de tu mirada.

—Todos mentimos, Andrés. ¿Y si he sido yo la que te he embaucado hasta conseguir que me beses porque busco quedarme con tu dinero?

—¿Es que no ha sido así?

Sonreímos y me pongo en pie. Le ofrezco la mano y ella me la da sin pensarlo.

—Toma un café conmigo cuando salgamos —le propongo.

—Mañana, aún tengo que asimilar lo de hoy.

—Me parece bien. Necesito que me des tu teléfono.

—¿Es que no puedes buscar por los entresijos de la empresa para conseguirlo? —me dice en tono de burla.

—Sí, y por eso te lo pido.

Me mira un instante antes de soltarme la mano. Coge un pósit y lo anota. Después, hace un mohín con la nariz y me lo da.

—Ahí tienes, pero ¡ojito con lo que me escribes!

—Muchas gracias. Ahora tardaré tres días en hablarte.

—¿Solo tres? ¿¡Tan pronto!?

Reímos muy bajito y la acompaño a la puerta. Me muero por besarla de nuevo, aunque no voy a hacerlo. En apenas una hora hemos avanzado mucho, más de lo que esperaba, y no quiero fastidiarlo.

Cojo el pomo y se me hace un nudo en el estómago al notar cómo ella me detiene. Se da la vuelta y me mira. Me sujeta el rostro con sus manos y me obliga a ponerme a su altura. Sus labios rozan los míos y noto cómo sonríe.

—Invítame a ese café mañana —susurra en mi boca.

Voy a responder, pero se da la vuelta y sale del despacho, dejándome con la sensación de que tal vez la Navidad no esté tan mal después de todo.

CAPÍTULO 15
segundo intento

Nadia 

Me gustaría deciros que ayer no le di demasiadas vueltas a lo que pasó con Andrés en su despacho. Que, en cuanto llegué a casa, no me tiré en el sofá y acabé escuchando una retahíla interminable de canciones de Navidad. Chicas, ¡ni siquiera cambié el dial de la radio! Lo dejé sonar tal cual, como si la música tuviera ese toque de magia que necesitaba para ordenar el desastre de ideas que me rondaban la cabeza. ¿Os hacéis una idea del cacao mental que llevaba encima? Ahora podría inventarme una excusa ingeniosa, como la que improvisé para Scarlett en cuanto se presentó en mi despacho al enterarse de lo que había pasado. Sí, estaría bien que se me ocurriera algo brillante que me salvara de tener que soltaros esta confesión, pero lo cierto es que no se me ocurre nada. Y me parece que no haga falta que diga más.

A estas alturas, creo que ya me conocéis lo bastante como para no tener dudas de que no hago las cosas a la ligera. Podría fingir, deciros que no sabía lo que hacía. Pero sería mentir. No solo a vosotras, sino también a mí misma. Y, como he dicho antes, sobran las explicaciones. Si fuera otra, trataría de justificar mi comportamiento con mil razones enrevesadas; sin embargo, la verdad es tan simple que casi da vergüenza: no sé qué me ha pasado para cambiar de idea de manera tan drástica con respecto a Andrés.

Seguramente os estaréis preguntando qué ocurrió con Jacobo. Pues bien, lamento deciros que el pobre se quedó a dos velas. Lo llamé al final de la tarde y decidimos que hoy intentaríamos

repetir el numerito que teníamos preparado, como si nada hubiera pasado. Mi madre siempre dice: «Todo ocurre por algo», y empiezo a pensar que tiene más razón de la que me gustaría admitir.

En realidad, no hay mal que por bien no venga porque Scarlett tampoco pudo ir a desayunar. Le pusieron una reunión en el último momento, una de esas que parecen caer del cielo para fastidiarlo todo; así que tampoco hubiera podido vernos. Supongo que, en el fondo, hasta tuvimos suerte. Y, para completar el cuadro flamenco, Andrés ya está advertido. No os voy a mentir: eso me da cierta tranquilidad. Al menos sé que no va a irrumpir de improviso en nuestro primer acto, como si esto fuera un teatro y él, el director caprichoso que entra a destiempo.

Lo curioso es que, mientras os lo cuento, sigo sin estar segura de nada. De una sola cosa sí: lo que pasó con Andrés no fue fruto del azar. Y aunque aún no tenga las palabras exactas para explicarlo, sé que me está cambiando más de lo que quiero admitir.

Que sí, lo sé: apenas lleva una semana en la empresa. ¿Y…? ¿Acaso cuando alguien os empieza a gustar no es siempre de un minuto a otro?

No me matéis, pero yo ya estoy un poco cansada del cuento del amor a fuego lento. Llega un punto en que, si estiras lo que sientes hasta esperar el instante perfecto, al final pierde fuerza… e incluso diría que valor. Al menos para mí. Supongo que pertenezco a esa misteriosa raza de las que, si esperan, desesperan. ¿Paciencia? ¿Qué es eso? No, chicas, yo me lanzo. Y luego, si hace falta, ya me arrepentiré. He venido a este mundo a jugar, no a ser una simple espectadora de mi propia vida.

¿Y todo esto a qué venía? Pues… a que me gusta Andrés.

Sí, no os lancéis a mi yugular: es el mismo al que llamé gilipollas nada más conocerlo. En mi defensa, diré que yo opinaba como todo el mundo: que la primera impresión es la única que cuenta, ¿verdad? Pues me equivoqué, ¡y de qué forma!

El teléfono del despacho suena. Es Scarlett.

—Dime.

—¿Desayuno en diez minutos? Me muero por un café.

—Vale. Nos vemos en la sala de descanso.

—Genial.

Cuelgo y, acto seguido, llamo a Jacobo. Hora de poner en marcha nuestro plan maestro. Lo malo es que estoy tan dispersa que lo más probable es que termine haciendo el ridículo de manera monumental. Pero ¿qué es la vida sin un poco de espectáculo?

Camino hacia lo que mentalmente bautizo como «el campo de batalla», como quien va al cadalso. Vale, exagero, aunque estoy segura de que a mi amiga le va a hervir la bilis en cuanto nos vea juntos.

Al entrar, Jacobo está peleándose con una de las cafeteras. Se gira al oírme y sonríe. Tengo la sensación de que está más relajado que ayer, y me parece perfecto. Mejor que uno de los dos conserve la calma, porque ahora mismo tengo los nervios de un reno a punto de estrellarse contra Papá Noel. Pensaréis que estoy dramatizando, pero a ver qué pasa cuando el torbellino pelirrojo nos encuentre juntos, en una actitud más cómplice.

Me acerco a él y, ¡cómo no!, en el hilo musical comienza a sonar *Rocking Around the Christmas Tree*, de Brenda Lee. ¿En serio pensáis que voy a poder concentrarme si no paran de bombardearme con canciones y villancicos que me dan repelús y me producen sarpullido? Creo que voy a tener que pagarme una terapia por culpa de estar sometida a esta tortura navideña de lunes a viernes.

Jacobo, que se mantiene muy atento, ve reflejada a Scarlett en una de las máquinas expendedoras y me hace la señal pactada: guiña un ojo y me roza el antebrazo. Sí, el contacto físico es necesario, o el circo de cinco pistas que hemos montado no funcionará. Creedme: sé lo que hago.

Nos reímos bajito, pegaditos. Esa es la clave, y sé que a ella le va a revolver el cuerpo, desde las tripas hasta el nacimiento del pelo, vernos tan acaramelados.

—¿En serio? —le digo con complicidad—. Te juro que no me di cuenta. ¿Cuándo dijo eso?

—Normal que no te dieras cuenta —replica imitando mi tono —. Estabas demasiado entretenida devorando mi *brownie* de chocolate.

—¡Ey, que solo probé un bocado! —me defiendo, apoyándome un poco más de la cuenta en su brazo.

Y, entonces, tal y como yo esperaba, su voz llena toda la sala.

—¿Interrumpo? —pregunta Scarlett con ese tonito delicioso que conozco tan bien: mitad odio, mitad amenaza.

—¡Qué va, mujer! —dice Jacobo, fingiendo no darse por aludido. Le dedica apenas una sonrisa antes de volver a centrar toda su atención en mí. Lo está haciendo requetebién—. Anda, sentaos —añade, posando las manos en mis hombros—. Hoy invito yo.

Con un movimiento lento —recreándome, en realidad—, dejo mi mano sobre la suya. Un gesto sutil que, por supuesto, Scarlett no pasa por alto. Bien jugado: acaba de tragar con tensión. ¡Pobre!

Me justifico pensando que es por su bien y el de Jacobo.

—El café y los dulces son gratis —responde mi amiga muy borde.

—Me refería a la máquina. Por si os apetece un sándwich o lo que sea —contesta él sin cambiar el tono ni perder la sonrisa.

Como sospechaba, sus buenas formas la irritan mucho más que si le hubiera respondido con un merecidísimo: «¿y a ti qué demonios te pasa?». Como la conozco bien, sé que nada la cabrea más que la amabilidad sin dobleces.

Parece que esto va viento en popa, aunque yo me estoy tensando por momentos. Varios compañeros han empezado a observarnos de reojo y siento que ya están haciendo conjeturas. Sé que el cotilleo es jugoso. Mucho me temo que, antes de que acabe la mañana, todo el mundo en la sala principal estará comentándolo.

¿Que si me preocupa? Pues mitad sí y mitad no. Por una parte, me tranquiliza saber que Andrés está al tanto de todo. Vale, no de todo; pero sí tiene una idea general. Por otra, tanto sobeo me va a pasar factura. Bueno, ¡pues es lo que hay! Yo solita me he metido en esto, aunque con buena intención. Mi único objetivo es que Scarlett le dé una oportunidad a Jacobo. Creo que encajan muy bien, y os aseguro que es de lo más reconfortante verla ahora comiéndoselo con los ojos mientras le lanza dardos envenenados.

—Yo quiero un café doble y un cruasán —me adelanto para que él me haga caso a mí, algo que consigo al instante—. Voy a

quejarme a Fátima para que deje de comprarlos. ¡Me van a reventar los pantalones!

—¿Qué dices? —Jacobo finge indignarse, apoya una vez más la mano en mi hombro y se inclina hacia mi oído, aunque en quien fija la mirada es en Scarlett—. Si eres… perfecta.

Ella se revuelve en la silla. Vamos, vamos, ¡bingo y «rebingo»! Este pasteleo pegajoso le está quemando por dentro. ¿Pensáis lo mismo que yo? Si Jacobo no le gustara ni un poquito, ¡no pondría esa cara como de haber chupado un limón por los dos lados! Me doy una palmada en la espalda. ¡Esto se me da de maravilla!

Giro la cabeza con lentitud estudiada, pestañeo cual diva de los años 40 y respondo:

—Me alegra que por fin te hayas dado cuenta —remato y me doy mentalmente un beso en la mejilla.

Él se ríe y va a la máquina de café. Aunque le doy la espalda, sé que está mirándola de nuevo. ¿Que cómo lo sé? Muy fácil: está ejecutando nuestro plan al pie de la letra. Y me alegra deciros que está funcionando mucho más rápido de lo que imaginaba. ¿Será porque se acerca la Navidad? Eso, y porque —lo repito por si aún albergáis alguna duda— mi maldad no tiene límites.

¡Coged palomitas, que ahora viene lo bueno!

—A mí me vale con un café —dice mi Scarlett entre dientes, con las mejillas sonrosaditas de la rabia que está sintiendo.

Quiero aclarar algo: jamás nos hemos pisado la pareja la una a la otra. Somos demasiado amigas para hacer esa guarrada. ¿Qué ocurre? Pues que «mi niña» no ha sabido ver antes cuánto le gusta Jacobo y por eso está a punto de tirarse a nuestro cuello.

¿Se lo voy a tener en cuenta…? ¿Vosotras qué creéis? Pues eso.

Jacobo me pasa una taza con café humeante. No me ha preguntado cómo me gusta. Normal, ya lo sabe. Truquillos, truquillos…

Me da el platito de papel con el cruasán y comienza a prepararse su propio desayuno. Por último, le pregunta a Scarlett:

—¿Café solo o con leche?

Os juro que, al ver su expresión, casi escupo el trozo de cruasán que acababa de meter en la boca. Está clarísimo que le ha sentado como una patada que no lo recuerde. Dicen que la cara es el espejo del alma, y la suya ahora mismo se parece bastante al cafelito que le van a servir: bien caliente y más que tostado.

—Solo… sin azúcar —responde tratando de sonreír.

La sonrisa falsa se le queda a la mitad y yo engullo otro pedazo de cruasán para no desvelar el pastel. Jacobo le pasa la taza, como suele decirse, sin pena ni gloria, y se sienta a mi lado, tan cerca que quedamos hombro con hombro. No se corta un pelo y me dedica una de esas sonrisas que son capaces de desintegrar la ropa que llevas puesta. Por suerte para ambas, él no me interesa.

Bebo un sorbo de mi café y le doy otro mordisco a este pecado de los dioses. A propósito, me dejo una miga en el labio y espero el siguiente paso. Mi joven aprendiz no tarda en «darse cuenta».

—Tienes algo aquí —dice cerca, demasiado cerca.

Se queda mirándome la boca con una concentración absurda. Levanta el dedo, dudosamente casto, y me limpia la miga.

Un segundo.

Dos.

Los ojos de Scarlett se vuelven guiones. Vamos, que si tuviera un botón rojo para hacernos saltar por los aires, ya lo habría pulsado.

¡Es tan mona!

—Gracias —susurro, y apoyo de nuevo una mano sobre la suya, suave, como si aquel contacto fuera lo más normal del mundo entre nosotros.

—De nada —musita alargando las palabras. Después mira a mi niña y, para mejorarlo, le pregunta—: ¿De verdad que solo quieres café?

Mientras los tres seguimos encerrados en nuestra burbuja particular dedicada a provocar celos, en la mesa de al lado, las cotillas profesionales ya están redactando el boletín de noticias. ¿Creéis que al final de la mañana todo el mundo va a saberlo? ¡A ver si llegamos vivos al mediodía!

—Con este liquidillo amargo tengo bastante, gracias.

—¿En serio? —dice y se pone a mirar la manga de mi jersey. Con parsimonia, me quita una pelusa imaginaria—. Venga, lo confieso. Tengo vales de sobra para la máquina de bocadillos —se inventa, saliéndose un poco del guion—. Ventajas de ser encantador.

—¿Encantador…? —repite Scarlett, haciendo que el adjetivo suene a insulto—. Qué palabra tan ambiciosa, ¿no te parece?

—¿Ambiciosa? No lo creo —objeta él, amable—. ¿Tú qué opinas, Nadia? Yo pienso que es útil.

Me mira un segundo más de la cuenta. Yo pongo ojos de *no lo empeores*, pero sigo la broma porque veo que está funcionando.

—¿Útil? ¿Cómo para convencer a alguien a que comparta… postre?

—Para eso no haría falta convencerte —me pincha y me da un toque en el hombro con el suyo—. Eso ya lo compartiste ayer… y más.

Scarlett carraspea. Varios compañeros levantan la cabeza como suricatas. La máquina de café parece aplaudir con sus chasquidos internos.

Se acerca Dani, de Comercial, con su pelo repeinado y una sonrisa que dice: «Voy a hacer que me compres hasta el paquete de tabaco vacío que llevo en el bolsillo de la camisa».

—Jacobo, ¿quieres que…? —Empieza la frase, pero no la termina. Mira a Scarlett, después a mí, y se queda congelado—. Digo, que si vemos ahora los informes de ventas.

—Luego —ataja él con una velocidad olímpica—. Ahora estoy… ocupado.

Ocupado. ¡Qué buena salida! Dani se va reculando con la gracia de un caracol. Scarlett lo persigue con la mirada, sospechando cosas que ni existen ni conviene que existan. Nuestra pantomima funciona: ya está chamuscada por dentro como una vela de centro de mesa en Navidad.

—Entonces, ¿qué me dices? —vuelve Jacobo al ataque. La verdad sea dicha: impecable—. ¿Tomas algo más? Invito yo.

—A mí no me invita nadie —replica, seca—, me lo gano.

—Entonces, te lo gano yo y me lo cobras luego —le dice, todavía sonriendo.

¿Habéis entendido algo? Yo creo que ni ellos mismos saben qué narices han dicho, pero yo no voy a preguntarlo. Bastante tendré hoy con salir viva de aquí. En cuanto a mi pupilo, solo diré que se la está jugando, ¡y lo peor es que me da la sensación de que se lo está pasando en grande!

Scarlett me clava la mirada. Si la intensidad cortara, ya me habría dejado hecha filetitos. Yo, en mi línea, se la sostengo, inocentísima.

Para rematar la faena, aparece Andrés. No lo sé con exactitud, claro, pero me da a mí que se ha estado conteniendo hasta que ya no ha podido aguantar más. Al verlo, Jacobo se separa de mí y apura el café. El primer acto ya ha durado bastante, y la media hora para desayunar está llegando a su fin.

—Chicas, yo me marcho. —Me mira y, como quien no quiere la cosa, añade—: Luego me pasas las fotos de ayer, ¿vale?

—Sí, claro —miento.

—¿Qué fotos? —pregunta Scarlett al vuelo.

—¡Ah, anoche quedamos para tomar unas tapas! —suelto como quien no quiere la cosa—. Queríamos ver las luces del centro. Este año el alcalde se ha superado —sonrío, sé que le ha dolido oírlo —. De todos modos, salimos fatal. ¡Así que no pienso enseñártelas!

Antes de marcharse, Jacobo se acerca por detrás de mi silla y coge mi móvil sin pedirme permiso. Me lo pone por delante y señala con un dedo la pantalla. Vuelve a rozar con su antebrazo mi hombro. Yo me hago la distraída, pero no me muevo ni un milímetro.

—Venga, envíamelas ya, que luego se te olvida.

—Vale, vale, ¡pesadito!

Si había dudas de que tuviéramos algo, con este numerito se acaban de despejar. ¿Cómo lo sé? Andrés ha carraspeado dos veces y se ha sentado en la mesa de al lado con las otras chicas, pero me está mirando fijamente. Mientras tanto, la pobre Scarlett parece estar a punto de explotar. Tiene los labios apretados, y hasta la pegadiza *Christmas Memories*, de Jaslyn Edgar, suena fúnebre a su lado.

—¡Que tengáis buena mañana! —se despide Jacobo, apretándome el dichoso hombro que lleva tocándome todo el rato.

Le deseo lo mismo, sonrío y miro cómo se va. Mi amiga no ha dicho ni mu. Me hago la distraída y me muerdo la lengua al ver que la vena del cuello se le marca como si tuviera vida propia.

La va a liar parda, lo veo venir, aunque no pienso reprochárselo.

CAPÍTULO 15 (2.ª PARTE)
empieza

Nadia 

Sí, sí, habéis leído bien: «CAPÍTULO 15 (2.ª PARTE)». Por favor, sed benévolas y no me lo tengáis en cuenta. Sé que ahora le tocaba a Andrés seguir con la historia, pero la escena que viene a continuación con Scarlett es… ¿Cómo os lo diría? Es *demasiado* importante como para pasarle el testigo a… —todavía no sé muy bien cómo definirlo— a él sin haber terminado de contárosla. Estoy segura de que no le importará demasiado, así que todo recae en vosotras.

¿Me perdonáis? ¿Porfi pleeeaaassseee?

¿Sí? ¿De verdad?

¡Mil gracias, sois las mejores!

Atentas, que continúo.



Miro a mi amiga como si no hubiera roto un plato y después me fijo en que su taza de café sigue intacta.

—Oye, no has bebido ni un sorbo —digo con sorpresa—. ¿Al final no te apetecía?

—¿Sabes qué? —dice, poniéndose en pie como si acabara de descubrir que estaba sentada sobre el colchón de un faquir—. Tengo una duda. ¿Podemos ir un momento a tu despacho?

La sonrisa de Andrés dura solo un segundo. Parece que ha sido capaz de leer entre líneas, aunque era fácil: sabía con antelación lo que íbamos a hacer. El caso es que nuestro plan ha funcionado.

—Sí, vamos —respondo con una dulzura que roza la provocación. Sonrío por dentro porque sé que acabo de cabrearla aún más.

Cuando me pongo en pie, veo que ya está en la puerta. No puedo evitar mirar a Andrés un instante antes de salir. No tengo ni idea de qué le habrá parecido la escena. Solo espero que haya sido lo bastante buena como para no tener que repetirla.

Camino a su lado y, de repente, siento el pasillo más frío. El suelo de la nave no amortigua el tic-tac de los tacones de Scarlett; al contrario, parece multiplicar su repiqueteo. Entramos en el despacho y, en cuanto me dirijo a mi mesa, oigo el chasquido del pestillo al cerrarse.

Vaya, ¿esto no va a ser una charla cordial? Es broma.

—Siéntate —dice, y no suena a sugerencia.

Obedezco, pero solo por lo que todas ya sabemos. Con parsimonia, cruzo las piernas y muevo el vaso térmico de agua que tengo junto a la pantalla para colocarlo con la etiqueta mirando hacia mí. Es una costumbre tonta que me da algo de tiempo. Scarlett apoya las manos en el borde de la mesa y echa el cuerpo hacia adelante, tratando de intimidarme. Tiene la cara tan encendida que parece que acaba de llegar del Caribe.

—Empieza —dice.

—¿Que empiece… por dónde? —pregunto, cándida.

—¡Por la puñetera verdad! ¿Te gusta Jacobo o estás jugando con él para tomarme el pelo?

Ahí está. Sin anestesia. Agradezco la precisión: me ahorra rodeos. Miro un instante la ventana e inspiro, pensando. Explosión conseguida.

—No sé a qué viene esto, pero sabes de sobra que no me gustan los interrogatorios —respondo secamente.

Ya conocéis el dicho: «La mejor defensa es un ataque».

—He visto cómo te reías, lo tocabas, que si te quito una miga de la boca… —enumera con dedos de abogada del diablo—. Eso ha sido de todo menos desayunar. ¡Me han dado náuseas!

—Ya, ¿y por qué? —Apoyo los codos en la mesa y uno las manos.

—Nadia —dice mi nombre con un tonito que no empleaba desde el instituto—, no quiero que juegues con él. Eso es todo.

—Curioso —susurro y ladeo la cabeza—. La semana pasada habrías apostado porque yo jamás saldría con él. ¡Ah, no! ¡Espera, que hiciste todo lo contrario!

—¡Eso fue la semana pasada! —responde demasiado rápido. Sabe que se le está viendo el plumero. Se pone en pie y comienza a morderse el labio inferior—. Bueno, eso ahora no importa.

—¿No? ¿Estás segura?

La miro con cariño. A Scarlett no se la empuja: se la acompaña al borde del precipicio y se la deja mirar por sí misma.

—No sé a qué te refieres.

—A que estamos a martes. *Solo* han pasado tres… No, cuatro días.

Me sostiene la mirada un segundo de más antes de apartarse. Empieza a caminar por el despacho y regresa a la mesa. Coge un bolígrafo, lo hace girar entre los dedos y acaba soltándolo. Se pasa los dientes por el labio inferior, se sienta y cruza los brazos de nuevo.

—No me cambies de tema. Te he preguntado algo muy claro.

—Y te voy a responder *muy claro* —repito sus últimas palabras y respiro para calmarme un poco—. Jacobo me cae bien. Me parece un tío decente, divertido, atento. No esconde la cabeza cuando mete la pata. Y no, Scarlett, no estoy jugando con él.

—Sí, te he visto —repite, terca—. Vamos, yo y todas las que estábamos desayunando. Parecía que estabas muy a gusto.

—Porque estaba a gusto —admito—, pero no por lo que crees.

—¿No? Entonces, ¿por qué? —dice envalentonada. Se levanta otra vez y apoya las manos sobre la mesa.

—¡Qué tonta eres…! ¡Porque tú estabas mirando, boba!

Silencio. Tarda un instante en entender lo que le insinúo. Su rostro apenas se contrae en una mueca pequeñísima, casi invisible, como cuando alguien se pincha con una aguja sin querer. Mira hacia atrás para coger una de las sillas y se sienta.

—Explícate —me exige muy despacio.

—Tú sabes leer entre líneas, Scarlett —respondo con suavidad —. Y hoy, más que nunca, deberías haber prestado atención.

—¡No sé de qué puñetas estás hablando! Esto no va sobre mí. No soy yo la que se ha puesto a hacer numeritos en la cafetería como si estuviera en un *reality show*.

—Me conoces mejor que nadie. Sabes que yo jamás haría un *reality* sin contar contigo —sonrío.

—Nadia —suspira; pero en el suspiro hay rabia y, creo, también miedo—, no sé a qué ha venido lo de antes, pero no voy a permitir que juegues con él. Es… —traga saliva— es buena gente.

—Lo sé. Te lo acabo de decir.

—Y merece algo real.

—También lo sé.

—No está bien que te rías de él…

—Scarlett —la interrumpo y me inclino hacia delante—, ¿a ti te gusta Jacobo?

La pregunta queda ahí, en el aire. Ella tarda en responder. Se hace la nueva con una precisión que admiro: mira el reloj, la puerta, las uñas y vuelve a mí.

—Eso no es de lo que estamos hablando —responde al fin—. Además, no tiene nada que ver con…

—¡Tiene todo que ver! —la corto sin piedad.

—Nadia, no pienso… —Se detiene y comienza a morderse el labio de nuevo—. No me gustan estos juegos.

—Créeme, a mí tampoco. Pero soy mejor amiga de lo que piensas y estoy convencida de que a veces hace falta que nos den un empujoncito para que se nos caiga la venda.

—¿Qué venda? —Se remueve en la silla, incómoda.

—La que te has puesto de «no me gusta», «no me afecta» y «me da igual».

—¡No me da igual! —salta tan rápido que se delata—. No me da igual… que la gente sufra por tonterías.

—¿La gente o… Jacobo?

Otro silencio. Este un poquito más largo.

Hay algo en su mirada que me recuerda a cuando, de pequeñas, nos pillaban copiando en clase: ese orgullo ridículo que prefería comerse el castigo antes que admitir la evidencia. Siempre ha sido así, terca como una mula. Y, aun así, la quiero como es: cabezota como ella sola. Por eso, y porque es mi mejor amiga, estoy aquí haciendo de villana en su historia, tragándome estoicamente todas y cada una de sus puyas sin rechistar.

—Scarlett, ¿a ti te gusta Jacobo? —repito con suavidad—. Si te gusta, dilo. No va a explotar el edificio si lo admites.

—No voy a hablar de eso contigo —responde y suena casi infantil.

—Conmigo, precisamente, deberías —la insto—. Soy la única que sabe que, si no lo dices ahora, te vas a inventar mil excusas para que no me acerque a él hasta que termine claudicando. Te conozco, y sabes que jamás de los jamases haría nada que pudiera hacerte daño.

Eso la toca. Lo noto. Me mira con algo que no sé si es gratitud o ganas de asesinarme.

—¿Y tú…? —dispara—. Quiero decir, ¿y a ti… te gusta? Si es así, me apartaré y cerraré la boca.

Me echo a reír y me levanto como un resorte. Rodeo la mesa para obligarla a ponerse en pie.

—Lo único que me gusta de él es que es perfecto para ti. Me encanta cómo te observa cuando no te das cuenta, que, en la cena de la apuesta, me confesara que no le interesaba en absoluto porque solo tiene ojos para ti. Y, sobre todo, que me haya pedido ayuda para conseguir que lo mires como él te mira a ti.

Se le nubla el rostro un instante, como si una nube tapara el sol. No lo niega, pero tampoco lo reconoce: Scarlett en estado puro. Se acerca a la ventana, levanta la vista al cielo y juega con los brazos, cruzándolos y descruzándolos. Respira hondo, baja la cabeza y, cuando regresa, parece más madura, aunque sus ojos brillan.

—No quiero que me rompan el corazón, Nadia —suelta sin más. Sé que no miente.

—Yo tampoco.

—¿Estás segura de que él…? ¿De que esto no es una broma? No quiero… —se corrige—. No me apetece ser el experimento de nadie.

—Está loco por ti —respondo con firmeza—. Tú eres la razón por la que la gente escribe canciones que luego en Navidad ponen en bucle para torturar a inocentes. Y él es el idiota que ha decidido aprenderse la letra a pesar de no saber cantar.

Scarlett se ríe contra su voluntad.

Un segundo.

Dos.

Luego, como era de esperar, vuelve a su estado natural de «no me vas a ganar tan fácil».

—Bonita metáfora. Vale, digamos que me gusta un poco. Muy poco. Una cantidad microscópica que ni un microscopio sería capaz de mostrar. ¿Contenta?

—Mucho —sonrío con satisfacción. Sé que le mata, pero que se aguante—. Más de lo que te imaginas.

—¿Y eso? —pregunta mientras eleva el mentón, altanera.

—Porque, si le pones ganas, con una cantidad microscópica es suficiente para mover todo un planeta.

—No te pongas cursi.

—Sabes que solo me sale cuando te comportas como una niñata caprichosa —replico con una sonrisa.

Se queda mirándome, más cansada que enfadada.

—¿Qué quieres de mí, Nadia?

—Que dejes de pelearte contra lo que ya sabes que él siente y tú también. Invítalo a almorzar hoy mismo como quien no quiere la cosa. Sin promesas, sin apuestas, sin público. Solo vosotros dos.

—No sé qué decirle.

—Empieza con un a —río—. Y después sigue por algo tan sencillo como: «vámonos a comer que tenemos mucho de lo que hablar». Créeme, el resto saldrá solo.

—Es mucha presión —murmura.

—¡Y tú puedes con ella! —le respondo, guiñándole un ojo—. Vamos, señorita Escarlata, ¡que no se diga!

Mi comentario le roba una sonrisa que solo dura un segundo.

—Vale, tú ganas. Pero a Dios pongo por testigo de que, si me entero de que me has mentido…

La miro y uno las cejas en un reproche.

—Perdona —añade zalamera al ver mi reacción—, pero reconoce que me has hecho una encerrona.

—¡Y de las gordas!

Sonreímos. Ella un poco más, porque sabe que no le he reprochado lo de la apuesta. Camina hacia la puerta y quita el pestillo. Antes de abrir, me lanza una mirada que es todo un pacto. Se la devuelvo sin decir palabra.

—Nadia —agrega, ya con la mano en el pomo—, gracias.

—Anda, tontorrona, ¡ven aquí! —respondo y me lanzo a darle un abrazo.

Lo admito: creo que me he extralimitado, pero solo ha sido porque algo me decía que hacía lo correcto. Yo ya he hecho mi trabajo, ahora espero que Jacobo aproveche la oportunidad, si no, me haré una zambomba con su pellejo. Ya me entendéis.

CAPÍTULO 16
yo siempre hablo en serio

Andrés 

Camino hacia el despacho, tratando de imaginar qué estará pasando entre Nadia y Escarlata hasta que, al entrar, me sorprendo al encontrar a Valentina leyendo un documento confidencial. Su sonrisa nerviosa me revela que no esperaba que regresara tan pronto. Al menos esa es la sensación que me da.

De un modo u otro, este es su segundo día en la empresa y es inadmisible que esté sola en mi despacho con la puerta cerrada.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunto algo brusco. No sé por qué, pero mi instinto me pide que deje abierto.

—Ordenando las fotocopias de los informes por departamentos para que no tengas que buscarlos —se excusa.

—Eso lo puedes hacer en tu mesa. En cualquier caso, no vuelvas a entrar si no estoy. Y mucho menos cierres la puerta. Si tienes que darme algo, hazlo cuando yo esté presente.

—Sí, claro. Disculpa, Andrés. No volverá a pasar.

—Está bien. Ahora déjame solo.

—Por supuesto.

En cuanto se marcha, intento centrarme en el documento que estaba revisando antes de ir a desayunar. No consigo avanzar porque no paro de pensar qué habrá pasado entre ellas. Al final sucumbo al deseo de saberlo.

Cojo el teléfono y marco su extensión. ¿Debería hacerlo? Tú y yo sabemos que no. ¿Voy a llamarla? Por supuesto, la duda ofende.

—Sí —responde Nadia muy profesional.

—¿Y bien…?

—¿Quién es?

—Tu jefe.

—No lo creo.

—¿Ah, no?

—No. Estoy segura de que mi jefe no me llamaría en plan cotilla para tratar de sonsacarme lo que he hablado en una conversación privada.

—*Touché* —reconozco—. ¿Y si no fuera solo tu jefe?

—¿Hablas de algo más? ¿Algo tipo…?

—Buen amigo. El mejor de todos.

—¿Tanto y tan pronto? No sé yo…

Sonrío. De verdad, me encanta su descaro. No, no soy su amigo: soy mucho más que eso o, al menos, estoy haciendo méritos para serlo.

—Venga, respóndeme sin rodeos. ¿Tendré que seguir presenciando cómo Romeo te toquetea los hombros o mi tortura ha terminado?

Suelta una carcajada, transmitiéndome al instante su buen humor a través de teléfono. Me encanta cómo lo consigue sin esfuerzo.

—Finiquitada —concluye—. Como verás, soy muy buena en todo lo que hago.

Podría soltarle algún dardo irónico, incluso uno subido de tono; pero no me apetece. Ahora mismo solo quiero oír cómo ríe. De momento, con eso me basta.

—Así que tengo un diamante en bruto entre manos y yo sin saberlo.

—¿En bruto? —finge estar molesta.

—Claro, aún no he podido revisar todos tus proyectos desde que comenzaste a trabajar en la empresa. Es un arduo trabajo; pero, tranquila, no están nada mal. Relájate, puedo ayudarte a mejorar y estoy seguro de que pronto llegarás a la altura de mis expectativas.

Oigo cómo chasquea la lengua y sé que está pensando una respuesta *a la altura* de mi pulla.

—Una más y cuelgo, jefe.

Silencio. Mmm…, me parece que no le ha hecho ninguna gracia mi comentario.

—Solo estaba bromeando, Nadia. Tu trabajo es impecable —digo con sinceridad porque es la verdad.

—Pero no lo suficientemente bueno como para que la directiva se atreva a vender algo que no está relacionado con estas fechas.

—Nadia, ya hemos hablado de esto. Es muy arriesgado, y puede desconcertar al comprador que lleva siéndonos fiel desde hace años.

—El que no arriesga, se estanca —me suelta con un tono que la delata: está enfadada.

—Y quien apuesta con dinero ajeno, nunca pierde.

—*Touché*.

No debería darle esperanzas, pero me puede su silencio.

—Dime, ¿tienes algún diseño para enseñarnos?

—Muchos, en realidad —añade con un tono de sorpresa.

Aprieto los labios y valoro hablarlo con mis padres. Cerrarse en banda me parece un poco obtuso por mi parte, así que cedo.

—¿Cuántos más podrías tener de aquí al lunes que viene? Hablaré con mis padres y podrás presentarles lo que se te ha ocurrido.

—¿Lo estás diciendo en serio? —pregunta incrédula.

—Yo siempre hablo en serio.

—¿Ah, sí…? —responde con un tonillo juguetón.

—Casi siempre.

—Eso está mejor —sonríe.

Siento que su silencio me dice más que cualquier agradecimiento que pudiera darme. Es la segunda vez que me habla del tema, así que entiendo que es algo que se toma muy en serio.

—Nadia, no puedo prometerte…

—Lo sé, pero nunca he estado tan cerca de mostrarles a John y a Fátima todo lo que soy capaz de dar más allá de la Navidad y la Pascua.

—Pues considéralo hecho. Eso sí, lleva solo tus mejores ideas.

—¡Claro! Andrés, gracias.

—No hay de qué. ¿Nos vemos esta tarde?

—Mmm… ¿Chantaje?

—No, deseo.

Incluso a través del teléfono, su sonrisa me desarma. Sé que le ha gustado mi respuesta, aunque no las tengo todas conmigo.

—Nos vemos en La Bella Julieta a las siete. Aparca en La Marina.

—¿En diciembre, Nadia? Eso es tener fe y lo demás son tonterías.

—Venga, venga… No me digas que vas a rendirte tan pronto —me reta, y yo caigo como un bobo.

—A las siete en punto.

Cuelgo y frunzo los labios, juzgando mi comportamiento. Acabo negando con la cabeza: ¡no me reconozco! ¿Me importa? No, para nada. Creo que parte del hombre que pensaba que era se quedó en Massachussets al regresar a casa, y no os podéis hacer una idea de lo que me alegro.

Tengo una cita con Nadia, y eso es lo único que me importa.



A las seis y cinco ya estoy sentado en el coche. Un rato antes ya había avisado de que hoy tenía que salir puntual. Mi madre me ha mirado con esa expresión que solo tienen las madres cuando saben que escondes algo, aunque mi padre ni se ha inmutado. De un modo u otro, ya estoy en la autovía, en mitad de un atasco de narices.

¿Conocéis la sensación de estar a punto de hacer algo que quizás no deberías, pero os es imposible echar marcha atrás? No sé por qué, de repente, me asaltan las dudas. Y no es por el motivo que imagináis: ella es luz, y yo no quiero eclipsarla de ningún modo.

De lo que no me arrepiento es de haberla besado. Ya sé que tampoco fue para tirar cohetes. Pero no me critiquéis, por favor. No

tuve tiempo de pensar, solo actué por impulso y atracción. ¿Atracción? No, deseo. Puede que este haya sido mi último momento de valentía antes de terminar el año. ¿Quién sabe? La cuestión es que ya estoy aparcando y siento un nudo en el estómago que no esperaba.

Salgo y un viento helado me golpea la cara. No recordaba que en Málaga hiciera este frío, aunque poco se puede comparar al que he sufrido en los últimos años. Camino a toda prisa y me meto por la calle Puerta del Mar. Ya distingo La Bella Julieta. El exterior de la cafetería huele a vainilla industrial y azúcar glas. Echo un vistazo desde la puerta. El interior está repleto de adornos y luces navideñas. Son tan brillantes que estoy seguro de que podrían verse desde Marte; sin embargo, el sitio me parece perfecto. ¿Has notado que hay cafeterías que parecen estar diseñadas para vivir momentos únicos? Sí, yo también.

Un camarero sale a la terraza con una bandeja en la que lleva dos tazas humeantes enormes y dos porciones de tarta: una de chocolate y otra de zanahoria.

La impaciencia hace mella en mí. Cojo el móvil y miro WhatsApp: nada aún. He llegado mucho antes de lo que pensaba, solo son las siete menos cuarto. Siento la tentación de llamarla, pero me detengo. No me lo tengáis en cuenta, por favor. Estoy nervioso, y eso es algo nuevo para mí.

Las calles están a rebosar. Cualquiera diría que es martes. Levanto la cabeza, tratando de distinguir algo entre la gente. Quiero encontrarla entre la multitud, aunque me parece que no va a ser nada fácil.

De pronto, la reconozco entre una marea de cuerpos que va en sentido contrario. Me sorprende la facilidad con la que se abre paso entre la gente que llena el centro como si regalaran turrones. Camina con paso firme, como si no tuviera dudas. Me busca con la mirada. Me encuentra, y sonríe sin hacerse la interesante.

Directa. Como siempre.

Y logra derribarme, otra vez.

—¡Hola! —me dice, bajándose la bufanda. Tiene la punta de la nariz un poco roja. Me dan ganas de tocársela para calentarla. No

lo hago.

—¡Hola! ¿Te ha costado aparcar? Pensaba que llegarías primero.

—Yo también, pero un camión me ha cortado el paso en el polígono. Aunque me alegro, así no me he perdido tu cara.

—¿Qué cara tengo?

—La de «odio estar rodeado de gente y ¿se puede saber por qué no ha elegido otro sitio?».

Me echo a reír y ella me sigue al instante.

Vale, me tiene pillado. ¿A que de nuevo estáis pensando que es muy pronto? ¿Y…? Venga, solo tenemos el «hoy». No sé vosotras, pero yo voy a aprovecharlo… al máximo.

Entramos. Dentro huele de maravilla a café, a canela y a algo más que no identifico, pero que me reconforta. Hay música de fondo, pero no molesta. Un villancico suave, en versión jazz.

Una pareja se marcha y aprovechamos para sentarnos en su mesa, junto a la ventana. Pedimos dos *cappuccinos* clásicos. El camarero nos mira raro cuando le decimos que no queremos sirope de caramelo ni corazones en la espuma.

—Anda, reconócelo: esto te encanta —me dice, mirando alrededor con una sonrisa maliciosa. Después, da el primer sorbo.

—¿Te refieres a estar aquí contigo o a ser atacado por el espíritu navideño? —suelto con ironía, fijándome en un Papá Noel epiléptico.

Su risa provoca la mía.

—Yo creo que ambas, pero empieza por la segunda.

—Si te digo la verdad, me molesta menos de lo que esperaba.

Sonríe de nuevo y su rostro se ilumina. No me mira con burla ni con superioridad. Solo me clava sus aguamarinas, y a mí me falta el aliento. Sí, me gusta… mucho más de lo que debería reconocer en voz alta.

—Es extraño, a mí me pasa igual —admite, removiendo el café—. Parece que este año la Navidad me fastidia un poco menos. O quizá es que he decidido agobiarme solo lo justo.

—Una filosofía admirable. ¿Y te funciona? Porque me vendría bien saber qué estás haciendo.

—No te puedo contar mi secreto, pero tener un café a mano ayuda.

—Un secreto… —repito y apuro mi taza.

—Shhh… ¡Hay elfos espía por todas partes! —susurra antes de reír de nuevo. Entrecierra los ojos al hacerlo y el corazón me da un vuelco.

Mientras Ava Max canta *Christmas without you* —no penséis ni por un momento que conocía la canción, me lo acaba de chivar la escritora— seguimos hablando. No de cosas importantes… o sí. Del trabajo, de lo que haríamos si pudiéramos desaparecer una semana, de por qué la gente está obsesionada en comprar cada año más bolas de Navidad, ¡como si nunca tuvieran suficientes!

A su lado, el ruido de la ciudad se apaga un poco.

Cuando salimos, parece que veo la calle incluso más iluminada. Desde luego, Málaga no sabe hacer las cosas a medias. Hay luces por todas partes. Algunas bonitas, otras absolutamente excesivas. Ahora el frío no es tan intenso y la gente sonríe más de lo habitual. Incluso yo lo hago, y creo que es por la morenaza que señala la calle Marqués de Larios con orgullo.

—¿Te apetece dar un paseo antes de cenar? —pregunto sin pensarlo demasiado.

—¿También… cenar? —suelta simulando una queja.

Subo los hombros y sonrío. No sé qué decir que no acabe en un «lo que de verdad quiero es volver a besarte».

—Está bien… —Mira el reloj—. Es pronto. ¿Y si bicheamos los puestecillos de Navidad? —Sube una ceja y me mira de forma pícara —. ¡Te aseguro que algunos son la monda!

—Claro, pero pensaba que los odiarías.

—¡Y lo hago! —Vuelve a reír—. Venga, ¡será divertido! —Me coge del antebrazo y tira de mí—. Todos los años hay pastorcillos bizcos y también hilanderas que parecen modelos de pasarela. Pero, ojito: si me obligas a mirar un solo Belén con figuritas que cantan, ¡salgo corriendo!

—¿Eso existe?

—*Welcome to Málaga, Andrew* —dice con un tono que me hace reír, aunque tengo la sensación de que sus palabras esconden

algo más.

Caminamos en paralelo, sin rozarnos, aunque cada paso suyo parece acercarme un poco más. Su proximidad me envuelve: es cómoda, cálida, casi necesaria. No hay tensión, solo esa chispa invisible que surge cuando alguien comienza a gustarte de verdad, aunque todavía no sabes qué hacer con ello. Entonces, me doy cuenta de que quiero un poco más. Busco su mano y la rodeo con la mía. Ella no me mira al principio, pero sonríe. Y cuando lo hace, siento que todo vale la pena.

En cuanto veo los puestos navideños abarrotados, recuerdo por qué odiaba venir. Nadia se detiene en uno en el que hay varitas de incienso de más olores de los que puedo procesar. Compra varias cajas y pasamos al siguiente. Este tiene guirnaldas de todos los tamaños y colores, estrellas con purpurina y bolas de plástico del malo con frases cursis del tipo «Solo tú puedes ser mi Santa Claus».

Algunos puestos huelen a turrones y a garrapiñadas, otros a petardos recién explotados. Ella observa estos últimos con recelo mientras me dice al oído que deberían prohibirlos. Continuamos y, dos puestos más adelante, se detiene en uno que vende pañuelos pintados a mano. Se queda mirando uno de seda en tonos azules. Me ofrezco a regalárselo, pero se niega en rotundo y lo paga ella misma.

Al fin llegamos al puesto que estaba buscando: el de las figuras para el Belén. Como me había dicho, hay de todo: un pobre San José con cara de estar pensando en jubilarse, una Virgen recién salida de la peluquería y un Niño Jesús tan repeinado que da la impresión de estar listo para la foto del pasaporte. Tampoco faltan los pastores con ovejas que más bien parecen cabras despistadas, ni los Reyes Magos con sus camellos de plástico rígido, que no andarían ni cuesta abajo. Y, cómo no podía faltar, el río hecho con papel de plata, que está más arrugado que las bolsas donde se guardan los adornos de un año para otro. Tras señalar un buey con los ojos tan grandes que parece sacado de un dibujo animado, le da un ataque de risa y me obliga a separarnos porque se le han saltado las lágrimas.

Seguimos avanzando hasta que se detiene en seco.

—Espera… —me pide sin mirarme. Su rostro se ilumina frente a ese puesto que, la verdad, me parece idéntico a los que ya hemos visto.

Me fijo por si tiene algo que se me ha pasado por alto. Hay luces y figuritas. Se acerca a una esquina y, allí, casi escondido, hay un pequeño muñeco de nieve rechoncho, con una sonrisa muy dulce y que lleva una bufanda roja.

—No puede ser… —murmura y lo coge con delicadeza—. Es mío.

—¿Tuyo?

—Mi primer diseño. El primero que hice para la empresa —repite, sin apartar la mirada del muñequito—. Se me ocurrió en plena noche. Me lancé a dibujarlo mientras oía canciones antiguas de Bon Jovi y me tomaba un café con tres azucarillos. No tuvo mucho éxito y se eliminó al acabar la Navidad, pero yo lo creé.

—Pues míralo. Aún vive.

Ella lo gira entre los dedos.

—Es feote, ¿verdad? Aun así, le tengo cariño. Con él empecé a ser quién soy y me enseñó cuánto podía mejorar.

Suena su móvil. Mira la pantalla y suspira.

—Mi madre. Vuelvo en un minuto.

Se aleja. Yo me quedo quieto. Miro al muñeco, al tipo del puesto y saco la cartera.

—¿Cuánto por este?

—Diez euros.

Sé que me acaba de estafar, pero no me importa. Lo mete en una cajita cuadrada y lo envuelve en un papel blanco con estrellitas doradas. Me lo da y lo guardo en el bolsillo interior del abrigo.

Nadia regresa con el gesto tenso. Se lo noto en los hombros.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Todo lo bien que se puede estar cuando tu madre te pregunta si este año también vas a ir sola a la cena de Nochebuena. Le he dicho que aún no lo sé, aunque la respuesta es sí.

—O no —respondo con calma—. ¿Quién sabe lo que puede deparar la Navidad o un Rudolf con dos narices rojas? —añado, señalando una figurita que tiene un defecto de fábrica.

Ella me mira y suelta una carcajada. En ese momento, me dan igual las luces, los villancicos, los muñecos feos o los renos bailones. Me gusta ella. Así. Tal cual.

—Gracias —me dice.

—¿Por?

—Por hacerme reír cuando tengo ganas de estrangular a… a ese pastorcillo que lleva ¿un cesto de fruta con sandías en pleno diciembre?

—Cosecha temprana —bromeo.

Reímos y veo que busca algo.

—¿Y mi muñeco de nieve? Quiero llevármelo.

—Vaya, acaba de comprárselo una madre a su hija —miento.

—¡Oh, porras! A ver si le queda otro. Perdone —llama la atención del vendedor—, ¿tiene algún muñeco de nieve más como el que acaba de vender?

El hombre me mira y yo abro los ojos de golpe mientras niego despacio para que ella no me pille.

—Lo siento, era el último —dice para cubrirme. Yo le sonrío un poco para agradecérselo.

—¡Qué pena!

—Pero mira cuántos tengo, igual te gusta otro —le ofrece con un tono zalamero. Este quiere otra venta.

—No, gracias. ¿Vamos? —Hace un gesto con la cabeza y seguimos caminando.

Las luces a nuestro alrededor siguen brillando. Y aunque no creo en la magia, sí creo en esos instantes que parecen un guiño del Destino para tenderte la mano. Este, sin duda, es uno de ellos.

Llegamos a la mitad del Paseo del Parque y los dos nos detenemos al mismo tiempo al leer un cartel que anuncia «Luces mágicas que mejoran el ánimo».

—¿Lo has visto? —digo, señalando el cartel con la cabeza.

—Eso deberían fabricarlo en pastillas de colores. Arrasarían en estas fechas.

—¿Crees que las luces pueden curar?

Mira alrededor, todo es luz en la ciudad. Por todas partes. Se acerca un poco más y me dice:

—Observa a la gente… Sonríen y parecen felices. No entiendo por qué, nunca lo he hecho. Si existiera esa pastilla, quizás me la tomaría. En plan *Matrix*, ¿sabes? La cápsula azul y mi visión de estas fiestas cambiaría por completo.

Dejamos atrás los puestos y subimos hacia la Manquita. El AC Hotel Málaga Palacio tiene toda la fachada cubierta de luces. En el vestíbulo han levantado un árbol inmenso, decorado con decenas de bolas que son, literalmente, tres veces más grandes que un balón de baloncesto.

—¿Por qué no te gusta? —pregunto con mucha curiosidad.

—¿El qué?

—La Navidad.

—Aún es pronto para revelarte todos mis secretos. Solo te diré que tal vez hoy me gusten las luces más de lo que nunca me habían gustado.

—¿Tengo yo algo que ver en eso?

—Señor McClane, invíteme a cenar y a un mojito. Quizás, después del tercer sorbo, me decida a responder a esa pregunta…

Sonrío y continuamos hasta la plaza del Obispo. En realidad, no necesito saberlo; sin embargo, empiezo a desear hacerle cambiar de opinión sobre la Navidad. ¿Por qué? Ni idea. Cuando lo sepa, vosotras seréis las primeras en saberlo.

CAPÍTULO 17
¡OÍDO COCINA!

Nadia 

No me puedo creer que ya sea viernes. La semana ha pasado volando. ¡Qué digo volando, se me ha escurrido entre los dedos! Puede que sea porque no me he quejado ni una sola vez de lo que se oye por el hilo musical. O porque he intentado concentrarme en el trabajo y no en lo mucho que me gustaría estar diseñando algo distinto a esos muñecos de Navidad rechonchos. Vale, mi trabajo es bastante más que eso, pero vosotras me entendéis.

Solo son las seis de la mañana y ya estoy duchada y vestida. ¡No aguantaba ni un minuto más en la cama! Me he preparado un café y no dejo de darle vueltas a que mi manera de afrontar diciembre es distinta a la de otros años. Todo empezó a cambiar la noche en que Andrés y yo cenamos frente a la catedral. Eso fue… ¡el martes! ¿Solo han pasado tres días? Pues eso parece. Quizás no estaría de más que os compartiera que también cenamos juntos el miércoles y ayer jueves.

Venga, chicas, ¡no me juzguéis con esas caritas por no habéroslo dicho antes! Comprendedme, ¡no puedo contaros cada minuto de mi vida! Pero sí que me gustaría compartiros que me siento en una de esas nubes de las que hablan las novelas románticas. Nunca lo había sentido, y ahora me pregunto si el motivo se ciñe a algo tan sencillo como que jamás me había gustado un chico tanto como Andrés. No soy *antiamor* ni nada parecido, solo creo que no había encontrado al adecuado. Y os aseguro que él es la horma de mi zapato.

Si os preguntáis por qué hoy me he despertado mucho antes de lo normal, es fácil de entender: esta noche tenemos la cena de empresa y estoy un pelín nerviosa. No, ¡me estoy mordiendo las uñas! Cada vez me cuesta más disimular lo que siento y no sé qué puede llegar a pasar cuando acabe la velada. No soy de las que se precipitan. Tampoco de las que cambian de cama cada noche. Pienso que cada persona es libre de hacer lo que quiera, y yo, simplemente, hago lo mismo. Y ser fiel a mí misma es algo a lo que no estoy dispuesta a renunciar.

Remuevo el café y pienso en por qué no le he contado aún a Scarlett lo que hay entre Andrés y yo. Quizás porque, al decirlo en voz alta, lo haría demasiado real. ¿Me asusta que se sepa? Un poco. Pero lo que de verdad temo es que todo cambie de una forma que no sepa manejar.

Dejo la taza en el lavavajillas y voy a mi habitación. Al pasar por delante del armario, miro el vestido que tengo colgado de la puerta. Se me escapa una sonrisa: es elegante y sexi al mismo tiempo. No puedo esperar a ver la cara de Andrés cuando me tenga delante. Me pierdo en mi imaginación mientras me lavo los dientes y después me marcho al trabajo. Debo centrarme porque he de terminar otro proyecto.

Son las diez menos diez cuando recibo una llamada en el móvil. No conozco el número. Aun así, contesto.

—¿Diga?

—¿Nadia Ángel?

—Sí —respondo con el corazón encogido. ¿Quién me habla con esa voz tan seca?

—Te llamo de Orion Studio, la semana pasada enviaste tu currículo y querríamos hacerte una entrevista. ¿Podrías venir esta tarde a las cuatro?

—Mmm… Sí, claro.

—Bien, pregunta en la recepción por mí. Soy Inés, de Recursos Humanos.

—De acuerdo. ¿Me confirmas la dirección? —pregunto. Mientras la anoto, siento que el corazón va a salírseme del pecho.

—Bien, nos vemos a las cuatro —añade Inés.

—Sí, gracias. Nos vemos a las cuatro.

Cuelgo y doy un respingo cuando tocan en la puerta.

—Adelante —logro decir.

—Guapa —me dice Scarlett—, Jacobo y yo nos vamos a desayunar al bar de enfrente. ¿Te animas?

—Sí, dame un par de minutos. Envío un correo y voy para allá.

—Vale. ¿Te pido una nube y un pitufo[2] mixto?

—Sí, por favor.

—¡No tardes!

—No, no.

Cierra la puerta y me deja sola. Tengo una entrevista de trabajo y, en vez de estar contenta, me siento como si estuviera cometiendo un delito. Tal vez sea porque tampoco le he contado a mi amiga que estoy buscando otro empleo. Ya van dos secretos, y me siento fatal por ocultárselos. ¿Confío en ella? Esa no es la cuestión. Sí confío, pero temo que no me guste su opinión o que quiera impedirme cometer un error.

Ahora mismo no puedo pararme a pensarlo. Tengo que centrarme en la entrevista de esta tarde. Por suerte, anoche acabé el porfolio que pensaba presentarles a Fátima y a John el lunes. Me lo llevaré, a ver qué opinan en… Aún no puedo asimilar que le haya interesado mi trabajo a una de las empresas de diseño más importantes de Málaga. No quiero perder la oportunidad de saber qué opinan de mí. Y si me han llamado, debe de ser por algo. Cojo el móvil y me dirijo al bar, ocultando la sonrisa.

Después de todo, tal vez diciembre ya no es un mes tan malo como pensaba.



A las cuatro menos diez, entro en las oficinas de Orion Studio. Se respira minimalismo: paredes blancas, una mesa de cristal impecable y un mural con diseños que parecen salidos de una revista de

tendencias. Me presento a la recepcionista y enseguida avisa de que he llegado.

Inés es una mujer de unos cuarenta años. Maquillaje y peinado perfectos. Viste con traje de chaqueta y me sorprende verla con zapatillas de deporte.

—Hola, Nadia. Soy Inés. Encantada —se presenta con una sonrisa cordial, ofreciéndome la mano.

—Igualmente —respondo, estrechándosela.

—¿Has tenido problemas para encontrarnos? —añade, caminando deprisa hacia lo que supongo que es su despacho.

—No, tengo Google Maps.

—Muy bien. Pasa, por favor. Siéntate. —Se abre la chaqueta y coge una carpeta.

No os voy a mentir: me siento intimidada. De camino aquí, hemos pasado por un pasillo lleno de pósteres luminosos con una docena de campañas internacionales que parecían juzgarme desde la pared.

—Dame un momento —me pide y marca una extensión—. Dorian, ya está aquí Nadia Ángel. Vale. —Me mira y sonríe—. Dorian es el director del Departamento de Diseño. Va a estar presente en la entrevista.

Asiento y, en ese momento, un hombre guapísimo de unos treinta años entra en el despacho.

—Hola, soy Dorian.

—Nadia, encantada.

Inés hojea mi currículum y se lo pasa a él.

—Veo que en Green Associated eres la directora del Departamento de Diseño, aunque solo tienes tres años de experiencia.

—Así es. A Fátima Green le gustó mi visión. He traído un porfolio con ideas nuevas. La verdad es que están bastante alejadas del tema navideño, que es a lo que nos dedicamos —añado y le doy la carpeta sin que me tiemble la mano, pero por dentro estoy hecha un flan.

—Sí, lo sé. He revisado en profundidad los proyectos que tienen tu firma —responde, observándome—. Dos preguntas: ¿qué

es lo que más disfrutas del diseño? Y… ¿por qué quieres dejar Green Associated?

—La parte creativa es lo que me mueve. Disfruto dando forma a ideas abstractas para que se conviertan en diseños que conecten con las personas, que les generen emoción y acaben impulsando su decisión de compra. En Green Associated esa faceta queda restringida casi por completo a la temporada navideña y la Pascua, lo que reduce mucho mi margen de actuación.

—Entiendo —responde mirando a Inés, que no dice nada porque ahora está centrada en las imágenes que he traído. Le señala una a Dorian, quien levanta las cejas sorprendido.

—Bien, Nadia. Aquí valoramos mucho la iniciativa y nos gustan los visionarios que no temen experimentar. Dime, ¿cómo manejas la presión de tener que entregar un trabajo en un plazo determinado?

—Sin problemas.

—Genial entonces. El puesto que ofrecemos es el de diseñadora gráfica senior. Tendrías un papel clave en la parte visual de las campañas, pero no formarías parte de la jefatura. Es decir: yo tengo la última palabra. El periodo de prueba es de seis meses, y todo depende de tus resultados. En ese tiempo, si no nos convences o al revés, podemos terminar el contrato. Aquí trabajamos por campañas. No voy a mentirte: el ritmo es brutal y las horas extra son nuestro pan de cada día. Habrá semanas tranquilas: cincuenta o sesenta horas, poquito. Otras serán más duras, de unas cien o algo más. ¿Cómo lo ves?

Respiro hondo porque acaba de caérseme el alma a los pies.

—No sé qué decirte, ahora trabajo cuarenta horas semanales.

—Sí, es normal. Vuestra empresa es pequeña. Esta, como deberías saber, es un titán; así que aquí trabajamos y pagamos a ese nivel. Tu sueldo sería de cincuenta mil euros al año, pagas incluidas. Un mes de vacaciones con fecha variable, determinada por la empresa, más cuatro días de asuntos propios.

—¿Las horas extra se pagan aparte? —me atrevo a preguntar. Si voy a entregarles mi vida, qué menos que me compensen por ello.

—Depende del proyecto. De momento, trata de superar el periodo de prueba y ya iremos viendo el resto.

O sea, que no las pagan. Vuelvo a respirar hondo. ¿De verdad es esto lo que quiero?

—Entiendo —respondo, derrotada.

—Por último, ¿tu incorporación podría ser inmediata o necesitas unos días?

—Tendría que preavisar con dos semanas de antelación.

—Perfecto. Bueno, por mí, ya estaría todo —dice Dorian mirando a la de Recursos Humanos, que me da la sensación de que sabe que lo que me ha contado es solo la punta del iceberg.

—Por mí también —añade ella.

Él se levanta y me ofrece la mano. Se la estrecho, ¡qué remedio! Inés hace lo mismo.

—Gracias por venir, Nadia. Recibirás una llamada con nuestra decisión en un plazo de dos semanas. Inés te acompañará a la salida.

—Sí, gracias.

Me subo al coche con una sensación agridulce. Pensaba que todos mis problemas desaparecerían como por arte de magia en cuanto dejara atrás Green Associated, pero el guantazo de realidad que me acaban de dar me obliga a replantearme mis aspiraciones. No es que renuncie a mi sueño, aunque me pregunto si debería aparcarlo durante un tiempo. En cualquier caso, marcharme de la empresa no es una decisión que pueda tomar sin más. Tengo de estar segura de que, si doy el paso, será para mejorar mi situación actual, no para empeorarla.

Arranco el coche para poner tierra de por medio cuanto antes entre esa cárcel disfrazada de modernidad y yo. Todavía me tiemblan las manos y tengo la boca seca. Necesito escuchar una voz que me calme. A Scarlett no puedo llamarla —por lo que ya sabéis —, así que no dudo en marcar el número de mi madre. La garganta me arde por aguantarme las lágrimas y me muero de ganas por contarle lo que me han ofrecido, aunque, más que nada, quiero conocer su opinión.

No os voy a mentir: en cuanto me responde, le vomito lo ocurrido sin respirar siquiera.

—Lo siento, cariño —me reconforta con su voz dulce—. Ya verás como te sale otra cosa.

—Ahora mismo no quiero pensarlo. Pero, desde luego, eso parece una secta o algo peor. Vamos, que me ha soltado como si nada lo de las horas. ¡Pero si no tendría tiempo ni para ir a comprar papel higiénico!

—No te iba a hacer falta en casa, ¡vivirías allí!

Me echo a reír, más para soltar la tensión que porque su comentario haya tenido gracia. Porque os juro que no me ha hecho ni pizca.

—Bueno, mamá. Estoy llegando al parking. Voy a descansar un poco, que esta noche es la cena de empresa. Hablamos mañana, ¿vale?

—Claro, cariño mío. —Se queda en silencio un par de segundos—. Nadia, tienes un buen trabajo. A veces tenemos que esperar para lograr lo que deseamos, no pierdas la fe.

Sonrío y suspiro. Tiene razón, pero cuánto duele la espera.

—Gracias, mamá. Te quiero mucho.

—Y yo a ti. ¡Pásatelo bien y olvida a esos negreros!

—¡Oído cocina! ¡Un besito!

—Otro más grande para ti.

Cuando entro en mi piso, estoy un poco mejor. ¡Qué le den a Orion Studio y a sus «cien o algo más» horas semanales! Me tiro en el sofá y me acurruco bajo mi manta favorita. Pongo el móvil en modo no molestar, programo la alarma y cierro los ojos. No quiero pensar en lo que ha pasado ni en que el karma me la tiene jurada.



A las siete, llega el taxi que he pedido. Me subo y le doy la dirección. Mientras avanzamos, empiezo a imaginar cómo irá vestido Andrés.

No ha venido a recogerme porque me he negado. Toda la empresa sabe que solo lleva allí dos semanas. Todavía es muy pronto para compartirlo con ninguno de ellos, y no quiero que nadie comience a hacerse ideas raras sobre nosotros cuando ni yo misma sé lo que siento. Además, no soportaría que me colgaran el cartelito de «trepa», con lo mucho que me ha costado —y me he ganado, ¡qué porras!— llegar donde estoy.

Me bajo del taxi y, desde la calle, veo que la entrada del hotel NH Málaga parece sacada de un catálogo de Navidad pijo con esteroides. Imagínate a Papá Noel con un subidón y contratando a un diseñador con presupuesto ilimitado. ¡Pues eso por dos!

Entro en el hotel y me agobio al instante porque no hay nadie de la empresa en el vestíbulo. ¿Me habré equivocado de sitio? Llamo a Scarlett, no responde. Lo intento con Andrés, tampoco contesta. Me acerco a la recepción y me indican que los dos salones para el evento de mi empresa están en el piso inferior. Respiro aliviada y elijo en ascensor para bajar. Mejor alejo de la escalera la combinación explosiva de mi vestido largo, mis taconazos y mi torpeza innata.

Cuando las puertas se abren, me golpea el murmullo incluso antes de llegar a leer el cartel que indica: Cena de empresa Green Associated. De camino al salón, me recibe un guardarropas. Me entrega un papel y le doy mi abrigo. Desde luego, a Fátima no se le escapa ni un detalle.

Al entrar, me quedo de piedra: decenas de guirnaldas doradas cruzan el techo y cientos de luces led iluminan la sala, dándole un aspecto muy cálido y familiar. En las mesas hay centros con flores de pascua rojas y blancas, y copas de cristal que brillan como si fueran estrellitas. Todo huele a sofisticación… con un toque de ostentación que casi me da risa.

Saludo a una marea de compañeros antes de encontrar a Scarlett, que está muy pegadita a Jacobo, hablando con Mar y Dulce. Reconozco que, una vez vestida, he dudado frente al espejo. Me daba la sensación de que me estaba excediendo, pero no. Muchas parecen bolas de discoteca con tanto «brillibrilli», así que yo voy bastante recatada: vestido de satén negro con escote discreto,

aunque de caída impecable. Es muy elegante y también lo bastante atrevido como para dejar a alguien con la boca abierta.

Y vaya si lo consigo.

Detrás de mis amigos, con la copa en la mano, veo a Andrés, que se muestra con esa seguridad natural que me desmorona. Está hablando con sus padres y varios jefes de departamento. A la derecha, tiene a un chico que se le parece mucho, y, a la izquierda, una joven preciosa a la que rodea con el brazo. Se le ve feliz, pero me da la sensación de que su rostro está algo tenso. Besa a la chica en la frente y sonríe. Yo bajo un instante la mirada porque acabo de darme cuenta de quiénes son.

—¿Has visto, Nadia? —me susurra Mar al oído—. Es la primera vez que vienen los tres hijos de Fátima.

—Bueno, el mayor ya trabaja en la empresa —respondo sin pensar.

—Sí, supongo que será por eso.

Pierdo el hilo de la conversación porque acabo de darme cuenta de que Andrés tiene la mirada fija en mí. Literalmente, solo en mí. Yo sonrío, mitad triunfo, mitad nervios. Y ahora que vosotras y yo estamos solas, os voy a confesar un secretillo: verlo con traje negro, incluida la camisa, aunque sin corbata, me ha desarmado «un poco».

Su hermano, que se llama… ¿Pablo? Sí, Pablo, se fija en que él ha dejado de prestar atención a la conversación. Sin cortarse un pelo, gira la cabeza, tratando de ver qué ha robado el interés de manera tan fulminante. Se acerca a su oído y le dice algo. Ambos sonríen y Andrés le da la copa. Acto seguido, abriéndose paso con una sonrisa que me roba el aliento, porque siento que es exclusivamente para mí, se acerca a nosotros.

La risa histriónica de Paqui hace que desvíe un instante la mirada hacia su grupito. A su lado, Valentina me observa con la misma sutileza que un cuchillo de carnicero. En cuanto nota que la he descubierto, su desprecio se convierte en una sonrisa forzada.

Me olvido de ella al oír la voz de Andrés.

—Buenas noches —saluda.

—Buenas noches —decimos todos, pero él solo tiene ojos para mí.

—¿Me permitís que os robe un momento a Nadia?

Mis compañeros aceptan encantados, y se me revuelve el estómago cuando veo que Scarlett me guiña un ojo. No sé por qué lo ha hecho, pero no tengo tiempo de pensarlo: Andrés me toma de la mano y me lleva hasta la otra sala, la reservada para la fiesta, y cierra la puerta tras nosotros.

—¿Estás loco? —me quejo, y no me da tiempo a decir nada más porque sella mis labios con los suyos.

Su beso transmite necesidad, aunque también retención. Sostiene mi rostro con las manos mientras me roba la voluntad con una exigencia pausada que me hace arder por dentro. Su ritmo es suave, pero la tensión que esconde lo vuelve insoportable: siento el deseo en cada roce, en cada respiración que compartimos. Quiere más, lo percibo; yo también. El muy canalla lo sabe, y es entonces cuando sonríe en mi boca y se detiene, como si disfrutar de la espera fuera parte del juego.

—Eres malvado… —susurro en sus labios. Mis manos han volado solas a la altura de su pecho y están sujetando las solapas de su chaqueta.

—Si no lo fuera, ¿qué gracia tendría?

Suelto un gruñido, fingiendo estar enojada, y lo obligo a separarse. Él se echa a reír y yo le saco la lengua. Abro mi bolso y busco a toda prisa la barra de labios. Me repaso el maquillaje para intentar que no se note que acaban de devorarme. Abro la puerta y digo sin inmutarme:

—Sin problemas, Andrés. Yo creo que puedo tenerlo para el viernes que viene —salgo de la sala y me topo de frente con Valentina.

—¡Qué susto! —suelto de sopetón. No esperaba encontrármela allí.

—Fátima está buscando a Andrés, va a comenzar la cena —dice como si acabaran de sacarle una muela.

Él aparece en escena y mi cuerpo se tensa al instante. Mis labios siguen hinchados, y estoy convencida de que mis mejillas

brillan como dos tomates.

—Avísala de que ya vamos —responde muy seco al tiempo que hace un gesto con la cabeza para que se marche.

La niñata le sonríe y, ¡milagro del cielo!, a mí también. En cuanto entra en el salón de la cena, le susurro a Andrés:

—A esa le gusta el jefe —suelto con retintín.

—¿A quién? —me pregunta con el ceño fruncido.

—¿Hablo en japonés? —ironizo—. A la niñata *esa* le gustas.

—No lo creo. Además, solo lleva una semana en la empresa.

—Y yo solo te conozco desde hace dos ¡y mira en el lío que me has metido!

Me sonríe y apoya con delicadeza su mano a la altura donde mi espalda casi deja de serlo. ¡Madre mía!

—Ella no me interesa.

—¡Pues dáselo por escrito! Está claro que yo no le gusto un pelo.

Se acerca a mi oído y susurra:

—Pero a mí sí. —Suspira en mi oído y me empuja suavemente hacia el salón. Si nos retrasamos más, llamaremos demasiado la atención.

La cena avanza entre brindis, anécdotas y un menú diseñado para impresionar. Yo me dejo llevar y suelto un par de comentarios irónicos. Mi mesa estalla en carcajadas. Andrés, dos más allá, no se molesta en disimular y me mira. Sonríe y sube la copa. Yo hago lo mismo mientras pienso que voy a cortarlo a cachitos en cuanto tenga la oportunidad.

—Venga, Nadia, ¡mójate! ¿Crees que deberíamos sacar el año que viene un muñeco de nieve con la nariz luminosa? —me suelta Javier, uno de mis diseñadores, siguiendo mi broma de antes.

—¿Qué quieres que te diga? Somos esclavos de la Navidad, así que… ¡a por ello! —replico con gracia, alzando de nuevo mi copa.

Las risas se multiplican. Andrés vuelve a sonreírme de una forma que hace que las mariposillas que vivían felices en mi estómago dejen de volar y empiecen a taconear, como si estuvieran en un tablao flamenco. Cualquier cosa con tal de entretener a mis nervios.

Casi sin darme cuenta, la cena llega a su fin. Como es costumbre, John y Fátima nos agradecen a todos nuestro trabajo. Después de darles unos merecidos aplausos, nos invitan a pasar a la sala contigua. Allí nos espera la barra libre y un DJ que nos va a hacer bailar toda la noche. Entre risas, añaden que esperan que cerremos las calles porque nos lo hemos ganado. El revuelo que se forma cuando acaban el discurso es abrumador. Algunos se marchan y los demás se dirigen hacia allí. La mayoría nos lo estamos pasando de maravilla, aunque creo que hay una secretaria en concreto que ya se ha metido en Amazon para comprar una docena de velas negras, ¡toditas ellas para mí!

Intento dejar mis sospechas a un lado porque quiero divertirme. Tras bailar como una posesa y cantar unas diez canciones seguidas, de pronto, el DJ cambia de ritmo. Una melodía elegante llena la sala y se me seca la boca al ver que Andrés va derechito hacia donde estoy.

Se detiene frente a mí y me tiende la mano.

—¿Me concedes este baile?

¿En serio ha hecho esto delante de todos? Pues sí. ¡Claro que sí! ¿Lo mato ahora o luego? Mejor luego.

No tardan en llegarme los poco sutiles murmullos de curiosidad de mis compañeros; pero lo mejor es la cara de Valentina, que, a pocos pasos, aferra su copa con tanta fuerza que parece querer romperla. Ignoro las miradas de Scarlett y la sonrisilla de Dulcemar. Me esfuerzo por mantener una expresión neutra y asiento sin decir nada. Aunque por dentro me tiemblan las rodillas, le tiendo la mano con toda la naturalidad que soy capaz de fingir.

Me sorprendo al notar cómo me guía con suavidad hacia el centro de la pista.

—No sabía que bailaras —susurro.

—No lo hago —responde con media sonrisa—. Solo contigo.

Pongo los ojos en blanco y mi corazón me traiciona subiendo mis pulsaciones. Mientras giramos, veo a Valentina casi atragantarse con el champán. Seguro que en su cabeza ya está maquinando un plan. Eso, o tengo más imaginación de la que pensaba.

En cuanto comenzamos a movernos, me olvido de ella… y de todos. El fuego que desprende su mano en mi espalda y la voz suave de Michael Bublé interpretando *All I Want for Christmas* me envuelven por completo. No puedo creer que se haya acordado: es la misma versión que sonó en la cafetería de El Corte Inglés. Su voz jamás me había parecido tan sensual, aunque quizá no sea la canción, sino cómo me está mirando Andrés. Como si cada nota fuera para mí y quisiera dejarla impresa en mi piel.

Las parejas a nuestro alrededor sonríen y cuchichean. Fátima me observa desde lejos, atenta, mientras su hija le dice algo al oído. No lo oigo, claro, pero apostaría un roscón a que tiene que ver con nosotros.

—¿A que tenía razón? —me dice cerca del oído.

—¿En qué?

—Cuando te dije que esta canción no volverías a odiarla nunca más.

Se me hace un nudo en el estómago al darme cuenta de que ha sido él quien la ha elegido a propósito. No le respondo. Y no porque no quiera, sino porque las palabras se me han quedado atascadas en la garganta. Él lo nota y sonríe. Me acerca un poco más a su cuerpo y sigue bailando.

La canción termina; sin embargo, Andrés no suelta mi mano. Yo tampoco. Es como si un hilo invisible nos mantuviera unidos. Lo miro de nuevo y su sonrisa arrasa con todo. El ruido, la gente, las luces... Sí, todo acaba de quedar sepultado por el calor brutal de sus dedos aferrados con decisión a los míos.

—Ven, quiero presentarte a mis hermanos —me suelta como si nada.

—¿Qué? ¿Estás seguro?

Se detiene y me mira con sus ojazos azules como pozos insondables.

—Más que eso.

Tira de mí y, con un movimiento de la cabeza, le pide a su hermano que se lleve a su hermana con él.

—Hermanito —dice Pablo con una enorme sonrisa—, acabo de entender por qué te has «sacrificado» para dirigir la empresa.

Marina se gira hacia él y le pega un puñetazo en el brazo.

—¡Quieres comportarte! —le regaña.

—Hola, Nadia —la ignora y me ofrece la mano—. Soy Pablo.

¿Sabe mi nombre? ¿Es que les ha hablado de mí?

Dejo a un lado mi cacao mental para estrecharle la mano y respondo:

—Hola, Pablo.

—Nadia, ella es Marina —la presenta Andrés.

—Encantada, Nadia —me saluda con una sonrisa muy parecida a la de mi… mejor lo dejo en Andrés, antes de darme dos besos también.

Decir que los tres hermanos son guapísimos sería un cliché; pero, chicas, no me queda otra que admitirlo. ¡Señor, qué genes!

—¿Te lo estás pasando bien? —pregunta Pablo con retintín.

Mi *jefe* lo fulmina con la mirada de tal modo que él acaba subiendo las manos en modo rendición. Sonrío y me atrevo a bromear un poco.

—Bueno, reconozco que solo estoy aquí porque me aseguraron que habría carabineros. Y menos mal que al final he venido, ¡porque estaban buenísimos!

Pestañeo como si nada y miro a Andrés. Tiene los ojos como platos. Ha inclinado un poco la cabeza y una arruga surca su frente con una mezcla de duda y asombro.

Pablo mira a Marina y ambos comienzan a reírse a carcajadas. En ese momento, Andrés pilla la indirecta. Niega con la cabeza y termina sonriendo. Él es un poco más serio que sus hermanos, pero no voy a quejarme ni una pizca.

La velada avanza entre más brindis, bailes un poco perjudicados y risas. En un momento de la noche, Scarlett se acerca a mí y me susurra para que solo yo pueda oírla:

—Cuando estés sobria, vas a contarme por qué no me has dicho aún que te has liado con el jefe.

Me aparto de golpe y niego con la cabeza. Ella sonríe, se da la vuelta y se lanza a los brazos de Jacobo como si mi respuesta le resbalara. Y yo… bueno, yo me quedo con la sensación de haber metido la pata hasta el fondo.

Vale, no me esperaba que me presentara a sus hermanos; pero ambos son geniales y reconozco que me he divertido mucho con ellos. Hemos bailado y reído de lo lindo. Ahora mismo siento que estoy justo donde quiero estar. Quizá sea culpa de la tercera copa de champán… o de la sonrisa que Andrés lleva dedicándome toda la noche, que es mucho más peligrosa de lo que pensaba.

Sí, he bajado la guardia. Lo sé. Pese a lo achispada que estoy, tengo pleno conocimiento de que mañana me arrepentiré por dejarle que se pegue a mí de esa manera. Pero ¿sabéis qué os digo? ¡Que me quiten lo «bailao»!

CAPÍTULO 18
tienes mi «sí»

Andrés 

Es lunes y he llegado más pronto de lo habitual al trabajo. No os voy a mentir: estoy deseando ver a Nadia. Este fin de semana no hemos podido quedar. Mi familia me pidió pasarlo todos juntos en casa de mis padres, como cuando éramos pequeños. Por suerte, ella lo entendió sin problemas, aunque se me ha hecho raro no tenerla cerca durante estos dos días. Sobre todo después de la cena de empresa… y de la despedida en la puerta de su piso.

No seáis mal pensadas. Aún no ha pasado nada entre ella y yo. Y no por falta de ganas, os lo aseguro. Pero, dada nuestra situación, ambos sabemos que pisamos arenas movedizas. Y precipitar las cosas no es una opción para ninguno.

A las once, mis padres y yo tenemos la reunión con ella. Nos va a mostrar su porfolio. No sé qué ideas locas nos tendrá preparadas, pero estoy deseando descubrirlas.

Miro el reloj: las ocho menos veinte. Seguro que ya ha llegado. Me levanto para ir a la sala de descanso con la intención de verla cuando llaman a la puerta. Es Valentina con una taza de café en la mano.

—Buenos días, Andrés —me saluda y deja la taza en la mesa.

—No es necesario que me traigas el café al despacho —le respondo con cierto malestar. Las palabras de Nadia vuelven de golpe a mi cabeza: «A *esa* le gusta el jefe».

—No es ninguna molestia, de verdad —replica con una sonrisa que, no sé por qué, me resulta molesta.

—De todas formas, no me gusta el café con leche —miento, pero me importa un bledo.

—¡No lo sabía! No pasa nada, te lo cambio enseguida. —Se acerca para quitármela. La detengo.

—No importa. Venga, a trabajar —le suelto muy serio.

Sé que he sido muy borde, pero no quiero que se haga ilusiones. Cambia la expresión al momento, asiente y sale del despacho. Las tiritas hay que arrancarlas de golpe. Poco a poco, duelen más.

En cuanto entro en la sala de descanso, veo a Nadia peleándose con la máquina de café mientras Scarlett se burla de ella. Me cuesta, pero consigo contener las ganas de darle un beso de buenos días. En contra de mis deseos, me coloco la máscara de jefe y suelto, con un humor muy distinto al de hace tan solo unos segundos:

—Buenos días.

Ella se da la vuelta y me mira. ¿Sería muy pretencioso por mi parte deciros que el mundo se ha parado porque me ha sonreído? Tal vez, pero ¡qué demonios! Así ha sido y no me importa admitirlo.

—Buenos días, Andrés —responde agobiada. Acto seguido, resopla para apartarse un mechón de la cara.

—¿Qué ocurre?

—Se ha quedado atascada una cápsula y no soy capaz de sacarla.

—Buenos días, jefe —me saluda Escarlata con retintín.

Imagino que ya sabe lo nuestro, pero no pienso admitir ni negar nada si no es delante de mi abogado. La miro y le sonrío, dejándole claro quién es quién. Paso a su lado para llegar hasta Nadia.

—¿Puedo echarle un ojo? —pregunto con cuidado.

—¡Toda tuya!

Tiene razón: el borde de la cápsula se ha quedado enganchado con el mecanismo. Busco una cuchara y empujo. Logro liberarla y cae por fin.

—Vaya, vaya, ¡si sirves tanto para un roto como para un descosido! —ironiza Escarlata a mi espalda.

Sonrío. Eso sí, me guardo mucho de responder para no azuzarla.

—Scarlett, ¿y si te callas un poquito? —la regaña Nadia.

—¿Y qué «gracia tendría»?

Ahora no me queda ninguna duda de que Nadia le ha contado lo que pasó en la fiesta: ha usado las mismas palabras que dije después de besarla en la sala de baile. Busco la mirada de la mujer que me tiene loco, pero lo que me encuentro son unos ojos desorbitados y una cara que parece sacada de un manual titulado: *Cómo asesinar a tu mejor amiga sin dejar rastro*.

—Voy a matarte en el descanso —dice sin inmutarse.

—Vale, vale, ya me voy.

Sale de la sala y otras dos chicas entran. He perdido la oportunidad de hablar con ella, así que tendré que buscar otro momento.

—Ya funciona —digo, metiendo otra cápsula.

—Gracias —me responde, sin saber dónde meterse.

No voy a tenerle en cuenta que le haya contado a Escarlata qué ha pasado entre nosotros; al fin y al cabo, yo he hecho lo mismo con mis hermanos este fin de semana. Solo espero que mi otra empleada no se vaya de la lengua, o esto va a ser bastante complicado de llevar.

—La reunión es a las once en el despacho de mi padre. Sé puntual.

—Sí, claro —me dice con tono suave—. ¿Café con leche?

—Gracias.

Vuelvo a mi despacho con el ánimo mucho más ligero. Me siento y bebo un sorbo. Al notar el calor de la taza entre los dedos, una sonrisa se me escapa sin remedio. Dejo la taza a un lado y me sumerjo de lleno en los informes de los proveedores. Estoy tan concentrado que casi olvido que tengo la alarma activada para la reunión con Nadia. Suena. Miro la hora: apenas son las once menos cuarto. Es pronto, pero bloqueo el ordenador —ni yo mismo sabría explicar por qué— y salgo directo hacia el despacho de mi padre.

Cuando llego, tiene la puerta abierta y mi madre está con él. Entro y cierro. No quiero que oídos ajenos puedan oír nuestra

conversación.

—Hola, cariño. —Mi madre se levanta y me besa.

—Hola, hijo —dice mi padre. Me acerco y lo beso en la mejilla.

Sí, igual pensáis que es un poco excesivo hacerlo a diario, pero ¡a hacer puñetas! Quiero a mi familia y no tengo por qué justificarme. El que no quiera molestarse en decirle a los suyos cuánto significan para él, ¡ancha es Castilla!

—Andrew, ¿de verdad crees que esta reunión es necesaria?

—Papá, Nadia me lo ha pedido.

—No lo dudo. En la fiesta quedo patente lo *bien* que os lleváis los dos —puntualiza mi madre con una sonrisita. No distingo ni pizca de acritud, sino más bien todo lo contrario.

—No sé de qué hablas —me defiendo, pero ella levanta las cejas y pone los ojos en blanco. No ha colado lo que le he dicho—. Mamá, no pongas esa cara. Bailé con todo el mundo.

—Mira, hijo —interviene mi padre—, sabes que a tu madre y a mí no nos importa que los empleados se enamoren. Pero tú vas a quedarte con la empresa cuando nos jubilemos. Aunque tus hermanos no trabajen aquí, este sigue siendo nuestro legado para los tres. Lo que quiero decir es… que no nos convence que salgas con Nadia.

—¡Yo no salgo con ella! —suelto más alto de lo que pretendía.

—Andrés, ¡baja la voz! —me regaña mi madre—. Hijo, Nadia es un amor. No tenemos ninguna pega con ella, ¡en serio! Lo que tememos es que, si no funciona lo vuestro, se marche. Es evidente que esta reunión jamás hubiera tenido lugar si no te interesara.

—Vamos a tener esta reunión porque me parece muy injusto que no le deis una oportunidad. Eso es todo.

Mi madre me sostiene la mirada y yo escondo las manos en la espalda para no retorcérmelas. Siempre ha sabido leerme la postura y la expresión, y me temo que esta vez soy yo mismo quien se está delatando. Apenas esboza una sonrisa, pero con eso me basta para saber que me ha descubierto.

—Nadia se lo toma muy en serio —añado.

—Está bien, Andrés —cede ella por mí—. Si te parece bien, John, le daremos una oportunidad.

—Media hora —sentencia mi padre—, y todo dependerá de lo que nos haya traído.

Llaman a la puerta. Es Paqui, que viene a avisar de que Nadia está fuera.

—Dile que pase —dice mi madre.

Nadia entra muy seria y nos saluda con corrección. Comienza hablando de lo cómoda que se siente en la empresa, aunque enseguida sugiere que sería interesante ampliar el catálogo con artículos que pudieran venderse más allá de la Navidad y la Pascua. Para apoyar su propuesta, saca tres porfolios y nos entrega uno a cada uno.

Mientras comenta diseño por diseño, me doy cuenta de lo mucho que desea hacer algo diferente. Supongo que pasar tres años centrada en un único tema puede llegar a quemarte, pero no podemos cambiar la empresa de la noche a la mañana por mucho que admire su entusiasmo.

Miro a mis padres y me doy cuenta de que ellos están en el mismo punto que yo. Aunque su trabajo hable por sí solo, está tan apartado de nuestra línea que creo que ya sé cuál va a ser la respuesta a su petición.

Lo lamento más de lo que podáis pensar, pero esto es la vida real y no un cuento de hadas.

—Tu porfolio es impresionante, Nadia —le dice mi padre—. Danos unos días para pensar tu propuesta.

—Claro, lo entiendo —sonríe algo nerviosa.

—Nos quedamos solo con el porfolio que tiene Andrés —agrega mi madre mientras le devuelve los otros dos—. Has hecho un trabajo excelente, de verdad. Todas tus ideas son impresionantes.

—Gracias, Fátima.

Ella se despide y los tres nos quedamos solos. Sus caras lo dicen todo. Por desgracia, estoy de acuerdo: los diseños son buenos, incluso más de lo que esperaba, solo que no tienen nada que ver con nosotros. Es una pena, pero creo que me va a tocar romperle el corazón.

—Esta chica le pone mucho empeño —dice mi padre—, aunque no sé si funcionaría lo que nos ha traído.

—John, a mí también me ha gustado lo que he visto. —Suspira mi madre—. No hace falta que diga que la empresa está orientada a otro público con necesidades muy concretas. No sé yo si una taza con doble fondo para esconder una llave o una cajita para lápices podría tener alguna salida, aunque sí me ha gustado la idea de la vela con el compartimento secreto. Desde luego, lo suyo es «esconder» cosas —suelta sin pestañear, y creo que esta vez sí que lo ha dicho con doble intención.

—¿Queréis que hable hoy mismo con ella? —corto en seco para zanjar el asunto.

—No, Andrés. Mejor esperamos una semana para que piense que nos hemos tomado en serio su propuesta —responde ella con calma—. Le tengo mucho cariño y no quiero hacerle daño.

—Pero la respuesta es no —digo, bajando la cabeza.

—La respuesta es no —añade mi padre.

—Exacto. —Mi madre se acerca, me pone la mano en la mejilla y me obliga a mirarla—. Esto es todo lo que podemos darle, hijo. Lamentaría que se marchara; pero, si ella quiere otro tipo de trabajo, no la retendré.

—Espero que no quiera eso. Y sí, estamos…

—No hace falta que nos cuentes nada. Tu padre y yo sabemos lo juicioso que eres. Aunque tengo que decir que no has perdido el tiempo.

—Cuando alguien merece la pena, ¿para qué dudar?

—Bueno, Andrew —interviene mi padre—, tampoco hace falta que te precipites. Eso sí: antes de cometer un error, piénsatelo dos veces.

—Eso no pasará —le aseguro.

Vuelvo a mi despacho con un regusto amargo. Mi móvil vibra y leo el wasap que me ha llegado.

Nadia:
¿Qué te han parecido los diseños?

Andrés:
Son increíbles.

Nadia:
En serio, por favor.

Andrés:
Lo estudiarán a fondo,
te lo aseguro.

Nadia:
¿Y tú?

Andrés:
Debe ser una decisión unánime, pero
tienes mi «sí».

Escribo esa mentira y me siento como un gusano. Pero ¿qué iba a decirle? «Nadia, tu trabajo es impecable, solo que no encaja en absoluto con lo que hacemos aquí».

No tengo ni idea de cómo manejar la situación, así que mejor le paso el testigo a mi madre para que sea ella quien le dé la mala noticia. Al menos ella sabrá decirlo sin sonar como una completa idiota. Yo solo conseguiría estropearlo aún más. De momento, lo único que puedo hacer es tratar de no empeorar las cosas dándole falsas esperanzas. Aunque adivina tú cómo narices voy a hacer eso sin que se dé cuenta.

Me llega otro mensaje suyo. Leerlo me destroza, y ahora me siento todavía peor.

Nadia:
Mil gracias por tu apoyo. Espero poder compensártelo invitándote a un *cappuccino* con nubecitas de colores y más.

Andrés:
No me des las gracias,
por favor. Es tu trabajo.

Nadia:
Pero sin ti, jamás habría tenido una oportunidad.

Andrés:
Acepto el *cappuccino* con nubecitas, nada más.

Nadia:
¡Ni que fuera a regalarte la luna!

Andrés:
¿La luna? ¡Oye, pues necesitaba una lamparita en el dormitorio!

Nadia:
¡Ja, ja, ja! ¡Buen intento!
Gracias, *Andy*.

Andrés:
De nada, Nadia. Si me llamas Andy delante de alguien, te va a costar mucho más que un café.

Nadia:
Mmm…
¡Promesas, promesas…!

Andrés:
No digas eso o me veré forzado a cumplir mi *amenaza*.

Nadia:
No estaría mal… Ahora déjame trabajar, que mi jefe es un cayo y no quiero arriesgarme a que se enfade conmigo.

Andrés:
La próxima vez que vea a

tu jefe, le cantaré las cuarenta.

Nadia:
Te tomo la palabra.

Definitivamente, soy un gusano. El peor de todos.

¿Creéis que me siento orgulloso? Pues no, ¡ni de lejos! Pero, decidme, ¿qué otra cosa puedo hacer?

En serio, si tenéis idea de cómo contarle la verdad sin romperle el corazón, soy todo oídos.

¿Nada? Ya decía yo.

CAPÍTULO 19
NO SERÁ NECESARIO

Nadia 

Cierro WhatsApp con una sonrisa que me llega de oreja a oreja. Creo que la reunión ha ido bastante bien. Además, a Andrés le han gustado mis diseños. Al menos cuento con su voto, y eso ya es más de lo que podría soñar. En cuanto a John y a Fátima, no me ha parecido que les desagradaran, aunque no quiero lanzar las campanas al vuelo. Tampoco pido que fabriquen todas mis ideas, con una me conformaría. Ya veremos qué pasa.

Solo son las doce, así que la reunión ha durado cerca de media hora. Para lo ocupados que están, me han dado mucho más tiempo de lo que esperaba; así que no puedo estar más contenta.

Termino una capa de mi diseño y me pongo a revisar los correos. Un teléfono que no reconozco me llama.

—¿Diga?

—Hola, Nadia. Soy Inés, de Orion Studio.

—Hola, Inés.

—Te llamo para decirte que has conseguido el puesto.

—¿De verdad?

—Sí, claro. Tanto Dorian como yo creemos que eres perfecta para el equipo. Estamos seguros de que vas a encajar muy bien en la empresa. Serás un soplo de aire fresco, y el departamento lo va a agradecer. Te he enviado por correo el contrato para que lo revises con calma. Cuando tengas claro el día en que puedes incorporarte, mándame la copia firmada. Así podemos ir adelantando el papeleo.

—Inés, mi jefe va a estar fuera unos días y no sé cuándo va a volver —le miento, aterrada.

—Las Navidades son un fastidio —dice con un tono seco.

—Y tanto —concuerdo. No añado nada más porque no me pasa la saliva por la garganta.

—Bueno, entendemos que estas fechas son complicadas. Intenta acelerar tu marcha todo lo que puedas; si no, supongo que para mediados de enero ya estarás libre, ¿verdad?

—Eso espero. De todos modos, te avisaré en cuanto sepa algo.

—Perfecto. ¿Puedes comprobar antes de colgar si te ha llegado?

Abro Gmail y ahí está. Aun con la boca seca, respondo:

—Sí, lo tengo.

—Perfecto. Bienvenida a Orion Studio, Nadia.

—Gracias, Inés.

Con manos temblorosas, cuelgo. Estoy confusa y, al mismo tiempo, enfadada conmigo misma. ¿Por qué no he rechazado el empleo?

Ignoro el texto que me ha escrito y abro el archivo del contrato. Sin poder evitarlo, comienzo a leerlo. En ese momento, llaman a la puerta.

—Guapa —dice Scarlett—, sé que solo es la una y media, pero tengo tanta hambre que le veo buena pinta a las servilletas. ¿Comemos?

—Sí, claro —acierto a decir a duras penas.

—¿Estás bien?

—Me duele un poco la cabeza. —No miento, me acaba de entrar una migraña galopante por el agobio que apenas puedo pensar.

—Vaya, ¿por la reunión? ¡Ah! ¿Cómo te ha ido?

—Bien. Supongo que me contestarán en unos días.

Entra y entorna la puerta.

—¿Y a tu amorcito qué le han parecido tus diseños?

—¡De eso quería hablarte yo! ¿Cómo se te ocurre decirle…?

—Vale, me he pasado. Pero te lo merecías por lo de Jacobo.

—Scarlett, no olvides que él es *tu* jefe.

—¡Toma, y el tuyo también! Pero ¡mira cómo se lo ha pasado por el arco del triunfo!

—Anda, ¡cállate!

Nos echamos a reír y, al salir, nos topamos de frente con Valentina. Esta niñata siempre parece estar espiando detrás de las puertas. Nos sonríe y se marcha por el pasillo. La sigo con la mirada porque no me fío un pelo. Suspiro tranquila al ver que se ha metido en el baño.

Tengo que hablar con mi amiga para que me dé su opinión sobre ella, pero al entrar en la sala de descanso lo olvido porque yo también estoy hambrienta.



Chicas, chicas… soy Andrés. Ya sé que este capítulo no me toca y que no debería interrumpir a Nadia, pero lo que está a punto de pasar es bastante… peliagudo. Para que entendáis bien lo que viene tras eso, necesitáis verlo con vuestros propios ojos. Después me largo y ella recupera el mando, lo prometo. Tranquilas, os avisaré cuando llegue ese momento.

¿Sabéis una cosa? Nadia tiene razón: ¡sois un encanto!

Como ella dice: «¿Preparadas? Pues vamos allá».



He ido a comer bastante tarde y no he podido coincidir con Nadia. Ella y Escarlata ya volvían al trabajo cuando yo he llegado. No tenía ganas de un bocadillo de la máquina, así que he ido al bar que está en frente y me he pedido un par de tapas.

Al volver, encuentro unos informes ordenados sobre la mesa. Me fastidia que Valentina haya vuelto a entrar en el despacho sin mi

permiso. Esto tengo que cortarlo de raíz. Mientras pienso en qué voy a decirle, les echo un vistazo… hasta que uno me obliga a detenerme. Tengo que leerlo varias veces porque no doy crédito: es un correo electrónico impreso, dirigido a Nadia, de la empresa Orion Studio. Grapado detrás, hay un contrato con su nombre. En el cuerpo del correo, una tal Inés le comunica que en la entrevista del viernes pasado quedaron impresionados con su porfolio y que ha conseguido el trabajo.

Esto no puede estar pasando. ¿Nadia ha estado buscando otro empleo a nuestras espaldas? ¡Y no solo eso! Ha tenido la desfachatez de reunirse con mis padres y conmigo para enseñarnos el mismo porfolio que —supongo— también habrá mostrado a la competencia. No os voy a mentir, ¡ahora mismo estoy que echo chispas! Yo estaba sintiéndome tan mal por no aceptar sus ideas ¡y ella se las estaba vendiendo a otros! Tengo que aclarar esto antes de que mi madre lo sepa. Siempre la ha apoyado y, mientras tanto, Nadia se estaba riendo de nosotros a nuestras espaldas.

Vale, ¡sí! Yo también tendría que callarme, pero no puedo. Marco la extensión de Tina y le ladro que vaya enseguida a mi despacho. Cuando entra, siento un poco de remordimiento. Ya me disculparé luego. Primero tengo que saber cómo demonios ha llegado esto a mi mesa.

—Dime, Andrés —dice con cara de miedo.

Sí, me he pasado. ¡Lo sé!

—¿Has dejado tú esto? —Levanto los folios y clavo mis ojos en ella, intentando captar alguna malicia en su reacción.

—¿Los informes? Sí, claro. Te los he dejado antes de irme a comer.

—Los informes no, ¡esto! —grito y le tiro el correo de malas maneras para que lo coja y pueda leerlo.

Su expresión es de sorpresa, como si nunca lo hubiera visto.

—Yo no te he dejado este correo. Mmm… De Orion Studio para Nadia Ángel. ¡Pero esto es un contrato! ¿Es que se va de la empresa? No tenía idea…

—¿Ah, no? ¿No has sido tú la que lo ha puesto aquí? —la acuso con mala leche. Me resulta muy extraño y bastante

sospechoso que haya aparecido aquí como por arte de magia.

—Andrés, yo no tengo acceso a su correo de empresa.

—¡Ese es su correo personal!

—¡Pues con más razón! ¿No será que ha entrado ella y se lo ha dejado en la mesa por error? Desde luego, yo no lo he puesto ahí.

Maldigo en todos los idiomas que sé porque tiene razón. ¿Cómo demonios iba Tina a imprimir ese correo sin sus claves? No tiene sentido.

—Está bien. Que nadie me moleste esta tarde, ¿queda claro? —digo casi gritando.

—Sí, sí, no te preocupes —responde con voz temblorosa. Me deja la copia y abandona el despacho con una expresión aterrada.

Dicen que no se debe discutir «en caliente», que es mejor pensar las cosas antes de tener que arrepentirse. La teoría es buena, no os lo puedo negar, pero me siento traicionado. ¡Qué digo traicionado! ¡Estoy cabreado hasta el tuétano porque Nadia se ha estado riendo en mi cara desde que la besé en este mismo despacho!

Debería calmarme, lo sé; pero el demonio que está paseándose por mis tripas mientras me estruja el corazón con sus manos llenas de brasas acaba de tomar el control de mis actos. Así que echadle la culpa a él.

Sin pensarlo ni un solo segundo, arranco el teléfono de la base y marco su extensión.

—Hola, Andrés —dice con tono dulce. ¡La muy arpía!

—Nadia, ¿puedes venir? Tengo una duda y necesito que me la resuelvas ahora mismo.

—Sí, claro. Voy.

Cuelgo y lanzo el teléfono de malos modos encima de la mesa. Me siento y espero con los puños apretados. Y, por favor, que no se os ocurra pensar que mi actitud es infantil porque aún no le he dado la oportunidad de escuchar su versión. Esto tiene muy mala pinta, y vosotras y yo lo sabemos.

Llama a la puerta. Respiro hondo antes de decirle que entre.

Ahora os dejo con ella. Creo que ya sabéis todo lo que era necesario para entender la escena que sigue a continuación.



Paso y cierro. Sonrío un poco al verlo tan serio. Seguro que se ha atascado con alguna medida o, simplemente, tenía ganas de verme.

—Bueno, jefe, ¿qué necesitas de mí? —bromeo antes de sentarme.

Su expresión me descoloca porque no me quita ojo de encima, aunque no en el buen sentido.

—Esa pregunta me viene al pelo —dice y me lanza un documento grapado—. ¿Me explicas qué significa esto?

Lo cojo y siento que el suelo se acaba de abrir bajo mis pies. ¿Cómo tiene una copia del correo de Orion Studio?

—¿De dónde has sacado…? —susurro mientras la garganta se me cierra al ver que lo que hay grapado detrás es el contrato que venía adjunto.

—¿Te gustaría saberlo? ¡A mí también!

—Yo… ¡No lo sé!

Me mira como jamás lo ha hecho: decepcionado. Y eso me duele. Me duele a rabiar. Ahora mismo no tengo tiempo para analizarlo, pero estoy segura de que alguien ha tenido que colarse en mi despacho. ¿Me dejé la sesión abierta? No lo recuerdo.

—Bien, pues aclárame esto: ¿por qué estabas buscando otro trabajo si, tal y como nos has dicho esta mañana a mis padres y a mí, estabas muy feliz en la empresa?

¡Joder, joder, joder!

—Andrés, puedo explicártelo. Hace un par de semanas decidí enviar varios currículos a algunas empresas porque quería saber si…

—¿Qué, Nadia? ¿¡Qué querías saber!? —me grita fuera de sí.

Su tono acusador me toca el orgullo y despierta de golpe la niña del exorcista que llevo dentro.

—¡Si podía aspirar a algo más que a hacer diseños de Navidad!

—Pues parece que sí, ¿verdad? —ironiza—. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

—Este correo lo he recibido antes de comer. ¡Aún no he decidido qué voy a hacer! —no miento.

—Dime la verdad: ¿el viernes les enseñaste el mismo porfolio que a nosotros esta mañana?

Me mira como si él me hubiera pagado la universidad, el máster y, de paso, le debiera hasta la ortodoncia que llevé de pequeña. ¿¡Pero quién se cree que es!?

—Te estás pasando, Andrés. Yo no te debo más explicaciones que las relacionadas con mi trabajo. ¡Esto es mi vida personal! —Muevo los malditos papeles en alto—. No puedo asegurarlo, aunque me hago una idea de quién ha entrado en mi despacho sin permiso, ha mirado mi correo, lo ha impreso y, muy convenientemente, te lo ha dejado en la mesa… ¡para que ahora puedas estar puteándome de esa manera!

—¡Respóndeme, Nadia! ¿Les enseñaste a ellos el mismo porfolio que a nosotros esta mañana?

—¡Sí!

—¿Por qué?

—¡Porque es mi trabajo!

—¡No! ¿¡Por qué querías irte de la empresa!?

—¡Porque creí que jamás tendría la oportunidad de avanzar! —grito a todo pulmón—. Dime, Andrés, ¿de verdad ibais a pensaros lo mío o solo ha sido una pantomima para callarme la boca?

Se echa hacia atrás en la silla, eleva el mentón y diría que acaba de sonreír, pero apenas ha sido un instante. En ese momento, abren la puerta. Es Fátima, que cierra tras ella.

—¿¡Se puede saber qué está pasando aquí!? Vuestros gritos se oyen desde la entrada.

—Muy sencillo —suelta él, con cara de desprecio—: Nadia había olvidado decirnos que se va de la empresa. Esta mañana se ha reído de nosotros mientras nos enseñaba sus… inventos.

—Yo no me voy de la empresa, Fátima —me defiendo como puedo.

¿Quién me odia tanto como para haber hecho esto?

El nombre de Valentina resuena con fuerza en mi cabeza. Pero ¿cómo y cuándo ha podido hacerlo?

—¿Ah, no? ¿Por qué no le enseñas el correo tan interesante que te ha enviado la tal Inés de Orion Studio dándote la bienvenida a su empresa?

Fátima se vuelve hacia mí con los ojos como platos. Yo estoy a punto del colapso. Se suponía que esto no debía saberlo nadie, y ahora todo el mundo lo ha oído.

—¿Es eso cierto? —me pregunta con una expresión entre sorpresa y decepción. ¡Vaya, como el hijo!

—Solo era una opción.

—¿Una opción? —grita Andrés, con la cara desencajada—. ¿Por qué no le cuentas a mi madre la entrevista que tuviste con ellos el viernes pasado? ¡El de la cena! O sea que, antes de festejar a costa de nuestra empresa tu «impecable» trabajo y lealtad, nos apuñalaste por la espalda.

—¡No! Solo tanteaba el terreno. Tenía que saber si…

—¿El qué, Nadia? —me interrumpe él.

—¡Quiero poder diseñar algo más que artículos de Navidad! —digo al fin, liberándome.

Sí, me he quitado un peso de encima, pero sé que esto va a traer consecuencias. Y no tardan en llegar.

—Nadia, mi empresa se dedica en exclusiva a eso —añade Fátima muy seria—. Lo hemos hablado otras veces, y está claro que no es eso lo que quieres.

—Pero esta mañana te han parecido bien mis diseños. ¡Incluso Andrés me ha dicho que me daría su apoyo!

—Mi hijo es el CEO, pero la empresa es mía. —Me pone en mi sitio sin pestañear ni levantar la voz—. Siempre he sido sincera contigo y no voy a dejar de serlo ahora: ninguna de tus propuestas es lo bastante buena como para que nos arriesguemos a sacarla al mercado. Las veo forzadas, vacías. No veo que estén hechas con el corazón, Nadia. Hace tres años, la única razón por la que te contraté

fue por tu primer diseño. Aquel muñeco de nieve regordete, pese a no ser el más bonito del mundo, capturaba la esencia de la Navidad. Siempre supe que no te gustaban estas fechas, pero vi mucho potencial en ti porque le ponías alma a tus diseños. Mi consejo es que regreses al principio, que mires dentro de ti y encuentres lo que realmente quiere salir. No algo tan impersonal que me sea imposible sentirme identificada con ello.

—Fátima… —susurro con los ojos llenos de lágrimas.

—Está claro que no eres feliz aquí, y yo no quiero que nadie trabaje en mi casa con el peso del mundo a sus espaldas. Eres libre de irte, Nadia —dice con más pena que con rabia—. Es más, considérate despedida con efecto inmediato. Así podrás cobrar el finiquito y la indemnización.

—¡No, yo no quiero irme! —intento detener la avalancha que yo misma he creado.

—Puede, pero ahora la que quiero que te vayas soy yo —agrega y mira a Andrés, que, de pie, me observa sin piedad desde su altura—. Hijo, encárgate tú de llevarla a Recursos Humanos. —Se vuelve hacia mí con una expresión de decepción que me llega al alma—. Después, recoge tus cosas. Espero que seas muy feliz en tu nueva empresa.

—Fátima, por favor…

Ella niega con la cabeza y sale del despacho. Yo me llevo la mano a la boca para ahogar un sollozo. ¿Cómo hemos llegado a esto?

—Recomponte y vamos —me insta Andrés sin vida en la voz.

—Ya ha conseguido lo que quería —le suelto a la cara mientras me limpio con rabia las lágrimas.

—¿Quién? ¿Tú?

—No, Andrés. ¡Valentina!

—Ella no ha sido, me lo ha asegurado.

—¿¡Y tú la has creído!? ¡Ha tenido que ser ella la que se ha colado en mi despacho para cotillear en mi ordenador!

—No voy a discutir contigo, pero es imposible que supiera tus claves, ¿no te parece?

—No le ha hecho falta, me había dejado la sesión abierta.

—Eso no quita que hayas buscado otro empleo sabiendo lo que significabas para mí.

—Es injusto que me digas eso. ¿Es que tú no buscarías cumplir tus sueños por muy bien que estuvieras en tu trabajo? ¿No querrías ver otras opciones? ¡Sabes que lo harías!

—Pero no a tus espaldas.

—Eres mi jefe, ¿cómo pretendías que te lo contara? Además, ¿por qué me reprochas que haya querido sopesar otras posibilidades cuando ya sabías que la respuesta a la reunión de esta mañana era no? Venga, mírame a la cara y dime que no me has mentido antes.

—La verdad es que mi voto siempre fue no, y lo mantengo.

—Ahora sí que tú y yo no tenemos nada más que hablar —escupo con rabia—. Voy a mi despacho a recoger mis cosas.

—Te acompaño…

—Sí, no vaya a ser que robe alguno de los diseños que yo misma he creado. Se ve que, saliendo por la puerta, no los voy a recordar.

—El sarcasmo sobra.

—Y tu cara de estar moralmente por encima de mí también —le suelto y abro la puerta.

Mientras me sigue por los pasillos, mis pronto excompañeros me miran sin entender qué ha pasado. La muy zorra de Valentina tiene una mueca de satisfacción, pero la cambia nada más ver que Andrés camina detrás de mí.

Cuando llego a mi despacho, se me cae el alma a los pies. Saco una caja del armario y me tiemblan las manos al montarla. Trato de aislarme de lo que siento mientras abro los cajones para llevarme lo que es mío: mis cuadernos, lápices y demás material que he comprado con mi dinero. Por último, cojo mi planta falsa y meto el marco que Fátima nos regaló hace solo dos semanas. Me pongo el abrigo y me cuelgo el bolso. Paso por su lado sin mirarlo y camino hacia Recursos Humanos. Ni que decir tiene que lo único que falta en el pasillo son las palomitas.

Aguanto el tipo hasta que veo a Dulce. Me rompo al entrar en su despacho y ella se enfrenta a Andrés.

—Yo puedo tramitar su despido —le dice.

¡Vaya, pues sí que corren rapidito por aquí las noticias! Vamos, como si verme con todas mis cosas dentro de una caja no fuera una pista suficiente. Supongo que la habrá llamado Paqui o la misma Fátima.

—Lo sé, pero quiero estar presente —replica con brusquedad para ponerla también en su sitio. ¡Menuda familia!

Trato de no llorar mientras ella imprime los documentos que tengo que firmar. *Spoiler*: no lo consigo. No voy a rogar por mi empleo, ¡ni loca! Si tan fácil les ha resultado largarme, no merecen ni una pizca de mi esfuerzo. Eso sí, las lágrimas resbalan igual por mi cara, porque la vida tal y como la conocía acaba de llegar a su fin.

Él tiene los ojos clavados en mí. Durante un instante, creo haber visto la duda en su mirada. Puede que se me esté yendo la pinza, pero juraría que se está conteniendo para no acercarse. Por desgracia, la chispa que parecía haberse encendido desaparece al entrar Scarlett como una avalancha en el despacho.

—¡Dios, Nadia! —se agacha a mi lado sin importarle un pimiento la mueca de desaprobación de Andrés—. ¿Qué ha pasado?

—Escarlata —suelta él con un tono que hasta a mí se me eriza la piel—, sal ahora mismo si no quieres que te despida a ti también.

Levanto la cabeza y le hago frente. ¡Será gilipollas!

—¡Basta ya! —corto por lo sano porque no estoy dispuesta a darle motivos para que lo haga—. Vete, por favor —le pido a mi amiga.

—¡Yo de aquí no me muevo si no me dices por qué razón te ha echado! —replica con mala leche.

—Te lo explicaré esta tarde. Ahora, márchate. Por favor… —le repito y asiento con la cabeza, rezando para que me obedezca.

La vida no está como para irte del trabajo por un pronto. La dignidad, por desgracia, no paga las facturas. Aunque, si lo miro desde otra perspectiva, mañana mismo me puedo incorporar a Orion Studio.

Dicen que no hay mal que por bien no venga, pero cuánto duele cuando toca caminar por ese calvario.

—Te llamo en cuanto salga de aquí —dice Scarlett. Se agacha y me da un beso en la mejilla. Sale del despacho sin mirar a Andrés. ¡Ay, mi peleona!

—Ya está, Nadia —dice Dulce con un nudo en la garganta—. Firma aquí y aquí. En cuanto estén tus cheques, te aviso para que pases a recogerlos…

—No será necesario —la corta Andrés—. Se los envías por correo certificado con acuse de recibo. Así no podrá decir nunca que en Green Associated nos quedamos con lo que no es nuestro, aunque a otras no le importe compartir lo suyo con el resto.

—Te calé desde el minuto uno, y se ve que las primeras impresiones son imposibles de superar —le digo para tratar de hacerle el mismo daño que él acaba de hacerme—. Dulce, nos vemos pronto.

—Cuídate mucho, Nadia —responde ella. No puede resistirse: da la vuelta a la mesa y me abraza con todas sus fuerzas.

El camino hacia la salida está plagado de caras desconcertadas y despedidas fugaces. Nadie entiende por qué me han echado de golpe, aunque yo lo tengo claro: hay una niñata que, por dentro, debe de estar partiéndose de risa, convencida de que ha ganado. Tal vez tenga razón. Pero si Andrés no tuvo piedad conmigo —y se suponía que le gustaba—, solo espero que ahora le amargue la vida a Valentina con su mal humor, día sí y día también.

Me subo en el coche y, después de limpiarme con rabia las lágrimas de las mejillas, tengo muy clara cuál va a ser mi primera llamada.

—¿Diga?

—¿Inés?

—Sí.

—Soy Nadia Ángel. He hablado con mi jefa y puedo incorporarme mañana mismo.

—¿Y los quince días de preaviso?

—Como es Navidad e iba a empezar las vacaciones, no le ha importado que me vaya antes.

—¡Perfecto! Envíame esta tarde el contrato firmado. Nos vemos mañana a las siete y media.

—Sí, hasta mañana.

Cuelgo y comienzo a llorar. Dicen que hay que tener cuidado con lo que deseas porque puede convertirse en realidad. ¡No podéis haceros una idea de cuánto me gustaría darle un puñetazo al imbécil que se inventó la puñetera frasecita!

CAPÍTULO 20
Una semana en el infierno

Andrés 

Sí, sí, entiendo perfectamente tu cara. Yo también creía que esta iba a ser una novela romántica y empalagosa, repletita de nubes de azúcar, corazones y luces de Navidad. Al menos era lo que parecía, ¿verdad? Pues no, ya ves. Resulta que tú y yo… —sí, esta vez solo me dirijo a ti que estás pasando las páginas y no a todas las lectoras. Sigo—: Resulta que tú y yo nos hemos equivocado de pleno porque llevo una semana en el infierno. ¿Y por qué mi vida se ha convertido en un maldito *infierno* estos últimos días? —Sí, he repetido «infierno», ¿y qué? Bastante tengo con no perder la cabeza —. Pues eso: llevo unos días de perros y espero que la autora se digne a sacarme pronto de este agujero lleno de boas constrictor porque, si no, lo llevo claro.

Lo sé, lo sé, no debería quejarme; aún no ha acabado la historia. Voy a ceñirme a contaros cómo voy sobreviviendo y a ver cómo puedo continuar con mi vida después de este mazazo. No exagero, la traición de Nadia me ha dejado fuera de combate. Apenas llevábamos una semana juntos, pero no voy a engañarme a mí mismo ni tampoco a ti que me llevas acompañando más de doscientas páginas: me había enamorado de ella.

¿Qué? ¿Que no puede ser? ¿Que es muy pronto para sentir algo más que simple atracción? A ver si eso se lo puedes explicar a mi corazón, porque hace justo seis días decidió que yo podía vivir con un cráter en el pecho y una cuerda alrededor del cuello.

Hoy es domingo, y mis hermanos vienen a casa a comer para… hablar. Al parecer, mi madre les ha comentado que me he vuelto un poco «difícil» de tratar, por decirlo suavemente. Mi padre y ella están enfadados conmigo, y lo entiendo. A raíz de lo que pasó, hemos preferido darnos espacio hasta Nochebuena, sobre todo para que no llegue la sangre al río. Por mucho que he intentado hacerles entrar en razón, ninguno se baja del burro: están convencidos de que Nadia decidió buscar otro trabajo porque yo la acosé y también la animé a pensar que podía cambiar la línea de producción a su antojo. Por supuesto, eso no es verdad; pero todavía no he conseguido sacárselo de la cabeza a ninguno de los dos.

Antes del mediodía, ya tengo a Pablo y a Marina en la puerta. Estoy seguro de que han hablado entre ellos antes de venir. No sé si lo hacen por iniciativa propia o porque los ha enviado mi madre, pero dudo que me hagan cambiar de opinión ni que consigan que vuelva a ser el de siempre.

El Andrés que solía ser lo ha fulminado una morenaza con ojos de hechicera, y me temo que no volverá a aparecer nunca más.

—Hola, «hermanito» —me saluda Marina, dándome dos besos y un abrazo de oso.

—Chaval, ¡qué cara de zombi tienes! —suelta Pablo, y me atiza dos guantazos en el hombro con tanta fuerza que no sé si quiere ayudarme o molerme a palos.

—Yo también me alegro de verte —respondo, pasándome la mano por el hombro justo donde me ha «saludado».

—Venga, no seas nenaza… —me pincha.

—¡Ey, Pablito clavó un clavito! ¡No te vengas arriba, que aquí la única nenaza que hay eres tú! —replica mi hermana sin pelos en la lengua.

Como siempre, se lanza hacia él y comienza a darle pellizcos en los costados para fastidiarlo.

—¡Haya paz! —exijo un poco harto—. Venga, pasad al salón, que me estáis volviendo loco.

Pablo trata de devolverle algún pellizco a Marina, pero ella es muy rápida y se zafa de todos.

Cuando paran de pelear, los obligo a sentarse uno lejos del otro.

—¿Y qué tal te va la vida, Andrés? —pregunta mi hermano, como si no supiera nada de lo que ha pasado.

—Ahórrate el esfuerzo. Estoy seguro de que mamá ya os ha puesto al día, así que vayamos al grano: ¿qué queréis?

—A ver, Andy —empieza ella. El maldito diminutivo me cae como una patada en las costillas—. Tengo la versión de mamá y la de papá, pero me falta la tuya.

—Eso —añade Pablo, sentándose a su lado.

Miro a uno y después al otro. Sé que tengo razón y trato de demostrarlo manteniéndome firme, como si me recubriera un enorme muro de piedra. Lo intento, pero ellos me conocen. Mi hermano ladea la cabeza y me dedica esa sonrisa suya que quiebra mis defensas porque sé que es sincera. Con ella me está diciendo desde el corazón: «no voy a juzgarte, puedes contar conmigo».

Entonces, me rompo.

Les cuento todo lo ocurrido entre nosotros, desde el primer beso hasta la discusión por el correo que casualmente apareció en mi despacho.

Mi hermana se queda en silencio. Su expresión es la de que algo no le cuadra, y creo que es porque aún está uniendo las piezas.

—A ver, Andrés. Sabes que te quiero y mi intención no es atacarte, ¿estamos? —dice tranquila, pero yo sé que esa carita de no haber roto un plato que está poniendo es el preludio de una tempestad.

—Estamos.

—Voy a tratar de ser imparcial, aunque estoy de tu parte…

—¡Dispara ya, Marina! —la insto.

—Vale. Uno —dice y saca un índice—: no me entra en la cabeza por qué te molesta que Nadia busque otro trabajo si el que desempeña no le llena. Y dos —añade el dedo corazón—: si Pablo o yo estuviéramos en su lugar, ¿crees que deberíamos pasar el resto de nuestra vida en un sitio en el que no podemos desarrollar todo nuestro potencial porque en la empresa no encajan o no quieren aceptar nuestras propuestas de mejora?

—No es lo mismo, Marina. Le dimos una oportunidad cuando ella ya la había buscado fuera.

—¡Venga ya, Andrés! ¿Una oportunidad? Sé honesto, por favor. ¡Mamá me ha dicho que Nadia lleva pidiéndole poder diseñar algo distinto desde hace más de un año!

—¡Pero podía haberme contado que estaba pensando en irse! —me defiendo. No me ha gustado nada darme cuenta de que mi hermana tiene razón—. Mintió, y eso no se lo perdono.

—Sí, claro, claro… —interviene Pablo—. ¡San Andrés no se equivoca nunca! Refréscame la memoria, ¿no fuiste tú quien le escribió en un wasap que tenía tu «sí» en la votación?

—¡Manda huevos! ¿¡Estáis aquí para animarme o para hundirme en la miseria!? —me quejo, poniéndome en pie como un resorte.

—¡Ey, ey, ey! Para el carro, chaval —me suelta Marina con su particular tono de «no te pases ni un pelo»—. ¡Estamos aquí para ayudarte!

—¡Pues cualquiera lo diría! —rujo sin contenerme.

—Es que lo que tú pretendes es que te demos la razón sin más, y eso sí que no te ayudaría nada —se entremete Pablo.

—Entonces, venga: ¡puteadme a gusto!

—A ti lo que te pasa es que te ha jodido que ella no renunciara a sus sueños porque «llevaba una semana saliendo contigo» —dice Marina imitando mi tono de voz mientras dibuja unas comillas en el aire.

Mi hermanita y su inoportuna puntería.

—No tiene gracia —me quejo.

—A ver, ¡alma de cántaro! —añade sin inmutarse—. ¿Es que crees que eres la oferta del mes o qué? Yo te quiero con toda mi alma, Andrés, ¡lo sabes de sobra! Pero reconoce que te has equivocado. Lo siento, pero apoyo la decisión de Nadia, y eso que apenas la conozco… por tu culpa, por cierto. Te recuerdo que en la cena solo cruzamos un par de frases con ella ¡porque no te despegaste ni un segundo! ¿Estamos?

—Y dale…

—¡Sí, le doy, y a mucha honra! ¡Ah, espera! Y eso de que tuvieras convenientemente el correo en tu mesa, ¿qué te parece?

—¿Qué quieres decir? —pregunto porque me he perdido.

—¡Hijo mío de mi vida! —Marina mira el techo y resopla—. Hoy estás más espesito que nunca, ¿eh? ¡Alguien lo puso ahí para hacerle daño! ¿Es que soy la única que lo piensa? —agrega, mirando a Pablo.

—Nop —dice él—. Yo también lo pienso.

—¿Y qué? —grito, harto de darle vueltas a lo mismo—. ¡Me ocultó que se iba! ¡Les hizo perder el tiempo a mamá y a papá con una mentira porque pensaba marcharse! Y yo caí en la trampa como un…

—Tranquilo, ya lo digo yo por ti —suelta Pablo con su sonrisa de sabiondo—: ¡gilipollas!

—Ten cuidado con lo que dices —le advierto con tono serio.

—Mira, hasta yo me he dado cuenta de que a la tal Valentina le interesas. ¿Por qué? Ni idea, dado que tienes un máster en Tontología y en Gilipollitis Aguda.

—Deja ya de tocarme los huevos, Pablo.

—Créeme, no es mi intención. Lo que no entiendo es cómo no le concediste a la chica que te gusta el beneficio de la duda y dejaste que mamá le diera la patada sin ni siquiera escuchar su versión.

—¡Pero si lo hice!

—No, Andrés —me corta Marina—. Si quieres, podemos estar hablando en bucle hasta el fin de los tiempos; pero párate un momento y piensa de verdad qué es lo que te dolió tanto. Cuando lo sepas, seguimos. Ahora, dame de comer. Son cerca de las dos de la tarde, ¡y yo desayuné a las ocho de la mañana!

Sonrío por primera vez desde que hemos empezado a discutir y le hago caso. Después de almorzar, preparo un café y atacamos sin piedad los brownies de chocolate que he incluido en el pedido de la pizzería.

—He estado pensando lo que me has dicho antes —comento con serenidad, sujetando mi taza entre las manos.

—Bien, ¿y…?

—No quería que se marchara. Si cambiaba de empresa, no la vería a diario. Y eso era algo a lo que no quería renunciar —admito al fin.

Ni yo mismo me creo que lo haya dicho en voz alta, pero esa es la pura verdad. Sonrío con tristeza. Marina me coge la mano y la aprieta un poco para darme ánimos.

—Ese es el punto de partida. Ahora dime por qué te molestó tanto que ella os enseñara el mismo porfolio que a la otra empresa.

Pienso antes de contestar y me doy cuenta de que la razón es tan simple que me parece ridícula.

—Me jodió mucho ser la segunda opción, que ellos lo vieran antes que… que yo.

—Celos —dice mi hermana—. Bien, otro punto aclarado. Oye, ¿y qué has hecho con él? Mamá me dijo que te pidió que te deshicieras…

—Lo tengo en el despacho —la corto—. No pude tirarlo sin más.

—¿En serio? ¡Quiero verlo! —me pide, visiblemente intrigada.

—Yo también —agrega Pablo.

Suspiro con pesadez, pero me levanto a cogerlo. Cuando se lo doy, devoran cada página, examinando diseño por diseño con lupa. No sé interpretar sus caras. Dudo entre si les horroriza o simplemente les parecen solo algo, como decimos en el sur, sin «chicha ni limoná».

—¿Esto lo ha visto mamá? —pregunta Marina muy seria.

—Sí, claro. Y papá también. Y los de Orion Studio —recalco.

—Ahora lo entiendo todo —suelta Pablo. Mira a Marina y niega con la cabeza. Cierra la carpeta y me la devuelve.

—¿El qué? —pregunto intrigado porque no le sigo.

—Para empezar, eres un CEO lamentable si has descartado sus ideas. No quieres aceptar que mamá se ha quedado anclada en el pasado, y eso solo llevará a la empresa al cierre más pronto que tarde. Hasta puedo entender que ella no lo haya visto, pero ¿tú? Después de todo lo que has estudiado, no me cabe en la cabeza. ¡Si

hasta el abuelo tiene una división de I+D+i[3] para abrir mercado desde hace años!

—¿Y tú, Marina? ¿Ahora no dices nada? —le pregunto porque la forma en la que me está mirando no me gusta nada.

—Pues no, me he quedado sin palabras.

—¡Será la primera vez!

—Pues mira, sí que tengo algo que decir: ¡estás ciego! Te aseguro que, si me encontrara en una tienda con cualquiera de los artículos de este porfolio, no preguntaría cuánto cuesta, sino cuántos me puedo llevar.

Su respuesta me pilla con la guardia baja y consigue que me calle. Apoyo las manos en el respaldo de silla y clavo la mirada en la carpeta. La abro y comienzo a hojearla con atención, como si escondiera un secreto que a mí se me ha escapado.

En serio, ¿qué demonios han visto ellos que yo no?

—¿Creéis que son buenos? —pregunto a los dos, intentando no reírme. Yo no veo por ninguna parte la mina de oro que parece que se me ha pasado por alto.

—Mucho, Andrés —suelta Marina.

—¿Y tú? —digo, mirando a Pablo.

—Creía que ya te había respondido.

—¿He cometido un error? —expreso en voz baja, más para mí que para que ellos me respondan.

—No solo tú, Andrés —agrega Marina—. También mamá y papá. ¿Comprendes ahora por qué los de Orion Studio la querían en su empresa? Ellos han visto su verdadero potencial. La cuestión es: ¿vas a plantarles cara a mamá y a papá para renovar el negocio o renunciarás a ella por tu necesidad patológica de llevar siempre la razón?

—¡Eso no es así! —me defiendo una vez más.

Como si lo hubieran ensayado, los dos inclinan la cabeza hacia el mismo lado y me clavan esa mirada que grita: «como quieras, pero aquí el que se equivoca eres tú».

—¡Dejad de miradme así! —les exijo—. Vosotros lo veis todo muy fácil, pero ¡nada más lejos de la realidad! Montar una nueva

división costaría más de… ¡No lo sé ahora mismo! Pero pensad que tendríamos que duplicar las líneas de producción, contratar a más personal, comprar o alquilar otra nave…

—¡Excusas! —replica Pablo.

—No tienes ni idea…

Da un golpe en la mesa y me señala con un dedo:

—¡Ni tú tampoco! Lo que te pasa es que tienes miedo de cagarla. Vale, lo entiendo. Pero reconoce que invertir un par de millones en intentarlo no va a provocar el cierre de la empresa.

—¡Pero no es mi empresa, joder! —replico con rabia—. ¡Mamá se lo dejó muy claro a Nadia delante de mis narices! ¡Estoy atado de pies y manos!

—Entonces, vete y busca otra cosa —me suelta Marina mientras juguetea con su taza—. ¿Te has dado cuenta de que no te gusta lo que haces? Adoro a mamá y a papá, eso no tiene discusión, pero mamá tiene razón: es su empresa. Si de verdad quieren dejarla en tus manos, tendrán que confiar en tu criterio y en que las decisiones que tomarás son las mejores para todos. ¡A este paso, no se van a jubilar nunca!

—Que papá tiene 53 años y mamá 51 —puntualiza mi hermano—. Lo de la jubilación les colea.

—¡Pues lo veo fatal! —añade ella—. La vida es para vivirla y no para estar encerrado entre cuatro paredes todo el santo día. Por favor, ¡si tienen suficiente dinero como para vivir siete vidas como los gatos!

—Sí —la interrumpo—, pero olvidas que la empresa es su patio de juegos. Ella la adora, es otra más de sus hijos. Si me apuras, esa nave me quitó el puesto incluso antes de nacer.

—El abuelo montó esta división y después se la regaló a mamá como regalo de bodas hace siglos —señala Marina, que está rebuscando en la caja para coger otro pedazo de brownie—. Sí, su gestión ha sido impecable durante casi treinta años, pero los tiempos han cambiado.

—Eso díselo tú a ella, ¡*guapita* de cara! —dice Pablo y coge otro trozo de dulce también.

—Bueno, bueno, ¡no matéis al mensajero! —replica ella, con las manos en alto—. Como diría Jack El Destripador: «Vayamos por partes».

Ese comentario consigue arrancarme una sonrisa. Marina empieza con su risa contagiosa y, al final, los tres terminamos a carcajadas. Supongo que necesitábamos soltar de alguna manera el mal rollo que se había instalado entre nosotros.

—Venga, «hermanita», soy todo oídos —pido y me siento. Por supuesto, cojo también un trozo de brownie.

—Voy a intentar resumir para que las lectoras no se aburran y empiecen a leer en diagonal, ¿vale?

Pablo y yo asentimos en silencio. ¡Todo por vosotras!

—No te digo que todas las ideas de Nadia sean la panacea, pero sirven como punto de partida. Sabes cómo desarrollar un plan de negocio, así que utiliza esto —coge el porfolio y lo agita en alto— y llévalo a otro nivel. Y otra cosa, la tal Valentina me cae como el culo. Te aconsejo que revises las cámaras, a ver si al final sí que fue ella quien dejó el dichoso correo en tu mesa.

—¿Cámaras? —le pregunto con un subidón de calor por todo el cuerpo.

—¿No te acuerdas de que el nuevo sistema de seguridad se instaló hace unos cuatro años o así? —suelta Marina—. Son discretas, vale, pero ¡no me digas que aún no te has dado cuenta de las dos cámaras que tienes en tu despacho! —agrega, frunciendo el ceño—. Bueno, en tu despacho y en el de todos.

Me quedo mirando a la nada, tratando de recordarlo. De pronto, una conversación con mis padres me vuelve a la memoria. Cambiaron todo el sistema por un problema con un empleado. Lo había olvidado porque seguía en Massachussets y no era importante para mí.

—¿Y por qué ese control? —suelto en un tono que delata mi cabreo, aunque no es por lo que ellos creen.

—Pues… por los trabajadores, por temas de detección de fuego o por los robos. ¡Yo qué sé! ¡Pregúntales a ellos!

—Lo haré, pero no te enfades —trato de suavizar la situación.

Mientras siguen hablando, yo hago una nota mental para revisar las grabaciones. Algo me dice que mi madre sabe desde el principio lo que ha ocurrido entre nosotros. Esto hace que me pregunte si no le ha dado una oportunidad a Nadia por su negativa a cambiar su amado monotema o porque no quería favorecer a la chica de la que me estaba enamorando.

—¿Por qué te has puesto tan serio? —me pregunta ella.

—Creo que mamá sabía lo nuestro.

—Podría ser —admite Pablo—. ¿Y crees que eso ha influido en su decisión?

—Al cien por cien —confirmo.

—Bien, ¿y qué vas a hacer? —dice Marina, echándose hacia delante en su silla.

—¿Lo primero? Reconocer que soy gilipollas.

—Vamos bien… —suelta mi hermano mientras mueve la mano para que siga hablando.

—¡Qué graciosillo eres! —Me sonríe, y yo resoplo—. Mañana revisaré las cámaras y…

—Eso no importa, Andrés —me corta ella—. Lo que queremos saber es qué vas a hacer para recuperar a Nadia.

—No creo que quiera volver a la empresa…

—¡No, zoquete! —me corta de nuevo. Me da la sensación de que la tengo más que harta—. Para que vuelva a la empresa no, ¡contigo, tonto del culo!

—¿Queréis parar ya de insultarme? —me quejo.

—Di algo que tenga sentido y pararemos —replica Pablo. Separa la silla y se echa hacia atrás al tiempo que cruza los brazos.

Miro a los dos y acabo asintiendo.

—Llevo una semana en el infierno por idiota, ¿verdad?

—Lo has dicho tú, *brother* —agrega él.

—Está bien. Si Tina ha mentido, la pondré de patitas en la calle. Mientras tanto, pensaré un plan de negocios para ver la viabilidad de crear una nueva división centrada en nuevos productos no relacionados con la Navidad.

—¿Y…? —me achucha Marina.

—No puedo plantarme delante de Nadia, así como así. Sí, la he cagado y bien, pero no pienso repetirlo. Confiad en mí: solo tendré una oportunidad, y sé exactamente qué hacer para que me perdone.

—No vayas tan de sobrado o la cagarás otra vez —añade Pablo.

—Déjalo, bobo, ¡que por fin le vuelven a brillar los ojitos! —dice mi hermana, dándole un manotazo.

—Sois dos granos en el culo, pero os quiero —admito.

—Y nosotros a ti, Grinch —me pincha Pablo, que le hace un gesto a Marina para que se ponga en pie.

Los dos me abrazan. Ella me aplasta contra su hombro y él me da una palmada torpe en la espalda. Por un segundo, el mundo se detiene. Vuelvo a darme cuenta de la suerte que tengo. No importa cuántas veces me equivoque: ellos siempre están ahí, dispuestos a recoger los pedazos.

Marina empieza con su retahíla de ideas descabelladas para hablar con Nadia: que improvise, que le mande flores, que me presente en su casa… No puedo evitar sonreír. No tiene ni idea de lo difícil que es, pero termino por contagiarme de su entusiasmo.

Mientras la escucho, algo dentro de mí se afloja. He sido un necio. No hace falta que lo diga en voz alta; está escrito en cada silencio que me trago. Siento culpa y, a la vez, una especie de calma extraña, una certeza.

Esto es un comienzo, y no voy a perder más tiempo en lamentaciones ni excusas. Si de verdad quiero recuperarla, tendré que mover cielo y tierra. Y os aseguro que voy a intentarlo con todas mis fuerzas porque no concibo pasar ni un día más sin ver cómo levanta el mentón y me mira con los ojos entrecerrados.

Quiero oír sus ideas locas y odiar juntos la Navidad. Solo que ya no la odio: solo odio no odiarla con ella.

CAPÍTULO 21
Me arrepiento

Nadia 

Son las siete y media de la tarde cuando viene Dorian a mi despacho para decirme que ya puedo marcharme a casa. Eso sí, me recalca que mañana esté a las siete y media en punto porque nos espera una larga jornada de trabajo. Yo le sonrío lo justo para asegurarle que no llegaré tarde. Recojo mis cosas en un tiempo récord y vuelo hacia mi coche. Enciendo el móvil y no para de pitarme con los mensajes y las nueve llamadas perdidas que he recibido: cinco de mi madre y cuatro de Scarlett.

Os lo resumiré para no aburriros con los detalles: he dejado de tener vida. El martes pasado firmé el contrato y empecé a trabajar en Orion Studio. Desde entonces, no creo haber dormido más de cuatro o cinco horas al día entre el cansancio extremo y la tensión que me acompaña desde que abro los ojos. No podéis haceros una idea de cuánto me arrepiento de haber mandado el currículo, pero ahora tengo que comerme las lentejas (estoy segura de que ya sabéis de qué estoy hablando).

Hoy es domingo. En los últimos seis días, he trabajado doce horas cada uno. Sí, lo habéis leído bien. Para que no os molestéis en hacer números: son setenta y dos horas las que he estado metida entre las cuatro paredes de mi nuevo despacho, que no tiene ventanas.

Mi «encantador» jefe me ha asegurado que el proyecto en el que estoy trabajando es uno de los más importantes que han conseguido hasta el momento. Y que, en deferencia hacia mí, como acabo de aterrizar, no me está metiendo… ¿Cómo ha dicho? Algo así

como que no me está metiendo demasiada caña porque me ve «muy verde». Motivador, lo sé.

No he derramado ni una lágrima. Creo que es porque mi propio cuerpo sabe que no puedo desaprovechar recursos, y os aseguro que necesito todas mis fuerzas para seguir este ritmo.

Aparco y subo a casa. Pensaréis que estoy loca, pero me da la sensación de que ya no reconozco mis cosas. Debería llamar a mi madre y a Scarlett, pero antes necesito una ducha para relajar los hombros. Me duelen a rabiar la mano derecha, los riñones, las rodillas y el alma. Ahora nado libre, pero el mar está lleno de pirañas y tiburones, y la única culpable de esta situación soy yo.

En cuanto me siento en el sofá, con un plato de sopa de mi madre que he descongelado, me doy cuenta de que somos víctimas de nuestros propios sueños. Vale, sí. Algunas veces se cumplen. Ojalá me hubiera tocado a mí «esa vez». No es el caso, os lo aseguro, y ahora he de buscar otro trabajo si quiero llegar viva al día de Reyes.

Termino la sopa y cojo el móvil. Ha llegado el momento de afrontar la realidad.

—¿Nadia? ¿¡Hija, ahora has llegado a casa!? —pregunta mi madre con un tono de angustia que me destroza el corazón.

—Mamá…

El nudo en la garganta me quema tanto que no consigo decir nada más. Comienzo a llorar sin consuelo. Lloro y lloro. He destrozado mi vida por una ilusión y no puedo culpar a nadie más que a mí misma.

—Cariño mío, no llores —dice, y su voz me revela que ella llora conmigo—. Ya verás como encuentras otra cosa. No puedes seguir allí, Nadia. Eso no es un trabajo, ¡es una condena!

—Lo sé, mamá —sollozo y me sueno sin control con la servilleta.

—¿Y no puedes hablar con Fátima?

—Creo que no serviría de nada —añado con mucha pena—. Me dio una oportunidad aun sabiendo que no me gustaba la Navidad, y Fátima lleva viviendo toda su vida por y para ella. Por

desgracia, le he hecho un daño irreparable. Confió en mí, y la he defraudado.

—Nadia, solo faltan tres días para que nazca Jesús. Si en esta época no es capaz de perdonar, entonces es que su corazón está vacío.

—Podría intentar hablar con ella, pero ¿y qué hago con Andrés?

En ese momento, me entra una llamada de mi mejor amiga.

—Mamá, espera. Es Scarlett, la uno.

—Vale.

—¿Scarlett?

—Sí, ¿cómo estás?

—Mi madre y tú os habéis puesto de acuerdo. Dame un momento, que voy a fusionaros.

—Venga.

—¿Ya? —pregunto.

—Sí, estoy aquí —dice mi madre.

—Y yo —confirma Scarlett—. Hola, Pepita.

—Hola, mi niña. Le estaba diciendo a Nadia que hable con Fátima para volver. Esa empresa de Orion es una cárcel. ¡Tiene que irse de allí!

—¿Cuánto te han tenido hoy? —pregunta mi amiga.

—Lo mismo: doce horas.

—¡Joder, Nadia! ¡Que es domingo! —dice frustrada—. Perdona mi boca, Pepa.

—Nada, Escarlata. Yo pienso lo mismo.

—Tenéis razón, pero no puedo dejar el trabajo de un día para otro: tengo que pagar las facturas. He vuelto a echar currículos, igual me llaman de otra empresa.

—¿Y hasta cuándo vas a aguantar? —añade Scarlett—. Yo creo que, si le cuentas a Fátima lo que te están haciendo…

—Guapa, tú no viste cómo me miró, aunque no me importaría bajar la cabeza y pedirle que me contrate de nuevo. Es más, creo que después de estos seis días, sería capaz hasta de rogarle de rodillas… Pero es lo que le estaba diciendo a mi madre justo antes de que me llamaras: ¿qué hago con Andrés? Ni siquiera me dejó

volver para recoger los cheques. Le dolió incluso más que a su madre que no le contara que buscaba otra cosa.

—¿Y no te ha llamado? —pregunta mi amiga, extrañada.

—No.

—¿Ni siquiera un triste wasap para saber cómo estabas? —suelta mi madre más repuesta.

—¡No! ¡Andrés me odia!, ¿vale? ¡Ya está, se acabó!

—Anda, hija. No digas eso. Después de lo que me has contado, te aseguro que lo único que tiene es una rabieta.

—¿Una rabieta solo? —dice Scarlett alzando la voz—. Pepa, no te quito la razón, pero creo que es más que eso. Para mí, lo que de verdad le ha fastidiado es que Nadia haya ido por libre sin contar con él. Está cabreado como una mona porque pensaba que ibas a quedarte en la empresa para siempre. Te tenía cerca, para no quitarte ni los ojos ni las manos de encima.

—¡Eh! Ojo cuidado con lo que dices: ¡que solo nos hemos dado unos pocos besos! —protesto. Primero, porque es la verdad. Y, segundo (y ya mataré a Scarlett luego por esto), porque hay cosas que una madre nunca debería oír.

—Nana, cariño, que yo ya no me escandalizo por nada —asegura mi bendita madre.

—Sí, mamá, lo sé. Pero que conste que no ha pasado nada entre nosotros, ¿vale?

—Aclarado —me corta mi amiga, que tiene menos paciencia que yo cuando me obligan a cantar villancicos—. Entonces, ¿cuándo vas a llamar a Fátima?

Resoplo. Odio que me metan prisa. Además, aún no sé cómo voy a encontrar el momento idóneo para hacerlo.

—Creo que será mejor esperar hasta después de Año Nuevo. No quiero fastidiarle las Navidades, y tampoco me parece que sea buena idea intentarlo antes.

—Pienso igual, hija. Deja que las cosas se enfríen. A ver si después de las uvas, está más tranquila la cosa.

—Pepa, estoy contigo. Y no te voy a mentir, Nadia, allí el ambiente está un poco enrarecido desde lo que pasó. Andrés sigue en su línea: insoportable. Aunque, sinceramente, me da igual. Yo no

tengo que verlo, pero a Valentina la tiene frita. ¡Que se joda, la muy trepa! ¿Te puedes creer que le pidió tu despacho? Esa niñata flipa…

—¿Mi despacho está vacío? —Mi voz ha sonado estridente, pero no me molesto en justificarme—. Mmm… Yo pensaba que ya se lo habrían dado a Javier o a…

—Nadie te ha sustituido, si es eso lo que preguntas.

—Bueno, es pronto.

—Sí, sí… ¡Prontísimo! ¿Eres tonta o qué? Mira, me parece bien que esperes a que se calmen un poco las aguas; pero, si te hubieran olvidado, tus cosas no seguirían justo donde las dejaste.

—¿Qué quieres decir? —pregunto, con un nudo en la garganta. Me cuesta creer que no lo hayan desalojado ya, y tampoco entiendo por qué lo mantienen vacío.

—Le pregunté a Dulce y, en confianza, me confesó que ni Fátima ni Andrés han dado orden de despejarlo. Todo está en un limbo «raruno». Lo dicho: me parece bien que seas prudente, pero te echo tanto de menos que hasta Jacobo está deprimido por mi culpa.

Sonrío por su comentario, pero, al mismo tiempo, contengo la respiración. ¿Será que aún tengo una oportunidad de retractarme? Eso sí que es soñar y lo demás son tonterías. Aunque… ¿qué razón tendrían para no borrarme del mapa y olvidarse de mí para siempre? Me resulta muy raro que Fátima no haya dicho nada, y aún más el silencio de Andrés.

—El bueno de Jacobo —digo para disimular los nervios que estoy sintiendo—. ¿Y cómo os va?

—Muy bien, la verdad. Le pareció horrible la forma en la que te despidieron. Me preguntó si podía llamarte para darte ánimos.

—Dame unos días, por favor.

—Lo sé, es lo mismo que le dicho yo.

—Una cosa, niñas —interviene mi madre, que ha estado atenta a la conversación sin decir palabra—. Yo voy más lenta y sigo dándole vueltas a lo que has dicho, Escarlata. ¿Soy yo o a vosotras también os parece extraño que no hayan sacado tus cosas?

—Pepa, ¡es raro de cojones!

—¡Scarlett! —me quejo.

Las tres soltamos una carcajada. Llevo tantos días sin apenas poder cruzar dos palabras con ellas que este ratito me está devolviendo la vida. Sí, definitivamente tengo que buscar otro trabajo a la de ya. O mendigar para recuperar el mío.

—Os quiero mucho —digo de forma espontánea.

—¡Ah…, mi niña! Y nosotras a ti.

—Pepa, eres mi segunda madre. Y tú, petarda, la hermana que nunca tuve. ¡Yo también os quiero muchísimo!

Sus palabras y el tono que emplea consiguen que sonría un poco.

—No puedo seguir en este trabajo. Me doy de margen hasta el cinco de enero, para darle tiempo a Fátima a aterrizar después de Año Nuevo. No os voy a mentir: voy a rezar todo lo que sé, a ver si consigo que acepte hablar conmigo. Si no, me tocará cobrar el paro y empezar de cero.

—Yo creo que, por lo menos, te escuchará —dice Scarlett.

—Yo también lo pienso igual, hija.

—Bueno, tengo que dejaros para irme a dormir. Mañana he de estar a las siete y media en punto.

—¡A las siete y media! —gritan las dos.

—¡Sip! Mira que llevo poco tiempo allí, pero os prometo que mi jefe cada vez se me asemeja más al del retrato.

—¿Poco tiempo, loca? Cuenta las horas, ¡si has echado ya casi dos semanas! —suelta mi amiga, indignada.

—Ese *Dorian* de las narices es mucho peor que el del libro. Yo es que ahora no podría ni ver la película —añade mi madre—. ¡Con solo oír su nombre, ya me cae gordo el personaje!

De pronto, otra carcajada se nos escapa a las tres a la vez. Después, me despido de ellas con el corazón calentito.

No voy a decir que estoy recuperada del todo, pero reconozco que me han dado el empujoncito que necesitaba para decidirme. Y os aseguro que me hacía más falta de lo que pensaba.



No me puedo creer que, por fin, sea cinco de enero. He contado cada día, casi cada hora, hasta que ha llegado. Sí, sigo atrapada en un bucle, repitiendo el mismo día como si estuviera cumpliendo una maldita condena. Os juro que ha sido un verdadero milagro de Navidad que haya resistido hasta hoy. En estos veinte días, me he metido entre pecho y espalda doscientas cuarenta horas de trabajo. Habéis leído bien: ¡doscientas cuarenta! Traducido en semanas son seis. He trabajado cada maldito día desde que me incorporé a mi nueva condena. En fin, decir que «fumo en pipa» es quedarme muy corta.

¿Y qué me ha regalado a cambio mi dedicación plena? Pues unas ojeras tan marcadas que mi corrector de siempre es incapaz de tapar. Para disimular mi mala cara, he tenido que pedir por Amazon una base de maquillaje más cubriente, algo así como la masilla de un fontanero. Temía que la gente empezara a pensar que me estaba preparando para un papel en una serie de vampiros.

Acabo de aparcar y voy caminando hacia la oficina. Hoy me da igual lo que me diga Dorian: necesito salir antes y punto. Trabajaré mis ocho horas y ya está bien. No voy a parar para desayunar o almorzar. Eso sí, como está terminantemente prohibido tener encendido el móvil, tendré que meterme en el baño para llamar a Fátima. Con suerte, me hará un hueco esta tarde. Os adelanto que, si me dice que no, le rogaré. Puede que hasta llore un poco. Tranquilas, no tendré que fingir. En el estado en que estoy, con solo mirarme se me escapan las lágrimas.

A las nueve en punto, me armo de valor y me dirijo al despacho de mi jefe. Toco dos veces la puerta.

—Dorian, ¿tienes un momento?

—Sí, Nadia. Pasa. ¿Qué duda tienes?

Os juro que durante un segundo he pensado algo como: «pues si eres un puto lameculos o un sádico vestido con piel de

cordero», pero no lo he dicho en voz alta.

—Esta tarde tengo que irme a las tres y media.

—¿Cómo?

—Sí, que hoy necesito salir sin falta a las tres y media. Tranquilo, no voy a parar para desayunar o almorzar. No perderé ni un minuto. Solo que trabajaré las ocho horas de mi contrato, ninguna más.

—Ya, pero sabes que ese no es el horario que necesitamos que estés aquí. Pero, bueno, si quieres marcharte antes… —dice, baja las comisuras de los labios y levanta los hombros como si acabara de preguntarle cuál es la fórmula de la Coca Cola—. La verdad, esperaba que te implicaras un poco más en el proyecto. Por mi parte, estoy contento contigo. No sé a qué viene esto, Nadia. Me dejas de piedra.

Estoy por clavarle el abrecartas en el ojo. Como después no quiero tener que limpiarme la sangre ni ir a la cárcel, me contengo.

—¿Implicarme? —suelto, indignada. Es lo único que me faltaba por oír—. Dorian, en doce días he trabajado más que en cinco semanas. No me digas que no me implico porque no es así. Necesito hacer algo privado esta tarde. No estoy pidiendo horas, te estoy diciendo que voy a echar mi jornada completa y me marcho. Mañana estaré aquí a las siete y media, y trabajaré las doce horas. Cuatro más por día que no me pagáis.

—Ya, ya. Si yo no digo nada…

Chasca la lengua mientras me mira a los ojos. Yo le sostengo la mirada y lo que haga falta. Estoy a una palabra de mandarlo a la mierda e irme derechita a Recursos Humanos.

—Si se cancela, te aviso. Si no, nos vemos mañana.

—Vale. Disfruta de la tarde.

Le clavo la mirada, porque las uñas no puedo, asiento y salgo. No sé si lo que siento por él es asco u odio. Yo creo que una mezcla de las dos como mínimo.

A las once, me escapo al baño. Me tiemblan un poco las manos al encender el móvil, pero marco a toda prisa el teléfono directo de Paqui. En cuanto reconoce mi voz, su tono cambia por completo. Yo aguanto el tipo como puedo cuando me dice que se

me echa mucho de menos y me pregunta cuándo voy a acercarme por allí. Le aseguro que, si Fátima me da la oportunidad de vernos, esa misma tarde. El problema es que no puede ponerme con ella porque está reunida. Le pido que no le diga a nadie que he llamado, y lo capta al instante. Sus palabras de ánimo me empañan los ojos; no obstante, no puedo llorar, lo notaría todo el mundo. Me despido prometiéndole que volveré a llamar sobre la una.

A la una Fátima sigue reunida.

Y a las dos.

Con tristeza, Paqui me comenta que John, Andrés y ella se han marchado a comer con el cliente con el que llevan toda la mañana reunidos y que no sabe a qué hora van a volver. Le digo que no se preocupe, que lo intentaré mañana a primera hora.

Con los ánimos por los suelos, me paso por el despacho de Dorian para decirle que me quedo porque he recibido un correo electrónico para cambiarme la cita de día. El muy asqueroso me dedica una sonrisa perturbadora que me toca el flequillo. Acto seguido, me suelta un discurso muy educado que, en realidad, es una advertencia en toda regla: la próxima que tenga que salir antes, debo avisarle con al menos dos días de antelación para que pueda organizarse. ¡Será capullo!

El resto de la tarde la paso angustiada, triste y con un nudo en el estómago, hasta que, justo a las siete y veinticinco, cuando estoy a punto de recoger mis cosas, se presenta en mi despacho. Me viene con unos planos y empieza a pedir mi opinión sobre cada maldita línea. Si fuera mal pensada, os diría que lo está haciendo a propósito. Algo en plan: «No quieres caldo, pues toma tres tazas».

Son las ocho y media cuando me dice que vayamos a su despacho para verlo mejor en la pantalla. La suya es mucho más grande que la mía, por supuesto. Deja los planos en la mesa e insiste en que me siente en su silla. Quiere que le enseñe cómo haría las modificaciones que le he sugerido. No os voy a mentir, por un momento, me siento algo intimidada. Pero pronto capto la indirecta: su intención no tiene nada que ver con un tema sexual. ¡Ni mucho menos! Lo que está haciendo es ponerme en mi sitio para que no vuelva a salirme del plato.

Después de tenerme dos horas más, le digo que ya no veo las líneas. Mira el reloj y se hace el nuevo. Con una sonrisa repugnante, me dice que son las diez y media, y que ya es hora de que nos marchemos a casa.

Cuando salimos de su despacho, la empresa está desierta. Solo quedamos él y yo en la planta. Como si le importara un pimiento que ambos llevemos quince horas aquí, sigue hablando del proyecto mientras vamos hacia la salida.

En el ascensor, mientras continúa con su verborrea, aprovecho para sacar el móvil de mi bolso. Cuando lo enciendo, el mundo se me cae a los pies al darme cuenta de qué noche es hoy.

—… y no se te olvide acotar esa capa, ¿de acuerdo? Bueno, nos vemos mañana a las siete y media.

No sé por qué narices me lo recuerda todos los benditos días, pero hoy he tocado fondo y ya no puedo aguantar más.

Un momento, ¿cómo que mañana nos vemos a las siete y media?

—Dorian, mañana es fiesta —digo con voz cortante—. Hoy es cinco de enero, y me he perdido la Cabalgata de Reyes.

—¿Cómo? —pregunta, haciéndose el loco—. Bueno, sí, ¿y…? No sabía que te importaran esas tradiciones tan obsoletas. —Mira el reloj y sonríe—. De todas formas, el proyecto en el estamos trabajando tiene que estar listo el quince de enero. Seguro que podremos arreglar lo de las horas. Al fin y al cabo, ya no eres una niña para estar pensando en los regalos. En fin, Feliz Noche de Reyes, Nadia. Nos vemos mañana a las siete y media —me suelta y me deja en el aparcamiento con un palmo de narices.

Perdonadme, estoy tan cansada y frustrada que no se me ha ocurrido ninguna una réplica ingeniosa.

Al entrar en el coche, tengo la sensación de que me están drenando la sangre con mi consentimiento. Y eso hace que me cabree aún más.

Conduzco y, en cada semáforo, cierro los ojos y rezo como nunca, pidiéndole al Cielo sola una cosa: volver al doce de diciembre y rechazar esa maldita llamada que me ha destrozado la vida.

Me sereno un poco al ver que estoy a punto de entrar en el garaje. Mañana ya veré qué hago. Ahora lo único que necesito es meterme en la cama y llorar hasta que el sueño me venza.

CAPÍTULO 22
EL GRINCH NO ES TAN VERDE COMO PARECE

Andrés 

Me he pasado los últimos doce días inmerso en un proyecto que considero indispensable para la empresa: crear una división dedicada la venta de artículos no relacionados con la Navidad. Si pensáis que solo lo he hecho por Nadia, en parte tenéis razón. ¿Tiene sentido invertir en la construcción de una nueva línea de producción para hacer esto? Estoy convencido de que sí. No me he lanzado a lo loco. No es mi estilo y tampoco podría. Soy pragmático y no me gusta perder. Quizás no os he mostrado esta faceta mía por razones que caen por su propio peso: a nadie le gusta admitir sus errores y tampoco que otros se los señalen.

Dicen que la mayoría somos capaces de ver la paja en el ojo ajeno y no la viga en el propio. Os aseguro que me ha costado mucho llegar hasta este punto, pero no puedo estar más de acuerdo.

Durante estos días han pasado tantas cosas que no sé ni por dónde empezar. Como resumen os diré que me he dado cuenta de que lo evidente —y lógico— no siempre es la verdad. Hay que tener mucho cuidado en quién confiamos, incluso si las circunstancias son inverosímiles.

¿Os parece un pensamiento enrevesado? Puede, lo admito. Pero tranquilas, pronto entenderéis qué quería decir. Solo os pido que tengáis un pelín de paciencia, falta poco.

¿A que no imagináis dónde me encuentro ahora mismo? Quizás sí, tampoco soy tan misterioso. En realidad, es fácil de

adivinar. No voy a manteneros con la intriga porque no viene al caso: estoy esperando en el coche frente a la casa de Nadia a que vuelva del trabajo.

Venga, ¡no pongáis esa cara! Os lo acabo de decir: yo no me lanzo a lo loco. Después de hablar con Escarlata esta tarde, de

explicarle que me había equivocado de pleno en muchas cosas, he logrado que por fin deje de mirarme con… No lo definiría como desprecio, definitivamente no. Más bien creo que estaba decidiendo si la pira donde pensaba quemarme iba a ser de tres o de cinco metros. Así se las gasta la mejor amiga de la mujer de la que me he enamorado. ¿Se lo voy a tener en cuenta? No, os aseguro que prefiero tenerla como aliada.

Bueno, sigo. Gracias a mi labia —y a que he reconocido un par de veces ser un auténtico idiota—, al final, lo ha entendido. No os aburriré con los detalles, pero después de darle el próximo viernes libre a Jacobo y a ella, ha consentido compartirme qué horario tiene Nadia. Deciros que saber que la tienen doce horas trabajando sin descanso me ha hecho sentir que la piel me ardía sería quedarse muy corto. Me llevan los demonios, pero no podré solucionarlo hasta hablar con ella.

Un coche acaba de marcharse y he aprovechado para cambiar el mío al aparcamiento que está justo al lado de su garaje. No puedo esperar a que llegue. Sí, estoy nervioso. Mucho. Me sudan las manos y no paro de darle vueltas a cómo voy a lograr que me escuche sin que me lance el móvil a la cabeza. Si lo hiciera, estaría en su derecho. No confié en ella y no merezco su perdón. Pero aquí estoy, por si todavía queda algún milagro por repartir y tengo la enorme suerte de que me toque a mí, aunque me haya comportado como un auténtico capullo.

Escarlata me ha dicho que sale a las siete y media. Son las ocho y cuarto, así que supongo que estará a punto de llegar.

Las nueve.

Las diez.

Las once menos cinco.

Maldigo tras mirar por mil millonésima vez la hora en el reloj. Me da que Escarlata se ha burlado de mí en mis propias narices. La

cuestión es que he llamado varias veces a su piso y no ha contestado nadie. Quizás haya salido con sus nuevos compañeros. Eso no tendría por qué saberlo su amiga si ha surgido de forma espontánea.

Da igual si es eso o si se ha ido a casa de sus padres para no verme. Creo que hoy no voy a poder hablar con ella, y ya he hecho bastante el ridículo. Me estoy poniendo el cinturón de seguridad cuando la veo pasar por el retrovisor. Se me hace un nudo en el estómago. La hora no es la más adecuada, pero tendrá que valer. Hay mucho en juego y, después de haber estado aquí quieto como un clavo durante casi tres horas, merece la pena intentarlo. Ella merece la pena y mucho más.

Salgo a toda prisa. Acaba de pulsar el mando para que se abra la puerta del garaje. Agradezco en silencio que esté tardando porque así me da tiempo a llegar al lado del conductor. Golpeo con suavidad la ventanilla y ella deja escapar un grito aterrador que me hace retroceder un paso.

Vuelvo a acercarme y la saludo con la mano. Baja la ventanilla y me mira con ojos inquisitivos antes de soltarme con su típico tono de voz lleno de dulzura:

—¿Estás loco o qué? ¡Por poco me da un infarto!

—Hola, Nadia.

—¿¡Hola!? ¿Qué puñetas estás haciendo en la puerta de mi casa a las once de la noche?

—Necesito hablar contigo.

—Mira, guapetón —dice con retintín—, estoy muy cansada…

—Nadia, en serio, necesito hablar contigo —repito y me apoyo en la ventanilla para impedir que se le ocurra cerrarla.

Al ver la duda en su rostro, entiendo que no va a ser nada fácil convencerla. Pero ¡qué porras! No me he pasado las últimas tres horas esperándola para rendirme tan pronto.

—¿Y tiene que ser ahora? —dice en un tono más derrotado mientras me observa como si se me hubiera ido la pinza.

Si os digo la verdad, a estas alturas hasta yo empiezo a dudar de que sea buena idea intentar arreglarlo tan tarde, pero me convenzo de que debe saber la verdad antes de continuar en ese

trabajo donde, por lo que me ha contado Escarlata, la están esclavizando.

No. No me iré de aquí sin luchar por ella.

—Sí, ahora —insisto.

Clava sus impresionantes aguamarinas en mí y algo se quiebra en mi interior. No sabría deciros qué es, pero juraría que sus ojos tienen menos vida. Baja los hombros y, en ese momento, veo con claridad que las fuerzas la han abandonado.

Llamadme loco, esta vez no me importa. La veo exhausta. Eso hace que la rabia empiece a carcomerme por dentro. Sus pómulos están mucho más marcados y tiene ojeras muy oscuras. Sí, ha adelgazado… mucho.

—Andrés, estoy agotada —dice al fin—. Acabo de llegar del trabajo y no puedo ni pensar.

—No me mientas, ¿cuánto te han tenido hoy? —pregunto mientras una ira incontrolable mastica mis tripas.

—No es asunto tuyo.

Los dos giramos la cabeza hacia la puerta del garaje porque ha comenzado a cerrarse.

—Deja que yo aparque el coche —le pido.

—¿Qué? ¡No! —rechaza sin dudarlo.

—Nadia, por favor.

—Yo puedo aparcar mi puñetero coche sin tu ayuda.

—Está bien —digo y lo rodeo. Tiro de la manilla de la puerta del acompañante, pero no abre. Golpeo la ventanilla y niega con la cabeza. Me agacho y la miro a través del cristal—. Deja que suba. Es importante.

Frunce los labios y sus ojos vuelan a la puerta. Como se lo piense un poco más, va a cerrarse de nuevo. Pulsa el botón y consigo abrir. Me siento y me pongo el cinturón sin decir nada. Nunca había entrado en su garaje. Es espacioso, aunque me importa un comino, la verdad.

Subimos en el ascensor sin decir palabra. La situación es extraña, lo sé. Durante un instante, sopeso si irme. Las dudas desaparecen en cuanto llegamos a su piso y abre la puerta.

Tampoco había estado nunca en él. Enciende la luz de la entrada y, con la mano, me invita a pasar.

Avanza por el pasillo encendiendo todas las luces. Cuando llegamos al salón, me doy cuenta de que lleva días sobreviviendo a duras penas: hay ropa por todas partes, un vaso medio lleno de agua al lado de una caja de ibuprofeno y dos pares de zapatos junto al sofá.

—Si tuviera fuerzas, te diría que perdonaras el desorden; pero no puedo más —se le quiebra la voz y siento unas ganas irrefrenables de abrazarla, de decirle que todo se va a solucionar—. Aparta lo que quieras y siéntate. ¿Te apetece un poco de agua o un yogur? No tengo nada más.

—No, gracias.

Se quita el abrigo y lo deja sin cuidado en una silla. Apoya las manos en el respaldo y suspira antes de mirarme.

—Tú dirás.

—¿Nos sentamos? —digo mientras cojo con cuidado varias prendas y las coloco en otra silla.

Ella me dedica una sonrisa cansada. Parece que le ha hecho gracia que me tome tantas molestias para no estropearle la ropa. Aparta varios cojines y se deja caer en el sofá. Yo me siento a su lado. Sin darnos cuenta, terminamos de medio lado para poder hablar cara a cara.

—Bien, ¿qué es tan importante como para venir a mi casa a estas horas? —pregunta. Cierra los ojos y se pasa la mano por la frente.

—¿Te duele la cabeza?

—Un poco, pero ya se me pasará.

—Quiero que sepas que no acabo de llegar. Llevo esperándote en el coche desde antes de las ocho.

—¿Te has quedado tres horas… en el coche? —Sube una comisura del labio porque me da la sensación de que no me cree.

—Sí, quería hablar contigo.

—Andrés, eso ya me lo has dicho. Venga, suelta ya lo que hayas venido a decirme para que pueda irme a dormir. Mañana tengo que estar en la oficina a las siete y media…

—¿Qué dices? ¡Pero si mañana es fiesta! —exclamo cabreadísimo. Hago un rápido cálculo mental y me niego a creer que pueda ser verdad lo que estoy pensando—. Un momento, ¿cuántas horas has echado hoy?

—¡Que no es asunto tuyo! —repite, aunque sin fuerzas.

—¡Dímelo ya! —exijo.

De pronto, sus ojos se empañan. Une los labios en una fina línea y la barbilla comienza a temblarle. Siento que me muero cuando se cubre el rostro con las manos y comienza a sollozar.

—¡Dios, Nadia! —exclamo y no tardo ni un segundo en abrazarla con todas mis fuerzas—. Shhh… Todo se arreglará —susurro mientras la acuno en mis brazos.

—No… No puedo…

—Estoy aquí… Estoy aquí —digo una y otra vez.

Jamás había sentido tan mío el dolor de otra persona como en este momento. Con ella temblando contra mi pecho, lo entiendo todo. He sido un necio. La quiero. La quiero con una intensidad que me desarma, que me rompe en pedazos. Creo que me enamoré de ella en el aparcamiento, cuando me plantó cara y me puso en mi sitio sin despeinarse.

Verla derrotada y tan vulnerable me está destrozando. Nadia es una fuerza de la naturaleza. Peleona, sí; pero también muy cariñosa. Te da el alma sin restricciones y es capaz de sacarte una sonrisa incluso en los peores momentos. ¿Que cómo lo sé? Porque me ha dado todo eso y más en los pocos días que hemos compartido. Me cabrea no haber sabido ver más allá de mis propias narices. Si se ha derrumbado de esta manera, es que la carga que lleva es mucho más de lo que nadie podría soportar. Ni siquiera yo, con todo lo duro que me creo que soy.

—Necesito un pañuelo —dice un poco más tranquila, señalando la caja de tisúes que está encima de la mesa de café.

Estiro el brazo sin soltarla y le doy uno. Se separa un poco y se seca las lágrimas. Coge otro y se suena.

—¿Me traerías un vaso de agua? —me pide con un tono que hace que tenga ganas de romperle la cara a su maldito jefe. De

momento, me voy a callar; aunque me encantaría decírselo para que lo supiera.

—Ahora mismo.

Voy corriendo a la cocina. Abro varios armarios y encuentro un vaso. Cojo una botella sin abrir y lo lleno. Cuando se lo doy, veo que tiene una pastilla en la mano. Se la toma y acaba con toda el agua.

—¿Mejor? —pregunto.

No puedo contenerme y le acaricio la mejilla con el pulgar. Ella me lo permite, pero sonríe con cansancio y se echa un poco hacia atrás. Lo entiendo, aún tenemos mucho que aclarar antes de llegar a ese punto.

—Gracias por… sostenerme.

—Siempre lo haré.

Ella eleva el mentón y entrecierra los ojos. Adoro ese gesto suyo, tan suyo. Sé que no cree ni una palabra de lo que digo, pero por eso mismo estoy aquí: para cambiar lo que piensa de mí y, con un poco de suerte, lograr que me perdone.

—Venga, dime para qué has venido. La verdad —me pide. Una vez más sonríe, solo que esa sonrisa no le llega a los ojos.

Asiento lentamente y me pierdo un par de segundos en sus preciosas aguamarinas. Después de haber llorado, están más brillantes. Espero no volver a verlos así nunca más.

—He venido a disculparme porque me comporté como un auténtico gilipollas —suelto sin anestesia.

Nadia entreabre los labios y me mira con los ojos como platos. Está claro que no esperaba que le dijera algo así.

—¿Puedes repetirlo? —susurra, incrédula.

Sonrío y lo hago.

—Lo siento, me comporté como un auténtico gilipollas —vuelvo a decir enfatizando cada palabra—. Tenías razón con Valentina. Fue ella quien dejó el correo en mi mesa.

—¿Lo ha admitido? —pregunta sin poder creerlo.

—No hizo falta. Las cámaras de seguridad que hay en tu despacho la grabaron. Aprovechó que saliste a comer para revisar tu ordenador.

—¿¡Cómo que la grabaron en mi despacho!? —exclama mientras se sienta más erguida. La noticia le ha devuelto un poco de fuerza a su voz—. Por favor, dime que no hay cámaras en mi despacho.

—Por toda la empresa. En *todos* los despachos. ¿No lo sabías?

—Pues no, Andrés. Nunca me he fijado. ¿Y hay… hay grabaciones de nosotros…? —Ahoga un suspiro tapándose la boca con las manos, incapaz de acabar la pregunta.

—Sip —le confirmo mientras sonrío y asiento.

—¿Y alguien más las ha… visto?

Vuelvo a asentir.

—¡Joder!

—Por desgracia, eso no pasó —bromeo.

—¡Andrés! —dice en tono de regañina, dándome un manotazo.

—Lo siento —añado muy serio—. Te lo creas o no, yo no sabía que estaban ahí. En teoría, solo sirven para proteger la empresa cuando se cierra. Eso sí, todas las grabaciones se guardan a diario. Hace unos cuatro años, tuvimos un problema de seguridad con un empleado que robaba diseños y se los vendía a la competencia. A raíz de ahí, las colocaron por todas partes, excepto en los baños y en los vestuarios.

—Pues, cuando me contrataron, no me informaron de que estaban ni me advirtieron de que me podían grabar, y me hubiera gustado saberlo —dice ella, bastante molesta.

—Tranquila, solo se grababan las imágenes, no el audio. Después de despedir a Tina, Recursos Humanos envió una circular informativa como recordatorio de que están.

—¿John y Fátima saben…? ¿Nos han… visto?

—Mis padres siempre han sido muy discretos en todo. Eso sí, me han insistido en que no lo repita en horas de trabajo.

—Un detalle por su parte —ironiza.

No me ha gustado nada el tono ni que haya mirado hacia el ventanal y después su reloj.

—Nadia…

—Andrés, es muy tarde. Ya sé lo de Tina y que tu madre nos vio morreándonos en tu despacho.

—No he venido solo por eso.

—¿Es que hay más? —pregunta con tono irónico.

Estoy seguro de que me estoy equivocando, pero, por un instante, juraría que sus ojos reflejaban… ¿esperanza? No, no puede ser.

—Sí —afirmo y meto la mano en mi chaqueta. Saco una cajita envuelta en papel de regalo y se la ofrezco.

—¿Qué es eso? —Pone distancia entre nosotros porque, la verdad, parece otra cosa.

—Tranquila, no es un anillo —le aclaro.

—¡Por Dios, no me asustes!

—Es un regalo. Más bien, un recordatorio.

Une las cejas de esa manera que me gusta tanto, y no puedo evitar sonreír al ver la arruguita que se le hace entre ambas.

—Venga, ábrelo —la animo.

Ella asiente mientras se muerde el labio inferior. Os juro que tenía ensayadas un par de frases memorables, pero ahora no las recuerdo.

La ilusión que veo en sus ojos al despegar con cuidado el celo, para no romper el papel blanco con estrellitas que usaron en el puesto del Paseo del Parque, me ha dejado sin palabras. Tengo tantas ganas de que lo vea que estoy por romper el papel. Pero el día que tomamos café en La Bella Julieta me confesó cuánto le gusta guardarlos, aunque odie la Navidad. Lo deja a un lado y abre la cajita. La vuelca y su muñeco de nieve rechoncho con bufanda roja aparece entre sus manos.

Silencio.

Un segundo.

Dos.

Entonces, sonríe de una forma muy distinta a todas las que había visto. O puede que sí, porque es la misma que tenía cuando lo encontró en aquel puestecillo. De lo que no tengo ninguna duda es de que le nace desde el corazón, y a mí acaba de enamorarme aún más.

—¿Fuiste tú…? —empieza.

—Sí. Aproveché para comprarlo mientras hablabas con tu madre. Le pedí al vendedor que no te dijera nada.

Ella baja la vista. Toca con los dedos la bufanda un poco descolorida del muñeco. Sonríe y dice:

—Es feísimo.

—No, es un comienzo.

—Lo fue… —susurra.

Se le empañan los ojos y une los labios, supongo que para tratar de no volver a llorar. Se queda un momento mirándolo, como si no acabara de creerse que ha vuelto a ella.

—Un pequeño trozo del pasado que regresa para recordarme lo que perdí por no valorar lo que tenía —añade, y veo una profunda tristeza en sus ojos.

—No, Nadia, lo hace para recordarte de dónde partiste y lo mucho que has conseguido.

—¿Conseguido? —repite con pesadumbre. Me mira y forma una sonrisa que me parte el alma—. Tenía el cielo en mis manos, pero no me era suficiente. No, Andrés. Mi ego me ha llevado a perder la libertad, ¡la vida misma! Antes me has preguntado cuántas horas he trabajado hoy: quince. Son las doce y cuarto, y mañana tendré estar allí antes de las siete y media. Supongo que es lo que merezco por no contarte la verdad.

—No, Nadia. Por favor, no digas eso. Yo no tenía ningún derecho a enfadarme contigo ni a dudar de ti —respondo, cogiéndole las manos—. Tuve miedo de perderte, de que te fueras al otro lado de la ciudad y a no verte cuando quisiera. Fui egoísta y tuve celos de que hubieras compartido tu trabajo con otros. Me convencí de que me habías traicionado, cuando lo único que querías era lograr tus sueños.

—Andrés…

—Te parecerá una locura, pero podía dejar de pensar en ti… y mucho menos olvidarte. Me llevé tu porfolio y lo veía cada maldita noche al volver a casa. El primer domingo después de que te marcharas, mis hermanos vinieron a almorzar. Bueno, más bien a putearme, porque me había vuelvo un grinch con tal mala leche que

acojonaba a todos. Les enseñé tus diseños, y me dijeron que había sido un *gilipollas* por no darme cuenta de lo buenos que eran.

—¿En serio?

—Totalmente. Lo reconozco: la culpa fue mía. No quise verlo. Me atrapó la maldita zona de confort y también la férrea opinión de mi madre con respecto al cambio. Por suerte, Marina y Pablo me despertaron a base de guantazos. —Vuelve a fruncir el ceño y le aclaro—: No de forma literal.

—Menos mal…

Sonreímos al mismo tiempo, y siento que el cielo comienza a despejarse. Sé que es muy tarde, que debería irme para dejarla descansar, pero aún no he terminado de decirle todo lo que necesito y ahora —¡que Dios me perdone!— no voy a parar.

—Quiero que sepas que no he venido antes porque necesitaba poner en marcha algo de lo que solo tú eres la responsable.

Meto de nuevo la mano en la chaqueta y saco una bolsita abultada del otro bolsillo. Abro su mano y se la coloco encima. Ella me mira extrañada. Lo comprendo, pero estoy seguro de que va a gustarle. Mucho.

—Ábrela. Solo es el prototipo. La he imprimido en 3D en tamaño real. La fabricaremos en madera y también en ABS.

—¿ABS?

—Acrilonitrilo butadieno estireno —aclaro al darme cuenta de que está tan cansada que parece haberlo olvidado.

Su expresión me dice que no entiende nada, pero sus ojos se abren de golpe al ver la pequeña caja. Me mira y se humedece los labios antes de dejar escapar un suspiro de incredulidad. No puede creer que la tenga entre las manos. La gira varias veces, observando cada detalle.

Emocionada, busca el resorte oculto: un lateral se desliza al instante y revela un compartimento secreto.

—¿Qué es esto, Andrés?

—Tu visión. Tu sueño. Me he pasado los últimos días trabajando sin descanso para crear un proyecto que demostrara a mis padres la viabilidad aplastante de tus diseños. Mi madre seguía

sin estar convencida, pero, por fortuna, mi padre tiene una visión mucho más abierta que la de ella. Con un plan de negocio y cifras reales en mano, les he demostrado que tu proyecto puede funcionar. Hoy hemos estado reunidos todo el día para comprar la nave contigua a la nuestra. Nadia, crearemos una nueva división para artículos no relacionados con la Navidad.

—¿Qué…? No… no sé qué decir. —Me mira, negando con la cabeza—. No, no, esto está mal. —Levanta las manos y se sienta más derecha—. Esto le robaría el alma a la empresa. ¡A Fátima! No, Andrés. Jamás me perdonaría hacerle ese daño. Ella no se lo merece. Vuestra compañía no se lo merece. No, Green Associated es el corazón de la Navidad. Yo no voy a formar parte para destruirla. No… no puedo.

Sonrío. Entiendo su rechazo inicial, y me hace muy feliz saber cuánto aprecia a mi madre y a la empresa como para no importarle renunciar a su sueño.

—Green Associated no cierra. Solo va a ampliarse, y todo gracias a ti. Mis padres y yo estamos de acuerdo con que tengas acciones de la nueva división. Serás quien la dirijas. En principio, tendrás un equipo de quince personas a tu cargo. Si todo sale como he previsto, con la publicidad y una base sólida con los mayores *influencers* de las redes, dentro de uno o dos años máximo, cuadriplicaremos las ventas.

—¿Fátima y tú… queréis que vuelva? —me pregunta con voz temblorosa. Sus ojos empañados la delatan.

—¿Volver? —Le quito la caja y cojo sus manos de nuevo—. Llevo veinte días sin dormir para poder convencerte. Todo esto te parecerá una locura, pero no podía presentarme ante ti sin más. Una simple disculpa no era suficiente porque me comporté como un…

Ella me pone un dedo en los labios y niega despacio.

—Como un hombre herido y traicionado. Tenías derecho a estar enfadado porque, en cierto modo, sí os traicioné. No soportaba pasar el resto de mi vida diseñando muñecos de Navidad y papanoeles. La ironía de la vida es que, cuando dejé de hacerlo, también dejé de ser feliz. Era feliz, muy feliz, y no lo sabía.

—¿Por qué odias la Navidad, Nadia?

Frunce los labios y sonríe mientras retiene las lágrimas. Me parte el alma verla así.

—Porque pedí un milagro, y ÉL no me lo concedió.

—¿Un milagro?

—Cuando tenía siete años… —se detiene unos segundos—, en Nochebuena, al volver de cenar en casa de sus abuelos, mi mejor amiga tuvo un accidente de coche con sus padres. Sobrevivieron, pero ella quedó parapléjica. Lloré durante días. Ya no podíamos jugar en la calle, ni correr, ni hacer nada de lo que solíamos hacer juntas. Cada noche de mi infancia recé para que Dios la curara. Y cada Navidad le decía a mi madre que no quería regalos. Pensaba que, si renunciaba a todo lo que deseaba, Él me concedería un… milagro.

—Nadia… —Entrelazo mis dedos con los suyos.

Ella me mira y, de nuevo, su sonrisa transmite una profunda tristeza.

—Al cumplir los doce, me di cuenta de que nunca pasaría. Con el tiempo, solo con comenzar el mes de diciembre, me enfadaba. Detestaba que, de pronto, todos fuesen más amables o sonrieran más solo porque se acercaba la Navidad.

Sus ojos se empañan y yo me quedo callado. No le insisto. Quiero darle la oportunidad de que me cuente lo que quiera.

—Me convencí de que la *Navidad* era solo una vil y cínica mentira —prosigue—, una excusa barata para que la gente pueda ponerse ciega de marisco y turrones.

—Estoy convencido de que es mucho más que eso —respondo como un idiota porque, después de estos días en el infierno, me he dado cuenta de que he tenido mi propia epifanía.

—Tal vez, pero la niña de doce años que perdió la fe en los milagros me marcó para siempre. Me convertí en un grinch: verde, gruñón y con una obsesión que renacía cada diciembre. Quería destrozar la Navidad a toda costa, quitarle el velo de alegría impostada y felicidad prefabricada a todos. No me parecía justo que ella tuviera que pasar su vida atada a una silla mientras los demás malgastaban la suya sentados en un sofá viendo la televisión.

—Eso es muy triste, Nadia.

—Lo sé. Pero la rabia me sigue corroyendo por dentro.

—¿Y seguís siendo amigas?

—¿Gloria y yo? ¡Claro! Ahora es abogada y trabaja en un bufete. Su padre era militar y, antes de acabar el instituto, tuvieron que mudarse porque lo destinaron a Zaragoza. Hace dos años se casó con Juanma, que también es militar, y hace cuatro meses se convirtió en mamá de una niña preciosa. Hablamos cada mes o así, y he de admitir que me sorprende ver que siempre está… feliz.

—¿Ves?

—¿El qué?

—Te concedió el milagro.

Como si le costase asimilar lo que acabo de decir, se queda en silencio, mirándome. Sus aguamarinas, una vez más, me atraviesan el alma y me cortan la respiración.

—No digas eso. Gloria no puede caminar.

—Pero tiene una familia que la quiere y una carrera con la que se gana la vida por sí misma. Ahora es madre, y tú misma me has dicho que es feliz. Si eso no es un milagro, ¿qué lo es?

Se queda muy seria porque acabo de darle un punto de vista muy distinto al que había tenido desde que ocurrió aquel terrible accidente.

—Pero no puede caminar… —insiste.

—No, ¿y qué? ¿Crees que ella sería feliz si siguiera lamentándose por el pasado?

Se queda mirándome. Me da la sensación de que está a punto de soltarme una réplica, pero se frena de golpe, con los labios entreabiertos.

—¿Sabes algo? —aprovecho para decir algo más—. No te puedes hacer una idea de lo que me ha costado darme cuenta de que, si uno no es libre aquí dentro —me señalo el corazón—, ¿de qué sirve… nada? Dime, ¿qué más da tener dos piernas si te niegas a avanzar? Por lo que me has contado, creo que ella lo ha hecho. Ese era su camino, Nadia. La razón de por qué suceden cosas malas no podemos saberlo.

—Pero es muy injusto. ¡Muy injusto! —repite.

—Lo sé. La vida es… la vida. Por desgracia, los accidentes ocurren. Solo podemos lidiar con lo que nos sucede lo mejor que podemos. Si pasamos todo el tiempo enfadados, siendo «grinches» verdes, puede que un día nos levantemos y nos arrepintamos de todo el tiempo que hemos malgastado quejándonos en lugar de disfrutar de lo que teníamos: familia, amigos, amor… Sí, creo que Dios te concedió el milagro que con tanta fe pediste, aunque hasta este mismo momento no te habías dado cuenta. Y ahora me toca a mí. Yo también he pedido un milagro, pero no sé si voy a tener tanta suerte como tú.

—¿Tú? —pregunta, yo asiento—. ¿Y puedo saber qué pediste?

—Que me perdonaras y volvieras con nosotros. Que aún te gustara, aunque solo fuera un poquito. —Esta vez es a mí a quien se le empañan los ojos.

Frunce los labios y siento que me mira con la duda instalada en sus aguamarinas. En ese momento, me doy cuenta de que jamás las olvidaré.

Creo que está a punto de decirme que no. Y no os voy a mentir, ya me duele el alma y el corazón.

—¿Sería mi propia jefa y con participación en la empresa?

El trabajo. Por supuesto.

Bueno, que conste que lo he intentado.

—Sí, claro —respondo con un tono mucho más neutro.

—Mmm… Pero no habrá ninguna cámara dentro de mi despacho.

—Supongo que no habrá problema con eso.

Miro el reloj: la una. Sí, ha llegado el momento de irse.

En cuanto me pongo en pie, ella me coge la mano y sonríe:

—¿Se puede saber a dónde vas?

La observo, desconcertado. Cuando tira de mí, cedo y me dejo caer en el sofá. Me quedo paralizado al verla moverse y, antes de poder reaccionar, ya está sentada a horcajadas sobre mí. Su calor me envuelve, su mirada me atrapa y, de pronto, el mundo se reduce a sus dos preciosas aguamarinas brillando entre lágrimas.

Se acerca tanto a mí que su aliento se mezcla con el mío.

—Te perdono si tú me perdonas —susurra, y noto cómo se me cierra la garganta—. No me gustas un «poquito», *Andy*. Te quiero, y creo que ahí tienes tu milagro de Navidad.

No me da tiempo a respirar antes de que mi corazón estalle. Me lanzo a sus labios con una necesidad que roza la desesperación. No es un beso más, es una promesa, una confesión muda, un reencuentro después de haber estado alejados lo que a mí me ha parecido una maldita eternidad.

Ella responde entremetiendo sus dedos en mi cabello. Sus labios me dicen que teme que todo sea un sueño, y lo es.

La beso una y otra vez, y, en cada roce, descubro algo nuevo de ella: ternura, fuerza, fe en que todavía puede haber un «nosotros». La estrecho contra mi pecho y me juro no soltarla nunca. Jamás volveré a dudar.

Sus labios se curvan en una sonrisa entre beso y beso, y yo siento que me derrumbo y me reconstruyo a la vez. No hay palabras con las que pueda deciros cómo me siento, solo que acabo de darme cuenta de que he dejado de ser un grinch… por ella.

—¡Vaya! —musito en su boca.

—¿Qué? —me pregunta con el ceño fruncido. No puedo evitarlo y paso mi pulgar por la arruguita que se le forma.

—He estado equivocado toda mi vida: el Grinch no es tan verde como parece.

Esboza una sonrisa que me ensancha el corazón.

—¿Ah, no? ¿Y eso?

—Al final, devuelve los regalos para salvar la Navidad. Y es justo lo que acaba de pasar.

—¿Eso crees, *Andy*?

Cada vez me gusta más que me llame de esa manera.

—Se nos ha concedido un milagro a cada uno, y, oficialmente, decido que, desde este mismo momento, adoro la Navidad. Yo también te quiero, Nadia.

—Nana, las personas que más quiero me llaman Nana.

—Nana… —repito y siento cómo la piel se me eriza.

Un coche pasa y, de lejos, se puede oír a Mariah Carey poniendo el alma mientras canta *All I want for Christmas is you.*

Vuelve a sonreír, me sujeta las mejillas entre sus manos y susurra en mis labios:

—Mariah, no puedo estar más de acuerdo.

Me hundo en su boca y rozo el cielo con la punta de mis dedos. Hoy es el día de Reyes, y ya tengo mi regalo… para siempre.



¡Ey, chicas, soy Nadia! No quería que terminarais la novela sin deciros que yo también tengo mi regalo de Reyes… ¡y os aseguro que no puedo esperar a desenvolverlo!

¡Andrés y yo queremos desearos Feliz Navidad!

Mil besos de caramelo y ¡sed muy muy felices!

¡Ho, ho, ho!

P. D.: Ahora ya no me importa decirlo en inglés.

ACERCA DE LA AUTORA

Nacida en Málaga, Manuela Ramírez escribe historias donde oscuridad y pasión se entremezclan en un perfecto equilibrio. Autora de fantasía y romance contemporáneo, sus novelas combinan la intensidad emocional con la magia de los vínculos profundos: amores que se desafían, destinos que se cruzan y personajes que te roban el aliento.

Sus protagonistas no son perfectos, pero luchan con el corazón y muchas cicatrices. En sus páginas encontrarás lealtad, deseo, dolor, redención y esperanza. Todo envuelto en tramas adictivas que te harán creer, una vez más, que el amor verdadero puede vencer incluso a las sombras más lóbregas. En su universo literario, la Luz siempre desafía a las tinieblas; y cada historia está tejida para tocarte el alma.

Finalista en varios concursos de microrrelatos de terror, entre otros: la antología de *Letras de tinta. Antología 2021,* con «Una noche cualquiera» en la antología *Crónicas MicroVampíricas y con* «No soy una más*» en el* VIII Concurso de microrrelatos *"Microfantasías"*.

Actualmente trabaja en nuevas historias con las que enamorar, emocionar y hacer que el tiempo desaparezca entre sus páginas. Para ella, la escritura es eso: crear mundos donde refugiarse… y volver transformada.

Todas sus novelas están disponibles en Amazon en formato papel, kindle y kindleunlimited.

Encuentra todas sus novedades en:

- Instagram & TikTok: @manuelaramirez_escritora
- Facebook: Manuela Ramírez

- Blog: manuelaramirezescritora.wordpress.com

Si quieres recibir tu ejemplar dedicado, ¡no lo dudes! Estaré encantada de hablar contigo en cualquiera de mis redes para enviártelo.

Recuerda, tú eres la que hace posible que mis sueños se vuelquen en papel. Y, tal y como digo siempre, ¡soy toda ojitos para leerte!



OTRAS NOVELAS DE LA AUTORA





Bilogía El Perdón
(Romance contemporáneo)

Emma y Alan sufrirán un infierno para lograr alcanzar su final feliz, que, a cada paso, parece más lejano.

«Hasta que me perdones» y «Hasta que te perdones, Alan» engloban una historia de amor forjada bajo el fuego de la adversidad que te atrapará de principio a fin pues, su romance, alejado por completo de ser un cuento de hadas, conseguirá que te emociones hasta el punto de llegar a... enamorarte.





Bilogía Conseguirás Enamorarme
(Enemies to lovers)

«No conseguirás que me enamore de ti» es una comedia romántica que te convencerá de que el amor destruye todas las barreras, incluso las que nosotros mismos nos imponemos.

Con «No conseguirás olvidarte de mí» descubrirás que cuando el amor se instala en tu corazón, es prácticamente imposible rechazarlo, puesto que, en el fondo, la auténtica felicidad solo existe cuando estás junto a las personas que amas de verdad.



Oculto en mis recuerdos
(Fantasía romántica)

Sun y Connor ignoran que comparten un pasado juntos. Una vida, una línea temporal que les fue arrebatada por un maleficio. Sus caminos se unirán en Brujas y ambos se verán inmersos en una encrucijada que los llevará a cuestionar todas sus creencias para recuperar su destino.







Saga El Destino de la Sangre
(Fantasía oscura)

Todo comenzó con Raisa, la primera Portadora. Su descendencia lleva el peso de una misión sagrada: preservar a la humanidad de un Mal que nunca descansa

Siglos después, Alana hereda ese legado. Perseguida por fuerzas oscuras y atrapada entre la luz y la tentación, deberá aceptar la dualidad que habita en ella.

Con la verdad revelada y el pasado resquebrajando antiguas lealtades, se forja una guerra entre hermanos, errantes y vampiros. Cuando todo parece a punto de desmoronarse, un pacto nacido en la noche podría ser la única esperanza para cambiar el curso del destino.

¿Estás lista para adentrarte en mi universo?

[1] En Málaga, una *nube* es un vaso de leche con apenas unas gotas de café. La denominación nació en el Café Central en 1954 para ajustar las proporciones de café y leche al gusto del cliente.

[2] Pitufo: bollito de pan de tamaño pequeño.

[3] Acrónimo de Investigación, Desarrollo e Innovación.